Fernando Repiso



MANUAL PARA CONSTRUIR UN INFIERNO

Una novela negra ferozmente humana

NdeNovela

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

50. POSTLUDIO

49. Martes por la mañana

48. Martes por la mañana/ al mediodía

47. Martes por la noche

46. Miércoles por la mañana

45. Miércoles por la mañana (más tarde)

44. Miércoles al mediodía

43. Miércoles al mediodía (más tarde)

42. Jueves por la mañana

41. Jueves por la tarde

40. Jueves por la noche

39. Viernes por la mañana

38. Viernes por la mañana (más tarde)

37. Viernes por la tarde

36. Viernes por la noche

35. Sábado a media mañana

34. Sábado al mediodía/ por la tarde

33. Sábado por la noche

32. Domingo por la mañana

31. Martes por la mañana

30. INTERLUDIO

29. Martes por la mañana (más tarde)

28. Martes al mediodía

27. Martes por la tarde

26. Martes por la noche

25. Miércoles a media mañana/ al mediodía

24. Miércoles por la noche

23. Madrugada del miércoles al jueves

22. Mañana del jueves

21. Mediodía del jueves

20. Jueves por la tarde

19. Jueves por la noche

18. Jueves por la noche. dos horas más tarde

17. Viernes por la mañana

16. Viernes al mediodía

15. Viernes por la noche

14. Sábado por la mañana

13. Sábado al mediodía

12. Sábado al mediodía (más tarde) y por la tarde

11. Sábado al mediodía (más tarde) y por la tarde

10. Madrugada del sábado al domingo

09. Miércoles por la tarde, miércoles por la noche, madrugada del miércoles al jueves y jueves por la mañana

08. Lunes al mediodía. Dos semanas más tarde

07. Lunes por la tarde

06. Martes por la mañana

05. Martes por la mañana. Media hora y tres minutos más tarde

04. Martes al mediodía

03. Martes al mediodía. apenas media hora más tarde

02. Lunes por la mañana. Tres semanas más tarde

01. PRELUDIO

Agradecimientos

Notas

Créditos

MANUAL PARA CONSTRUIR UN INFIERNO

Fernando Repiso

NdeNovela

A mi madre, la Pepa.
Y a Antonio, claro.

El infierno alcanzado por esfuerzos propios era una construcción interesante. Nadie se libraba de fabricar uno, al menos uno, en toda una vida. Algunas vidas no eran más que eso.

IAN MCEWAN, *Lecciones*

De la penumbra surgen iguales
elementos contrarios, siempre la
sustancia y el crecimiento, siempre
el sexo.
Siempre un tejido de identidades,
siempre lo diferente, siempre la
vida que se engendra.

WALT WHITMAN,
«Canto de mí mismo»,
Hojas de hierba

Seré mi propio infierno
porque hay dentro de mí algo que no quiero.
Y sigo buscando
alguna forma con la que matarlo.

MARCELO CRIMINAL (2023),
«Mi propio infierno»,
La última casa de apuestas

Vivir es ir doblando las banderas.

LUIS GARCÍA MONTERO,
«Hombre de lunes con secreto»,
Completamente viernes

50

POSTLUDIO

Todavía no ha abierto los ojos, pero el dolor de cabeza que hace tan solo unos minutos era una punzada remota y apenas intuida se ha transformado de golpe en una realidad física, intensa, continua, contundente, machacona, ineludible, agotadora... y eso que el chico no se considera un endeble, al contrario, siempre ha presumido de aguante, más aguante que sus compañeros de trabajo, que sus compañeros de equipo en las pachangas domingueras y, por supuesto, de lo que no le cabe la más mínima duda es de que tiene mucho más aguante que las decenas, cientos de amantes y follamigos que han desfilado por su cama y por su vida, esa misma vida que ahora es solo media vida, como si en algún lugar de su cuerpo se hubiese averiado una válvula por la que se está vaciando, eso es, el chico siente que se desinfla, por eso le cuesta tanto abrir los ojos, bueno, eso y que el viento es rasposo y húmedo como la lengua de un felino gigante que lame sus párpados con una violencia tan insoportable que le obliga a cerrarlos cada vez que intenta despegarlos, y el chico se pregunta si es que este jodido viento no piensa amainar nunca, se dice así, ¿no?, amainar, porque ayer por la mañana temprano, después de ducharse, antes de empezar la faena, cuando se asomó a la ventana de la habitación, parecía que sí, pero que no, qué va, que al mediodía bajó al chiringuito a tomar una caña y una tapa, como viene haciendo todos los mediodías

desde que empezó en el hotel, y el puto viento estaba otra vez ametrallando andanadas de perdigones fríos de arena sobre la piel desnuda de los escasos huéspedes que se habían aventurado a tomar el sol, guiris, escandinavos, de por ahí, del norte, qué sé yo, de donde sean, da igual, si son todos iguales, con solo un rayo de sol que se asome por una esquina de la piscina ya están ellos en bolas, que vale, que este año no estamos teniendo lo que se dice un invierno normal, con estas temperaturas que no bajan de los quince grados ni de día ni de noche, pero que tampoco es eso, esta estúpida ansiedad por pillar moreno en invierno, en diciembre, allá ellos y sus melanomas, yo, a lo que iba, a que al chico le duelen los ojos, le duelen los oídos, le duele la cabeza, le duele el cuello y, sin embargo, no le duele ninguna otra cosa, de hecho, acaba de darse cuenta de que no siente nada más y de que, a lo mejor, es que no está despierto, o no del todo, o lo que le pasa es que sigue colocado, sí, espera, eso debe de ser, tiene todos los síntomas de un mal viaje, la cabeza a punto de estallar, el cuerpo roto, la garganta quemada, los labios hinchados, se pasa la lengua y los siente agrietados, y aunque por un instante el sabor a sal le reconforta ligeramente, reconoce que tiene que reaccionar, que así no puede seguir, y es entonces cuando aparece por primera vez el miedo, porque, por más que lo intenta, sus músculos se niegan a obedecerle, ¡a él!, que es puro nervio, que es fuerte, que aguanta como el que más, y esos mismos músculos de los que tanto presume pasan de él, mantén la calma, se dice, todo esto debe de tener una explicación, párate a pensar, cálmate, gilipollas, se repite y se ordena y, poco a poco, lo logra, calmarse, más o menos, y también por fin consigue entreabrir los ojos y romper el velo terroso que se agarra a su mirada, y al principio solo hay manchas verduzcas, violetas y rosáceas, que van aclarándose, definiéndose,

transformándose en formas y contornos definidos de objetos: a izquierda y derecha sendas paredes largas y alicatadas con diminutas teselas de cerámica que se pierden al frente, en la oscuridad, donde se atisba una famélica escalera metálica apoyada en la negra pared y, debajo de él, un suelo de idénticos azulejos diminutos que ascienden en rampa y encima, sobre el dolor palpitante de su cabeza, la noche templada, viscosa y húmeda, huérfana de luna y de estrellas, y se pregunta qué lugar es este, dónde coño está, y se responde que tiene toda la pinta de una piscina, y claro, coño, cómo no se ha dado cuenta antes, está tumbado en el fondo de la piscina del hotel, pero la de la azotea, la que nunca se abre en invierno, la que, más adelante, en cuanto empiece el buen tiempo de verdad, él deberá poner a punto, limpiarla, arreglar posibles fugas, pintarla, ajustar la depuradora, pero para eso falta mucho todavía, tres meses por lo menos, y el miedo ahora se transforma en terror, porque está más jodido de lo que creía, porque, que él sepa, nadie sube aquí en esta época del año, bueno sí, él, solo él sube de vez en cuando, cuando necesita escaquearse un rato para vomitar el sapo de la mala educación de algún cliente gilipollas y con ínfulas que ha tenido que tragarse, o cuando no puede hacer otra cosa más que envainar la bronca de cualquiera de los putos dueños, los pijos esos de mierda que se piensan que mean champán y cagan arcoíris, los muy hijos de puta, que cuando se ponen pesados no los aguantan ni las putas de sus madres y sí, las insulta, porque eso es lo que son esas zorras pijas ricachonas operadas que lo único de provecho que han hecho en sus putas vidas es dar un braguetazo y enseñarles a sus hijos, tan pijos y tan putas como ellas, a vivir del sudor de los demás y, por eso, él tiene que buscar a veces la soledad de esta azotea, de esta piscina vacía, porque aquí no va a subir nadie a seguir dándole la tabarra,

pero, claro, el problema, y es un problema gordo, es que tampoco va a subir ahora nadie a buscarlo, ¡joder!, ¡joder!, ¡joder!, y por esto, por el esfuerzo de los gritos, una pasta de saliva le encharca la boca y la garganta forradas de esparto, y de sus pulmones brota una flema espesa que se le atasca en mitad del esófago y le hace toser y lo asfixia hasta provocarle arcadas y vomita, y cuando arroja todo el alcohol y la poca comida que ingirió anoche, agotado, piensa que es un gilipollas y que tiene que calmarse, cálmate gilipollas, se repite en voz baja, cálmate, cálmate, cálmate, y como un eco de la suya, otra voz a su espalda, fuera de foco, se lo confirma, sí, tío, cálmate, y el chico da un respingo e intenta como un resorte volver la cabeza para ver quién es y no lo consigue, no puede moverse, pero solo necesita unos segundos para reconocerla, es la voz del tipo que conoció en la comida de ayer y con el que después se fue de copas por El Palmeral, el buenorro con el que iba a rematar la noche, pero cómo, pero qué, pero por qué, le pregunta sin verlo todavía, y el otro le repite en la oscuridad que se calme, joder, y luego le dice que no puede creer que aún siga vivo, que ya le vale, hostias, que esto lo complica todo, y el chico advierte la preocupación en la voz del tipo, cuál era su nombre, joder, no se acuerda, entre el dolor de cabeza, el cansancio, la parálisis y el miedo, no atina a nada, o a lo mejor ni siquiera se lo dijo, y es que apenas si recuerda cómo llegaron al hotel, si lo hicieron juntos, al fin y al cabo es lo mismo de todos los fines de semana, lo único que cambia de un sábado a otro es el acompañante (o los acompañantes), aunque guardan cierto parecido, todo hay que decirlo, que hasta Jhon y Alberto se lo recuerdan con frecuencia, tío, eres de gustos fijos, y es que es verdad que ellos, sus queridos Jhon y Alberto, tienen una manga más ancha, pero qué se le va a hacer, uno no elige sus gustos, ojalá pudiera, pero la carne no entiende de voluntades, y este tipo le

gustó desde el minuto uno, y al tipo también le gustó él, porque, si no, no se habría venido con él al hotel, ¿cierto?, pero esa no es la pregunta, coño, la pregunta es por qué este, como coño se llame, no baja y no le ayuda y no lo rescata, acaso no ve que no puede moverse y que está sufriendo, o, por lo menos, que se muestre, que se deje ver, a no ser, claro, a no ser que sea él quien le ha llevado a esta situación, y está a punto de preguntárselo, por qué, qué le ha hecho él, que sea lo que sea tiene que perdonarlo y ayudarle, porque el chico no recuerda nada de lo que pasó o de lo que hicieron anoche, que todo es una nube negra y sucia y espesa y opaca en su cabeza y que le cuesta un mundo abrir los ojos de tanto como le duelen, pero el tipo se le adelanta y le dice algo así como que él, el chico, lo ha complicado todo, que le gustaría que las cosas fueran de otro modo, que fueran más fáciles y que todo terminase antes, sin sufrimiento, pero que ya no hay remedio, y que él, el tipo, ya está harto y se quiere ir a su casa, que está cansado, que pronto va a amanecer y que tiene que bajar al bufé del desayuno para que todos los que, como él y el chico, estuvieron en la comida y en la fiesta de ayer lo vean aparecer con la misma mala cara y el mismo mal cuerpo y la misma resaca que ellos, pero lo cierto y verdad es que al chico esas palabras le han empezado a sonar así como muy lejanas, como si sus oídos se estuvieran contagiando de la parálisis que se ha extendido por el resto de su cuerpo, hasta que un fuerte chirrido lo trae de vuelta a la realidad, a este momento y a este lugar, a este amanecer cálido y húmedo como la concha desenterrada en la arena por una ola, y a esta piscina vacía en la que otro chirrido le vuelve a asustar, y después una puerta metálica se abre en la distancia y un objeto es arrastrado más cerca y unos pasos se alejan y, durante un par de minutos, solo queda el rumor del viento y del mar y el doloroso graznido de una gaviota, sonidos

que vuelven a hundirle en un sueño del que ya no le apetece despertar, para qué, se dice, con lo bien que se está así, puede que cuando despierte haya recuperado la movilidad y recobrado las fuerzas para escapar de esta pesadilla y regresar a casa, si es que se puede llamar casa a la habitación del hotel donde se aloja a cambio de dejarse la piel más de diez horas al día, aunque solo le pagan ocho, pero que son diez incluso ahora en temporada baja, y a veces tiene que inventarse tareas para que sus jefes no le riñan por ocioso, es decir, por vago, sí, eso sería lo mejor, se dice, abandonarse y soñar con Jhon y con Alberto, con el olor a madera verde de los cabellos de Jhon y con el sabor a sal de los labios de Alberto, tan distintos el uno del otro y a la vez tan parecidos, ah, lo que daría por tenerlos a su lado ahora, solo por eso debería sucumbir, dejarse ir, lo necesita, no puede más, pero está claro que todavía no se lo van a permitir, otro ruido le sorprende, un ruido cantarín y bailón, fuerte, justo enfrente de él, en el extremo opuesto de la piscina, un ruido que emerge desde la oscuridad, y el chico, asustado, quiere incorporarse para identificarlo, pero tampoco lo consigue esta vez, que no hay manera, y no pasan ni dos segundos cuando escucha otro ruido idéntico, pero ahora viene por su derecha y, aunque aún no lo consigue ver, ya cree saber de qué se trata, y sus sospechas se confirman tan solo un par de segundos después, cuando un tercer ruido, gemelo de los dos anteriores, también a su derecha pero mucho más cerca, se materializa en un potente chorro de agua oscura que mana con fervor desde uno de los caños con los que se llena la piscina, y esta agua apenas tarda en brotar también de un cuarto y de un quinto caño, esta vez los dos a su izquierda, y por fin llega el sexto, que cae justo detrás, a su espalda y tan cerca que unas gotas gordas, insolentes y heladas le salpican la cara y, en contraste con la humedad caliente de su piel, un escalofrío le

electriza las sienes y le atraviesa el cuello como serpientes nervudas y viscosas que lo espabilan, aunque él sigue inmóvil, *mecagoendios*, pero qué es esto, qué está pasando, tú, tío, comoquiera que te llames, qué coño haces, a qué coño estás jugando, sácame de aquí, joder, no ves cómo estoy, por favor, tío, te lo pido por favor: ayúdame, ¡por favor!, pero el tipo no responde, sigue oculto en algún sitio allá arriba, en los bordes del foco, en la penumbra que pronto matará el amanecer, el chico lo presiente cerca, por eso da cabezazos a un lado y a otro y estira el cuello todo lo que puede, pero nada, ahí no hay nadie, y entonces le da por mirarse los pies y observa aterrorizado el agua que sube y comprende que, si los caños siguen vertiendo con esa intensidad, en poco tiempo todo el suelo en pendiente va a quedar sumergido, y eso es exactamente lo que empieza a suceder, y el chico grita más fuerte, a pesar de que el pánico agarrota sus cuerdas vocales, la respiración se le vuelve más agitada y arrítmica, hasta que siente el agua en la nuca y suelta un alarido que rivaliza con el graznido de las gaviotas, y llega el momento en que una gota quiere colarse por sus oídos y le obliga a estirar el cuello, se hace daño en las cervicales, no tiene más remedio que devolverse a su posición natural, y el líquido aprovecha esa mínima rendición para infiltrarse a traición por su boca, y la primera reacción del chico es escupir, pero el agua es obstinada y juega con ventaja y tiene conciencia propia y lo tiene todo planeado y le hace toser y, aunque el chico consigue escupir un chorro y aspirar una amplia bocanada de aire caliente que infla una burbuja en su abdomen y eleva su torso, el agua sube más rápido, y un poco más arriba, y que te calmes, joder, se dice el chico, y alcanza a respirar hondo, más hondo, más hondo todavía, y siente que los pulmones le van a reventar, pero su cuerpo reacciona y se eleva más, pero el agua es más lista y más paciente, y espera a que el

chico expulse todo el oxígeno que ya se ha convertido en puro veneno, y a que su cuerpo se transforme en piedra, una roca sin motivo ni interés en flotar, aunque eso es lo único a lo que el chico aspira en ese último instante, esa es su única misión en la vida, sobrevivir, y por eso todavía es capaz de un último empellón que le lleva a emerger la boca y la nariz a la cálida noche, volver a llenar los pulmones de aire, de placer, y los ojos vuelven a superar el nivel del agua, y es entonces cuando, por fin, aparece sobre su cabeza, plantada al borde de la piscina, en un claro de luz que ha abierto la primera claridad del alba, la silueta del tipo, el buenorro sin nombre de anoche, que le dice no te resistas más, cabrón, y ya sin palabras, porque no puede permitirse ese lujo, sino con los ojos abiertos como dos lunas en esa noche sin luna y sin estrellas que se termina, el chico le pregunta por qué, por qué yo, qué he hecho yo, tío, y la respuesta es la planta del pie del tipo sobre su cara, sobre su boca, sobre su nariz, que lo hunde en la negrura líquida hasta que el chico, acabado, expulsa la última burbuja de oxígeno, y en ese instante, cuando el torrente de agua gris anega sus pulmones, cuando el agua, como un animal salvaje y frenético se adueña de sus oídos y de sus ojos y de su boca y de su esófago, ve los trémulos labios del hombre articulando una respuesta.

Una única palabra. De sobra conocida. La de siempre, la que le ha perseguido desde que era un niño que ni siquiera conocía su significado. Tres sílabas. Acentuación aguda. El aumentativo mil veces pronunciado en mil lugares y mil momentos en los que él ha estado presente y en un número infinito de otros lugares y momentos en los que no ha estado ni ha vivido, pero que ha sentido como suyos. Esa palabra que aquí, ahora, es también la última con la que el chico se va a zambullir en la eternidad, en el olvido, en la nada acuática y negra: MARICÓN.

49

Martes por la mañana

La sintonía de *La calle es nuestra* es una burda imitación de uno de aquellos trallazos horteras *eurotrance* de finales de los ochenta con los que sus hermanos, Luis, entonces de quince años y Silvia, de trece, le animaban a cantar y bailar en el diminuto cuarto que compartían en el diminuto piso familiar del polígono de San Pablo. Él tendría entonces seis o siete años y aún ostentaba sin pudor la risa cristalina y fresca que, ya de adulto, nunca le ha vuelto a nacer. Tomó conciencia de esa ausencia hará unos diez años, cuando, perplejo, detectó una risa idéntica en su hijo Rafa, que por entonces no era más que un renacuajo pleno de la energía y la motivación con la que se deben regar a diario esas risas frescas, las buenas, las de verdad. Aunque la de su hijo tampoco es que haya durado mucho, todo hay que decirlo, porque el Rafa adolescente de ahora también parece haberla olvidado. Iván sabe que en gran medida el origen de esa pérdida reside en todo lo que han vivido durante los dos últimos años, el distanciamiento radical de Alicia y hasta el suyo propio, y que la descomposición de su familia ha sido, como ahora reconocen en voz baja los pocos amigos en común que aún le quedan al exmatrimonio, una crónica de una muerte anunciada, cosa que Iván no se atreve a confirmar ni a desmentir, obsesionado como está en averiguar en qué momento Rafa ha sido consciente de que este mundo no es lugar para reír a mandíbula abierta. Ni siquiera el

psicólogo que lleva un tiempo tratando al chaval se lo puede asegurar. En una de las escasas veces que Iván se ha visto con el terapeuta —escasas, más por temor al cabreo de Alicia que por desinterés suyo—, este, con sus gafitas de enteradillo haciendo eslalon por el puente de su nariz, le ha dicho que no existe nadie en el mundo, ni psicólogo ni psiquiatra ni neurólogo ni sacerdote ni chamán ni charlatán ni payaso de circo que se atreva a afirmar con rotundidad que conoce el funcionamiento de los engranajes mentales de un adolescente. Nadie. Mucho menos, sus padres. Rafa volverá a reír cuando le parezca oportuno, dice el terapeuta de cuyo nombre nunca se acuerda y, hasta que llegue ese momento, lo mejor que tú y su madre podéis hacer es dejarlo a su aire.

Por supuesto, tampoco él es el mismo Iván de antes del divorcio. Ya se sabe, eso de Heráclito de bañarse dos veces en el mismo río y tal. Muchas cosas han cambiado en su vida desde entonces. Sin embargo, hay otras que no han cambiado tanto. Como la raya de mefedrona que el inspector se está metiendo en el baño de la emisora justo cuando se oye la sintonía del programa *La calle es nuestra,* la que anuncia que su sección está a punto de comenzar.

—¡Iván, date prisa!

—¡Ya va! —le grita a Asun, que aporrea la puerta. Dan ganas de matarla.

—Todos los martes lo mismo. Nos tienes al borde de un ataque de nervios...

Iván se limpia la nariz con un trozo de papel higiénico, lo arroja a la taza del váter y pulsa el botón de la cisterna. Se toma su tiempo antes de abrir la puerta con una parsimonia premeditada. A ver si así se le pasan las ganas.

—Mira, Chus Lampreave, Carmen Maura o Rossy de Palma, no me toques los huevos, que, hasta el día de hoy, no he fallado ni un solo

martes. Aquí me tienes, dispuesto a darle a la audiencia lo mejor de mí, ¿no es cierto?

—¡Vamos, coño! Que luego la bronca me la llevo yo.

El inspector se mira en el espejo del baño mientras se lava las manos. Ha empezado a imprimir a sus movimientos algo de velocidad, pero no demasiada. Si lo quieren de colaborador en el programa, lo tienen que querer tal y como es. Al fin y al cabo, todos en la emisora, desde el director, Diego Juárez, hasta la propia Asun, la última incorporación, la becaria con un grado de periodismo y un máster en comunicación social y otro en periodismo de bulos, reconocen en público y en privado que la subida de la audiencia que ha experimentado en los últimos dos años el *magazín* matutino de la radio local, *De buena mañana,* se debe en gran parte a la sección, *La calle es nuestra,* y más específicamente, se debe a él. Al conocido y reconocido inspector Iván de Pablos.

Se pregunta, haciendo caso omiso de la mirada furibunda y ansiosa de Asun, si la imagen que le devuelve el espejo es la que cabría esperar de un tipo que jura y perjura que ya nunca sale de noche entre semana, que solo los viernes y los sábados, y solo si tiene un buen motivo, una boda, un cumpleaños, un polvo, y que, en ningún caso, eso lo puede jurar por Dios y por todos los santos, aunque bien saben los que le conocen que él es ateo y anticlerical, él no se mete nada, ha limitado su consumo diario a un par de vodkas cortitos con tónica, que de algo hay que morir. Y se responde que sí. Que da el pego. Que no está ni demasiado delgado ni demasiado ojeroso ni parece demasiado cansado ni demasiado dejado o, por lo menos, no más que muchos otros en su situación, lo sabe de primera mano, los conoce, y, como ellos, mantiene el engaño día tras día, semana a semana, un mes tras otro, y ya van dos años así.

La idea de la radio se le ocurrió a Diosdado, su comisario y su amigo desde los tiempos de la academia de Policía. Coincidiendo con su crisis familiar, y con la imagen del cuerpo arrastrada por el fango tras una serie de sonados casos de corrupción, la responsable de comunicación de la Dirección General de Interior de la Junta de Andalucía aconsejó a su director general, este a su consejera, esta al jefe superior de Policía de Andalucía Occidental y este al comisario Diosdado, que pusiera en marcha una campaña de lavado con el propósito de (sic) humanizar al cuerpo, acercar sus logros y aciertos a la ciudadanía, y exponer el lado más emocional (y emotivo) de la Policía. Para ello, propuso la asesora de comunicación, lo ideal sería construir y trasladar un relato amable, que conectara con la ciudadanía y generara empatía entre los hombres y las mujeres de Andalucía. Tras una decena de reuniones y el intercambio de otros tantos borradores de propuestas, la historia que se iba a contar, el relato, era el siguiente:

Iván de Pablos, un inspector de policía noble, valiente y con un sentido de la justicia intachable, había caído, no obstante, en un pozo de múltiples adicciones (alcohol, drogas, sexo) debido, tal vez, a una infancia plena de carencias, un pozo que se hizo más hondo durante los años que permaneció atrapado en un matrimonio equivocado, el que contrajo con su mejor amiga de la juventud, Alicia, con la que incluso llegó a tener un hijo, Rafa, nada de lo cual impidió que Iván continuara llevando una vida homosexual paralela y oculta, hasta que una noche fue pillado in fraganti con otro hombre en la Kavafis, la discoteca gay más célebre de Sevilla, motivo por el cual su mujer le pidió el divorcio. Después de aquello, Iván continuó con ese estilo de vida ciertamente disoluto, aunque ello no supuso ningún impedimento para seguir cumpliendo con las dos máximas que rigen la labor de todo buen policía: servir y proteger. Hasta que

llegó el día en que, cansado y arrepentido, tomó la decisión *motu proprio* de ingresar en Futuro Humano, la asociación de narcóticos anónimos a la que asistía con puntualidad todos los jueves en horario de siete a nueve de la tarde. Por añadidura, y como muestra pública de su recuperación, Iván colaboraría todos los martes de nueve a diez de la mañana —desinteresadamente, desde luego— con el programa *La calle es nuestra,* uno de los más longevos y queridos por la audiencia de Onda Híspalis, la más importante emisora de la radio provincial.

En resumen, un auténtico ejemplo de redención y de superación personal. Un arco de personaje de manual digno de estudio en cualquier curso de escritura creativa. En definitiva y, en palabras del propio Iván, una puta mentira, un alambre sobre el que lleva meses ejerciendo de funambulista, haciendo lo imposible por no precipitarse al vacío y acabar con los sesos desparramados por el suelo.

—Una cosa te voy a decir, Iván —la advertencia del comisario Diosdado llegó después de una profunda carraspera con la que se aclaró la garganta, señal inequívoca de que iba en serio—, como me faltes a un solo programa o a una sola sesión de terapia, o como intentes jugármela de cualquier manera, te juro que te las vas a ver conmigo por última vez. No sé si me he expresado con claridad.

—Señor, sí, señor —intentó bromear Iván.

—¿Estamos o no estamos? —atajó el comisario.

—Estamos. Claro que sí, jefe, claro que estamos...

Esa mañana, *La calle es nuestra* está transcurriendo como todos los martes por la mañana: durante los primeros cuarenta y cinco minutos del programa, el presentador, Isaac Odiel, ha repasado las

páginas de sucesos más sonados y, por qué no decirlo, más truculentos de los últimos siete días, comentándolas con el inspector y con Lola Candau, una archiconocida periodista especializada en asuntos de esa índole: robos, corrupción, okupaciones, desahucios, peleas, suicidios, desfalcos, fraudes, incendios, timos, *bullying*, violaciones... cualquier actividad ilegal, pública y punible es destripada, analizada y debatida en las ondas por ellos tres. Mención aparte para los asesinatos, porque, aunque su número es notoriamente más bajo, debido a su mayor impacto mediático requieren también la intervención de otros tertulianos invitados exprofeso: médicos forenses, psiquiatras, jueces y hasta un médium han tomado alguna vez el micrófono para ilustrar —y deleitar— a los selectos —y morbosos— oyentes con sus opiniones expertas y explícitas.

Como viene siendo habitual, en el último cuarto de hora se ha abierto la línea de teléfono para que los ciudadanos puedan llamar al programa y lanzar sus preguntas indistintamente a uno u otro contertulio. La primera la ha formulado un joven que quería conocer el procedimiento para llegar a ser policía nacional. La segunda, una señora que necesitaba información sobre la responsabilidad legal de los dueños de las mascotas ante posibles mordiscos de estos animales a los vecinos de su comunidad de propietarios —de fondo se han escuchado ladridos y gruñidos de perros que sonaban igual que una manada de lobos rabiosos y hambrientos—. A la primera, ha contestado Iván. A la segunda, la periodista Lola Candau. Cuatro minutos antes de las diez de la mañana, hora de finalización del programa, tiene lugar una última llamada. Al entrar en el aire, el hombre al otro lado de la línea dice que prefiere mantenerse en el anonimato.

—De nombre bíblico como el mío, hoy nos llama un oyente desde aquí, desde Sevilla capital —introduce la llamada Isaac, el locutor del programa—. Buenos días, señor Levítico.

—Buenos días.

—Díganos, amigo, a quién quiere dirigirle la última pregunta del programa de hoy, ¿a nuestra compañera Lola o a nuestro admirado Iván, el inspector De Pablos?

—Al inspector.

—Fenomenal, señor Levítico. Aquí lo tiene, todo para usted. Cuando quiera.

—...

—Adelante, Levítico, lance su pregunta.

—...

—¿Señor Levítico?

—...

—¿Sigue usted ahí?

—...

—Vaya, parece que tenemos algún problema con la...

—Sí, estoy aquí.

—... conexión. Ah, estupendo. Adelante, entonces, Levítico, por favor.

—Mi pregunta es la siguiente: inspector, ¿cómo puede usted ser policía y, al mismo tiempo, drogadicto y maricón? ¿No le da vergüenza?

Unos segundos de desconcierto. El locutor se apresura a contestar en nombre de Iván:

—Me temo, señor, que no vamos a tolerar en este programa...

—Gentuza como usted tiene la culpa de que estemos como estamos y de que ocurran las cosas que ocurren.

—Disculpe de nuevo, señor Levítico. —Isaac se retrepa en su silla, una constelación de gotas de sudor ha comenzado a brillar en su frente. Se las seca con un pañuelo de papel que va a mantener arrugado en un puño durante el resto de la llamada.

—Antes, todo estaba más claro —continúa en un tono monocorde el señor Levítico—, los tíos eran tíos y las tías eran tías. Cada uno se comportaba como se tenía que comportar. La moral era una y de obligado cumplimiento para todas las gentes de bien, pero, sobre todo, para las personas del orden como usted.

—Se lo repito por última vez, señor...

—El mundo se va a la mierda, y por eso los hombres de bien nos vemos obligados a hacer cosas que no queremos, porque la basura como usted no nos deja otra opción.

—¡Señor!

—Pero, como se suele decir, a todo cerdo le llega su San Martín.

—¡Se acabó! —grita el presentador mientras alza una mano en horizontal sobre la otra en vertical frente al técnico del control, cuya cara de pasmo al otro lado del cristal es más que elocuente—. Hasta aquí hemos llegado. Lamentándolo mucho, nos vemos obligados a cortar la llamada.

—¡No! —interrumpe Iván—. Espera, Isaac.

Un signo de interrogación se dibuja en las caras de los dos periodistas. El inspector se encoge de hombros. Con un gesto de la mano, el locutor le invita a tomar el relevo en la conversación, mientras con la otra le indica al técnico que no corte la llamada.

—Señor Levítico, aquí el inspector De Pablos.

—...

—¿Hola?

—Sí, inspector. Aquí sigo.

—Dígame. ¿Qué ha querido decir con eso de que a cada cerdo le llega su San Martín?

—Ya lo verá.

—¿Podría ser un poco más específico, por favor? ¿Qué es lo que voy a ver?

—...

—¿Levítico?

—¡Bah! No importa. De todos modos, ya falta poco.

—Me va a tener que disculpar, señor, pero sigo sin entender nada —dice Iván con toda la paciencia que puede reunir, a pesar de la tensión en su mandíbula, quién sabe si más por el efecto de las dos rayas de mefe que por la situación—. ¿Para qué dice usted que falta poco?

—Para que usted y todos los que son como usted ardan en el infierno.

De nuevo, el silencio, el asombro y la expectación se adueñan del estudio. Todas las miradas se posan en Iván. No va a demorar su respuesta, pero antes se sorbe los mocos; puede sentir la mefedrona abriéndole la conciencia, enjaretando las ideas hasta hilvanarlas en palabras:

—Vaya, vaya... ¿Qué tenemos aquí? ¿Un exaltado? ¿Un religioso desatado? La cosa se pone interesante.

—Eso le gustaría, ¿verdad? —contesta Levítico. Las tornas han cambiado, se le notan las prisas—. Qué poca imaginación tiene usted.

—Seguramente será eso, que ando corto de imaginación, porque de verdad que no le entiendo.

—Porque eres un inútil. Porque el sexo y las drogas te han nublado la razón. Porque eres maricón, porque...

—Cuidado, Levítico, no vayas a ser tú a quien ese dios tuyo condene al infierno. Esa lengua y esos modos... —Iván, consciente de lo que acaba de hacer su interlocutor, apea también la formalidad del usteo. La mefedrona, aunque escasa, es buena.

—En el infierno me encontraré con los tuyos. Allí nos encontraremos todos.

—¿Quiénes son los míos? —pregunta el inspector esbozando una sonrisa lateral—. ¿Los policías? ¿Los gais? ¿Los...

Pero la comunicación se ha cortado ya e Isaac está mirando al inspector y a la periodista alternativamente, sin saber hacia dónde tirar.

—Bueno, esto ha sido, no sé cómo calificarlo —balbucea, en un intento amargo por reconducir el programa.

—Yo diría que muy interesante —responde Lola Candau con un aire que pretende ser misterioso pero que, a ojos de Iván, se queda en mera pose.

—¡Como poco! Por muchos años que lleve en la profesión, a uno no dejan de sorprenderle estas llamadas —comenta el locutor, tratando de recuperar su tono espontáneo, directo y confiado. Todo de mentira—. Queremos pedir disculpas a los oyentes por este bochornoso espectáculo, pero, como han escuchado, no hemos podido cortar a tiempo. También a ti, inspector.

—No hay nada que disculpar, Isaac, la emisora no tiene la culpa de que abunden los gilipollas.

—Esto... bueno... sí, entiendo que estés afectado por la conversación, Iván, pero no debemos caer en el insulto.

—No es ningún insulto, Isaac. Si Levítico es un gilipollas, se dice. No pasa nada. Por desgracia, no es el único en el mundo.

—Muchas gracias, inspector, siempre tan locuaz y deslenguado. —El locutor hace aspavientos indescifrables al técnico en el control—.

Nos vamos, señoras y señores, ¿algo más que añadir?

—Por mi parte, nada más —responde Iván. Advierte que, a pesar de la tranquilidad que quiere transmitir, tiene los puños apretados. Abre las manos y apoya las palmas sobre la enorme mesa redonda de madera que domina el estudio. Se muere de ganas por largarse. Comienza a levantarse.

—¿Lola?

La periodista, que se ha pasado toda la conversación entre Levítico y el inspector tomando notas con fruición desaforada y cara de no me lo puedo creer, suelta el bolígrafo, echa su negra melena hacia atrás y se descabalga las gafas con un gesto pausado y dramático.

—Estaba pensando —dice— que, quizás, el inspector, en lugar de ponerse a insultar como un loco, debería averiguar quién es este Levítico. —Después de masajearse el puente de la nariz, clava la mirada en Iván. Su exceso de tranquilidad contrasta con el ambiente electrificado que la llamada ha generado dentro del cubículo.

—Podría —desdeña el inspector, flexionando las rodillas y estirándose, ya casi de pie—, pero me temo que tengo asuntos más importantes de que ocuparme, Lola. Si en la policía prestásemos atención a todas las gilipolleces que nos llegan, no daríamos abasto. —Ahora es él quien fija la mirada en la periodista—. Hay que saber filtrar. Y esto es solo un programa de radio.

—Ajá, un programita de una pequeña radio local, cierto —responde Lola Candau—, poca cosa para ti, inspector. Tan famoso. Ya veo que no solo has filtrado, sino que también has decidido que la llamada de este ciudadano, al que además insultas impunemente calificándolo de gilipollas, carece de importancia. Con todos mis respetos, creo que...

—No, Lola —la interrumpe Iván elevando la voz más de lo que le habría gustado—, con todos mis respetos, yo no he decidido nada con respecto a la llamada de este, entre comillas, ciudadano, al que no, yo no he insultado, solo me he limitado a valorar sus palabras y, sí, me reafirmo, han sido gilipolleces. Como acabo de decirte, y lo repito para que todos los oyentes me entiendan, estamos en un programa de radio que en ningún momento he pretendido menospreciar, pero, que, no nos olvidemos, no es una comisaría. Si alguien tiene algo que denunciar, este no es el canal. —A pesar de que está seguro de sus palabras, no puede evitar que la sequedad de la mefe en el paladar le haga titubear—. Supongo que tú, una periodista consagrada y de dilatada experiencia, esto sí lo entiendes y lo compartes, ¿no es así?

El inspector ha dejado boquiabiertos al resto de los tertulianos.

—Claro, claro —media Isaac—, eso todos lo sabemos, muchas gracias, inspector... Y hasta aquí el programa de hoy. Les esperamos, señoras y señores, el próximo martes, de nueve a diez de la mañana en *La calle es nuestra* con más noticias y más sucesos...

Para redondear el día, lo único que le hace falta es la bofetada de calor nada más cruzar la puerta del estudio. Maldita periodista de los cojones, se dice mientras se dirige hacia la comisaría a zancadas, como si con ellas fuera a conseguir escabullirse de los treinta y muchos grados que ya abrasan el aire. Y aún no son ni las diez y media. Y aún no ha desayunado. Mierda de tía. Por mucho que lleve más de ochenta programas, no termina de tragar a la Candau, la periodista prepotente siempre encuentra un motivo para criticar sus formas. Y hoy él se lo ha puesto en bandeja. Será gilipollas. Joder.

Su estómago da un segundo bramido. Iván reconduce sus pasos. Qué más da si se retrasa media hora, no hay nada mejor que un café recién molido, un zumo natural de frutas tropicales y una de las imaginativas tostadas del Cakes&Run.

—¡Mira, Felipe, acaba de honrarnos con su visita el hombre de moda!

Quien le saluda es Ramón, el dueño junto con su pareja, Felipe, de la pastelería y cafetería más famosa entre el público gay y moderno de la ciudad. Ramón, Felipe e Iván se conocen desde hace tiempo. Fue el primer trío de Iván tras salir del armario y reconocerle a Alicia, su mujer, la doble vida que había llevado hasta entonces. Al poco tiempo llegaría el divorcio y, a partir de ahí, Iván comenzaría a vivir su sexualidad de un modo más o menos abierto. Ellos, Ramón y Felipe, ya llevaban un tiempo saliendo cuando conocieron a Iván. Los tres follaron la noche que se conocieron y en un par de ocasiones más, pero aquellos polvos ya son tan solo un recuerdo remoto que no despierta en ellos morbo, sino sonrisas y, tal vez, una pizca de melancolía. Al principio, Iván se dejaba caer por el Cakes&Run solo muy de vez en cuando. De hecho, podían pasar hasta meses entre una visita y otra. Pero últimamente intenta aparecer una vez a la semana. A Felipe y a Ramón ese cambio les gusta; a pesar de su carácter voluble más escorado hacia la sequedad y sus salidas de tono, el inspector les cae bien. Además, ahora que es un personaje medio famoso en la ciudad, consideran que su presencia es buena para el negocio. Sea quien sea el primero de los dos en divisar la llegada de Iván a través de la enorme cristalera que enmarca la cafetería, le hacen siempre la misma fiesta y le gastan la misma broma: el hombre de moda, el policía más *cool*, el sueño de todo delincuente lo llaman, sabiendo como saben lo mucho que a Iván le jode lo que esos calificativos conllevan, justo

todo aquello que siempre ha evitado: visibilidad, sobreexposición, vulnerabilidad.

—Déjate de guasa, que vas a quitarme el hambre.

—Buenos días, inspector, yo también me alegro de verte —saluda Ramón con una sonrisa cantarina y dos besos sonoros.

—¿Qué? ¿A cuántos adolescentes obnubilados por tu fama te has zumbado desde la última vez que nos vimos? —pregunta Felipe saliendo de la cocina, situada justo detrás del mostrador de cristal donde se exponen sus creaciones: bollería y dulces artesanales, tartas clásicas y de autor, modernos sándwiches de pan integral de chía o amapola, rellenos de aguacate y mango entre otros muchos productos con más pasaportes que un diplomático: tropicales, asiáticos, latinoamericanos y hasta africanos.

—No solo adolescentes, querido —responde de inmediato Iván mientras le estampa otros dos besos—, también me he tirado a tu padre. Que, por cierto, se conserva mejor que tú y folla muchísimo mejor que tú. Aunque eso no es muy difícil, la verdad...

Los tres amigos pasan así la siguiente hora, el tiempo que tarda Iván en dar cuenta de su desayuno, riéndose las gracias unos a otros y enviándose puyas dentro de un *ring* triangular de camaradería. Como siempre que va a su cafetería, Felipe y Ramón no le permiten pagar. Como siempre, Iván sale hacia la comisaría con la sonrisa y el estómago plenos de satisfacción. Sus amigos han conseguido enderezar el día, borrar de un plumazo los reproches y amenazas de Levítico y la pesadez de la Candau, la periodistucha a la que tiene que aguantar todos los martes casi por prescripción facultativa. Habría que añadir que a la sonrisa también ayuda la punta de mefe que, con la llave de su casa, se ha metido en el baño del local antes de despedirse.

Tan contento está, que no ha visto la llamada perdida de la subinspectora Ojeda ni la del comisario Diosdado ni la que, con total seguridad, más quebraderos de cabeza le va a ocasionar: la de Alicia.

48

Martes por la mañana/ al mediodía

—Buenas tardes, señor inspector. ¡Vaya horitas! ¡Diga usted que sí, señorito!

Siempre que se enfada, la voz del comisario brota a trompicones entre toses, carraspeos y demás atascos guturales. Una reacción, dicho sea de paso, de lo más habitual en sus conversaciones con Iván.

—Diosdado, déjate de dramas: si hubiera sido urgente, me habrías localizado. Y te recuerdo que no estoy en ese puto programa de radio por gusto.

—Mira, Iván, hazte un favor: no me toques los huevos, tío —la cara del comisario, colorada y congestionada, es un volcán a punto de entrar en erupción—, si estás ahí es por lo que sabes tú, sabe tu compañera Pilar aquí presente, sabemos todos en esta Jefatura y hasta media Sevilla lo sabe —con un último esfuerzo logra insuflar suficiente aire a sus pulmones y serenarse—, así que, te lo repito por última vez: no me toques los huevos. Y dime, ¿qué le pasa ahora a tu teléfono? ¿Otra vez lo has perdido? ¿Te lo has dejado olvidado en la sauna? ¿Te lo han mangado en un cuarto oscuro?

Iván le echa una larga mirada antes de contestar. Hay en el tono de voz del comisario un punto de guasa que disfraza una triste

realidad que su jefe le está recordando con sus preguntas: Iván pierde el móvil con más frecuencia que la pareja (o la dignidad), que no son pocas.

—¡Coño, jefe, perdona! —El inspector saca el teléfono del bolsillo del pantalón y manipula en la pantalla al tiempo que cabecea revisando la lista de llamadas perdidas—. Lo puse en silencio durante la emisión.

La subinspectora Ojeda está leyendo en silencio un par de folios. Desde que Iván ha entrado en el despacho del comisario ni le ha mirado a la cara. Tampoco parece prestar atención a la conversación. Solo cuando advierte que Iván le hace un gesto de interrogación a Diosdado señalándola con el mentón, Pilar se digna saludarle:

—Tengo un recado para ti, Iván —no levanta la mirada de los folios manuscritos, un detalle que él sabe que ella hace para encender su curiosidad. Después de tanto tiempo trabajando con ella, le tiene cogido el punto—, me ha llamado Alicia. Se va unos días de vacaciones con Rafa a la playa. —Entonces, sin permitirse una pausa por la que Iván pueda colar una de sus fanfarronadas, continúa—: Antes de que me preguntes por qué me ha llamado a mí, te contesto que la casa que ha alquilado en Llafranc se la he buscado yo. Es de unos amigos míos de toda la vida, Bea y Luiso, dos personas excepcionales a las que les tengo mucho cariño.

—No pasa nada, tranquila —murmura Iván más para sí que para ella—, si tiene todo el sentido del mundo que os hagáis amigas. También me ha llamado a mí, pero ya ves... —dice agitando su iPhone en el aire.

La subinspectora Pilar Ojeda, ahora sí, se retrepa en la silla y deposita los papeles sobre la mesa del comisario, quien ha

aprovechado para beber un vaso grande de agua que le limpie la garganta.

—Esta comisaría se parece cada vez más a un corral de vecinos —afirma secándose unas gotas que se le han quedado atrapadas en el bigote.

—Igual que esta ciudad —puntualiza Iván—, igual que este país. Un *Gran Hermano* en vivo y en directo las veinticuatro horas al día y los siete días a la semana.

—Te agradezco, Diosdado, que, para variar, no hayas dicho un corral de gallinas.

—Sé muy bien lo que he dicho, Pilar, que ya nos conocemos, pero vamos al lío. —El comisario ha conseguido contener los desvaríos de su laringe y por fin suena como se supone que debe sonar un jefe. —Iván, muy bien esta mañana.

—Vaya, gracias, no sé yo...

—Yo sí lo sé —ataja Diosdado—: se te fue un poco la pinza con el tal Levítico ese, pero tratándose de ti, hasta me has parecido contenido. Moderado.

—Gracias, jefe. El tipo era un tarado. Y ya conoces lo que opino de la Candau, otra tarada.

—¿Ves? Con ella creo que deberías haber contado hasta diez antes de darle caña.

—Ni contando hasta mil. Me supera.

—No te queda otra, chaval.

Pilar se les ha quedado mirando. Hace tres años que la trasladaron a Sevilla desde su Lleida natal y uno desde que la ascendieron a subinspectora, tiempo más que suficiente para sentir que encaja en el equipo. Puede que aún no entienda del todo ciertas salidas de tono del comisario y del inspector, y que ponga pie en pared ante sus chistes machistas, pero lo cierto y verdad es que día a día se va

encontrando más cómoda con estos dos hombres a los que ya ve y trata más como compañeros que como jefes. Con todo, en este momento tiene el gesto ceñudo y una gota de incredulidad brilla en sus ojos al decir:

—Quizás no deberíamos pasar de largo por este asunto. Quizás estamos calificando de simple tarado a Levítico un poco a la ligera.

—¡Vamos, Pilar! No me puedo creer que te hayas tragado las gilipolleces del tipo ese, Levítico o como coño se llame. Estoy seguro de que ni siquiera la gilipollas de la Candau se lo ha tragado, que solo ha insinuado que podría ser verdad porque sabe que eso le daría notoriedad y alas a su afán de amarillismo. Vaya, que ha visto el filón. Debe de estar ya incendiando las redes con esta historia. Esa tía es insaciable.

—Sí que lo es, eso no te lo discuto —confirma la subinspectora—. Sin embargo, había algo en el tono de voz de ese hombre que... Me ha dado la impresión de que... No sé...

—Suéltalo, Pilar.

—No me pareció que estuviera mintiendo. Y había también miedo en su voz.

—Querida compañera, qué digo, ¡querida amiga! —Iván le echa un brazo por encima del hombro y la atrae hacia sí con más vigor del que aparentemente ella habría querido—. Soy yo el que no piensa discutirte nada de nada. No voy a presumir de que mis años de carrera me han desarrollado un sexto sentido para reconocer cuándo una llamada es una trola, el delirio de un lunático. O de un gilipollas, como en este caso. —Pilar se zafa del abrazo y le lanza una mirada entre asombrada y descreída. El inspector le devuelve una sonrisa de plástico. Acto seguido, articula un tono de voz más serio—. No obstante, desde que entraste por la puerta de esta comisaría tu intuición y tu olfato han sido de los más certeros, así que como,

insisto, no vamos a discutir, si tú quieres empezar a investigar al dichoso Levítico de los cojones, adelante, todo tuyo, querida. No pienso decir ni mu. Es más, te prometo que, en el momento que encuentres el mínimo indicio de que ese tipo pueda suponer la más pequeña amenaza, aquí me vas a tener para ir contigo detrás de él y llegar hasta donde haya que llegar.

La perorata de Iván ha dejado a Diosdado y a Pilar sin palabras. Iván, al reparar en ello, vuelve a su tono dicharachero. A ver si por una gilipollez se van a dar cuenta de que...

—Vamos, mujer, no me negarás que el temita ese de los psicópatas asesinos motivados por la religión, el pecado, los traumas infantiles, el sexo y toda la pesca está ya demasiado visto, ¿no? ¿Cuántas novelas baratas y películas de serie B o Z se habrán producido? ¿Cientos? ¿Miles?

Pilar vuelve a mantener la mirada durante unos segundos sin gesticular. Iván, algo incómodo, se pasa el dorso de la mano por la frente para secar unas gotas de sudor. Se pregunta si ella no estará sospechando una recaída. Le preocupa mentirle a su compañera, pero no puede hacer otra cosa. Ni ella ni Diosdado son capaces de entender que él necesita algún estímulo para funcionar. Además, apenas le da a la coca. Sólo muy de vez en cuando. Nada que ver con antes. Ahora lo que más se mete es mefedrona, una sustancia cuyo consumo, por cierto, se dice a sí mismo a menudo, todavía está permitido en algunos países...

—Está bien, *company* —responde finalmente Pilar—, lo haremos a tu manera.

—¡Esa es mi subinspectora! Sí es que lo tienes todo: eres guapa, lista, simpática, comprensiva...

—Paso de ti.

—¿Ves? Cada vez te pareces más a Alicia. Yo creo que por eso os lleváis tan bien.

—Puede ser. Y también puede ser que por eso estás empezando a *caure'm com el cul...*

Iván tarda unos instantes en asimilar la respuesta de su compañera, tras los cuales estalla en una sonora carcajada que, aunque ha sonado un tanto histérica, consigue pintar una sonrisa en los rostros de ella y del comisario.

—Bueno, niños, ya está bien de cháchara —dice este—, vamos a dejarlo aquí. Si no hay caso, no hay caso —y, tras una pausa, puntualiza—, de momento. Iván, insisto, enhorabuena. He de reconocer que cada vez se te nota más suelto en el programa. Controlando.

—Gracias, jefe, todo sea por el Cuerpo Nacional de Policía. ¡Servir, proteger e informar!

—Déjate de gilipolleces. —A Diosdado comienza a notársele que tiene otras ocupaciones que atender—. Hablando de controlar: de lo otro no hablamos, ¿no?

—No hay nada de que hablar. No obstante, para tu tranquilidad, te diré que todo está en orden. —Más que al comisario, el inspector ha dirigido esas palabras a Pilar.

—Mejor así. Ahora, si me permitís, tengo un almuerzo con el jefe superior. Al parecer, en el Ministerio quieren implantar un nuevo sistema de evaluación del desempeño.

—Dile de mi parte que se dejen de consultorías y de pollas en vinagre y que nos aumenten el sueldo. Ya verán cómo mejoramos todos esos ratios del desempeño.

Cuando el comisario se marcha, dejando un reguero de renovados derrapes bronquiales a su espalda, Pilar e Iván se encierran en sus respectivos despachos, casi sin volver a dirigirse la palabra. Está

bien, se dice el inspector, se le pasará. Tampoco es para tanto, solo una punta de mefe de vez en cuando.

Sin embargo, no se dice nada a sí mismo acerca de la doble cita que va a tener dentro de unas pocas horas, tampoco de dónde va a pasar el resto de la tarde y buena parte de la noche. Este bulto es, con diferencia, mucho más difícil de escurrir.

47

Martes por la noche

¿Dónde coño está el teléfono? ¿De verdad lo ha vuelto a perder? No puede ser, hostias, de ninguna manera. Está seguro —más que seguro: segurísimo— de haberlo usado en la comisaría. Antes de salir a comer, ha respondido un par de llamadas de dos de sus soplones habituales. La primera, relacionada con el alunizaje a una joyería de las clásicas entre las más clásicas de Sevilla y, la segunda, con una serie de atracos a farmacias de guardia, cuyo *modus operandi* es tan similar en todos los casos que la probabilidad de que hayan sido cometidos por la misma o las mismas personas es casi absoluta. Y eso le ha cabreado un poco, porque ha vuelto a acordarse de la Candau. Se la imagina relamiéndose esos belfos repintados que tiene, mientras se devana los sesos para darle un nombre atractivo al atracador de farmacias, el *farmaceitor*, el *muertefarma*, uno que enganche a su legión de lectores diarios y a sus miles de seguidores en redes. Un poco más tarde, ya en la abacería San Lorenzo, con un plato de huevos rotos por delante, la voz hueca, implacable y sin alma de una empresa comercializadora de electricidad y gas le ha ofrecido, al otro lado de la línea telefónica, una oferta por supuesto irrechazable y que él, como casi todos los días a esa hora, minuto arriba, minuto abajo, ha rechazado. Y después, a eso de las seis de la tarde y de camino a casa, ha vuelto a utilizar el iPhone para quedar con Antonio e

Ignacio, una pareja de follamigos, vecinos de la Alameda, que siempre están dispuestos para echar un buen rato con él. Tras dos vodkas cortitos con tónica, dos rayas de mefe, otras dos de coca y dos polvos, se ha acordado del móvil. Ha dejado a la pareja en la cama recuperándose del último asalto y ha salido al salón a buscarlo, pero no lo ve. Joder. No puede permitirse el lujo de perderlo. Sería el tercero en lo que llevamos de año. Ni que tuviera patas, joder. Va a gritarles desde allí que lo llamen por teléfono, pero justo en ese momento el móvil empieza a vibrar, hundido entre dos cojines del sofá. Se pregunta cuándo coño lo ha vuelto a silenciar mientras descuelga, joder.

—Inspector, me vas a tener que dar la razón. —Iván es capaz de imaginar con nitidez la sonrisa triunfal de Pilar detrás de sus palabras en el otro extremo de la línea.

—Siempre lo hago.

—¡Al contrario! —La voz de la subinspectora le ha sonado entre sorprendida y enfadada—. Últimamente no haces más que sabotearme.

—Menos drama, querida...

Iván se percata de inmediato de que ese «querida» se le ha escapado. También es cierto que su relación con Pilar ha llegado a un punto de compenetración y entendimiento muy parecido al que había alcanzado con Alicia, cuando el matrimonio aún navegaba con un rumbo más o menos estable, cuando sus escarceos con hombres solo eran algo anecdótico, olvidable, meramente físico. Si no fuera porque la homosexualidad de Iván ya es *vox populi*, muchos en la comisaría andarían diciendo que Pilar y él están liados. No en vano, la química entre ellos es casi palpable y, *a més a més*, que diría ella, ambos, cada uno a su manera, gozan de un notable tirón. Ambos son guapos, sin exagerar, pero con contundencia. Antes de seguir

hablando, se asegura de cerrar la puerta del dormitorio al tiempo que, con un dedo índice sobre los labios, les pide a Antonio e Ignacio que guarden silencio.

—¿Estás con alguien? —A veces, juraría que Pilar es bruja.

—¿Y tú? ¿Me estás vigilando? ¿Has metido una cámara en mi apartamento sin mi permiso? ¿O me has pinchado el teléfono —hace una pausa dramática— con algún método, digámoslo así, poco ortodoxo? —Espera que su compañera no le note ni el colocón ni cuánto le irrita en ocasiones como esta su infalible intuición—. Podría denunciarte por eso.

—No te preocupes, tu vida privada no me interesa. En Netflix ponen series más entretenidas. Y, con respecto a la denuncia, si quieres, yo misma te ayudo a redactarla.

—Muy simpática, querida —se le ha vuelto a escapar—, si no fuera por tu acento inconfundible, ya ni parecerías catalana.

—*Molt gilipolles, estimat* —responde ella separando mucho las sílabas de ese *estimat*.

—Tienes razón, soy un gilipollas, pero, dime, ¿por qué tengo que darte la razón esta vez?

—Ha aparecido el cadáver de un hombre en una obra aquí en el centro. Al parecer, el tipo se ha precipitado desde la ventana del edificio que se está construyendo. Un hotel.

—¿Otro hotel en el centro de Sevilla? No me digas. Qué raro, ¿no? Apenas hay ninguno...

—Pues sí: otro hotel. Aún no está terminado y ya está dando problemas. —Iván oye el chasquido de un encendedor, aunque está convencido de que ella lo había dejado—. ¿Puedes acercarte? Es el hotel que están levantando al lado de tu casa. Has tenido que oír la sirena de la ambulancia.

El inspector suspira. Estruja el paquete vacío y busca en derredor un cigarrillo. Se agacha para mirar debajo de la mesa de centro y del sofá. Le sale sin querer una mueca de alarma y asco ante la acumulación de polvo, pelusas y otros objetos inidentificables, algunos con pinta orgánica y de una era anterior. Aquella en la que comenzó a postergar, hasta el día de hoy, la limpieza general que su apartamento clamaba. Anda que si Alicia estuviera aquí...

—Disculpa un segundo —dice sacudiéndose el polvo de la mano en la rodilla desnuda.

En la habitación, Antonio e Ignacio están otra vez metiéndose mano. Esbozando una uve con los dedos índice y corazón sobre los labios les pide un cigarrillo.

—¡Vente ya, tío! —dice Antonio poniéndole por delante un plato boca abajo con dos rayas como dos orugas. Perfectas, largas y gruesas.

—¡Shh! —manda callar mientras tapa el iPhone con la mano—. Pásame el tabaco, cojones —susurra tras unos segundos de duda—, y el turulo, ¡vamos!

Se mete una por cada orificio de la nariz y vuelve al salón a toda velocidad. Lamenta haber cerrado la puerta del dormitorio con un portazo.

—¿Has terminado ya? —pregunta Pilar con aspereza—. ¿Puedes ir o no?

—Estoy cenando con unos amigos.

—Ya.

—Es la verdad.

—Pues sí que cenáis tarde.

—Cuando han llegado nos hemos puesto a hablar y se nos ha hecho tarde.

—Muy bien. Ya te he dicho que tu vida me interesa lo justo.

—Y yo no tengo que darte explicaciones, pero como estás usando ese tono acusatorio...

—No sé a qué te refieres.

—Venga, Pilar, por favor, no me subestimes, que no te pega nada. —Iván aparta el teléfono de la oreja para sorberse los mocos amargos—. Estáis los dos, Diosdado y tú, muy pesaditos con el tema de mi rehabilitación. Si te digo que estoy de cena, estoy de cena. Y después, si puede ser, me gustaría echar un polvo. En terapia no me han dicho que deba renunciar también a eso.

Pasan unos segundos. Iván casi puede escuchar en la respiración profunda de Pilar los esfuerzos que está haciendo por no estallar. Por su parte, él comienza a sentir la mandíbula tensa como la soga de un ahorcado y la boca seca como un jaramago en agosto.

—¿Has llamado a la loca? Que te acompañe —dice tras un vano intento de humedecerse las encías con la lengua rasposa—. Seguro que con ella te lo vas a pasar muy bien.

La loca es Nuria Isla, la doctora forense al frente del Instituto de Medicina Legal de Sevilla, a quien, igual que al inspector, se la conoce en su gremio tanto por sus éxitos profesionales como por su modo de vida. Singular.

—Sí, ya he hablado con ella. Debe de estar llegando a la obra. Le puedo decir que pase a saludarte.

—Joder, Pilar, no me hagas esto.

—¿Que no te haga qué, Iván? Eres tú el que me vas a putear, obligándome a conducir casi media hora, mientras que tú...

La puerta del dormitorio se abre. Ignacio sale completamente desnudo y mostrándole a Iván una poderosa erección. Desde el interior resuena la risa de Antonio.

—Espera, Pilar. —Iván se apresura a pulsar el botón del micrófono en la pantalla del iPhone para silenciarlo—. ¡Ya os vale, cabrones! Es

una llamada de trabajo.

—Venga, inspector —musita Ignacio—, la cosa está ya que arde, no podemos esperar más.

—¡Adentro de una puta vez, coño!

Ignacio enmudece, durante unos instantes se queda como suspendido en un fotograma. Finalmente, entra en el dormitorio y cierra la puerta. Iván ha visto en su rostro un gesto más cercano al agravio que a la sorpresa. Pero tiene que centrarse un momento. Cabecea, inspira y espira profundamente. Cuando va a volver a pulsar el botón del micrófono, se da cuenta de que la primera vez no ha acertado.

—Perdona, Pilar, creí que... Pero, bueno, no pasa nada, ya estoy aquí otra vez.

—Si a mí un tío me grita así, lo echo de mi cama al minuto uno. Por muy bueno que esté.

—Puede, pero en este caso, la cama es mía.

—¿Ahora te ha dado por cenar en la cama?

—Te dije que había quedado para cenar y que...

—Ya, ya —interrumpe ella—, que después ibas a intentar follar. Que no es lo mismo que decir que *ya* estabas follando.

—Y tú me dijiste que no te interesaba mi vida privada, así que estamos en paz —se apresura a zanjar él.

Por primera vez en toda la conversación, Iván se pone serio. Como si, de repente, la droga le hubiera bajado a los pies, y con ella todo el colocón. Se pasa el dorso de la mano por la frente y nota que, a pesar de que es tarde, de que el aire acondicionado funciona al máximo y de que está desnudo, suda como un pollo asado. De pronto se siente incómodo, pegajoso, sucio.

—Pilar, mañana nos vemos en la comisaría a primera hora y me cuentas.

—Jefe, son más de las doce.

—Temprano para mí.

—Sí, ya sé que eres de poco dormir, pero intenta, al menos, no pasarte con el alcohol, que el jueves tienes grupo y tú mismo me has dicho mil veces que tampoco les gusta que bebas. Que una cosa lleva a la otra...

—¡Subinspectora Ojeda, con todos mis respetos! Con una exmujer tengo bastante, ¿no crees?

Pasan unos segundos elásticos. Ninguno de los dos dice nada. Solo cuando Iván comienza a arrepentirse de haberle gritado a su compañera, a su amiga, ella le contesta:

—Ahora soy yo la que debe darte la razón, inspector De Pablos.

—Perdona, no quería...

—No, tranquilo, si te lo digo en serio: tienes toda la razón. Pero permíteme solo dos cosas más, *querido*: te recuerdo que, si alguna vez he pinchado algún teléfono por métodos, como tú has dicho, poco ortodoxos, ha sido para ayudarte con algún caso. No hace falta que te recuerde que siempre he estado a tu lado, hasta cuando andabas muy perdido, con el divorcio, la salida del armario, las drogas y todo lo demás.

—Ya lo sé, Pilar, por favor, perdóname, es que...

—Y la segunda: *cuida't aquest puto refredat*.

—¿Qué catarro?

Pilar ha colgado.

46

Miércoles por la mañana

Desde su apartamento a la comisaría, situados a alturas diferentes y en aceras opuestas de la Alameda de Hércules, el barrio que en su día fue alternativo, hípster y *cool*, y que hoy solo es un lugar bonito y caro con más turistas que vecinos, la horquilla de pasos de Iván oscila entre los doscientos cincuenta y los doscientos setenta. Algunas veces, si se levanta animado, baja de esa cifra y, si está pletórico, hasta se permite el lujo de contarlos en orden descendente, retándose a sí mismo a salir de casa con el número doscientos en un pie y el número cero en el otro, cuando alcanza el umbral de la puerta automática por la que se accede al edificio de la policía. Pero esta mañana ni el Espidifen logra amortiguar los campanazos que tañen sin Pilar y reverberan con ecos de nave catedralicia dentro de su cabeza. Para colmo, un crujido en las lumbares le ha dado los buenos días y le ha anunciado que no piensa abandonarlo en todo el día, y que a ver si de una vez por todas le da por asumir que ya no tiene edad para posturas amatorias ni sexuales circenses. Y, por si eso fuera poco, hoy hace el mismo calor infernal que ayer y que anteayer y que... Hoy no cuenta ni hacia delante ni hacia atrás. Si lo hiciera, la marca sería de las más pobres, porque, más que andar, se arrastra. Y suda. Y tiene náuseas. A nada ha estado de llamar y decir que no se encontraba bien, que algo en la cena le sentó mal y que por eso ha pasado una noche de

mierda, vomitando y sin pegar ojo. No sería la primera vez que utiliza esa excusa y, más o menos, siempre le funciona, pero tras la tensa conversación con Pilar de anoche no se le antoja una buena idea, precisamente.

Encima de la mesa de su despacho —por llamar de algún modo a ese cuartucho oscuro y destartalado que huele a moho y a cerrado —, hay una carpeta con el logotipo del CNP y rotulada con la palabra SEGIS. ¿Unas siglas? ¿Un catalanismo? Acaba de abrirla cuando entra la subinspectora, cerrando tras de sí la puerta con rapidez y un aire de misterio.

—Por la cara que me traes, deduzco que anoche *vas passar de mi i del consell que et vaig donar.*

—Uf... espera... para, para... Demasiado catalán para mí.

—Nada, no te preocupes. Pero como el comisario te vea así, lo llevas claro. Si quieres, te presto un poco de maquillaje.

—Él sabe que mi estómago anda un poco delicado.

—Mira, Iván, el otro día aprendí otra expresión vuestra: el coño de tu prima. No tengo traducción al catalán. ¿Puedes iluminarme y decirme qué queréis decir con eso?

—Qué simpática la catalana.

—No tanto como vosotros, los andaluces. Por cierto, hablando de simpatía: anoche bien, ¿no?

Si ella no fuera Pilar, la mandaría al carajo sin dudarlo, pero Iván prefiere ocultar su mirada vidriosa en el contenido de la carpeta.

—¿Qué me has traído, compañera?

—¿Hoy ya no soy querida?

—Pilar, por favor.

La inspectora le dedica una mirada entre compasiva y rendida, arrebata la carpeta de las manos de su jefe y comienza a extraer documentos, al tiempo que los va detallando.

—Creo que deberíamos empezar por las fotos que hicimos anoche Nuria y yo —afirma mientras coloca una a una hasta diez imágenes sobre la mesa.

—¡Joder! ¿Qué es eso?

—Error: la pregunta correcta es ¿quién es ese? Y la respuesta: Segismundo Heredia Romero, más conocido como Segis. Como puedes ver —Pilar salta con el dedo índice de una a otra foto—, podemos descartar al noventa y mucho por ciento un accidente laboral o un suicidio: el tipo cayó de espaldas y aterrizó sobre unos escombros amontonados a los pies del edificio. La probabilidad de que hubiera sobrevivido al impacto es ínfima, pero esa probabilidad se reduce a cero porque entre los escombros había una gavilla de hierro clavada en vertical que perforó la cabeza de Segis. Quien, por cierto, no llevaba ningún EPI: ni casco ni botas ni chaleco reflectante. La barra le entró por la nuca y le salió por el ojo derecho. Nuria me aseguró —dice Pilar dando con el dedo unos toquecitos sobre una de las fotografías— que esto que ves ensartado en la punta del hierro son restos del globo ocular.

—Lo mejor para mi estómago... Te lo advertí, con la loca de Nuria uno siempre se lo pasa en grande.

—Lo que yo te diga: unos cachondos mentales, eso sois los sevillanos —comenta la subinspectora ladeando el cuello, apretando los dientes y componiendo una sonrisa de hielo—. También me dijo ayer tu amiga la doctora que la muerte parecía muy reciente. A pesar de la tierra y del polvo de la obra, del calor y de lo seco que está todo, algunas manchas de sangre conservaban algo de humedad. No me explico cómo pudo ser así. Menudo infierno de noche. Tan tarde como era y costaba respirar.

—Ni que lo digas.

—¿Tú qué vas a saber, si no saliste de tu apartamento fresquito?

—Sigue, por favor, no te me vengas otra vez arriba —ataja Iván—. Lo de que no fuera un suicidio lo veo más o menos claro, pero ¿por qué descartamos también el accidente?

—La víctima, Segis, se precipitó desde una séptima planta. Unos veintiséis o veintinueve metros de altura. Aparte de que el arco de la caída es demasiado amplio —el cuerpo estaba a casi cinco metros de distancia de la base del edificio— y de la postura del cadáver, con los brazos y las piernas extendidos, si te fijas aquí —dice Pilar señalando otra imagen—, creemos que pudo caer a través del vano de esta ventana que, como ves, está en bruto, sin revestir ni enmarcar todavía, tan solo el ladrillo visto. Pues bien, mira esta otra foto: está claro que alguien se preocupó por barrer el suelo a los pies de esa ventana, por dentro. Cero huellas de pisadas.

—¿Nada de nada?

—Según los chicos de Criminalística que estaban con nosotras, parece que sí. Tomaron algunas muestras fuera de esa área barrida, pero anoche mismo ya me dijeron que no me hiciera ilusiones: con tanto trasiego de gente como hay en una obra de esas características, es tal la cantidad de pisadas, muchas de botas idénticas, y tanto el polvo, la tierra y la suciedad que resulta casi imposible aislar alguna evidencia mínimamente útil.

—Bueno, nunca se sabe. Muchos casos se han resuelto con un simple pelo o una minúscula hebra de hilo.

—Eso mismo les dije yo, que se pusieran manos a la obra y que no perdieran la esperanza.

—No te noto muy convencida.

—Porque estoy segura de que todavía están riéndose de mí.

—¿Ves? Esos cabrones sí que son muy simpáticos.

Pilar sonríe sin ganas y deja que Iván observe las fotos. Como una baraja, el inspector las recoge y hace un mazo con ellas. Lo pone

boca abajo, comienza a voltear las fotografías una a una y las observa con detenimiento antes de colocarlas a un lado, haciendo otro montón.

—¿Dices que son muchos los que trabajan actualmente en la obra?

—La única persona con la que pude hablar anoche fue con Juan Muñoz, el guardia de seguridad de la obra. A esa hora ya no había ningún responsable. Ni jefe de obra ni capataz. Te toca a ti contactar con ellos.

—Hecho. Cuéntame qué te dijo el segurata.

—No te creas que está muy puesto. Según él, el número varía de un día para otro, pero, como ya están en las últimas fases y han pisado el acelerador para entregar el hotel en la fecha prevista, hay por lo menos quince cuadrillas, entre albañiles, encofradores, carpinteros, electricistas, fontaneros, frigoristas, antenistas, ascensoristas, pintores y demás. Calcula que podríamos estar hablando de unas doscientas personas.

—¿Doscientas? ¡Alguien tuvo que ver algo por narices!

Pilar suelta una carcajada tan inusual en ella que Iván la mira como quien mira a un alien recién aterrizado.

—Querido —continúa diciendo con sorna—, esto es Sevilla, solo estamos a finales de junio y ya nos asamos como pollos *a l'ast* por la enésima, penúltima e histórica ola de calor. Y si, como dijo Nuria, el muchacho falleció ayer por la tarde, ¿puedes decirme quién iba a querer estar en la calle y achicharrarse? Además, querido, te recuerdo que aquí en Andalucía está prohibido en verano trabajar en la construcción después de las tres de la tarde. A esa hora hay menos gente en las calles que a las tres de la mañana.

—Ya te he dicho que cada vez pareces más de aquí que yo —afirma el inspector, a quien ese «que-ri-do», que Pilar insiste en

recalcar, le está tocando los cojones—, así que déjate de guasa. ¿Ni siquiera el segurata vio nada?

—El hombre, *molt avergonyit*, reconoció que ayer, en cuanto llegó a la obra y se despidió de los últimos trabajadores que quedaban, corrió a refugiarse en la garita con el aire acondicionado a todo lo que daba, y que ya no salió de allí hasta las siete más o menos para tomar un café con hielo en el bar de la esquina. Cuando volvió hizo la primera y única ronda de su turno. Y entonces se encontró el cadáver.

—Después de todo, tuvo suerte de que el acróbata no le cayese encima.

—No creo que el asunto sea para tomárselo a broma...

—Joder, Pilar. Ya está muerto. Qué más da un poco de...

—Luego le cuentas el chiste a los familiares. Vienen ya de camino. Son de Jimena, un pueblo de Cádiz.

—Sé dónde queda. Una zona muy bonita. Y no te pongas así, mujer.

Iván se levanta, le quita la carpeta a Pilar y la coloca sobre la mesa. A continuación, toma las manos de ella entre las suyas. Ella responde a la oferta de paz con un asentimiento. Iván le pregunta:

—¿Qué más me traes? Seguro que todavía me guardas alguna sorpresa.

—Algo de eso hay... —responde la subinspectora en un tono que es casi un susurro—, pero vamos por partes.

Pilar se zafa de las manos de Iván y extrae el resto de la documentación de la carpeta. Al igual que antes con las fotos, la extiende poco a poco sobre la mesa:

—Como te he dicho, la víctima se llama... se llamaba Segismundo Heredia Romero. Encontramos el DNI en su cartera. Era muy joven, veinticuatro recién cumplidos. Natural de Jimena de la Frontera.

Casado con una chica aún más joven que él y con una hija. Hace un par de horas he hablado con un compañero de Cádiz para que comunicase la muerte a la familia y, no te vas a creer qué casualidad, resulta que los conoce, es vecino de Jimena. —Iván nota cómo el tono de voz de su compañera se va entristeciendo a cada frase—. El pobre me ha dicho que vaya papelón, que no se le ocurre peor misión que notificarles a unos padres que su hijo ha fallecido.

—Normal —contesta Iván más para sí que para su compañera. Siente un pinchazo en las sienes. Acaba de pensar en su hijo. Mejor dicho, no quiere ni pensar cómo se sentiría él si Rafa se muriese.

La subinspectora suspira antes de continuar más despacio, como si le hubiera leído el pensamiento a Iván y ahora temiese romper algo con sus palabras: la pantalla del ordenador obsoleto, la taza azul con el logo del cuerpo desvaído y reconvertida en lapicero donde solo hay un lápiz sin punta y un bolígrafo sin capuchón, la evidente fragilidad del ánimo del inspector en este momento.

—Este compañero de Cádiz me ha contado que el chaval abandonó el instituto por las malas notas y por cafre. Su padre entonces le enseñó el oficio de fontanero y habló con un amigo suyo, un tal... —Pilar repasa un folio manuscrito con unas notas en las que el inspector reconoce la letra de la subinspectora, pulcra, limpia y, con todo, angulosa y nervuda—. Gerardo López, que tenía una pequeña empresa de reformas para que lo colocara.

—Una historia muy común. Si no me equivoco, Cádiz es la provincia con más paro de España. Y si hablamos de paro juvenil...

—Creo que sí. Estadísticas aparte, hay dos cosas que debes saber —la voz de Pilar acaba de dotarse de un matiz metálico, afilado, que hace tiempo que Iván no le oye—: la primera, que Segis en este momento no trabajaba en Sevilla, sino en una obra de la empresa de Gerardo López en otro pueblo de Cádiz, Vejer de la Frontera.

—También lo conozco. Tiene unas playas fabulosas. De unos años a esta parte, está muy de moda, sobre todo entre los pijos que dicen que no son pijos.

—Tendré que ir a conocerlo. Aunque yo no sea pija.

—Por eso mismo tienes que ir —dice Iván con media sonrisa irónica.

—Gracioso.

—¿Y la segunda?

—Que el padre de Segis le ha contado a nuestro compañero que ayer al mediodía su hijo llamó a casa para decir que no iba a comer, que había quedado con un amigo. Ya por la tarde, Segismundo, extrañado, lo llamó un par de veces para saber dónde se había metido y ya no consiguió contactar con él.

—¿Quién era el amigo?

—El padre no lo sabe. De hecho, y al parecer, Segis era un hombre de pocos amigos.

—Y, por lo que me estás dando a entender, muy apegado a la familia.

—Tanto que vivía con su mujer y su hija en casa de los padres de él. Estaban ahorrando para comprarse un piso en el mismo municipio.

—Un planazo. ¿Hay forma de localizar esa llamada?

Pilar le da la vuelta al folio manuscrito, lo coloca encima de la mesa y se pone a tamborilear sobre él con un bolígrafo.

—Pues... verás... el teléfono de Segis acabó destrozado en la caída. Yo misma vi cómo los de la Científica se llevaban las piezas en una bolsa. Poco van a poder hacer.

—¿Y tú?

—Pues... verás... —repite Pilar antes de hacer una pausa que Iván considera excesiva. También ha dejado de tamborilear. Tanto tacto le

está exasperando—, no sé si fue la mención del padre a la llamada de teléfono que hizo su hijo, o el acento de nuestro compañero, que me pareció algo particular, no sé, como si ya lo hubiera oído antes...

—¡Pilar, por favor! Abrevia, coño, ¡y dime de una vez qué es lo que tengo que ver!

Pilar chasquea la lengua, pone los ojos en blanco, exhala con fuerza y dice:

—Pues nada, que conseguí el número de teléfono de Segis y lo introduje en un programa *especial* que rastrea las llamadas.

—¡Acaba de hacer acto de presencia mi vieja amiga Pilar! —exclama Iván con la entonación de una fanfarria—. La de los métodos particulares. ¿Y?

—Déjate de chistes. Esto no te va a hacer ninguna gracia: he triangulado las antenas a las que se conectó el móvil. Segis se vino directo desde su casa hasta la obra por la autovía de Cádiz. Pero lo más interesante es que, efectivamente, la última llamada que hizo fue a sus padres, a las trece y quince minutos, supongo que para avisarles de que no volvería a tiempo para almorzar. La penúltima, a las once y veintitrés minutos a Roxana, *la seva dona, la seva vídua*. Y vas a alucinar, porque antes, a las nueve y cuarenta y seis, llamó a Onda Híspalis.

—No me jodas.

—No, querido. Yo no... pero si el muerto es la misma persona que te llamó por teléfono, sí que estás jodido.

—¿Levítico?

45

Miércoles por la mañana (más tarde)

Como para no tener que asistir a la bronca que a buen seguro le va a echar en cuanto Diosdado se entere —y en el patio de vecinos que es la comisaría no va a tardar mucho— de que el obrero fallecido por la tarde es la misma persona que por la mañana le había montado el pollo telefónico en el programa de radio, y cuya gravedad el propio inspector desdeñó a pesar de las advertencias, incluida la de Pilar, esta opta por dejarlo a solas en su despacho y encerrarse en el suyo a la espera de instrucciones.

Por su parte, gracias, dioses, por haber traído al mundo a la subinspectora Ojeda son las palabras que golpean la cabeza de Iván mientras, para hacer más llevadero el impás, antes del inevitable arreón del comisario, ojea el resto de los papeles de la carpeta que Pilar ha preparado con tanto esmero y tan buen oficio.

Además de otros documentos menores, como un raquítico expediente académico que termina de forma abrupta con la ESO inconclusa, la carpeta contiene un, este sí, prolijo informe de antecedentes penales. En resumidas cuentas, Segis fue un joven poco ejemplar, por no decir un golfo: tras su expulsión del instituto por una pelea en la que otro alumno acabó en el hospital con un brazo roto, el bueno de Segis encadenó una denuncia tras otra,

siempre por delitos menores, en su mayoría robos con y sin violencia que, cuando sumaron una cifra que el juez de menores de turno consideró suficiente, hicieron merecedor al chaval de una estancia a gastos pagados en un bonito centro de internamiento de menores tutelado por la Junta de Andalucía. Por suerte, y contra todo pronóstico, parece que la medida disciplinaria dio resultado, y los diez meses que Segis pasó encerrado los empleó en reflexionar sobre su futuro y en valorar las pocas, casi nulas opciones a su alcance para reconducir su vida. Se decidió por las que tenía más a mano, es decir, pedirle dos cosas a su padre: que lo perdonara por haber sido un bala perdida y que le enseñase el arte de las tuberías, los grifos y los sanitarios, a ninguna de las cuales el buen hombre, su padre, se pudo ni se quiso negar.

En la carpeta también hay una copia a color del DNI de Segis. En la foto, aunque algo borrosa, y a pesar de lo jodidamente feo que, por regla general, sale todo ser humano en los carnés de identidad, se puede sin embargo apreciar que el muchacho era guapo, con una mirada fiera y una de esas sonrisas de chulo que a Iván tanto le ponen. Su procedencia de un entorno rural y su atractivo natural habrían servido para que Palomo Spain o Jean Paul Gaultier no dudaran ni un segundo en subirlo a las pasarelas y elevarlo al Olimpo de la moda mundial. Iván se pregunta si Segis era gay. O, dado que estaba casado con una mujer, cuando menos, bisexual. Un último vistazo al DNI y al color oliva de la piel del chaval le lleva también a deducir que don Segismundo, además del apellido Heredia, le regaló a su hijo un buen caudal de sangre gitana. Y esa deducción le lleva de vuelta a la tensa llamada que hizo Segis ayer a la radio y a su seudónimo bíblico. Todo va encajando.

En ese momento, el dolor de cabeza reaparece como una mala noticia, a traición. Busca un Espidifen perdido al fondo de uno de los

cajones de su escritorio, cuando Diosdado irrumpe en el despacho. Ni toses ni carraspeos ni ninguna otra fanfarria gutural han anunciado su llegada, y eso solo puede significar que el comisario viene en son de paz o que al menos no trae una declaración de guerra. Los últimos meses han tensionado mucho su longeva amistad. Iván aceptó someterse a terapia de rehabilitación y a colaborar con la emisora, pero no ignora que Diosdado no termina de volver a confiar del todo en él. No le faltan motivos antiguos, y él tampoco deja de sumar otros nuevos, pero, qué coño, ¿es que acaso no puede uno divertirse de vez en cuando? ¿No sigue cumpliendo con su trabajo? Es cierto que, hace mucho tiempo que no afrontan ningún caso importante, pero también lo es que, gracias a la inestimable participación de la subinspectora Pilar Ojeda, siguen resolviendo con prontitud y eficacia muchos de poca envergadura. Por lo tanto, ¿a quién coño le importa si él se da un homenaje de vez en cuando? Y, lo más importante, ¿a quién le hace daño? A nadie, se repite una y otra vez: a nadie, joder.

—Menuda mala cara me traes, guapo.

—Pasando por alto la contradicción en la frase, ya conoces mi estómago y anoche...

—Ya, un corte de digestión —interrumpe el comisario—. Como los que nos decían nuestras madres en la playa cuando éramos chicos que nos iban a dar si nos metíamos en el agua antes de las dos horas de secano después del almuerzo. Igual de creíble y de científico.

—Ya sabes lo que dicen: las madres siempre tienen la razón. Además, todos podemos tener una mala noche.

—Pero no todos tenemos tus antecedentes. Te jodes. —El comisario abre mucho los ojos y alza un dedo acusatorio a Iván—. Esta tarde te toca grupo, ¿no?

—No, mañana —responde Iván cabeceando y levantando con disgusto una esquina del labio superior—. Parece mentira que, con el marcaje continuo que me haces, aún no te sepas mis horarios.

—Tú procura no saltártelos, guapo. —Diosdado respira hondo, lo que Iván interpreta como el esfuerzo callado de su jefe por mantener la calma y la tos en su interior, y decide que él también se va a aplicar—. Pilar me ha puesto al día —continúa el comisario, señalando la carpeta—. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Hablar con los responsables de la obra.

—Me parece muy bien.

—El hotel pertenece a Sacramento —dice Iván—. Es una pequeña cadena hotelera muy de moda entre los gais de Andalucía. Han crecido mucho en muy poco tiempo, yo creo que por aquello de que los que dan primero dan dos veces. Además, manejan muy bien el marketing: en los folletos te venden tíos jóvenes con cuerpos ciclados de adonis griegos. La pena es que, cuando llegas allí, lo que encuentras es un número considerable de viejas maricas alemanas.

—Anda, que si llego yo a decir esa frase...

—Pero he sido yo. Se siente. Es lo que hay. —Iván se encoge de hombros—. A nadie le sorprendió el año pasado la noticia de que iban a abrir uno en la Alameda.

—El Chueca de Sevilla —apunta el comisario con satisfacción.

—Pero en bonito. No hay color. —Iván se mordisquea una uña mientras hace memoria—. Que yo sepa, la cadena tiene hoteles en Torremolinos, en Cádiz, en la sierra de Cazorla...

—Joder, estáis en todos lados.

—No en todos. Todavía hay demasiados hoteles donde te miran raro si vas con otro tío y pides una habitación con cama de matrimonio.

—No me vengas ahora con el discursito activista, que no te pega nada.

—Ni a ti el homófobo.

—¿Homófobo yo?

—Como la mayoría de los compañeros de este corral —contesta Iván señalando alrededor.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado? —El comisario mira a Iván con una mezcla de estupor y pereza antes de responderse—. No le pidas peras al olmo. Bastante tienen esos con aguantar tus salidas de tono, tus cambios de humor o tus métodos dudosos...

—Eso era antes. Ahora me estoy rehabilitando, ¿recuerdas?

—Más te vale que así sea.

—¡Coño, con la duda! Tío, casi da igual que vaya o no a terapia. Me voy a llevar la bronca sí o sí.

—Tú procura seguir yendo. Aunque sea para cubrir el expediente y que los de Asuntos Internos no te enfilen.

La punzada de dolor en la cabeza, eléctrica y cortante, se vuelve a intensificar. Iván vuelve a rebuscar algún analgésico en sus cajones, como si antes no lo hubiera hecho. Piensa que también le serviría un martillo. Pero ni una cosa ni la otra.

—Dos años, jefe, por favor. ¡Dos años enfilado! —El grito no hace sino acentuar la descarga de dolor. Baja la voz, se la ha notado trémula—. Dos años en los que todos me habéis vigilado tanto que hasta me daba cosa ir a mear.

—A ver, Iván, ellos no tienen la culpa de que, hasta no hace mucho, pasaras más tiempo en el baño que en tu despacho. Y no para mear.

—Sí, vale, jefe, pero... ¡dos años! Yo creo que ya está bien.

Iván ve que la nuez de Diosdado se eleva hasta casi pegársele a la barbilla y cómo sus ojos enrojecen y comienzan a brillar

encharcados. El ataque va a ser antológico. Pero no. Justo cuando el comisario está a punto de prorrumpir en toses violentas, ha conseguido dar una bocanada profunda y, a continuación, expulsar el aire de los pulmones con un control medido, largamente ensayado. A continuación, con suavidad y hasta con un punto de Pilar, su jefe le dice:

—Date con un canto en los dientes. Los de Asuntos Internos podrían haberte tenido dos años en dique seco, con una bonita suspensión de empleo y sueldo que yo, por mucho que hubiera querido, no habría podido evitar, y no estoy tan seguro de que hubiera querido —a lo que añade, mientras abandona el despacho de Iván—: Y, por cierto, hablando de dientes, haz el favor de lavártelos. El aliento te apesta a alcohol y todavía no es ni la hora del vermú.

Iván, como buen subordinado, obedece.

También, y ya que va al baño, aprovecha y se mete dos puntas de mefe. Al carajo el puto dolor de cabeza. El día, por fin, comienza a encarrilarse.

44

Miércoles al mediodía

Si Iván ha llegado a pensar por un momento que, con la bronca de Diosdado —contenida, vale, pero bronca— su cupo de marrones ya está cubierto por hoy, siquiera por esta mañana, se equivoca de cabo a rabo. Aún le aguardan un par de bonitas sorpresas.

La primera: se dirige al despacho de Pilar para preguntarle si le apetece volver con él al hotel en construcción. Ha quedado allí con el jefe de obra. Sin embargo, lejos de mostrar su habitual sonrisa y su predisposición a colaborar, la subinspectora elabora una disculpa como la que podría haber desarrollado una IA: neutra y fría. Iván le pregunta qué sucede.

—Nunca mezclo mi vida personal con la profesional. Ya deberías saberlo.

No como tú, le ha faltado decir. Y, para zanjar el tema y no darle a Iván la opción de escarbar, agrega:

—Hace demasiado calor, tengo mucho trabajo pendiente y no creo que juntos averigüemos mucho más de lo que ya averigüé sin tu ayuda.

El dolor de cabeza sigue sin darle tregua. Iván no tiene ni ganas ni fuerzas para batallar en este frente. Qué mosca le habrá picado, se dice no obstante mientras se dirige con paso rápido a la puerta principal. La espalda también le cruje.

El nuevo hotel Sacramento Alameda, el primero que la cadena de establecimientos *gay-friendly* va a abrir en la capital andaluza, se encuentra, como su nombre indica, también en la Alameda de Hércules. Por eso en apenas cinco minutos Iván se planta en la puerta de la valla metálica que delimita el perímetro de la obra. Con todo, el sudor ya le ha pegado la camisa a la espalda. El verano es para la gente con dinero, para los que pueden permitirse huir a la playa o a la sierra, piensa mientras suena una sirena y observa la riada de obreros, todos hombres, rudos, bromistas y alborotados, que abandonan la obra en dirección contraria a la suya. No puede evitar sentir un poco de compasión por estos pobres. Cómo debe de castigar el sol en un andamio. La mayoría ignora al inspector, pero algunos lo miran con curiosidad, tienen pinta de haber roto más de uno y más de dos platos en sus vidas. Al ver algunos de sus vehículos aparcados en la puerta, se ve obligado a matizar su pensamiento anterior. Estos pobres, se dice, lo ganan mejor que yo. Mucho mejor.

A los pies del edificio, nada más superar la valla, hay dos casetas prefabricadas: la garita del guardia de seguridad y una minúscula oficina. La primera está cerrada y parece vacía. Encuentra a su inquilino en la segunda, un tipo con un uniforme varias tallas menos de lo aconsejable, cuyas costuras libran una batalla a desgarro con sus bíceps y sus cuádriceps. Iván no necesita mostrar su placa: en cuanto pone un pie dentro, el vigoréxico adopta la posición de firmes y alza la mano derecha a la sien. El inspector tarda unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad interior y ver a otros dos hombres sentados en sendos escritorios y parapetados tras sendos ordenadores portátiles. No sabe si hace más calor dentro que fuera. Lo que sí nota de inmediato es que ese espacio rectangular de escasos veinte metros cuadrados hiede a una mezcla de pies y de

bajante mal sellado. Uno de los otros dos se apresura a ponerse de pie.

—Usted debe de ser el inspector De Pablos —comenta extendiendo una mano derecha impregnada de una pasta de polvo y sudor. Barrigón y recortado como un cincuentón de vieja escuela, pero de cara infantil y sonrosada, el hombre luce sin pudor dos grandes círculos en las axilas—. Hemos hablado antes.

—Y usted Jesús Hogaza, el jefe de obra —contesta Iván escamoteando la suya.

El inspector se queda mirando al tercer hombre, que permanece sentado y enfrascado en su tarea, el procesamiento de una montaña de facturas. Se trata de un hombre enjuto y gris que, en contraste con el jefe de obra, tiene aspecto y aires de viejo prematuro.

—Aquí, mi compañero Salvador Gutiérrez, el administrativo. Le ruego nos disculpe, estamos en pleno cierre del trimestre —dice Jesús Hogaza con cara de disgusto y enterrando la derrotada mano en el bolsillo del pantalón.

Iván deja escapar una media sonrisa. Echa de menos el teatrillo de poli bueno y poli malo que suele representar con Pilar en ocasiones como esta, alternando a capricho quién hace de quién, aunque la inercia y la naturalidad siempre llevan a uno y otra al mismo papel. Puro método Stanislavski.

—Y usted será Juan Muñoz, el responsable de la seguridad de la obra —continúa Iván, ignorando la cara roja y chorreada del jefe de obra y dirigiéndose al guardia—. La subinspectora Ojeda me ha hablado muy bien de usted. Le está muy agradecida por su ayuda anoche. Le estamos, quiero decir.

—Para servirle, señor. Muchas gracias, inspector. Solo cumplía con mi deber, señor.

—Relájate, Juan. —Iván abre aún más la sonrisa. Después de todo, podría terminar pasándolo en grande—. Cada uno en su trinchera, pero somos compañeros de oficio, hombre. Aquí estamos los dos para ayudar.

—Por supuesto que sí, señor. Claro que sí, señor. Ya le dije ayer a la subinspectora Ojeda que estoy a su entera disposición, para lo que ustedes necesiten de mí, inspector.

—No me cabe la menor duda —dice Iván mientras pone una mano cargada de solidaridad sobre el hombro prieto y trémulo del uniformado—. Así me lo ha trasladado mi compañera. Por eso, me gustaría que me dijera lo que sepa sobre la muerte de Segismundo Heredia.

—Ya se lo contamos todo a la subinspectora y a la forense esa que vino a llevárselo —interrumpe el jefe de obra, que ha empezado a sudar más copiosamente—. No sé qué más podemos...

—Doctora Isla. Su nombre es doctora Nuria Isla. —Iván ha endurecido el tono y ha dejado de sonreír—. Ahora necesito que el señor Juan Muñoz me lo repita a mí. Por favor.

Casi por primera vez, el contable ha dejado de teclear y, sin duda por vez primera, mira a Iván desde detrás de los cristales empañados de sus gafas. Después, se lleva una mano hacia la ceja izquierda y se la masajea lentamente, como si quisiera aplacar un temblor involuntario o leer la mente de los presentes o, sencillamente, calmar una punzada de dolor fruto de tantas horas de pantalla y punteo de cuentas. Lo cual lleva a que en ese mismo momento el inspector vuelva a ser consciente de su propio dolor de cabeza, que creía haber superado, pero que no, permanece ahí, como una termita roe que te roe su cerebro. Con el rabillo del ojo observa que el jefe de obra le hace una señal de asentimiento al guardia de seguridad.

—No hay mucho que contar —comienza su relato Juan Muñoz, el cuerpo ya menos tenso, aunque todavía firme—. Ayer llegué a la obra después de comer, puntual como todos los días, a las tres de la tarde. Hacía un calor de cojones... perdón...

—No se preocupe, Juan —intercede Iván—, siga, por favor.

—Un calor insoportable, ya sabe. Me metí en la garita y puse el aire a tope que, por cierto, como estará notando, no se puede decir que estos aparatos vayan como un tiro...

—No digas eso, Juan, hombre —interrumpe Jesús secándose la frente con el dorso de la mano—, sabes perfectamente que las dos máquinas son nuevas, lo que pasa es que con este calor no dan abasto.

—Sí, jefe, eso dices siempre, pero el que se cuece ahí dentro soy yo.

—Y aquí en la oficina, no te jode. ¡Y en todos lados! Que esto es Sevilla, coño, y estamos en verano.

—Sí, pero...

—Disculpen, señores, y sobre todo usted, Jesús —dice Iván señalando al jefe de obra—, ¿podemos volver a los hechos?

—Sí, sí, tiene razón, disculpe.

—Ya sigo —dice el guardia con una sonrisa de satisfacción—: pues eso, le decía que volví de comer y me encerré en la garita con el aire acondicionado al máximo hasta que el infierno de la calle remitiera un poco. Sé que antes debería haber hecho la primera ronda y más tarde, a las cinco, la segunda, pero ¿quién iba a estar ahí afuera con el fuego que estaba cayendo?

—O sea, que se quedó usted lo que se dice frito, ¿no, Juan?

—Hombre, inspector, dormido lo que se dice dormido, no. Más bien traspuesto.

—Y, obviamente, desde ahí dentro, ni vio ni oyó nada.

—Nada.

—Entonces, dígame, señor Muñoz, Juan —pregunta Iván haciendo caso omiso de la nueva flacidez que ha adquirido la espalda del guardia y del nuevo, frenético e igualmente vano intento del jefe de obra por secarse las manos en los pantalones—, ¿cuándo encontró usted el cadáver?

—A las siete y media o las ocho.

Iván suelta un silbido largo y machacante que termina de noquear al guardia de seguridad. Ya no queda ni rastro de su firmeza inicial, y el pobre hombre no puede hacer otra cosa sino buscar una silla donde derrumbarse. Hasta sus bíceps parecen desinflarse.

—Pero no dormí tanto tiempo, se lo juro. Solo una hora o así. Después fui a la cafetería que está aquí al lado a tomarme un café para espabilarme. Y cuando volví...

—Por fin —interrumpe Iván con una sonrisa irónica.

—... hice la ronda y me tropecé con el cuerpo —Juan continúa. Va embalado—. Casi me caigo. Pobre muchacho, Dios mío. Estaba... estaba espachurrado sobre un montón de escombros. Algunos huesos le habían atravesado la piel y la ropa, se veían todos astillados y ensangrentados. Tenía el cuello estirado de una manera imposible, no sé cómo decirles. La cabeza... ¡esa cabeza, por Dios! Parecía una sandía atravesada por la gavilla. Dios mío... Era como si lo que quedaba del ojo me mirase desde la punta de hierro... y luego, todos los sesos desparramados entre los escombros... Dios mío... —Juan se lleva las manos a la cara, los codos a las rodillas, y comienza a sollozar con unos gemidos diminutos y nerviosos, infantiles, que recuerdan al llanto de un cachorrito—. Cada vez que cierro los ojos lo vuelvo a ver, tan claro como si lo tuviera delante. Un horror.

Mientras Jesús le da a Juan una palmadita en la espalda, Iván aprovecha para abrir la puerta de ese búnker prefabricado. Necesita expulsar el mal olor, el calor y el aire viciado, pero tan pronto como gira el picaporte se da cuenta del grave error que está cometiendo: los casi cuarenta y cinco grados que ya hace fuera son una tortura casi peor. Va a volver a cerrar cuando el jefe de obra, a su espalda, le dice:

—Si me permite, inspector, le doy una vuelta rápida por la obra. Casi todo el personal debe de haberse marchado ya, y...

—Sí, ya, que ustedes tendrán que comer —recorta Iván con un movimiento brusco del hombro. Ha notado la mano sudada de Jesús —. Vamos. Con este jodido calor tampoco me apetece quedarme más tiempo aquí.

Los cuatro hombres salen al encuentro del fuego exterior. Casi a la carrera recorren los veinte metros de distancia hasta la base del edificio en obras. La barriga de Jesús Hogaza bambolea. A los cercos de sus axilas se suma otro en el ombligo. El sol es una implacable plancha de metal caliente sobre sus cabezas. A mitad de camino, Salvador, el administrativo, se excusa, debe regresar a la oficina. Acaba de recordar unas últimas transferencias urgentes, si no las tramita de inmediato, tendrá que dar muchas explicaciones a los proveedores que se van a quedar sin cobrar sus facturas, así como a los servicios centrales de Contabilidad. Iván daría su vida por una excusa tan buena como esa que también le permitiera largarse de ahí.

El futuro hotel Sacramento Alameda estará constituido por dos edificios de diez plantas, unos treinta metros de altura, conectados entre sí por pasarelas a distintos niveles. Por fuera, el primero luce

ya un aspecto muy avanzado, prácticamente terminado a falta de remates de carpintería y la pintura de la fachada. El segundo está enlucido solo hasta la séptima planta. En las tres últimas, aún en bruto el ladrillo visto, los vanos de las futuras ventanas se abren como heridas de guerra. Desde uno de ellos, en un lateral, como le ha explicado hace un rato Pilar y ahora Jesús antes de atravesar juntos la puerta principal del edificio, se precipitó Segis la tarde anterior.

—Joder, ¡qué bien! Qué diferencia de temperatura.

—Unos diez grados menos, inspector.

—Se agradecen...

Dentro, a pesar del oasis térmico, la sensación de que falta mucho para terminar la obra y abrir el hotel al público es mayor: paredes sin enfoscar, suelos sin enlosar, cables vistos pendientes de encastrar en regolas, y hasta pelados y sospechosamente sueltos a ras del suelo, tuberías descubiertas, montones de arena aquí y allá y, por todas partes, depositados sin orden ni concierto, bidones de agua, botes de pintura, sacos de escayola, de yeso y de cemento.

Durante el ascenso a la séptima planta —los ascensores están instalados, pero aún sin servicio—, sucede algo que el inspector más tarde achacará a la tensión generalizada entre el personal de la obra, fruto de la conmoción que, irremediablemente, ha debido de provocar la muerte de Segis y las consecuentes visitas de la policía, incluida la suya. Es lo siguiente:

Aún quedan algunos trabajadores en la sexta planta. Recogen sus herramientas, despejan el tajo, se fuman un último cigarrillo antes de salir, se despiden hasta mañana. Iván se fija en uno de ellos. Se está refrescando con agua que extrae a manotadas de un cubo. La piel curtida y ennegrecida en los brazos y el pecho evidencia la costumbre compartida por muchos como él de trabajar con el torso

desnudo. Un intenso rubor se adueña de su semblante en cuanto ve al grupo acercarse. El joven, que no debe de sobrepasar los veinticinco años, se apresura a ponerse la camiseta, con tal desatino que sus pies se enredan con una espuerta de goma con herramientas puestas a remojo en su interior, que alguien ha dejado olvidada. La mala suerte quiere que el chico vuelque la espuerta, y que unos cuantos litros de agua turbia y espumosa se filtren por unas gruesas rendijas en el suelo hasta la planta inferior.

—¡Me cago en Dios! Pero... ¿quién? —grita una voz de hombre desde abajo, en la planta quinta.

En solo unos pocos segundos, como un vendaval, el dueño de esa voz sube hasta ellos. Sin que a ninguno le dé tiempo a reaccionar, se abalanza sobre el chico que ha derramado el agua sucia, mientras le grita:

—¡Tenías que ser tú! ¡Cómo no! ¡Precisamente tú! Te voy a...

Entre todos consiguen aplacar el embate del recién llegado. Sus cabellos viscosos y los chorretones grises que corren por su cara y por sus hombros evidencian el estropicio que el joven ha ocasionado con su accidente.

—Cálmate, Tomás, por favor —le pide el jefe de obra.

—¿Cómo coño quieres que me calme, hermano? ¿Acaso no has visto lo que ha hecho el parguela este?

—Bueno, ya está bien. Un accidente lo tiene cualquiera. Deja al muchacho en paz. Y tú, Jhonatan —se dirige al joven, que, callado, aparenta una extraña tranquilidad. Iván cree incluso percibir en su cara el esbozo de una leve sonrisa—, vete ya a casa, anda. Mañana, en cuanto llegues, le pides perdón a Tomás y arregláis las cosas como hombres.

—¿Este, un hombre? —responde Tomás.

Muy despacio y siempre en silencio, el tal Jhonatan se da la vuelta y se marcha. No sin antes clavar una mirada en las retinas de Iván. Mirada que desconcierta al inspector. Hay en ella un aire divertido y también algo más que le resulta muy familiar. ¿Deseo, quizás? En principio, el joven no es su tipo, pero...

Más calmado, aunque todavía resoplando, Tomás pide disculpas a Iván y a su jefe. Se presenta como el capataz de la obra.

—Obrero, capataz, jefe de obra... mucha jerarquía tenéis aquí.

—Inspector —replica Jesús—, en todas las obras tiene que quedar muy claro, cristalino, quién hace cada cosa y, sobre todo, quién manda y quién obedece. Si no, estos se me desmadran.

—Se desmadran de cualquier modo. En verdad, son todos una panda de chulos y de ignorantes —concluye Tomás. Se ofrece a acompañarlos arriba.

Llegan por fin a la séptima, donde el jefe de obra y el capataz le muestran el lugar desde el que se precipitó Segis, el vano de una futura ventana de dos metros de ancho y tres de alto, en la que falta por encastrar el marco de madera y el vidrio posterior. Llama la atención el espacio acordonado por el precinto con el logo del CNP, lo más limpio con diferencia. Los de la Científica se quedaron cortos con el comentario que le hicieron a Pilar. Allí no van a encontrar ni una hebra de hilo del que tirar.

—Al menos, tenemos la certeza de que lo empujaron, de que no fue un accidente laboral —afirma Jesús completando el pensamiento del inspector—. Como cayó de espaldas...

—Como comprenderán, por el momento no puedo dar ninguna información —objeta Iván—, aunque también cabe la posibilidad de que Segis se hubiese acercado demasiado al hueco de la ventana y, en un despiste, se tropezase y cayese al vacío. Poco probable, pero no imposible.

—Si me permite el comentario, inspector, eso habría sido un Premio Darwin de manual —dice Juan, el guardia de seguridad.

—Premio ¿qué? —pregunta Tomás, el capataz.

—Darwin. Un premio que reconoce todos los años las muertes más absurdas, por un descuido...

—Por gilipollas —sentencia Iván.

—Más o menos —confirma el guardia, ruborizado.

—Más bien más, Juan —apunta Iván intentando sonar conciliador.

Tras un rato inspeccionando y contrastando lo que ve con las fotografías que Pilar le ha enseñado un poco antes, bajan despacio. Ninguno se muere de ganas por salir de nuevo al infierno. Van a dar las cuatro, la hora más calurosa del día, y fuera les esperan rayos de castigo divino.

—Tengo entendido que Segis no trabajaba en esta obra.

—Así es, inspector —responde el capataz—. En verdad, no sabemos qué vino a hacer aquí.

—Pero ¿sí lo conocíais?

—Claro, en las obras gordas nos conocemos todos, hermano... perdón, inspector —se apresura a corregir el capataz.

—Las empresas grandes como esta —explica el jefe de obra— tienen por costumbre trabajar siempre con las mismas subcontratas en cada provincia. Si responden bien en una obra, ¿para qué buscar otra?

—Pero Sacramento no es una empresa constructora.

—No, la constructora es la empresa matriz, SurConEd. Sacramento es la promotora, pero esa división es solo a efectos fiscales. Los CIF de las dos empresas son distintos, pero los propietarios son los mismos.

Han llegado al *hall* de entrada. A Jesús ya no le queda ni un centímetro de la camisa que no esté empapado en sudor. Se detiene en la puerta antes de abandonar el edificio. Tomás aprovecha para encender un cigarrillo. Le ofrece otro a Iván, que acepta a pesar de las ganas de salir huyendo.

—Las cuadrillas de las subcontratas son también más o menos fijas —continúa Jesús—, aunque siempre hay un flujo de trabajadores entre una y otra. Por los motivos que sean. Económicos, familiares... o porque sí, por el gusto de cambiar.

—O porque no lo aguanta ni la madre que lo parió —dice Tomás —, como le pasa al Chiqui.

—¿Quién es ese?

—Uno de los mejores instaladores de aire acondicionado de toda España. Las empresas se lo rifan. Sin embargo, como dice Tomás, también es uno de los tíos más cabronazos que conozco. No hay día que no termine a hostia limpia con algún compañero de la obra. En serio, no hay nadie a quien le guste más la bronca. Y como, además, está soltero y no tiene cargas familiares, nada le impide pedir el finiquito de un día para otro, coger el petate y largarse. Yo creo que en los últimos cinco años se ha recorrido España entera. Todos en las obras conocemos al Chiqui.

—¿Y Segis también se movía tanto?

—Que yo sepa, siempre trabajó con Gerardo López.

—Entonces, ¿por qué lo conocías?

—Hace unos años construimos juntos un hospital comarcal en la Sierra de Cádiz. Era un buen fontanero. Un poco pesado, eso sí, pero un buen profesional.

—¿Pesado?

—¡Todo el puto día con el rollo del culto! —exclama Jesús—. No dejaba en paz a nadie, le daba igual que lo quisieran escuchar o no:

que si Dios esto, que si Dios lo otro, que si la gracia, que si el pecado, que si el diablo, que si qué sé yo... ¡Pesado es poco para lo coñazo que se ponía!

Ahí está otra vez, se dice Iván. El pesado, el intenso, el intolerante, el vengativo de Segis. Ahí está, se repite, el Levítico de los cojones.

43

Miércoles al mediodía
(más tarde)

—En verdad, pesados él y su mujer —añade Tomás señalando afuera—. Usted mismo lo va a poder comprobar ahora, hermano.

Iván se lleva una mano a la frente a modo de visera. El contraluz arde. Juan Muñoz se ha adelantado para dar el alto a una furgoneta blanca y destartalada que ha traspasado la valla a más velocidad de la deseable y que frena a escasos centímetros de la nariz del guardia de seguridad. Una mujer y un hombre se apean del vehículo. Desde su posición al pie de la escalera, el inspector observa alucinado cómo la mujer se dirige a Juan con aspavientos exagerados y cómo el pobre hace lo que puede para esquivar unas manos de uñas largas y afiladas que revolotean ante sus ojos y que le obligan a dar pasitos temerosos hacia atrás. El hombre es muy moreno, luce una envidiable cabellera ensortijada y recogida en una pequeña cola y tiene un cutis arado de arrugas no exento de atractivo, igual tiene cuarenta que cincuenta años. El parecido con Segis es extraordinario. Iván se limita a observar con cara seria y cansada y mirada agachada. A cierta distancia la imagen resultaría cómica de no ser por lo funesto y luctuoso de la situación.

Juan Muñoz se rinde y los deja pasar. La mujer se acerca como un torbellino, levantando una nube de polvo tras de sí a cada pisada,

firme y poderosa. Su presencia escultural y de contornos animales emana un fuego que en esos instantes rivaliza en ímpetu con el del sol castigador. Una belleza racial que aún no debe de haber cumplido los veinte. Una gitana cañón. La sigue a un metro escaso el hombre. En principio son dos personas muy diferentes, aunque el binomio desprende un aire unitario, podría decirse que identitario y hasta marcial. Es ella quien lleva la voz cantante, y no es un lugar común, su voz, aunque rasposa, tiene algo de cantarina:

—Buenas tardes. Soy Roxana Núñez. ¿Se puede saber adónde coño se han llevado a mi marido? —La mujer empieza a reproducir frente a la cara de Iván el violento manoteo que ha empleado con el guardia, ante la mirada siempre impávida de su acompañante. Pero Iván, que ha salido a su encuentro, no tiene tanta paciencia ni la correa tan larga.

—Señora, siento mucho su pérdida, pero creo que debería calmarse un poco.

—¿Calmarme? ¡Y una mierda! ¡Quiero ver a mi marido! ¿Qué han hecho con él?

—Señora, se lo repito: vamos a intentar tranquilizarnos. Entiendo que está usted pasando un trance muy difícil, pero eso no es excusa para que me hable así.

—¡Usted qué va a entender! ¡No entiende nada! Dígame ahora mismo dónde se han llevado a mi Segis o le juro que...

Iván abate en el aire una uña de color púrpura con destellos plateados que ha volado demasiado cerca de sus ojos. Agarra a la mujer por la muñeca, un gesto que la enfurece más y que la lleva a un forcejeo desesperado e histriónico.

—Señora, no se lo voy a repetir. O nos calmamos o me la voy a tener que llevar detenida a la comisaría y denunciarla por agresión a la autoridad. ¡Por favor, estese quieta de una puñetera vez!

El grito y, sobre todo, la mención a la comisaría, surten efecto. Roxana, la viuda de Segis, poco a poco ceja en el empeño, aunque sus ojos siguen supurando rabia.

—Mucho mejor, muchas gracias —continúa Iván, relajando también la tensión en su voz—. La doctora Nuria Isla procedió ayer al levantamiento del cadáver de su esposo. En este momento debe de estar en el Instituto de Medicina Legal, donde la misma doctora le practicará la autopsia.

—¿Autopsia? ¿Por qué? —La mujer ha girado drásticamente, ahora parece a punto de derrumbarse por completo.

—Es el procedimiento habitual en casos de muerte violenta como la de su marido. Estamos intentando averiguar el motivo de la caída. Si se precipitó por un despiste y un resbalón, si había bebido o ingerido alguna sustancia, si...

—Mi Segis no era ningún despistado. Ni bebía. Ni tomaba ninguna cosa rara. —Ha sido el hombre quien ha interrumpido a Iván.

—¿Y usted es?

—Segismundo Heredia.

—Mi más sentido pésame, señor Heredia. Soy el inspector Iván de Pablos.

El parecido del padre con la foto del DNI que ha visto esta mañana es innegable, pero lo que en Segis eran rasgos de juventud y frescura, en Segismundo son surcos hondos en la frente y en el cuello, manchas negras y grises en la piel, ojeras y bolsas bajo los ojos. Qué injusto es el tiempo, y qué doloroso debía de ser para el padre observar su decrepitud, no reconocerse en el espejo lozano del rostro de su hijo. Con todo, al inspector esa drástica diferencia, que más que padre hace que Segismundo parezca el abuelo de Segis, no le resulta extraña. Conoce casos similares y hasta más extremos. Que sean o no gitanos es indiferente. El dinero en la

cuenta corriente, no. Pura estadística: cuanto más bajo en la escala social, peor y más rápido se envejece.

—No desconfío de su palabra, señor, pero eso nos lo dirá la autopsia —continúa Iván—. Lo sabremos en cuanto la doctora Isla la termine.

—Le he dicho que no. Conozco... conocía muy bien a mi hijo —dice Segismundo con los ojos brillantes, aunque manteniendo el tono firme y sereno en la voz.

—Lo siento de veras, señor. Ahora, si me permite, tenemos que seguir.

—Hay algo más, ¿verdad?

—Estamos investigando cómo murió su hijo, señor Heredia. Es lo único que puedo decirle de momento.

Segismundo guarda silencio durante unos segundos. Iván se percata de que, mientras ha hablado, su nuera, Roxana, no se ha atrevido a meter baza. Entonces, el hombre continúa:

—Guarda tu lengua del mal, y tus labios de hablar engaño.

—¿Cómo dice?

—Salmo 34. Usted no me está contando toda la verdad, inspector De Pablos.

Las palabras de Segismundo descolocan a Iván. Hasta que empieza a comprender que Pilar y él no son los únicos que saben jugar a poli bueno, poli malo. Por eso, el inspector opta por los pies de plomo.

—No le estoy mintiendo. Solo pretendo mantener la prudencia. Es lo mejor en estos casos. Acabamos de empezar. Puede que todo no haya sido más que un accidente, pero no podemos descartar otras posibilidades.

—Como que, por ejemplo, lo empujaran.

—Es una de ellas.

—¡Dios mío! ¡Mi pobre Segis! —El llanto de Roxana se vuelve un clamor que a Iván le resulta irritante—. ¿Por qué le iban a hacer eso? ¡A mi Segis!

—¿Sospecha usted de alguien, señor Heredia? —Iván logra sortear a la viuda.

—En absoluto —responde el padre—. Mi hijo era un hombre recto. Un hombre en el camino de Dios.

—¡Todo el mundo quería a mi Segis! —continúa Roxana.

—Estoy seguro de ello, señora —murmura Iván. Le habría gustado añadir que eso se dice siempre de todos los fallecidos, aunque en vida hubieran sido unos grandísimos hijos de la gran puta. La muerte nos convierte a todos en buenas personas—. Una pregunta: ¿les dice algo a ustedes la palabra «Levítico»?

—Es el tercer libro del Pentateuco.

—¿Pentateuco?

—El Pentateuco es el conjunto de los cinco primeros libros de la Biblia. Levítico es el tercero, después de Génesis y Éxodo, y antes que Números y Deuteronomio. ¿Por qué lo pregunta, inspector?

—Su hijo lo usó como alias en una llamada que hizo a la radio.

—Ya veo...

Durante unos instantes, Iván capta un brillo de frialdad en la mirada de Segismundo. Luego, desaparece. El padre parece refugiarse de nuevo en su propia tristeza. Ha dado por concluida la conversación. Iván, bajo el sol abrasador, también cree que ha llegado la hora de cortar.

—Es pronto para sacar conclusiones. Cuando tengamos la certeza de lo que pasó, no duden que nos pondremos en contacto con ustedes para darles cuenta de todos los detalles. —Iván sabe que suena a funcionario, pero entre sus virtudes no está consolar a los familiares. Ni siquiera a los suyos.

Antes de despedirse, les facilita la dirección del Instituto de Medicina Legal, allí podrán encontrar a su hijo, les dice, aunque lo recomendable sería esperar a que la forense les avise cuando termine. Tras agradecérselo, el padre se despide y tira de su nuera hacia la furgoneta. Iván los sigue con la mirada hasta que se marchan por donde han venido. A pesar de resultar tan singulares, no dejan de ser una familia destrozada. Asumir la muerte de un hijo o de un marido debe de ser un dolor insoportable. Quién es él para criticar o juzgar cómo lo hace cada uno. A veces, esto lo sabe bien el inspector, en la vida se activan mecanismos emocionales que sólo uno entiende.

Por desgracia, ha cantado victoria antes de tiempo. Todavía le queda algo que hacer. Acompaña a Jesús y a Tomás al lugar donde el guardia de seguridad halló —se tropezó— con el cuerpo de Segis, al pie de una fachada lateral del edificio. También se ha establecido un perímetro con una cinta con el logo del CNE en torno al cúmulo de escombros sobre el que cayó el difunto. Aunque los restos orgánicos ya han sido retirados, y aunque el sol, implacable, ya sí, ha evaporado la sangre, la punta de la gavilla de hierro que atravesó los sesos y el globo ocular de Segis aún asoma con una macabra insolencia. El inspector imagina el ojo insertado como un faro que clama justicia en un mar de cal, cemento y arena.

—¿A qué altura está el séptimo? —pregunta.

—Cada piso tiene dos metros y medio, menos los locales comerciales del bajo, que llegan a los tres metros y medio. En total, una caída de casi veinticinco metros —contesta el jefe de obra, como quien lee el folleto comercial de una inmobiliaria, aunque inmediatamente se da cuenta de ello y cambia el tono—. Y, para colmo, el pobre cae de espaldas y con la mala suerte de la gavilla. Como para no matarse...

Iván mira hacia arriba. El sol hiere sus pupilas como una maldición egipcia. Con todo, logra ver a Jhonatan, el joven a quien el capataz ha abroncado hace un rato por tirarle el agua sucia encima. Les está observando, agazapado, desde una de las ventanas de la planta quinta. Pero no hay nada malo en ello, ¿cierto?, se dice el inspector, que no puede más. Por otra parte, poco más hay que ver ya allí. Con este bochorno y con el maldito dolor de cabeza, que ha vuelto para darle unas buenas tardes demasiado efusivas, el inspector se larga a casa. Ya está bien por hoy.

42

Jueves por la mañana

Amanece aturdido. Desganado. Apático. Antes de salir de la cama siente que al puto dolor de cabeza le ha sucedido un estómago levantado. Y es que ayer estaba tan destruido que volvió a meterse en la cama sin cenar. Además, en ningún momento la temperatura ha bajado de los veintiséis grados en toda la noche, lo único que el renqueante aire acondicionado ha hecho es meter ruido y más ruido. Los restos de sustancias que terminaban de fluir por sus venas hicieron el resto: pasaban de las cuatro cuando por fin se durmió. De puro agotamiento. Por todo eso, de buena gana se habría quedado en la cama hasta mañana, y, por todo eso, cuando la alarma del iPhone ha comenzado a sonar a las siete en punto, lo ha estampado de un manotazo contra la pared. Mientras se ducha vuelve a escuchar el timbre del móvil sonando en alguna parte del dormitorio. Abre al máximo el grifo del agua fría. Las cañerías crujen, escondidas detrás de los azulejos abombados. El baño, como todo el apartamento, necesita algunos arreglos, pero no se atreve a quejarse al casero. Hace tiempo que su economía doméstica bordea la miseria. Su sueldo, un glaciar, congelado desde ya ni se acuerda cuándo, la inflación, un caballo desbocado, y la actitud de Alicia ante la pensión alimenticia para Rafa, inflexible e inexorable cada día uno del mes. La proliferación como setas venenosas de pisos turísticos en su barrio empuja al alza la renta que paga por este piso cascado

que no llega a cincuenta metros cuadrados; es sólo cuestión de tiempo que la presión del casero termine por expulsarlo del barrio. Gentrificación llaman a lo que no es más que un atraco a mano armada. Consigue relajarse bajo la ducha por unos segundos. Hasta que cae en la cuenta de que es jueves, y de que los jueves por la tarde toca terapia. Mierda. Esto le lleva a recordar que también las drogas son caras. Mínimo, veinte gramos por pedido, a razón de un pedido al mes. Un buen pico en su presupuesto doméstico, aunque le hagan precio. Dios salve al capitalismo.

Apura el segundo café del día y se obliga a engullir una rebanada de pan con aceite y tomate. Una pena no tener tiempo para visitar a Ramón y a Felipe en el Cakes&Run, aunque, tal y como está de ganas, tampoco merece la pena. El teléfono vuelve a joder el momento, pero por nada del mundo está dispuesto a saltarse otra comida. No le hace caso hasta que suena por tercera vez, cuando ya se está vistiendo para salir. Se arrepiente en el acto de cogerlo. Es Lola Candau, su compañera de tertulia en el programa de radio *La calle es nuestra.* Llama para ofrecerle una oportunidad única, una entrevista en exclusiva en torno al caso del obrero precipitado. El inspector objeta que, más que una oportunidad, parece una encerrona. Eso lo tendrán que decidir tus jefes de la Dirección General de Interior, replica la periodista. Escucha, Candau, responde él, los circos, para los payasos. Y cuelga. Dos frases de boca de la víbora han bastado para ponerlo de mala hostia. Me cago en la puta, da un portazo al salir. ¡Será gilipollas! Ahí mismo, en el rellano, antes de guardar el llavero en el bolsillo, se mete la primera punta de mefe del día. Y la vida vuelve a tener algo de sentido. Tampoco mucho, pero menos es nada.

De camino al Instituto de Medicina Legal, le pilla un *19 Minutos* a Nico, el chaval rubio y gordito que todas las mañanas, llueva, truene

o achicharre, se instala en los alrededores con el reglamentario peto azul y blanco de ese diario gratuito, enarbolando una sonrisa a prueba de tristes y agoreros. Es la viva imagen de la felicidad, de la negativa por principios a dejarse amargar por todas las desgracias que anuncia el periódico que él regala a diestro y siniestro por cuatro duros que le pagan al mes. En la portada de esta mañana, una fotografía de Grego, defensa del Sevilla Fútbol Club, y varias temporadas en la selección nacional. Sobre la imagen, en una tipografía enorme y chillona, el titular: *Grego sale del armario*. El titulillo: *Por primera vez, un jugador profesional reconoce abiertamente su orientación sexual*. Iván arroja el periódico en una papelera a las puertas del IML.

—¿Tenemos algo?

—Tenemos mucho y muy poco a la vez, Pablito —responde la doctora Isla. La loca.

A sus treinta años, la doctora Nuria Isla García es la directora de un IML más joven de España y también una de las doctoras forenses más prometedoras. Cubre provisionalmente la vacante que dejó de improviso el anterior director. El, por entonces, jefe del servicio de Patología Forense ocupó el puesto del director fugado y Nuria, que había entrado en dicho servicio dos años antes como médica forense rasa —con muy poca experiencia, pero con un expediente académico estratosférico—, fue ascendida a jefa del servicio. Para rizar el rizo, solo seis meses después el recién promovido director solicitó una baja por estrés y ansiedad, y a ella la nombraron, provisionalmente, nueva directora. Provisionalidad que ya va para tres años, normal, suele decir ella, somos muy pocos a quienes nos interesan los muertos. Pero la doctora Isla no se queja nunca, al contrario, disfruta de lo lindo. La misma situación de desbordamiento que llevó a su antecesor a sufrir un crac nervioso es la gasolina que

día tras día alimenta y pone su motor a cien. Las estructuras rígidas no son lo suyo. Quizás este sea el motivo principal por el que, aunque a veces tengan sus más y sus menos, Iván y ella se entienden desde que se conocieron. Principal, pero no el único: también comparten el afán por llegar al final de los asuntos, sin importar qué o quién se interponga. Y la afición a las drogas, claro. Iván descubrió que Nuria era una entusiasta toxicómana como él un día que coincidieron en casa del Canario, uno de sus camellos de cabecera. Cuando a la salida el inspector le pidió con prudencia que no le fuera con el cuento al comisario, ni mucho menos a los simpáticos compañeros de Asuntos Internos, la respuesta de la doctora fue que aquel no era asunto suyo, que cada uno era libre de meterse lo que le saliera de los genitales y que, si alguna vez necesitaba alguna receta, no dudara en pedírsela, que no iba a ser el único en la comisaría que recurría a ella para dormir mejor. Iván soltó una carcajada espontánea que de inmediato contagió a Nuria.

—Un día de estos te mando a tomar por culo, doctorcita.

—Mmm, qué gusto, ¿verdad?

—Tú sigue jugando, que ya verás.

—Te lo he dicho mil veces, Pablito —antes de continuar, la doctora Isla deja de manipular el cadáver que la tiene ocupada. Por suerte, se dice Iván, no es el de Segis. Lo único que le falta para soliviantar del todo su estómago es un batido de cráneo, una papilla de cerebro y un salteado de globo ocular—. Ni me asustas ni me engañas. Me gustas.

—Bueno, explícame —dispara el inspector para sortear el sonrojo —. ¿Qué es eso de que tenemos mucho y poco a la vez?

—Ven. El informe preliminar está casi listo.

Nuria suelta el escalpelo, se saca los guantes de látex, se lava las manos en el fregadero, enciende un cigarrillo y, al tiempo que le

ofrece otro al inspector, lo guía de la mano hasta la oficina. Las primeras veces que se dejó caer por allí, cuando aún no era más que un incipiente proyecto de agente de la Policía Nacional, a Iván le extrañaba que aquella minúscula oficina estuviera al final de la sala de autopsias, de modo que los visitantes como él tenían que atravesarla, con los peligros que aquello suponía para la asepsia obligada y, sobre todo, para los estómagos delicados que, por la Ley de Murphy, siempre tenían que digerir la visión o, peor aún, los olores de algún cadáver abierto en canal sobre una de las cuatro mesas de autopsias. Pero pronto comprendió que aquello obedecía a una calculada estrategia disuasoria con la que el personal del IML se libraba, precisamente, de visitas inoportunas como la suya. Veinte años después, la oficina sigue prácticamente igual que aquellas primeras veces: una borrosa urna de cristal con apenas hueco para un archivador metálico atestado de expedientes e informes amarillentos, una mesa pequeña con un ordenador que funciona a pedales y una impresora atascada del polvo, un flexo raquítico y el par de sillas cojas donde ahora toman asiento.

—Poco, porque no hay señales de violencia ni rastro de agresiones previas. Por lo tanto, el homicidio sería, *a priori*, una opción poco probable, si no fuera porque, como ya sabes, alguien se ocupó de limpiar las huellas alrededor del hueco de la ventana. Por otra parte, en cuanto al suicidio, dado que ensartó la nuca en la barra de hierro, también sería rarísimo que quisiera quitarse la vida así, lanzándose al vacío de espaldas.

—¿Y un accidente? Supón que allí arriba, en la séptima planta, hubiera dos personas, una de ellas el vaina este que, haciendo el tonto, tropezase de mala manera y se precipitase a través de la ventana al vacío. Y que el otro lo limpiase todo antes de huir acojonado.

—Podría ser...

—Una muerte por gilipollas.

—Un Premio Darwin de manual, como alguien me explicó.

—Esa tuvo que ser tu compañera Pilar, que es muy lista.

—Más que el hambre.

—Y tú, el guapo. Por eso hacéis tan buena pareja.

—Y tú la graciosa, y completamos el trío.

—Me encantan los tríos. Cuando quieras —dice Nuria con una sonrisa que le invade la cara. A Iván le recuerda mucho a la sonrisa de Alicia en sus mejores años, cuando recién se habían conocido. Por un instante se imagina la escena de los tres en una cama y no puede evitar que le brote una sonrisa teñida de melancolía.

—No te hagas ilusiones, que casi te doblo la edad, doctora.

—En plazas mayores he toreado, inspector. No sé qué coño os pasa a muchos tíos con la edad. No te puedes quejar, coño, te conservas muy bien. En cualquier caso, creo que no le caigo demasiado bien a tu querida Sancha Panzo.

—¿Eso crees? Nunca me ha hablado de ti. Ni bien ni mal ni regular.

—Eso es que le caigo mal. No hay dudas. Las tías somos así.

—Si yo dijera lo que acabas de decir, me tacharían de machista.

—Lo eres, como el noventa y nueve por ciento de los tíos.

—¿Ves? Esa frase es muy de Pilar.

—Insisto: tu compañera es muy lista.

—Y lo es, pero te equivocas, no fue ella la que me explicó el Premio Darwin...

Al tiempo que hablan, Nuria le entrega a Iván una carpeta con el logotipo del IML de Sevilla.

—Mi gozo en un pozo, ya no hay trío —dice Nuria acompañándose de un bufido y señalando a su alrededor—, con lo bien que me

habría venido una juerga después de toda la mañana a solas con estos muermos. Me encantan, pero a veces son, no sé, un poco fríos...

—Qué bruta eres, doctora. Venga, sigue con el informe. Me decías que, visto lo visto, no hay una primera hipótesis a la que aferrarnos. Que no hay ni huellas ni marcas ni restos...

—Nada de nada.

—Pues sí que es poco.

—Bueno, lo que sí tenemos son algunas circunstancias que podrían inclinar la balanza hacia uno u otro lado.

—Ilumíname, por favor.

Nuria e Iván están sentados frente a frente en el escritorio. Ella no puede disimular su incomodidad y desplaza su silla hasta situarse junto a él. Se aclara la voz antes de continuar:

—Por una parte, antes de la autopsia encontré un motivo para que el sujeto quisiera terminar con todo. Su historial médico: nuestro amigo Segis tenía un cáncer de pulmón en estadio cuatro.

—Y ese estadio es malo.

—El peor. Metástasis. Se lo diagnosticaron hace menos de tres meses.

—Joder.

—Tiene los pulmones negros como el carbón. Si quieres, te enseño las fotos.

—Si lo podemos obviar, mejor.

—Lo suponía. En resumen, no habría durado ni tres meses más.

—¡Tan joven!

—Precisamente por eso, inspector. Es lo que tenemos los que somos más jóvenes, que todo nos afecta a lo grande, tanto lo bueno como lo malo. Luego, cuando se llega a tu edad, os tomáis las cosas con más calma. También los tumores.

—Otro comentario poco afortunado...

—Tienes razón. No eres tú, precisamente, ejemplo de templanza. ¡Que ya me he enterado de las fiestas que te pegas, papito! ¡A ver si me invitas a la próxima!

—También habrás oído que ya no me las pego, jovencita —dice Iván con incomodidad.

—Ese cuento se lo cuentas a tus jefes.

—¡Ya está bien! —Iván se arrepiente sobre la marcha de haber elevado la voz, pero la niñata lo está llevando al límite de su paciencia—. Joder, Nuria, por favor. Dime, ¿algo más?

—Vale, tranquilo. —La doctora posa una mano sobre la de Iván y, aunque él se la retira, ella continúa en un tono conciliador—: No te enfades, Pablito, aunque seas un *boomer* estoy en tu equipo, colega.

Él cabecea y la invita a proseguir con el informe:

—La segunda circunstancia que te quería comentar es que, a falta de los análisis toxicológicos definitivos, que, como bien sabes, tardan semanas en llegar desde Madrid, un detalle apunta a que este muchacho se ponía fino. Tenía unos granos de color blanco en ambas narinas.

—¿Narinas?

—Los orificios nasales. ¡Ostras! ¡Acabo de caer en la cuenta de que rima con cocaína! —exclama Nuria, volviendo a sonreír a bocajarro y arrancando, a su vez, una sonrisa tímida a Iván—. Una coca de primera, en este caso.

—Creo que también voy a querer ahorrarme cómo sabes eso, si aún no tienes el informe del Instituto Nacional de Toxicología.

—¿Cómo va a ser? Probándola. No te preocupes, solo me puse un par de granos en la punta de la lengua.

—No sé para qué pregunto nada.

—Eso digo yo. ¿No me conoces ya? Parece que lo haces a propósito —dice la doctora guiñándole un ojo—. Bueno, sea como sea, Segis se tuvo que meter unas buenas rayas muy poco antes de caer por la ventana. La masa encefálica era un puré, pero la nariz estaba intacta.

—Una imagen muy edificante. A propósito, visto lo visto, aquí se mete todo Dios.

—¡Hombre, pues claro! ¿Acaso no lo sabías ya? En las obras es de lo más común.

—¿Y eso no es demasiado peligroso? Subirse a un andamio colocado.

—Lo mínimo que se despacha en la obra es el hachís. Pásate una mañana temprano, antes de que entren al tajo, y verás qué rico huele. Mucho tío joven, la mayoría solteros, con estudios mínimos y muchas ganas de fiesta a todas horas. Están en la edad. Pocos accidentes se producen.

—Entonces, volveríamos a estar hablando de un accidente.

—Posible, pero improbable, como hemos hablado antes. Te recuerdo que el cuerpo cayó a cinco o seis metros de la base del edificio. Un arco demasiado amplio.

—Joder. De vuelta al punto de partida.

—Ya te lo dije: tenemos muchas cositas, pero ninguna concluyente. Mucho y nada a la vez. Y espera, que aún hay más. —La doctora extrae unas fotografías de la carpeta y se las tiende al inspector—. Fíjate en este tatuaje que tiene en la espalda, a la altura del omóplato derecho. Un veinte y un trece, separados por el signo de puntuación dos puntos: «20:13».

—¿Una hora? ¿Las veinte y trece minutos? ¿Las ocho y casi cuarto? —pregunta el inspector.

—Podría ser. Lo habitual —puntualiza la doctora— es que te tatúes una fecha significativa en tu vida. El día que conociste a tu pareja, que te casaste, que nació tu hijo, que perdiste la virginidad...

—¿En serio? —replica Iván—. Hay que ser muy gilipollas para tatuarte la fecha de tu primer polvo.

—Hay gente *pa to,* como dijo aquel. En esta sala de autopsias hemos visto tatuajes de todo tipo y en todas partes. —Una nueva sonrisa y un nuevo brillo en los ojos iluminan la cara de Nuria—. Por cierto, cuando quieras te enseño los míos. Algunos, muy bien ubicados.

—Doctora, por favor —ruega el inspector, alargando mucho la o final—. Estás empezando a cansarme.

—Tú te lo pierdes, molan mucho —responde Nuria entre risas—. En fin, te toca averiguar qué significan esos números.

—Tomo nota. Le preguntaré a los padres y a su mujer —dice Iván, apurando sus últimos granos de paciencia—, no sé, puede que a Segis le ocurriera algo importante a esa hora.

—A lo mejor se lo tatuó para recordar algo. Había una película de un tipo con amnesia que hacía eso, se tatuaba...

—Si no tienes nada más —interrumpe el inspector—, paso de tus películas.

Nuria apaga el ordenador y se levanta. Su mirada distante invita a Iván a hacer lo mismo.

—¿Qué pasa?

—Nada, que aún no he terminado el informe preliminar —contesta la doctora con sequedad—. Te lo enviaré cuando esté listo.

Iván se la queda mirando con estupefacción. ¡Pues sí que tiene la piel fina!

—Por cierto —continúa Nuria—, ya que vas a preguntarle a los padres y a la mujer de Segis por el tatuaje de la hora, aprovecha

para avisarles de que ya se pueden ir olvidando de reclamar ninguna indemnización por accidente laboral. Lo de la coca es lo único concluyente. La empresa lo va a ver claro.

—Lo que les faltaba.

—El padre y la mujer estuvieron aquí ayer por la tarde. Me dijeron que me los enviaste tú —dice mirándolo con un punto de fiereza—. Muchas gracias, compañero, amigo del alma.

—Les advertí que esperaran a que tú terminases.

—Lo mismo les dije yo. Que se fueran a casa, que ya los llamaríamos.

—¿Y te hicieron caso?

—Hombre, claro. No los iba a tener aquí dentro, sentaditos y pegaditos los dos a mi cogote mientras yo manoseaba las vísceras de su hijo. La próxima vez, intenta ser un poco más convincente y me ahorras el mal trago, si eres tan amable.

Ambos han llegado a sus respectivos límites al unísono. Sin embargo, es la forense la que da el primer paso:

—Ahora, si me permites, tengo mucho trabajo.

Iván sale farfullando y deseando no tener que volver a verla durante mucho tiempo. Niñata de mierda.

41

Jueves por la tarde

Como todos los jueves por la tarde, llega el primero, bastante antes de las siete, antes de que los otros participantes empiecen a dejarse caer, a coger las sillas apiladas al fondo de la sala, a formar un círculo en el centro, a servirse cafés imbebibles en minúsculos vasos de cartón, a preguntarse los unos a los otros cómo les ha ido la semana y a contestarse que bien, que más o menos, que lo de siempre, que los fines de semana ya no son lo que eran, no para ellos, que han reconducido sus vidas —están en ello— a desiertos donde no mana ni una gota de alcohol, a páramos donde no hay ni una mísera raya que rascar, a eriales donde no brota ni una sola pastilla ni un plátano relleno de cualquier sustancia que calme al mono. En todos ellos se aprecia una rigidez inicial que, conforme pasen los minutos, irá desapareciendo. No importa que lleven meses o años o que acaben de apuntarse, para todos es siempre la primera sesión. Quizás este sea el objetivo último de la terapia: no relajarse, no confiarse, borrar la palabra «victoria» de sus diccionarios de adictos. Para cuando el último de los otros nueve (ocho usuarios más el terapeuta) se ha sentado, Iván ya ha encadenado cuatro cigarrillos y está hasta las narices de estar allí. Esta excesiva puntualidad, que Iván llegue media hora antes de la hora prevista, no se debe, como el resto de los participantes cree, a que, como representante de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado en

proceso de rehabilitación y como reconocido héroe local, el inspector quiera dar ejemplo lanzando el mensaje de que se puede salir de esa mierda. No, a nada de esto se debe, sino al acuerdo que ha alcanzado con Nacho, el terapeuta de Futuro Humano: él pasa la prueba de orina por el inspector entregando la suya propia y, a cambio, este hace la vista gorda con Ismael, el hermano pequeño de Nacho, un famosete camello de medio pelo —y menos de medio cerebro— del barrio de las Tres Mil Viviendas, al que Iván ha detenido en multitud de ocasiones en plena faena. Muy avispado no es el muchacho. Luisi, la madre de Nacho e Ismael, los crio contra viento y marea, sin ayuda de nadie, primero desollándose las rodillas de tanto fregar suelos ajenos, después quedándose medio ciega de coser y remendar para las vecinas y finalmente desarrollando una esclerosis fulminante, a causa de la cual lleva más de una década sin sacar un pie de la cama. Nacho sabe que el disgusto de tener a su benjamín entre rejas llevaría a su madre al cementerio. Y eso, Nacho Morote, el exadicto y actual terapeuta jefe de Futuro Humano, es algo que no puede ni está dispuesto a asumir. Su hermano será un gilipollas, un malnacido medio retrasado, pero su madre es una santa, y por su madre haría lo imposible, incluso si lo imposible pasa por mandar a paseo sus más elementales convicciones éticas o profesionales. Y por eso, todos los jueves a las seis y media de la tarde, Iván llega al centro, localiza al terapeuta, lo conduce hasta el cuarto de baño privado de su despacho y le obliga a orinar en un bote donde después pega una etiqueta con sus datos personales. *Quid pro quo*.

—El día que me cojan... —dice Nacho, como cada jueves.

—Por eso, amigo, tienes que evitar que te cojan; por algo eres el listo de la familia.

El inspector hace acopio de paciencia para sobrevivir a las próximas dos horas. Este hatajo de perdedores y arrepentidos dará su consabida chapa, él mismo enarbolará un discurso —convincente, aunque de perfil bajo—, en torno a las segundas oportunidades que te ofrece la vida, las virtudes del perdón, empezando por uno mismo y bla, bla, bla y todos se felicitarán por mantenerse firmes y limpios. Aunque puede que alguno reconozca haber sucumbido al maléfico magnetismo de su personal adicción, lo que por fuerza conllevará un monográfico protagonizado por ese pobre ángel caído, en el que Nacho primero y acto seguido los demás, lo castigarán y lo salvarán simultáneamente. Palo y zanahoria, ya se sabe, para eso no hacen falta cuatro años de Psicología. Después se despedirán hasta la semana siguiente, animándose unos a otros a continuar por la senda de la superación y agradeciéndole al universo la nueva luz que se empieza a vislumbrar al final del agujero que son sus vidas, el destello de la reinserción y de la vuelta a la añorada normalidad social. Sea lo que sea lo que eso signifique.

Como todos los jueves, la primera en dar la paliza con su cháchara pretendidamente trascendente, trufada de anécdotas personales que a nadie interesan más que a ella misma y acompañadas de un amplio registro de exageradas gesticulaciones capaz de sacar de quicio al más templado, si es que hay algún templado en la sala, es Anita Gómez, la profesora de Historia a la que hace tres años expulsaron del IES El Naranjo, el instituto de educación secundaria del barrio de Pino Montano donde impartía clases, porque Manoli, una de las limpiadoras del centro, la pilló metiéndose una raya de speed en la sala de profesores la tarde-noche de un martes de final de curso en que la profesora Gómez se quedó más allá de su horario habitual, cuenta ella, para corregir exámenes. Como todos los jueves desde hace tres años, la profesora comienza agradeciendo a los

asistentes la paciencia que demuestran tenerle semana tras semana y recordándoles que nunca, jamás en la vida, podrá olvidar la cara de decepción, asco y pena que puso Manoli, que aquella tarde-noche también tuvo que echar unas horas extra —por supuesto, sin cobrar — para recuperar las que le había pedido al director del instituto la mañana de aquel mismo día porque necesitaba llevar a su hijo Francisquito al otorrinolaringólogo. Dos semanas después, por esas extrañas casualidades de la vida escolar, a la misma hora de un viernes por la mañana, al niño le estaban extirpando las amígdalas, y a Anita le entregaban la carta de despido y el correspondiente, en palabras de la propia profesora de Historia, escaso, por no decir raquítico, aunque, en fin, qué se le iba a hacer, más que justo finiquito.

Un pitido en el iPhone le lleva a perder el hilo. Es un correo electrónico de Pilar. Sin texto en el cuerpo del mensaje —¿dónde está su habitual cortesía? ¿Todavía le dura el enfado?—, adjunta un archivo de texto con información de las empresas Sacramento y Construcciones y Edificaciones del Sur, SA (SurConEd). En resumidas cuentas, Sacramento Hoteles es sólo una de las unidades de negocio del grupo SurConEd, cuyos tentáculos abarcan, además del turístico —hoteles, apartamentos, una web de reservas, cuatro restaurantes, cinco chiringuitos de playa y dos empresas organizadoras de congresos y eventos— una más que destacada cartera de negocios en otros sectores, todos vinculados al lujo: desde moda y marroquinería, hasta joyería y relojería, pasando por artesanía y complementos, cosmética y perfumería, servicios financieros e inmobiliarios internacionales, vinos y licores, y una empresa de consultoría cuya lista de servicios, listados en su página web, es tan general que lo mismo se puede interpretar que ofrecen el todo más sublime como la nada más inane. A quien quiera y pueda pagarlo le

podrían conseguir el último modelo de iPhone antes de que salga al mercado, un mechón de pelo de Lady Gaga o un riñón sano con denominación de origen de Myanmar. Nuevo, a estrenar.

La historia de SurConEd no puede ser más clásica: Francisco Resines, un albañil conocido como el Maña y nacido a finales de los setenta en el municipio cordobés de Pozoblanco, cabalgó sin perder el equilibrio la primera ola del maremoto inmobiliario de mediados de los noventa y, a base de tesón, esfuerzo, algún golpe de suerte y un buen olfato para arrimarse a quien más le convenía, consiguió pasar de autónomo a sociedad limitada, de chapuzas a empresa constructora de referencia en las obras públicas de toda la provincia. Cuando, ya en el cambio de siglo el apellido Resines comenzó a sonar vinculado a un caso de corrupción política de alcance regional, el otrora albañil y ya por aquel entonces únicamente empresario tuvo la feliz idea de vender el noventa y cinco por ciento de la empresa a un fondo de inversión israelí, conservando el cinco por ciento restante. A partir de ese momento, dejaría de trabajar para vivir, y su nombre se perdería en la hemeroteca, entre los miles de casos de corrupción urbanística similares al suyo. En aquella misma operación la empresa cambió su denominación por la actual, Construcciones y Edificaciones del Sur, SurConEd S. L., y su ámbito pasó a ser nacional, con algunas incursiones en mercados foráneos, focalizados en su mayoría en el sector del lujo. Como datos relevantes, Pilar ha remarcado en el informe tres párrafos adicionales. El primero, relativo a la siniestralidad laboral: en los últimos cinco años, solo se han notificado ocho accidentes, de los cuales, los únicos mortales han acaecido en obras menores, uno en 2020 y otro en diciembre del año pasado, aparte del de Segis en Sevilla. En letras rojas y en negrilla, la subinspectora ha anotado que le parece un número sospechosamente escaso para una empresa de

esta envergadura. El segundo párrafo trata sobre la maraña de empresas que constituyen a la fecha el accionariado del grupo SurConEd: amén del fundador, el susodicho fondo de inversión israelí y de la empresa Sacramento, el capital social del grupo se ha ido fraccionando entre un enjambre de empresas, el nombre de una de las cuales, Rainbow Building, ha subrayado de nuevo en rojo Pilar, calificándola en otro comentario manuscrito como el *lobby* gay de referencia en Europa. El porqué de dicha mención expresa lo halla al final del informe, donde la subinspectora ha insertado un artículo de prensa que da cuenta de los supuestos lavados de imagen llevados a cabo por ciertas empresas multinacionales con la colaboración de Rainbow Building. Una de las fotografías que ilustra el artículo muestra el momento en que sendos directivos de Rainbow Building y SurConEd suscriben el contrato por el que la primera se incorpora al capital de la segunda. Una operación de *marketing* que en su día elevó al grupo a lo más alto de todos los *rankings* de calidad y de ejemplaridad del país, con uno de los programas de responsabilidad social corporativa más completos y envidiados por sus competidores. Lo que, en privado, esos mismos competidores llamaban un *pinkwashing* de manual. Todas las casas tienen un *lobby* de entrada, se dice Iván, y en todas hay trapos sucios que se lavan en los cuartos traseros. En la última página del informe la subinspectora Ojeda ha incluido los nombres de las dos caras más visibles —los fondos no tienen caras— de SurConEd: el consejero delegado del grupo, Miguel Marín, y el director del hotel Sacramento Torremolinos, Antonio Lupiáñez, además de una fotografía en la que ambos aparecen posando en una entrega de premios al mérito turístico junto al alcalde de Málaga. Vestidos de esmoquin, lucen bronceado y dentadura de anuncio, estrechan con una mano la mano del primer edil y elevan con la otra el galardón recibido. A Iván

le quiere sonar la cara del director. Lo habrá visto alguna vez por Torroles. Por último, una nota a pie de página detalla la celebración de un evento organizado por el grupo empresarial para captar inversores que está teniendo lugar esta misma semana, y cuya gala de clausura será mañana, viernes, a partir de las veinte horas en el salón principal del hotel Sacramento Torremolinos.

—... pero os prometo que, a pesar de las tentaciones, no he recaído. Tenéis mi palabra.

Quien ha hablado es Manu, el trabajador del cementerio municipal que asegura que empezó a consumir para huir de la tristeza de convivir a diario con la muerte, aunque Iván sabe que por mucha lírica que le quiera meter a sus palabras, miente: sí que ha recaído, porque el fin de semana pasado se cruzó con él en el Enigma, el bar de la Alameda que queda en la misma acera, a solo dos números de la casa de Iván. Manu salía del baño con dos amigos, las narices húmedas y las bocas torcidas. Por la expresión en la cara de Juanje, el camarero y dueño del Enigma, buen vecino y mejor amigo del inspector, para quien siempre reserva una charla agradable y una copa gratis, no era la primera vez que Manu y sus dos amigos visitaban juntos el baño de su bar esa noche. Que Iván sepa, a Manu no le van los tíos, o nunca lo ha dicho, pero a los otros dos, sí, lo sabe por experiencia propia. En todo caso, quién es él para desenmascararlo y ridiculizarlo delante de todo el grupo, llevando como lleva, bien apretada en la nuca, la gomilla de su propia careta. Además, ya han dado las nueve, hora de terminar con esta pesadilla.

—Podrías cortarte un poco, Iván —le dice Nacho en voz baja y aprovechando que los demás están entretenidos en volver a plegar y apilar sus sillas de tijera sobre la pared al fondo de la sala—. Te he dicho mil veces que los móviles no están permitidos durante la

sesión. Además de distraer al grupo, es una falta de respeto a los que se lo toman en serio.

—Sus mentiras sí que son una falta de respeto. Con tal de quedar bien contigo se inventan cada trola... no te enteras o no te quieres enterar de que te la están metiendo doblada. No se libra ni uno.

—Eso no es así. Hay quien sí se compromete. No todos son como tú.

—Qué inocente eres... en este grupo nos seguimos metiendo todos. ¿Por qué no le dices a tu hermanito que se apunte? Hará buenas migas enseguida.

—Eres un hijo de puta.

—Cuidadito, amigo.

—No soy tu amigo.

—Tampoco mi terapeuta. Solo eres una puta coartada.

—Lo que tú digas —dice Nacho dándole la espalda—. Ahora, si me disculpas, tengo que recoger.

—Disculpado —responde Iván mientras se dirige a la salida— y, ya que estás, recoge también mi silla, por favor. Amigo.

40

Jueves por la noche

En casa. Una sensación agridulce. Agria, porque se ha pasado más de tres pueblos con el terapeuta. Lo último que necesita ahora es que el chanchullo de los análisis de orina salte por los aires, pero va él y prende la mecha. Joder. Siempre igual. Joder. Pero estamos a jueves. Un día de dulce para salir.

Para ver si se aclara, prepara algo de cena. En la nevera solo hay un trozo de queso duro, aunque sabroso, y un par de huevos con la fecha de consumo preferente borrada. Se la juega: tortilla francesa. Mañana toca visita exprés al súper. Fue una putada que su relación con Jorge, el cajero del Carrefour del barrio, terminase tan mal. Lo que empezó como unos polvos esporádicos derivó en su relación más estable desde el divorcio de Alicia. Un fin de semana tras otro hasta acumular unos pocos meses. Relación estable, no cerrada. Al final, el problema no fue que Jorge dejara de gustarle, al contrario: visto ahora en retrospectiva, puede que incluso llegara a sentir por él algo especial, distinto, intenso. Tampoco que se asustara, el clásico rechazo al compromiso que padecen los que, como Iván, han salido tarde y mal del armario y se han acostumbrado muy rápido a vivir solos. Nada de eso. Solo que aquello era más de lo que el inspector podía digerir. A estas alturas de la vida ya no reclama el lado izquierdo o el derecho, sino la cama entera. Es su cama, cojones.

Por eso ha sustituido el Carrefour por el Dia, aunque tenga que cargar con las bolsas desde más lejos.

Engulle el último trozo de queso para empujar el antirretroviral y se fuma un porro de marihuana. La pastilla le lleva a preguntarse cuándo le toca analítica. Consulta la agenda del teléfono y, menos mal, es justo el lunes próximo. Lo que faltaba para rematar este día tan raro es saltarse la cita. Siempre se pone de mala hostia los días previos a la revisión. La mera idea de tener que soportar la cara y, sobre todo, las recriminaciones del doctor Lucena, le sacan de sus casillas. Que el VIH no es la única ETS, que como siga pillando de todo y con tanta frecuencia va a terminar por desarrollar resistencias a los antibióticos, que debería cuidarse un poco más, que cualquier día se va a llevar un buen susto...

Decidido: hoy no se sale. Pero un segundo porro. Ya que se va a acostar muchísimo más temprano que de costumbre, al menos que las horas de sueño sean reparadoras. Pero está el problema del calor. A ver quién es el guapo que duerme con veintisiete grados. El aire acondicionado del salón y el ventilador del dormitorio llevan toda la tarde encendidos. Ya se pagará la factura de la luz cuando se pueda. Más caro es un entierro. Se ducha con agua fría y, sin secarse, se mete en la cama. Puede que sean los porros, el caso es que esto va mejorando. Se relaja tanto que comete la torpeza de enredar con Grindr, Wapo, Scruff y su aplicación preferida: MachoBB.

Jhon24: ola
Jhon24: ey
Jhon24: ola?

IvánLobo: Hola

Jhon24: k tal tio, k haces

IvánLobo: Nada, ya en la cama

Jhon24: y k haces conectado?

IvánLobo: Eso mismo digo yo...

Jhon24: 😂
Jhon24: así me gustan a mí los tíos, con las cosas claras!

IvánLobo: Pues sí... Y tú? Qué tal?

Jhon24: aki, exando un vistazo, a ver si *surje* algo

IvánLobo: ¿Y? ¿cómo va la cosa? ¿algo de interés?

Jhon24: depende

IvánLobo: ¿De qué?

Jhon24: más bien depende de kien. De momento, no va mal la cosa. stoy ligando con un poli

IvánLobo: ¿Nos conocemos?

Jhon24: claro. Soy el k te miró *aller* en la obra

IvánLobo: Mala cosa esa...

Ni veinte minutos más tarde, Jhonatan se planta en su apartamento. Aunque ni cinco ha tardado Iván en arrepentirse de haberlo invitado. Por un lado, porque el chaval, aunque joven, guapo y cachas —una de las ventajas de trabajar en la construcción es que no es necesario deslomarse todos los días en el gimnasio para tener un cuerpo fibrado, sobre todo a los veinticuatro—, no es su tipo. Y por otro, porque Iván no aprende. Ya está otra vez mezclando el

trabajo con el placer. Y, lo peor, aunque le duela reconocerlo: ya está otra vez tirando de sexo para no escucharse.

Por eso, antes de que Jhon haya llamado a la puerta, Iván se ha metido un par de generosas rayas de mefe. Ha dejado otras dos preparadas sobre una de las estanterías del cuarto de baño, ocultas tras el frasco de la imitación de Allure de Chanel —no usa el perfume original desde que Alicia ya no se lo regala por Navidades—. Solo por si acaso, se ha dicho. Además, qué coño, cuándo he rechazado yo un polvo rápido, se ha añadido.

Como si Jhon ya hubiera estado allí. Así es la familiaridad con que se mueve por el apartamento desde que ha cruzado la puerta. Sin embargo, que Iván recuerde, es la primera vez. En apenas unos minutos, el chaval ha comenzado a caerle simpático. Puede que tenga mucha pluma, cierto, quizás es demasiado infantil hasta en su manera de vestir, para su gusto de cuarentón, una mezcla descacharrada de chándal XXL, tonos flúor y estampados manga. Pero de inmediato queda claro que no es un niño. Tampoco ningún tonto.

—En verdad —le dice—, me ha sorprendido tu invitación.

—Para serte sincero, no lo tenía nada claro.

—¿Y qué te ha convencido?

—La curiosidad, supongo...

—Pues ya sabes lo que dicen los ingleses: que mató al gato.

Sí, es más espabilado de lo que su imagen da a entender en un primer impacto. ¿Dónde ha oído hablar de los sapiosexuales?

—Ya que mencionas a los ingleses: siempre he visto tu nombre escrito con la h después de la o, pero en la *app* la pones después.

—Así figura en mi DNI. Fue un error de mi madre al inscribirme en el registro cuando nací, pero ya de mayor he sabido que en algunos países como Colombia es más común escrito así, Jhonatan.

—¿Tus padres son colombianos?

—¡Ni de coña! Mi madre es de un pueblo de Huelva. Conoció a mi padre en el campo, en la temporada de la fresa. Él era de fuera. Tal como vino, se largó dejándome como regalito a los nueve meses. Dijo que era de Almería. —Jhon deja caer una sonrisa fría—. Vete tú a saber.

—Y ella, ¿no lo buscó?

—¿Para qué? Mi madre siempre me ha dicho que mejor sin padre que con un cabrón. Ella se ha bastado sola.

—¿Y tú? ¿Nunca has sentido curiosidad?

—Oiga, pedazo de interrogatorio, inspector.

—Cierto —responde Iván con rubor—. Deformación profesional, supongo... ¿Una copa?

—¡Siempre! ¿Vodka con tónica puede ser?

Definitivamente, cada minuto que pasa con él, Jhon le va cayendo mejor. Y ya hace un rato que ha borrado a Nacho de su mente. Más tarde le dolerán, pero hay que reconocer que estas huidas suyas hacia delante siempre le funcionan en el momento. Después de preparar los dos vodkas cortitos con tónica, Iván entra en el baño y da cuenta de las dos rayas. Busca en el reflejo del espejo algún rastro blanco en la nariz. Nada. Perfecto.

—No hace falta que te escondas, tío —dice Jhon en cuanto el inspector vuelve al salón—. Que digo yo que podrías invitarte a algo.

—Para conocernos tan poco, pides mucho.

—Venga, inspector —Jhon posa una mano sobre el hombro de Iván y aprieta con suavidad explícita—, no seas rácano. Otro día te invito yo.

—No tengo claro que vaya a haber otro día.

—Razón de más para que invites hoy.

La mesa de cristal del salón ha visto cientos de rayas de todo tipo de sustancias. Esta noche, a pesar de la reticencia inicial de Iván, el número aumentará con más de una decena de tiros de mefedrona. A la tercera y cuarta rellenan las copas. Jhon apura la suya casi en dos tragos. Se besan y se meten mano. Se quitan las camisetas. Iván observa con inquietud que el chaval va acelerado. Demasiado hasta para él, que tiene el carnet de socio vip del club de los polvos exprés. Y lo que más desazón le causa es un inesperado cambio en la mirada de Jhon, y no es solo por la dilatación química de las pupilas. Es algo más que no logra identificar. Un brillo distinto, un matiz en el iris. Jhon se toma la libertad de preparar otras dos copas y le ofrece el tubo a Iván. Este lo rechaza.

—¿Qué ocurre? ¿No estás cómodo? ¿He hecho algo que te disguste?

—No es eso, pero me estaba preguntando —Iván alarga la pausa, aunque no necesita meditar la respuesta. Aprovecha para incorporarse y abrir hueco entre ambos antes de continuar—. ¿Por qué has venido, Jhon?

—Ya te lo he dicho: porque te vi ayer en la obra y me gustaste.

—¿Y por qué no te creo?

—Pues es la verdad.

—Entonces a lo mejor el problema lo tengo yo, que sigo sin tener claro si me gustas o no.

—Tómate otra raya.

—Paso de esta ronda.

—Anda, dale, verás cómo te animas.

—¡Que no quiero más rayas, coño!

Iván advierte el temor en el semblante de Jhon. De repente, el chaval parece más chaval, como si le hubiesen soplado ocho o nueve

años de golpe. Ahora es un adolescente asustado, apocado y tembloroso, a nada de echarse a llorar.

—Lo siento, Jhon, no pretendía... Creo que lo mejor es que lo dejemos aquí.

—Sí, no te preocupes, ya me voy.

Jhonatan comienza a vestirse. Su nueva docilidad despierta en Iván un ramalazo de ternura muy parecido al que le inspira su hijo Rafa. En cierto sentido, aun con la diferencia de edad —Rafa tiene diecisiete recién cumplidos y Jhon veinticuatro— el inspector acaba de encontrar un extraordinario parecido entre ellos. La sonrisa huidiza, pequeña pero constante, la piel oscura, en sintonía con unos ojos muy negros y profundos, y un pelo también muy negro, tupido y encrespado. ¿Cómo no se ha dado cuenta antes? Es la gota que colma el vaso de su interés por el muchacho. También le hace sentirse culpable por ser tan borde. Igual que le sucede con su hijo.

—Espera. Termínate la copa, hombre. Está casi entera.

Desconcierto en la cara de Jhonatan. Tarda unos segundos en reaccionar. Una cierta relajación en los pómulos y en la frente.

—Te acompaño —continúa Iván en un tono que decididamente busca el son de paz—, yo también apuro la mía. No las vamos a tirar por el fregadero.

—¡Eso nunca! —exclama Jhon, una sonrisa renovada en los labios. Eleva su vaso en busca de un brindis que Iván le concede, chocando el suyo.

Follan. Iván dictamina que ha sido un buen asalto. Pero ya. Hasta aquí hemos llegado. Mientras, Jhonatan se ha vestido y deambula por el salón. El inspector aún está terminando de abrocharse el pantalón. A través del balcón, cerrado para mantener en el interior el frío del aire acondicionado, el chaval contempla la plaza de la Alameda y da pequeños sorbos a su bebida, de espaldas a Iván.

—¿Sueles acostarte con tíos mayores que tú?

—No tengo un prototipo definido. —Jhon se da la vuelta.

—¿Y pareja?

—Tuve, pero murió a primeros de año. —Su sonrisa ha vuelto a desaparecer—. Se llamaba Quino.

—Lo siento.

—Ya lo llevo un poco mejor, pero fue un palo. Acabábamos de irnos a vivir juntos a Torremolinos.

—Pero tú trabajabas aquí.

—Ahora sí. El tiempo que estuve con él iba y venía.

—Son más de doscientos kilómetros.

—No me supuso ningún sacrificio. El amor... —A Iván la naturalidad de Jhon le parece ingenua a la vez que envidiable—. Además, me encanta la Costa del Sol. Mucho antes de conocer a Quino ya iba mucho por allí.

—No sé qué le vemos los maricones a Torremolinos.

—Yo te lo digo: playa, sol, discotecas, cuartos oscuros, sexo, drogas, y todo a la mitad de precio que Ibiza. ¿Qué más quieres?

Iván asiente. Es justo lo que él siempre ha pensado.

—Hablé con la empresa para que me buscara una obra por la zona —continúa Jhon—. De momento no había ninguna, pero mientras tanto me apañaría haciendo chapuzas aquí y allá. Y Quino, aunque era de Benalmádena, tenía un puesto fijo en un hotel de Torremolinos, muy cerca. También de la cadena Sacramento.

—Claro, lo conozco.

—¿Quién no? Es el hotel gay más gay de la Costa del Sol. Lleva ya unos cuantos años abierto —aclara Jhon, visiblemente más animado —, por eso necesita pequeñas reformas puntuales. Aprovechan siempre los inviernos, en temporada baja. Quino era el jefe de mantenimiento. Muy manitas. De hecho, nos conocimos por eso. El

verano pasado me alojé un fin de semana en el hotel. En el camino, el coche se me averió y tuve que llamar a la grúa. Llegué tardísimo, ya habían cerrado la cocina, pero se apiadaron de mí y me sacaron un bocata y unas patatas. Estaba solo en el comedor cuando apareció Quino. Nos gustamos en el acto. Me saludó y me advirtió de que tenía una mancha de grasa en la mano. Le conté lo de la avería y que le había echado un cable al mecánico de la grúa. Quino me trajo una toalla húmeda para que me limpiara. Al dármela, sentí que apretaba más de lo normal, no sé si me explico...

—Perfectamente. Parece una escena de una película romántica.

—Todo el tiempo que estuvimos juntos fue así. Una peli de amor.

Aunque el dolor se trasluce en el semblante de Jhon, se nota que le está reconfortando hablar de su difunto novio. Iván también vuelve a encontrarse cómodo. No obstante, como es consciente de que la pregunta que empieza a rondar en su cabeza es delicada, opta por buscar ayuda:

—¿Nos tomamos esa raya?

—Eso ni se pregunta, inspector.

—Vale, pero te adelanto que no vamos a follar más.

—Y yo te adelanto que me gusta más este plan —contesta Jhon ofreciéndole el cilindro a Iván quien, después de esnifar, mientras Jhon hace lo propio con la suya, reclina la espalda en el sofá con un hondo suspiro.

—¿Te puedo preguntar cómo murió tu chico o prefieres no remover?

Como Iván esperaba, el muchacho ha vuelto a encogerse como caracol al que le tocan los cuernos. Pero contesta:

—Ocurrió las navidades pasadas. Quino se ahogó en la piscina de la azotea del hotel.

—¿La nudista?

—Me gusta más que la de abajo.

—A mí también. Se liga más y no se le queda a uno el culo blanco.

—¡Exacto! Entonces sabrás que en invierno la cierran.

—Es de suponer. Quién va a querer darse un baño en una piscina descubierta, a setenta metros de altura, en diciembre o en enero.

—Tardaron más de una semana en encontrar el cadáver. Por una parte, cuando denuncié su desaparición no me hicieron mucho caso. Y por otra, quién iba a imaginar que estaría allí arriba.

—¿Cómo lo descubrieron?

—Alguien alojado en la última planta se quejó en recepción de que había muchas gaviotas graznando y revoloteando alrededor de la azotea del hotel. Demasiadas. Cuando encontraron el cuerpo ya estaba todo hinchado y acribillado a picotazos. Le faltaban los ojos y algunos órganos.

—Joder.

—Se había ahogado en la piscina a primera hora de la mañana. Estuvo de fiesta toda la noche. Iba muy colocado. El día que murió, un sábado, amaneció muy nublado, no debía de ver nada.

—Lo siento, Jhon.

—Gracias. Me consuela pensar que iba tan morado que, seguramente, no se enteraría de nada. Se cayó al agua y se ahogó.

Callan. Aprovechan para encender sendos cigarrillos. Iván apura lo que queda de la botella de vodka en el vaso de Jhon, un gesto que este agradece con una tímida sonrisa y compartiendo la mitad del líquido en el vaso de Iván. Todavía sin hablar, fuman sumidos cada uno en sus cavilaciones. Hasta que Jhon, dubitativo, llama la atención de Iván.

—A pesar de todo —dice—, de las drogas, del alcohol, de la oscuridad y de la falta de visibilidad, nunca he terminado de creerme

que fuera un accidente. Y, después de lo de ayer, la muerte de Segis en la obra, menos aún.

—Ahora entiendo tanto interés por conocerme...

—¡No! En serio, me pones mucho, Iván. Te lo prometo. Pero también quería contarte mis dudas.

—Te agradezco la mentira piadosa, pero dime, ¿a qué vienen esas dudas? Tuvo que haber una investigación.

—Sí, claro. Vista y no vista. La policía de Torremolinos no se tomó ningún interés. Quino era una *persona non grata* para ellos, ¿sabes? Aparte de su trabajo, se sacaba un dinero extra colaborando en la organización de fiestas gais, como la Beach Bear Party. ¿Te suena?

—Claro. Es la quedada anual de osos en Torremolinos. Como la que hacen en Madrid o en Sevilla, pero en la playa y con todas esas enormes maricas rebozadas en arena, las barrigas peludas y coloradas, y los elásticos de los bañadores turbo de talla XS hincados en sus cinturas kilométricas.

—La misma —confirma Jhon chasqueando la lengua—. Una descripción un poco homófoba, pero sí, más o menos.

—La pura realidad —responde Iván encogiendo los hombros—. Pero dime: ¿por qué a mis compañeros de allí no les gustaba Quino?

—Porque, ya sabes, donde hay fiestas, hay trapicheos, camellos, drogas... Quino estaba más que fichado. Lo habían denunciado en varias ocasiones. Tuvo que pagar alguna que otra multa. Poca cosa. Sin embargo, cuando murió, un compañero tuyo, un poli, llegó a decirme que se veía venir y que... bueno... que, para ellos, su muerte suponía un problema menos.

—Valiente hijo de puta, mi compañero.

—Tú lo has dicho. Nunca ocultaron su desinterés. Llegaron a decirme que debía alegrarme de que no siguieran investigando, no

fueran a encontrar algo que me salpicara a mí, que yo tenía también muchos motivos para quedarme calladito.

—¿Los tenías? ¿Los tienes?

—Para los polis heteros y biempensantes, si eres gay como yo, tienes pluma como la mía, y te gusta la fiesta, follar y colocarte como me gusta a mí, sobran los motivos. Eres sospechoso de todo.

—Bueno, yo no soy hetero ni, mucho menos, biempensante, pero creo que exageras un poco.

—Algunas cosas no cambian, inspector.

—Puede ser, pero sigo sin ver los motivos para que alguien quisiera deshacerse de Quino. Y qué relación puede tener con la muerte de Segis. Dos accidentes mortales, en dos ciudades distintas, de dos formas diferentes, con seis meses de diferencia. Y, aunque ambos han sucedido en la misma empresa y tienen algunas circunstancias ligeramente parecidas, nada de eso me lleva a establecer una relación directa. Salvo que Quino y tú conocierais a Segis. Lo cual... —dice el inspector extendiendo la pausa y con tiento— podría ser incluso contraproducente para ti...

—No —sentencia Jhonatan—. Segis y yo nunca coincidimos. Pero, al final, en las obras nos conocemos todos, aunque solo sea de oídas. Sí sabía que él era uno de los mejores fontaneros de la empresa, y que vivía en un pueblo de Cádiz, porque algún compañero había compartido alguna que otra obra con él, pero nunca nos vimos en persona. Si hubiera algo más te lo diría, Iván, te lo prometo.

El inspector se está arrepintiendo de haberle dicho que no van a follar más. Ya sea por el acercamiento al calor de la conversación, o por el alcohol y las rayas, le está apeteciendo de verdad. No se lo piensa dos veces. Anuncia que está muerto de calor y se saca de

nuevo la camiseta. No miente. A pesar del aire acondicionado al máximo, se está asando.

Una hora y dos polvos después, cuando ya han pasado de las doce y media, y mientras Jhon se viste por segunda vez, comparten el último cigarrillo que queda en el paquete.

—Voy a pedirles a mis compañeros de Torremolinos el expediente de Quino, quiero echarle un vistazo.

—Gracias, Iván —exclama Jhon—. No sabes cuánto te lo agradezco.

—Pero no quiero que te hagas ilusiones y, si me aceptas un consejo, tira para adelante. Hay un millón de oportunidades ahí fuera para que puedas rehacer tu vida.

—Eso me dice la gente, mis amigos y tal, pero en verdad no es tan fácil, tío, te lo digo en serio.

—No sé por qué dices eso. Eres joven y guapo. Aunque yo esté enfadado con las relaciones estables, si eso es lo que tú buscas, seguro que encuentras a alguien dispuesto.

—Esa era mi intención, pero verás: antes de... ya sabes, hace un rato, antes de liarnos, me estabas diciendo que lo poco que pudiera haber de raro en la muerte de Quino te sonaba meramente circunstancial, poca cosa. Pero hay algo más que me gustaría contarte y que puede hacerte cambiar de opinión. Un amigo nuestro ha desaparecido. Se llama Alberto. Un muy buen amigo de Quino y mío. No sé si me explico.

—No sé si te entiendo. —Iván está siendo muy paciente. No le gustan estos juegos. Sin embargo, algo en la desesperación de Jhon le dice que lo deje continuar—. ¿Qué quieres decir?

—Que estábamos los tres.

—O sea, una trieja.

—Ponle el nombre que quieras. Nunca nos gustó ese palabro. Nos queríamos. Llevábamos juntos los tres más de dos años.

—Me alucina que os metáis en esos líos. Compartir tu vida con una persona ya me parece una complicación. Con dos, puro masoquismo.

—Para nosotros era muy fácil. Éramos felices.

—Si tú lo dices. —Al inspector se le escapa un bostezo. Es tarde. Está cansado—. En fin, allá cada uno con su película. Pero ¿dices que ha desaparecido?

—No se sabe nada de él desde Semana Santa. Desde marzo. Lo vieron salir una tarde del trabajo y hasta hoy.

—¿No vivíais juntos?

—Qué va. Nos veíamos los fines de semana y algún que otro festivo. Como te dije antes, Quino y yo acabábamos de empezar a vivir juntos en Torremolinos, pero Alberto vivía en Barbate, en Cádiz.

—¿Eso está cerca de Jimena, el pueblo de Segis?

—No. Están en una y otra punta de Cádiz. Se debe de tardar más de una hora en coche. ¿Por qué?

—Porque sería demasiada coincidencia.

—Ya... pero hay otra cosa que sí es demasiada coincidencia.

—Espera, que te lo digo yo: Sacramento.

—Así es. Alberto trabajaba en el hotel que tiene la cadena en Vejer de la Frontera. La tarde que desapareció nunca regresó a casa después del curro. Tuvo que pasarle algo por el camino. Como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Y la policía? ¿Habéis hablado con ellos?

—En este caso, tus compañeros de allí, según me dicen, sí están investigando, pero no han encontrado nada de momento. Ningún indicio. Nada de nada. Empiezo a temer que, como ya han pasado tres meses, se enfríen y archiven el caso.

—Complicado, sí.

—Como ves, tengo un imán para los marrones.

—Bienvenido al club.

—Sí, algo de eso he oído. Tu fama te precede.

—Suerte que tengo.

—Por eso sé que eres un fiestero, pero también que eres muy buen poli y que me vas a ayudar a encontrar a Alberto.

Son casi las dos. El tabaco y el vodka se han terminado. Iván acompaña a Jhon a la puerta.

—Me dijiste que habías venido a mi casa porque yo te gustaba.

—Y me gustas —responde Jhon con una sonrisa que a Iván le parece sincera. Espera no equivocarse.

39

Viernes por la mañana

Subidón colocón resaca bajonazo subidón colocón resaca bajonazo subidón. La vida como un columpio, como una noria, como una montaña rusa. Cansancio y tedio del jodido parque de atracciones en sus variantes física y anímica. ¿A qué vino el polvo con Jhon? ¿Es que no hay más tíos en el mundo con los que acostarse que, encima, están mucho más buenos, son más de su gusto y le complican la vida a uno mucho menos?

Una temperatura de récord en la calle. El aire acondicionado y el ventilador toda la noche encendidos. Una factura de la luz también de récord. Más te vale callarte, se dice, y plantearte en serio, de una vez por todas, dejar las drogas.

O hacer como Enrique, un compañero del cuerpo, de quien radio-patio-comisaría dice que trabaja más los viernes y sábados por la noche que el resto de la semana. Segurata de paisano en un par de bares del Paseo Colón, la zona de marcha pija y de *gin-tonicsgourmet* a precio de elixir de la eterna juventud. Aparte de la pasta extra, Enrique se saca las copas y tres o cuatro gramos gratis solo por airear la placa muy de vez en cuando y hacer mucha vista gorda todo el tiempo. De seguir así, se repite el inspector, tendrá que pensárselo seriamente de una puta vez. Una cosa o la otra. Dejar las drogas o ganarse la extra.

Ha intentado dejar de consumir un par de veces, ninguna en serio. El hábito es diario, y mete el suficiente nivel de droga en la sangre para mantenerse alerta y estimulado —y motivado—, sin que se le note demasiado. Bien es verdad que a veces no lo consigue, sus cambios de humor repentinos o el incontrolable temblor en las manos le traicionan, pero esas ocasiones han sido las menos. Cosa muy distinta es el moqueo constante. Durante mucho tiempo lo ha disfrazado de resfriado común, algo pasajero y sin importancia, pero ya no puede ocultar la gota perenne en la nariz ni el reguero húmedo de bolas de pañuelos de papel que va dejando a su paso. Intenta justificarse como puede alegando una alergia todavía no diagnosticada. Un día de estos, comenta Iván a quien se interesa por sus mocos, tendrá que ir al médico y ponerle remedio. Nadie le pregunta por qué la cantidad de pañuelos se multiplica, con mucho, los lunes y parece disminuir algo los miércoles.

Abre la ventana del salón para comprobar, con más cansancio que disgusto, que Sevilla sigue ardiendo. Según las noticias, la de este año es, otra vez, la ola de calor más larga de la historia, en una ciudad con una larga historia de olas de calor, y él, cada año que pasa, cada verano que llega, lo soporta peor. Que les den a los negacionistas del cambio climático. Para completar el cuadro, su cuerpo suda a chorros las toxinas de anoche. Puro expresionismo abstracto. Y Alicia llama por teléfono. Le hace más ilusión una traqueotomía que atender a su ex. Por suerte, el timbre de la puerta se impone sobre el ring del iPhone. Salvado, de momento. Otra patada hacia delante.

Rafa dice hola, vuela como un colibrí por delante de sus narices y se derrumba sobre el sofá. Iván, antes siquiera de preguntarle qué hace allí y por qué no está con su madre en la Costa Brava, en una reacción instintiva, se asegura de que no queda ningún rastro de

anoche sobre la mesa de centro. Después se pregunta qué fue de aquel niño al que, cuando llegaba a casa del colegio, le faltaba tiempo para echarse a sus brazos y estamparle un beso en la cara.

—¿Dónde nos vamos a ir de vacaciones, papá? Tendrás unos días de permiso, ¿no?

—Sí, a Torremolinos nos vamos a ir, no te jode.

Justo cuando trata de aclararle la ironía, su iPhone vuelve a sonar. Alicia de nuevo. Es imposible, pero juraría que el timbre suena como si el mismísimo Steve Jobs se estuviera electrocutando dentro de la carcasa.

—Antes de que tu madre nos mate a los dos, ¿podrías explicarme qué coño está pasando, Rafa?

—Fácil: mamá se ha empeñado en que nos vayamos juntos de vacaciones, y yo prefiero pasarlas contigo —contesta su hijo con una mueca de fingida indiferencia—. Deberías alegrarte de que te haya elegido a ti.

—Sabes de sobra que esto no funciona así, mientras tu madre tenga tu custodia.

—Venga, papá, no me jodas, que tengo casi los dieciocho.

—Tú lo has dicho, casi —replica Iván chasqueando la lengua, mientras su móvil termina de sonar con una impertinencia desesperante—. Todavía falta un año y, hasta que los cumplas, esta —señala la pantalla con el dedo— es la que manda.

—Que me denuncie si quiere, pero yo no me voy de vacaciones a la Costa Brava con sus amigas. Son una panda de pijas cuarentonas, ella la primera.

—Te vuelves con tu madre ahora mismo. —Iván le clava la mirada —. No hay más que hablar.

Rafa se ovilla, la cara vuelta hacia el respaldo del sofá. ¿Ya está?, se pregunta Iván, ¿he ganado? No lo creo, se responde. El joven

empieza a trastear con su móvil, momento que quiere aprovechar Iván para devolver las llamadas a su ex, pero antes de hacerlo respira hondo y cuenta hasta diez.

—Si vas a llamarla —comienza a decir su hijo, dándole aún la espalda, hablándole a los cojines—, pregúntale por qué, si mi psicólogo lleva años aconsejándome que debería empezar a tomar las riendas de mi vida y recomponer la maltrecha relación con mi padre, justo ahora, una semana antes de empezar el curro de socorrista que me he buscado yo solo este verano para poder pagar las clases de inglés del curso que viene, tengo que renunciar, con el contrato ya firmado y todo, solo para irme con mami y sus amiguitas de la infancia, todas divorciadas menos una que es viuda, por cierto, a la playa, cuando podría igualmente quedarme en casa de papi, trabajar entre semana y, en todo caso, pasar los fines de semana con él en cualquiera de las playas de Huelva o de Cádiz, que son estupendas y no están, ni de coña, a mil kilómetros de aquí. Y de paso, nos contamos esas cosas de padres e hijos que tanto le gustan a mi terapeuta.

¿En qué momento su hijo ha pasado de arquetipo de adolescente imposible de padres divorciados a joven despierto, irónico, divertido y con un punto chulesco sin duda heredado del suyo? Iván no puede por menos que soltar una sonora carcajada cuando al otro lado de la línea una Alicia vociferante se atropella tratando de hacerse entender. Durante esos instantes, Iván se siente como una loncha de queso entre dos panes calientes. O quizás es la puta ola de calor de los cojones. Sea como sea, se derrite.

38

Viernes por la mañana (más tarde)

La A-92, a su paso entre los municipios de Alcalá de Guadaíra en Sevilla y Antequera en Málaga es, con toda probabilidad, uno de los tramos de autovía más aburridos de toda la red viaria de España. Una larga recta de casi ciento cincuenta kilómetros, sin más paisaje a izquierda y derecha que llanuras ocres y verduzcas, sotos ralos y secos, lomas espurreadas de escasos olivos y más escasas coníferas, polígonos industriales del siglo pasado, monótonos huertos solares más extensos cada día que pasa, antiguas haciendas de olivar reconvertidas en salones de celebraciones, alguna construcción aislada en ruinas, sin techo ni ventanas, fantasmal y tétrica y, cada veinte o treinta kilómetros, desvíos y salidas hacia municipios que, en la competición por cuál puede atraer más turistas e inversores, cada vez se parecen más los unos a los otros. Cada vez guardan menos encanto. Muy pronto seguirán estando ahí, pero serán invisibles o ni siquiera serán.

Eso opina el inspector Iván de Pablos, quizás por la infinidad de veces que ha recorrido ese trayecto desde su salida del armario —expresión en desuso, rechazada por los mileniales y los zetas pero, qué coño, él es *boomer*, ¿no?, se lo puede permitir—. De Antequera a Málaga hay apenas cincuenta kilómetros más y, desde ahí a

Torremolinos, otros diez. En total, dos horas y media en coche hasta el considerado segundo destino gay de Andalucía después de Sevilla, y el primero de sol y playa.

El inspector ni por asomo ha sospechado esta mañana que solo unas horas más tarde va a viajar de copiloto en el coche de la subinspectora Pilar Ojeda, con su hijo Rafa tirado en el asiento trasero, de camino a Torroles. De hecho, a mitad de trayecto, más o menos a la altura de Osuna, todavía no termina de creer lo que está haciendo ni cómo ha llegado hasta este momento. La llamada de Alicia le ha dejado al borde del penúltimo precipicio del que su relación cuelga desde hace dos años. Como sucede en la mayoría de los divorcios, antes de dejar de hablarse tuvieron que atravesar un angosto desfiladero de acusaciones y reproches como dardos en una sola dirección. El dolor que sentía Alicia lo canalizó en una negativa tajante a compartir la custodia de Rafa. Sacó las garras y los colmillos para impedir cualquier contacto entre Iván y su hijo. Nada que discutir. Las nuevas reglas del juego están claras: si él intenta cualquier acercamiento, por tímido que sea, se las verá con los abogados de ella. Si él no le pasa la pensión alimenticia puntualmente cada día uno del mes, se las verá con los abogados de ella. Y él habrá construido un relato de redención, con el programa de radio y sus sesiones en NA, pero ella no se lo traga. E Iván no tiene el crédito bancario para afrontar el pago de sus propios abogados ni, mucho menos, el crédito personal suficiente para sortear el muro de una situación que, salvo las grietas abiertas en el cumpleaños del chaval, en las vacaciones del año pasado o en las pasadas Navidades, ha perdido pocos milímetros de espesor. Pero, esta mañana, sin embargo, cuando Iván apenas podía colar una frase de disculpa entre el torrente tumultuoso de acusaciones y amenazas de Alicia, Rafa le ha arrebatado el iPhone a su padre con

un zarpazo y, blandiendo una desarmante tranquilidad, le ha dicho a su madre que, si quiere denunciar a alguien, lo denuncie a él, que su padre no tiene nada que ver con la decisión que él, Rafa, ha tomado, es más, que se trata de una decisión a la que su padre es totalmente ajeno. Y que se dé prisa, porque los dieciocho los cumple en menos de un año, y que ella ya tiene experiencia en la rapidez con que los tribunales resuelven y que, ah, por cierto, mamá, en lugar de llamar como una fiera y acusar a diestro y siniestro, podrías pararte un poco a pensar y preguntarte por qué lo hago. Te quiero, remata. Y ha colgado.

Y luego, mientras Iván ha intentado averiguar cómo salir airoso del marrón en el que su hijo le ha metido, el iPhone ha vuelto a sonar, y lo lógico habría sido que se tratara otra vez de Alicia, pero no, por suerte para él, era Pilar, aunque tampoco ella ha llamado en son de paz. ¿Qué coño pasa hoy? ¿Soy yo o el bajón químico y el arrepentimiento por la noche con Jhon?

—¿Has leído el informe que te pasé ayer de SurConEd?

—Sí, claro.

—Como ni me has dado las gracias...

Por nada del mundo ha querido Iván empezar otra discusión, pero a todas luces el tono de Pilar rezuma tensión.

—Tienes toda la razón, y te pido disculpas. El informe es completísimo. Como siempre, un trabajo estupendo. Gracias.

—*De res.* Es mi trabajo.

—Compañera —se ha atrevido a preguntar Iván con cautela—, ¿te pasa algo?

—Nada —ha respondido ella tras unos dubitativos segundos de silencio en la línea—, solo estoy algo cansada.

—Normal. A estas alturas del año todos necesitamos unas vacaciones.

—No veo el momento de que llegue el uno de agosto. Me muero por volver a casa. Allí me tengo que tapar por la noche hasta en verano. No sé cómo podéis vivir así en Sevilla. *Això és insuportable.*

—La costumbre.

—No creo que llegue a acostumbrarme a no poder respirar de día y no dormir de noche.

—Lo harás. O acabarás desquiciada.

—Pocos locos tenéis.

—Alguno hay. Mira Segis... Ese se ha tomado las vacaciones definitivas.

Qué fácil resulta todo con Pilar. Basta iniciar una conversación, de trabajo o de lo que sea, para conjurar cualquier tensión entre ellos. Hace ya tiempo que su compañera es mucho más que eso, y este es, entre otros, el motivo que ha llevado a Iván a plantearle la escapada de fin de semana a Torremolinos.

—Nos quedamos en el Sacramento —le ha dicho—. Nos despejamos un poco y, de paso, aprovechamos la clausura del evento de inversores de esta tarde para conocer a esos dos tipos que mencionas en tu informe.

—Miguel Marín y Antonio Lupiáñez, el CEO de SurConEd y el director del hotel. —A la subinspectora le ha caído bien la propuesta. De hecho, Iván ha percibido una leve flexión en el tono de su voz, cercana al brillo de la ilusión—. Además, aparte de que hace poco me dijiste que la tartana de tu coche había vuelto a entrar en el taller, estoy segura de que Alicia se quedará más tranquila sabiendo que Rafa me tendrá cerca.

Por supuesto, él también ha pensado en eso. Lo que Pilar no sabe es que el taller es una excusa para no decirle la verdad, que le quedan dos puntos en el permiso de conducir. Una pasada de frenada más y se lo quitan. Así que aquí están, como el principio de

un chiste malo: saben aquel que dice que van un padre gay, su hijo postadolescente y su compañera de trabajo camino de Torremolinos...

Han acordado salir con tiempo suficiente para aprovechar algo de sol y playa antes de la asamblea general. Sin embargo, aunque Pilar llega puntual a recogerlos, Iván no está en casa. Su padre, le dice Rafa, ha tenido que salir a hacer «un mandado». Cuando vuelve, el inspector los encuentra montados en el coche, charlando animadamente. Sin que nadie se lo pida, Iván se excusa con que ha tenido que acercarse al cajero automático.

—Entonces, invitas a la comida —dice Pilar—. Y conduces tú, que quiero disfrutar del viaje.

Durante la primera media hora la subinspectora sigue sin dirigirle la palabra, así que Iván busca otra entrada por donde sabe que no va a encontrar resistencia:

—Cuando puedas, necesito los antecedentes de alguien.

—¿De quién?

—Se llama Jhonatan Domínguez Roldán. Con hache entre la jota y la o. No tengo más datos, salvo que vive aquí en Sevilla, en un pueblo del área metropolitana, Bollullos de la Mitación.

—¿Lo conozco?

—Es el tipo que el otro día se llevó la bronca en la obra. El que derramó por accidente el agua sucia de una espuerta sobre el capataz.

Otro conjuro. Un sortilegio. Con las manos sobre el volante y la mirada de la carretera a Pilar y viceversa, la observa teclear en su iPhone hasta dar con lo que busca. De reojo distingue en el documento que se ha abierto en pantalla el logotipo del Cuerpo Nacional de Policía. Por cómo ella se muerde el labio inferior confirma que sus cinco sentidos están concentrados en la lectura.

—¿Y bien? ¿Tienes algo?

—Un personaje, el muchacho. Un prenda.

—¡Esa expresión es muy de aquí, subinspectora!

—Aún no le he pillado el significado por completo, pero me da que se acerca mucho al perfil que dibuja el informe sobre él.

—¿Un resumen, por favor?

—Déjame que primero haga una llamada para despejar una duda.

Ni cinco minutos después, Pilar cuelga el teléfono y anuncia que ya lo tiene:

—Jhonatan Domínguez Roldán, nacido el catorce de abril de 1998 (veinticuatro años), en Bollullos de la Mitación, Sevilla. De profesión electricista, aunque desde no hace mucho. Anteriormente pasó por una etapa complicada, que podríamos calificar de clásica en entornos como el suyo. Como la música era su pasión, compaginaba sus estudios de secundaria con el conservatorio, donde brillaba como instrumentista de vientos, particularmente la trompeta. Sus calificaciones eran excelentes en todos los ámbitos. Hasta que, a los dieciséis años, coincidiendo con su entrada en un grupo de pop-rock alternativo, comienza a frecuentar amistades digamos poco convenientes, y, claro, aquel brillo se apaga. Hay que señalar que más o menos por esa época sale del armario, algo que sus padres nunca aceptaron (como anécdota, te diré que lo anunció en las redes sociales antes de decírselo a ellos). De hecho, intentaron por todos los medios que abandonara el grupo. Le impusieron horarios rígidos y dejaron de pagarle cualquier otra cosa que no fueran la ropa y la comida. Lo cual dejaba fuera las clases de música y los instrumentos. Como respuesta, Jhon deja la música. La relación con sus padres se convierte en un infierno. El mundo perdió a un trompetista de primera y su pueblo ganó un camello de mala muerte. Pronto comenzaron las denuncias —un total de once—, las

detenciones y las escapadas de casa. Al cumplir los dieciocho se va a vivir a un piso okupa en el mismo pueblo. Durante un año, más o menos, se le relaciona con algunas peleas en discotecas y hasta con una redada en un club de carretera, pero las denuncias nunca llegaron a ninguna parte. Lo más sorprendente es que lo siguiente que tenemos de él es que entra a trabajar como electricista en SurConEd. En la obra del hotel Sacramento Alameda lleva desde que arrancó, hace poco menos de un año y medio. Desde entonces no ha hecho ningún ruido.

—Pues sí que es un prenda, sí... —dice Iván pensativo—. ¿Puedo saber a quién has llamado?

—A Jesús Hogaza, el jefe de obra —responde Pilar sin una mera inflexión en su voz—. Me ha explicado también a qué obedeció el cambio de actitud de Jhon: conoció a un tal Joaquín Villegas Sánchez, un carpintero que trabajaba como jefe de mantenimiento en el Sacramento Torremolinos y que lo recomendó a sus superiores para que le dieran una oportunidad.

—Era su novio. Quino. Joaquín. Murió ahogado en la piscina del hotel las navidades pasadas.

—¡Uno de los dos fallecidos en accidente laboral! —exclama Pilar cabeceando—. Debí haber afinado más en el informe de la empresa. Qué estúpida.

—No te flageles, mujer. No es tan obvio. A cualquiera se le puede pasar un dato así.

—A mí no —replica la subinspectora con firmeza—. En cualquier caso, me da la impresión de que ya sabías de la conexión Jhon-Quino.

—Sé por dónde vas. —Iván se retrepa en el asiento y respira tranquilo al ver por el retrovisor que Rafa lleva los auriculares puestos y que se agita tumbado en el asiento de atrás al ritmo de lo

que quiera que (¿reguetón?) esté escuchando—. Digamos que Jhon y yo hemos tenido la oportunidad de hablar. Y nada más. No empieces a imaginar cosas.

—*Jo no imagino res*. Me limito a constatar un hecho —Pilar mantiene la mirada fija en la carretera—, y es que Jhonatan Domínguez trabaja en la obra del hotel Sacramento Alameda, donde ha muerto Segis en un, digamos, más que dudoso suicidio. Y que el mismo Jhonatan Domínguez fue pareja de Joaquín/Quino Villegas, también fallecido en un accidente laboral, también en una azotea, también en un hotel Sacramento, el de Torremolinos en este caso. ¿Puedo preguntarte si hay alguna otra información que me haya perdido?

—Solo un detallito más. —Iván se aferra con más fuerza al volante —. Jhon y Quino mantenían una relación a tres bandas con Alberto, otro trabajador de la empresa, pero de Cádiz, en este caso.

—¿Poliamor?

—El propio Jhonatan me dijo que no les gustaba ponerse etiquetas, pero sí: formaban una trieja.

—Muy modernos... pero hay que ver cómo se complica la gente la vida. Si convivir con uno ya es difícil, con dos...

—Lo mismo le dije yo. Me contestó que solo se veían los fines de semana. Aunque fueran de la misma empresa, trabajaban en obras de diferentes provincias.

—Mejor así. Al final, va a ser que las relaciones a distancia son más duraderas —dice Pilar más para sí.

—¿Sombras tenebrosas en el paraíso? —También el inspector ha suavizado la voz.

—Digamos que aquí abajo hace demasiado calor para una familia de allí arriba —responde cabizbaja—, pero no me apetece hablar del

tema —intenta sonar más briosa—. Dime, habrás contactado con el tal Alberto, ¿no?

—Ese es el quid de la cuestión, que está desaparecido.

—Define desaparecido.

—Que se ha esfumado en el aire, que una tarde salió del trabajo y nunca llegó a su casa.

—*Collons!* Vaya con el amigo trompetista y electricista. Suena a buen *embolao.*

—Cómo me gusta —exclama Iván, divertido—, lo bien que conjugas ya el catalán con el andaluz.

—Eso me dicen mi marido y mis hijas, que cada día parezco menos una cosa y más la otra. Y no te creas que me disgusta...

Una gasolinera cerca de Antequera. Repostan y aprovechan para estirar las piernas, comprar refrescos y patatas fritas e ir al baño. Iván también para probar la mefe que ha pillado antes de salir. El cajero era un camello. Quizás ya no lleguen a tiempo para comer y tendrán que acortar la tarde de playa. El inspector se asegura de limpiarse bien los orificios nasales. Solo faltaba que Rafa, que poco tiene ya de niño, le llame la atención sobre algún resto blanco. Cuánto ha crecido. Hasta ayer no era sino un muchacho introvertido, desgarbado, de carácter seco y mirada desafiante. Hoy es un proyecto de hombre guapo, que ha ganado contundencia en los andares y sustituido la rabia por un brillo de sagacidad en los ojos. Y es que, entre todos los rasgos que su hijo ha heredado de él, que son un buen puñado, el que más reconoce como suyo desde que el chaval solo era un moco que aún gateaba es la curiosidad. Una curiosidad que, en determinadas ocasiones, raya la insolencia. En su boca todo son porqués y más porqués.

Al final, no es con Rafa, sino con Pilar con quien mete la pata. Cuando va a pagar, en la cartera de Iván solo hay un billete de cinco

euros enrollado. Tira de tarjeta. Ella se le queda mirando. En su frente, una pregunta escrita: ¿no había sacado dinero? Sin embargo, lo que le pregunta es:

—¿Qué tal ayer en la terapia?

—Bien, bien —se apresura Iván a responder, devolviendo rápidamente la cartera al bolsillo trasero del pantalón vaquero.

—¿Alguna novedad?

—No, lo mismo que todas las semanas: palmaditas en la espalda por mi buen comportamiento. —Iván está incómodo con el derrotero de la conversación, mejor darle carrete a Pilar con el caso—. Me falta en todo esto la conexión de Segis. Salvo que trabajaba también para Sacramento, no encuentro que tuviera nada que ver con Jhon, Quino y Alberto. De hecho, vivía en un pueblo de Cádiz. Que, además, no está cerca.

—Bueno, fíjate en los otros, un trío...

—Trieja —interrumpe Iván.

—Como tú digas. Dudo que ese palabro exista en español, así que ni me voy a molestar en averiguar su traducción al catalán. Me gusta más *trilla*, un trío.

—A mí trieja, pero sí, eran tres tipos que vivían en tres provincias distintas y quedaban para follar o lo que sea que hacen las triejas los fines de semana. —Iván sonriendo de manera excesiva—. Se llame como se llame, tenemos que averiguar algo más sobre Segis. ¿Cómo dijo en la radio que se llamaba?

—Levítico.

—Eso. El lunes, cuando volvamos de Torremolinos, nos damos una vuelta por la provincia de Cádiz. Por el hotel y por los domicilios de Segis o Levítico y de Alberto.

—Por si os sirve de algo, tengo tres amigos, dos chicos y una chica, que llevan meses en una relación poliamorosa —la voz de

Rafa ha ascendido con tanta gravedad desde el asiento trasero del coche, que Iván casi no la reconoce en un primer momento—. Ninguno de ellos usa eso de trieja. De hecho, no se ponen ninguna etiqueta, ni siquiera la de trío.

El inspector sube el volumen de la radio. Conduce en silencio y con la mandíbula tensa los últimos cincuenta kilómetros hasta Torremolinos.

37

Viernes por la tarde

Ni en la playa, joder. Este puto calor no hay quien lo soporte.

El Hotel Sacramento Torremolinos se yergue sobre un risco, un discreto acantilado sobre el que domina un amplio tramo de paseo marítimo que recorre prácticamente toda la línea costera del pueblo salvo los últimos kilómetros al este, lindantes ya con la ciudad de Málaga, y que constituyen una tierra de nadie, un no lugar donde se amontonan el enorme, seco y destartalado campo de golf, un par de cascados polígonos industriales, diseminados esbozos de urbanizaciones de viviendas del tipo casa-porche-piscina-jardín-verja *low cost* y el único sector nudista de la playa que, a su vez, da cobijo a una zona de *cruising* entre matorrales y dunas bajas y grises, en las que no es infrecuente el rescate con grúa de algún coche atascado (o si los conductores se han gustado, de dos, de tres o de más coches). Por su parte, la playa situada a los pies del hotel y del risco, de arena basta y negruzca, y a la que se accede atravesando una piscina demasiado pequeña para el desorbitado número de clientes alojados en el hotel, es una sucesión ininterrumpida de tumbonas, hamacas y chiringuitos. Desde las habitaciones de las plantas más altas —y desde la otra piscina, la nudista de la azotea, coronada con una desproporcionada bandera con los colores del arcoíris y el logotipo del hotel (un pez alado)—, se divisa el hormiguero de bañistas, hordas de aspirantes a clase media que

portan la felicidad en una pulsera también multicolor y con el mismo logo del pez alado. La felicidad del todo incluido durante una semana.

En los escasos veinte metros que van del excesivo aire acondicionado del coche al obsceno aire acondicionado tras la puerta automática del Hotel Sacramento Torremolinos, Iván, Pilar y Rafa sudan a chorros. En la cola ante el mostrador de la recepción, los tres coinciden en que necesitan, se mueren por un chapuzón en la playa o en la piscina. Una riada de gente, la mayoría hombres, entra y sale, lucen orgullosos sus pulseras, sus tangas diminutos y fluorescentes y sus más que generosas barrigas sembradas de vello espeso que, con todo, no ha impedido que el sol criminal las haya achicharrado y después despellejado. Eso del melanoma debe de sonarles a cóctel exótico. Algunos, recién salidos de la piscina, imprimen en el suelo las huellas mojadas de las chanclas o de los pies descalzos. Iván observa divertido las caras de estupor de su compañera y de su hijo y les señala sendos carteles que, sobre un trípode forrado de terciopelo rojo junto a la puerta de acceso a la piscina exterior, anuncian el final hoy del evento para inversores y el inicio, también hoy, de la Bear Beach Party, la fiesta anual de los osos.

El chico que les atiende, joven y con el pelo teñido de un amarillo imposible y flaco como una sombra, les felicita por la suerte que han tenido de pillar un par de cancelaciones de última hora, aunque por desgracia ninguna de esas habitaciones está lista, el hotel está lleno hasta la bandera, no dan abasto. Pilar le contesta que ya podrían contratar más gente, y el polluelo apaga su sonrisa automáticamente, como si su inteligencia artificial no estuviera programada para ciertos temas. Si ella supiera lo que tienen que soportar no diría estas gilipolleces, parece pensarle a la cara. Iván

pregunta por Antonio Lupiáñez, el director del hotel. El pollo contesta que está en una comida de negocios, que, como comprenderán, entre el evento para posibles inversores y la Bear Beach Party están superocupados, pero que pierdan cuidado, porque él les avisará tan pronto como regrese, que no será mucho, para nada, y que mientras tanto, como muestra de cortesía, el hotel los invita a un cóctel de su elección en el Shangri-La, el chiringuito del hotel a pie de playa, justo ahí, chicos, bajando las escaleras, no tiene pérdida. El único sitio disponible para ponerse el bañador son los aseos de la recepción. Un baño refrescante y un margarita gratis justifican la estrechez, piensa Iván, quien, como extra, se mete una punta de mefe. Lo hace por tres razones: porque le apetece, porque sí y porque, cuando se ha sacado los zapatos y los calcetines, se ha visto el pie izquierdo y la ausencia de la tercera falange del dedo meñique, un vivo recordatorio de un antiguo caso que casi le cuesta la vida. Pero eso es otra historia. Valiente hijo de puta, ojalá estés ardiendo en el infierno, murmura mientras sale del aseo uniformado con el bañador, la camisa de manga corta estampada y las chanclas. Deja la mochila en recepción.

Pero la incomodidad de esos aseos es poca cosa en comparación con el panorama que les espera en el Shangri-La. Como muchos otros chiringuitos de la Costa del Sol, este ofrece un menú a base de platos internacionales de calidad justita, burritos, ensaladas y pastas, nada de pescados típicos de las aguas de la zona. Si a esto se le añade que todos los días de julio y agosto, desde las cuatro de la tarde hasta las doce de la noche, y más allá de las dos de la madrugada durante los fines de semana, un *DJ* pincha una música que sube de decibelios y BPM conforme van pasando las horas y las copas, el chiringuito, y en concreto su pequeña pista de baile de lamas de madera extendidas sobre la arena, rebosante de cuerpos

peludos y mojados que, en el apogeo de la fiesta, giran y salpican gotas de sudor, más se parece a un lavadero de coches que a un restaurante de playa. Este es uno de los motivos por los que a los camareros se les contrata por su físico y no por su destreza. En conclusión, las comandas tardan en llegar a la mesa el doble que en cualquier otro chiringuito. Con todo y con ello, el Shangri-La es *the place to be*. Sobre todo, un viernes de apogeo veraniego como este.

Delante de la barra del chiringuito, se agolpa un enjambre de bañistas, clones de los que han visto en recepción y en la piscina del hotel, hombres la mayoría, deshidratados y pringosos, taparrabos y sonrisas de satisfacción perfectas e histriónicas. Claro que sí, qué coño: son los elegidos, están donde ellos creen que el resto de la humanidad querría estar. Sus manos, por decenas, se alzan reclamando en sus pulseras de goma el ansiado cóctel refrescante. Cóctel que, por cierto, en ningún momento es a su elección como se les ha prometido: tinto de verano para todo el mundo, es eso o nada. Iván cede el suyo a Pilar y lo sustituye por un vodka cortito con tónica. Presume, y presume bien, que no será el único del día.

—Podrías cortarte un poco. Tu hijo...

El inspector apura la tercera copa ya y aún no han traído la comida a la mesa que han conseguido pillar una hora después de apuntarse en una lista de espera.

—Mi hijo lleva tres tintos de verano y míralo, tan feliz —responde Iván señalando a lo lejos a Rafa, que alivia la tardanza con un baño en el mar. Hace un bochorno insoportable.

—No es lo mismo, y lo sabes. Un vodka no es un tinto ni cuarenta y tantos años son diecisiete.

—Él ya va diciendo por ahí que tiene dieciocho... Oye, Pilar, vamos a tener una tarde tranquila, ¿te parece? Con una ex cabreada voy sobrado.

No se atreve a mirarla a la cara. Toca visitar los baños.

Que están bajo tierra. Una planta menos cero que sirve también de almacén. Diferenciados entre hombre y mujer, se usan sin embargo indistintamente. Desde allí, una cola desesperante asciende hasta un extremo de la barra en la planta superior. Pero Iván no aguanta más. Mear y meterse algo. Baja corriendo las escaleras ante una ráfaga de miradas con intención de perdigones. El primero en llamarle la atención es un chico muy joven —¿habrá cumplido los dieciocho?—, vestido solo con un tanga que es un lazo de raso, las uñas de cada uno de los dedos de los pies y de las manos pintadas de un color diferente y maquillado como si fuera a presentar la final de Eurovisión. Como un alud los demás se unen a sus quejas, qué desfachatez, dónde vas con esos aires, quién te crees que eres, *boomer*, respeta. El inspector saca a volar la placa y todos envainan sus espadas. De caballeros indignados a damiselas pundonorosas. Iván entra en el aseo coronado con la letra C. Tres urinarios pegados con tres tíos en bañador meando. Rozando los hombros, puede que algo más. Al fondo, una puerta cerrada que no llega hasta el suelo: por el hueco se ven cuatro pies, dos descalzos, que ya son ganas. Iván abre la puerta. Dentro, un chico le está dando algo al otro. Mano a mano. El inspector entra en tromba en el cubículo de no más de tres metros cuadrados. Se apretuja entre ellos, el váter y el lavabo. Cierra. Huele a huelga de limpieza.

—¿Qué tenéis ahí, amigas? —La placa, aún en la mano.

Sorprende el femenino. Acojona la placa. El más serio lleva a la espalda una bolsa de poliéster con cordones. Camello, fijo. Al otro le tiembla la mandíbula. Un cachorrito, un novato al que un mal amigo ha trajinado para que compre el material por él. Venga, tonto, si aquí lo hace todo quisque, qué te va a pasar...

—Abre el puño, capullo —le dice Iván—, como sigas clavándote las uñas así te vas a hacer sangre.

—Yo... no... lo siento... —Al pobre chico se le encharcan los ojos. Iván no puede menos que compadecerse. Es hasta tierno.

—Dame eso y vete —le dice franqueándole el paso, apretándose más al otro—. No te quiero ver más por aquí.

—Sí, señor. Gracias, gracias.

—Y lávate esos pies inmediatamente, hombre, que a tu edad uno lo pilla todo.

En el DNI del otro, el nombre de Marcos. Antes de devolvérselo, le saca una foto con su iPhone y le pide el material que lleva en la bolsa. Cuatro de mefe y dos de coca. Los dos salen ganando: el camello, porque Iván no lo va a denunciar por esa cantidad; el inspector, porque le va a salir gratis la fiesta. También se queda con su número de teléfono, por si volviera a necesitar algo de él a lo largo del fin de semana. La única palabra que sale por la boca del muchacho es «cabrón», que Iván escucha a través de la puerta cerrada del baño cuando ya lo ha dejado marchar y mientras él prepara dos generosas rayas sobre el portarrollos vacío de papel higiénico.

—¡Gilipollas! —responde más para sí mismo tras meterse la primera. Joder, qué ganas tenía.

Los del urinario y los de la cola se han dispersado. Marcos también se ha esfumado, pero Iván está convencido de que lo volverá a ver. Debe de estar haciéndose mayor: también este, como Jhon, es demasiado joven y musculoso y, sin embargo, se ha fijado en sus facciones varoniles, muy de su gusto y, sobre todo, en la intensa y muy apetecible seriedad de su boca.

La comida en la mesa. Pilar tiene el pelo mojado. La camiseta sobre el bikini mojado. Los pies mojados. Ha empezado a comer sin

él.

—¿Y Rafa?

—Lo dejé hace un rato en la orilla, hablando con un amigo.

—¿Un amigo? ¿Aquí?

—No eres el único que pierde el tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Un camarero le acaba de decir a otro que un poli estaba confiscando droga en los baños.

—Si los camareros no hablaran tanto, las comandas llegarían a su hora —dice Iván riéndose mientras termina la copa, aguada.

Pide otra. Pilar sigue comiendo con la vista fija en el plato, pero él sabe que le está observando. Por eso intenta engullir un poco de la ensalada de pimientos asados con cebolla y melva. Imposible, las cosas de la química. Mejor bajar a la orilla a buscar a Rafa.

—Se los va a comer fríos —dice Iván de pie, señalando el plato de espaguetis de Rafa sobre la mesa.

—Voy a pedir que los calienten un poco.

—Al ritmo que van, los traerán para la cena —replica Iván.

No ve a Rafa ni en la orilla ni en el agua. Hay tanta gente como en una bulla de Semana Santa, y tantos gais como una noche de sábado en la Alameda. ¿Para esto se van de vacaciones, para ver las mismas caras y los mismos cuerpos con menos ropa? Lo encuentra sentado en una tumbona bajo una sombrilla junto a un tipo que, incluso en la posición que están, de cara al mar y de espaldas a él, es a todas luces mayor que él. Bastante más, de hecho. Charla y risas. El peso de sus cuerpos sobre los extremos de la colchoneta empuja sus hombros hacia el centro de la tumbona. Iván se acerca despacio, abriendo mucho las orejas:

—... un par de días —dice su hijo.

—Pues vamos a vernos.

—Claro. Busco el hueco.

—¿Tú también estás aquí, en el Sacramento?

—Sí, comparto habitación con mi padre.

—¿También es guapo tu padre?

—¡No sé! —exclama Rafa entre risas.

—A ver si me lo presentas —le insta el tipo riendo a su vez, mientras le da una palmadita a Rafa en la espalda—, y yo te diré si es guapo o no, que de estas cosas sé un rato, chaval.

—¡No me cabe ninguna duda! —Iván, que por lo general no necesita esforzarse para que su voz suene autoritaria, esta vez ha tenido que hacerlo—. Yo también sé un rato de los tipos como tú.

Ni Rafa ni su acompañante en la tumbona lo ven venir. Más que la fuerza, lo que los deja boquiabiertos es lo inesperado del manotazo sobre sus hombros. Tal es la sorpresa que ambos caen hacia delante, derramándose encima sus tintos de verano. El amigo se lleva la peor parte. No solo se pone perdido el bañador y las piernas, sino que, por efecto del rebote, el vaso le da en la frente y el resto de la bebida le cae a chorros por la cara.

—¡Serás hijo de puta!

En menos de un parpadeo, los dos hombres ya están dándose de hostias, rebozados en una pasta de arena negra y tinto con casera. A su alrededor, un corro de bañistas se divide entre los que jalean y los que, los menos, hacen lo que pueden por separarlos. Pilar pone fin a la tangana. Aparece acompañada de dos tipos con cabezas tan cuadradas como sus prominentes mandíbulas. En sus brazos serpentean unas venas del calibre de tuberías de plomo. Brazos que atrapan a Iván y a su oponente y que solo los sueltan cuando consiguen que se calmen. La subinspectora le pide a Rafa que la espere en el chiringuito. El chaval pide disculpas a su amigo de la

tumbona, te llamo luego, le dice antes de marcharse. No se vuelve a mirar a su padre.

—Iván, cuando te canses de hacer el idiota, ve, pídele perdón a tu hijo y échale algo sólido al estómago —ordena Pilar—. Aunque antes, haznos un favor a todos y métete en el agua. Te limpias y te despejas.

—¿Y vosotros, machotes, de dónde habéis salido? —pregunta el inspector a los dos gigantes.

—Son los guardias de seguridad del Shangri-La —responde Pilar. Los tipos no se inmutan.

—¡A buenas horas! ¿Por qué no vais a daros una vuelta por los baños? La diversión está allí abajo, no aquí. Aunque, claro, seguro que de eso vosotros no sabéis nada...

—¡Iván, ya!

Cuando el eco del grito de Pilar se apaga, el inspector se percata del silencio que se ha hecho a su alrededor, de las decenas de pares de ojos que se clavan en él. Un baño, sí, se dice, un baño es lo mejor. El agua está helada, pero se toma su tiempo para, como ha dicho su compañera, despejarse. Lo consigue solo a medias.

Iván pregunta por Pilar y Rafa al camarero del Shangri-La que está recogiendo la mesa. Se acaban de ir, le responde algo cohibido. En tan solo un par de horas el inspector se ha labrado una imagen y una fama de matón, bronquista y pendenciero que no sabe beber. Mejor subir a la habitación, ya debe de estar lista, y quitarse de en medio durante un rato. Pregunta en recepción al chico del pelo amarillo irreal por su mochila y de nuevo por el director del hotel. La primera la han subido ya a su habitación, el segundo aún no ha llegado, pero está avisado y ha dejado un recado: invita al inspector mañana a desayunar con él. Mesa reservada junto a la piscina. Con el bañador todavía mojado y la camisa que le roza la espalda y los

hombros rojos por el sol, el aire acondicionado del *hall* —un microclima propicio para la incubación de huevos de pingüino— le pone la carne de gallina. Abandona la recepción deprisa y no espera al ascensor panorámico, aunque eso le suponga subir a pie los siete pisos.

De camino, pasa por la puerta del salón principal. Acaba de empezar el cóctel de clausura del evento para inversores organizado por SurConEd. Debe de haber sesenta o setenta asistentes, la mayoría hombres. Suena música de cóctel ochentero. Caras sonrientes y satisfechas en general. Atuendos ligeros, mucho lino, mucha guayabera, mucha bermuda, muchos dedos de los pies descubiertos. ¡Ay! El dedo meñique de su pie izquierdo, recuerda Iván. Qué poco le gustan las sandalias desde aquello. Asoma la nariz por la puerta del salón. No va vestido para la ocasión y no está despejado del todo. Sin embargo, un diligente camarero lo divisa a lo lejos desde el otro extremo del salón y se acerca presto para ofrecerle una bandeja con copas de champán, cortesía de uno de los patrocinadores del evento. El inspector, la boca seca, se bebe la primera de un tirón y toma una segunda de la bandeja. Buena cosa esto de ser rico, se dice y se atreve a entrar. Algunos asistentes se vuelven a mirar disgustados su aspecto playero y desaliñado, su boca tensionada y su cara torcida. Deambula entre los corrillos, pilla retazos de conversaciones intrascendentes, sobre el tiempo, sobre las vacaciones, sobre los hijos o los perros, que hay que ver lo caros y lo molestos que son. Empieza a aburrirse. Cambia la copa vacía por otra llena. Está a punto de irse cuando la música cesa y un tipo vestido de un blanco roto impoluto de la cabeza a los pies y con un bronceado curtido en años de dedicación al dios sol, reclama la atención de los invitados micrófono en mano. No necesita presentarse, todos aquí lo conocen, Iván también lo reconoce de las

fotos que adjuntó Pilar en su informe, se trata de Miguel Marín, el consejero delegado de SurConEd. A su lado y dos pasos atrás, en una manifiesta pose de segundón, un hombre calco del primero, resulta difícil diferenciarlos, podrían intercambiarse ropas y rostros. Idéntica sonrisa blanca nuclear, idéntico culto al cuerpo, idéntica espalda erguida y triunfadora de la vida. Es Antonio Lupiáñez, el director del hotel Sacramento Torremolinos, el buque insignia del grupo empresarial. El *speech* del consejero delegado es breve y está repleto de lugares comunes. Termina invitando, casi obligando a los asistentes a relajarse, a disfrutar de la velada, y a comer y beber. Remata con un agradecimiento sincero a los numerosos patrocinadores de la gala. Sírvanse, todo está pagado. Aplausos. Como por arte de magia, comienzan a desfilar por el salón camareros de ambos sexos, jovencísimos y guapísimos, portando bandejas repletas de exquisiteces. Gama alta para el paladar. Lujo culinario. La buena vida en pequeños bocados. Terminan los aplausos. Los asistentes se lanzan a devorar con fruición, cuando hay hambre sobran los remilgos y la buena educación.

Se forma un corrillo alrededor del director y del consejero delegado. Felicitaciones. Abrazos y palmaditas en la espalda. El inspector camina hacia ellos con intención de presentarles sus respetos cuando ve a Rodrigo. Y su corazón se encoge hasta el tamaño de una canica.

Primera impresión: no lo recordaba tan alto. ¿En serio le saca casi una cuarta? Con su más de uno ochenta, Iván no se tiene por un hombre bajito, pero Rodrigo debe de superar con mucho el uno noventa. Segunda y más acentuada: aunque ambos son de la misma edad, cuarenta y dos años, su antiguo amigo se conserva mucho mejor. Sólo una delgada línea en la frente, que más bien parece surfearla con gracia, y una ligera sombra bajo los ojos dan cuenta de

las dos décadas transcurridas desde la última vez que se vieron. Por lo demás, su amigo sigue tan guapo como entonces: su pelo de un negro abisal, corto, pero suficientemente largo para peinarse una raya al lado, transmite la misma fresca sensación de recién lavado, y su barba de tres días presume de las mismas tres canas fortuitas que Iván recuerda. Salta a la vista, además, que Rodrigo mantiene la costumbre de una hora diaria de gimnasio, incluidos sábados y domingos y que, en lo económico, la vida le ha ido bien: la americana de lino que lleva parece tallada en exclusiva para él y no de las baratas. Solo un detalle ensombrece su lozanía: la total ausencia de brillo en sus ojos ceniza, ni rastro de aquella mezcla irreal, mágica, de serenidad e inquietud que, veinticinco años atrás, cuando se conocieron en la facultad de Derecho de la Hispalense, el mismo año en que él y Alicia comenzaron a salir, a punto estuvo de hacer creer a Iván que se había enamorado al mismo tiempo de la que después sería su mujer y de un hombre, su amigo del alma. Al final, lo suyo con Rodrigo quedó en un par de roces furtivos en mitad de la pista de baile, y siempre en largas noches de alcohol, porros y alguna que otra raya de cocaína en ocasiones muy especiales. Como por concatenación de ideas, Iván recuerda que está colocado y que su aspecto es un desastre. Por eso no se atreve a recorrer los escasos tres metros que los separan. Tal es la profunda sensación de vergüenza que le invade. Durante un instante fugaz sus miradas se cruzan. Iván se da la vuelta y se va.

En su habitación hace un calor infernal. La ranura donde se introduce la tarjeta para activar el sistema eléctrico está vacía. Tampoco ve la mochila de Rafa.

—¿Dónde coño se ha metido este niño?

Se dirige a la habitación de Pilar, al final del pasillo. Su compañera le abre la puerta, pero no le invita a entrar. Rafa está detrás de ella,

tumbado en el sofá, con los auriculares puestos y el móvil en la mano.

—Tu hijo me ha preguntado si se podía quedar a dormir aquí esta noche. Además, dice que no lo esperes para cenar, que ha comido muy tarde y no tiene hambre —hace una pequeña pausa, baja la voz a continuación—, y que está cansado.

—Pero ¿qué dice este? A ver, niño —exclama por encima del hombro de Pilar—, escúchame.

—Iván, déjalo. —Mano suave pero firme sobre el pecho del inspector—. Todos estamos cansados. Tú también deberías dormir. Mañana será otro día. Nos vemos en el desayuno. —Pilar cierra la puerta en sus narices.

Pues sí, será otro día, pero él lleva un arsenal químico en el bolsillo, el sol ha empezado a ocultarse detrás de los montes de Torroles, y hoy es viernes. Y los viernes, eso lo sabe también Pilar porque él se ha encargado de enseñárselo una y otra y otra vez, se sale. Sí o sí.

36

Viernes por la noche

Las diez. Una ducha de agua fría que alivie la quemazón de los hombros y de la espalda y que resquebraje la nube de corcho de su mente. Lo primero, algo. Lo segundo, apenas. Medio sándwich club al filo de la cama, sin hambre y en cuatro bocados. Una hora tonta. Alternativas sin gracia ni atractivo. Y la imagen de Rodrigo rebotando en las paredes de su cabeza y provocando un eco difícil de acallar. Qué gilipollas, por qué no le habrá dicho nada. Cómo ibas a hacerlo, no era el momento ni el lugar, qué vergüenza, imagínate que lo saludas así, colocado, lleno de arena hasta los pelos, y te devuelve una cara de asco y de rechazo o, peor aún, se da la vuelta como si no te conociera de nada. Lo tiene claro: mejor no haber abierto la boca.

Se prepara para salir: dos rayas generosas y botellita de vodka del minibar. La pócima es inmediata: un fogonazo cálido se enciende en su interior, alumbra en su mente la imagen de Rodrigo. Hoy aquí, inesperadamente. Veinte años atrás, parte fundamental de su vida. A decir verdad, Iván entonces no era del todo consciente de cuánto le importaba Rodrigo hasta que, a mitad del tercer año de carrera, su compañero se marchó de Erasmus a Mánchester y ya nunca regresó. No hubo un motivo concreto ni manifiesto que los distanciara y, sin embargo, no fue sino por amigos comunes como Iván se enteró de que Rodrigo terminaría allí la carrera para después

hacer un máster en alguna universidad de prestigio, The London School of Economics o similar. Y ya. Nada más. Hasta hoy. Abre Instagram, ninguno de los más de diez Rodrigo García Roma es su amigo. Nada nuevo. Él también utiliza perfiles falsos o anónimos, sin fotografía, en sus redes, incluyendo Grindr y demás *app* de citas. Cierra Instagram y deja el móvil a un lado. Mañana le pedirá al director del hotel el listado de asistentes al evento de inversores.

Ahora, las opciones que se le presentan son el no va más del tedio: uno, bajar a la cena-espectáculo de *drag queens* en la piscina del hotel, un teatrillo tan excitante como un geranio de plástico. Dos, dedicarse a esnifar y asaltar el minibar hasta una hora mejor para salir a dar una vuelta, mínimo la una y media; no es mala idea, habida cuenta del calor sofocante que todavía aprieta, pero aun así le parece una tontería desaprovechar el tiempo en Torremolinos y necesita sacudirse de encima esta inquietud. Se impone por tanto la tres, a la calle, ya. Toca meterse en alguno de los bares para guiris de El Palmeral, los únicos animados a estas horas tempraneras. Le da igual que su inglés, como el de la mayoría de los españoles, sea de ese nivel medio que, traducido al castellano, quiere decir mediocre.

El Palmeral es una urbanización en pleno centro de Torremolinos compuesta por cinco bloques descomunales de apartamentos. Cinco moles de veinte plantas cada una, a razón de veinte apartamentos por planta. A vista de dron, dibujan una H mayúscula, dura y gris, una colmena humana iluminada por los espejos azules de las piscinas que coronan sus cinco azoteas. La diferencia entre El Palmeral y los cientos, miles de urbanizaciones similares que, como una bacteria mutante y desbocada, gangrenan toda la Costa del Sol, estriba en los bajos de estos edificios, en los cuales se arracima una multitud de locales comerciales, tiendas, restaurantes, bares y

discotecas que, desde los años setenta, prácticamente desde que comenzó el *boom* turístico de la región, conforman el epicentro de la escena gay de Torremolinos y hacen al municipio acreedor, entre mayo y octubre, del título de capital marica del sur de España y de Europa —los otros seis meses ese cetro lo toma la también muy *queer* ciudad de Sevilla—. Iván sonríe al recordar las palabras de un amigo madrileño con el que coincidió en uno de estos locales durante un fin de semana de fiesta de hace años. Sabes por qué, le preguntó, esta ciudad es muy alta, pero no tanto como Benidorm: porque esa crece hacia arriba y esta hacia abajo. Aquí no hay bar, *pub*, disco o *after* que no tenga un sótano, ya sea pista de baile, cuarto oscuro o las dos cosas. En las noches de Torroles hay más personas divirtiéndose en los subterráneos que en la superficie. Esto es como un puto queso gruyer gay. Cualquier día, el queso se desmorona y nos vamos todos al carajo, sentenció su amigo.

Iván estaba en lo cierto: el bar más animado que encuentra en El Palmeral luce con orgullo en su fachada una carta en inglés, francés, italiano, ruso, holandés, finés, y oh, mira tú qué bien, también en castellano. Una carta que, en realidad, no es más que una cutre selección de cócteles ilustrada con algo que pretende parecerse a un mojito engalanado con una sombrilla de papel y otro algo que se asemeja a un *spritz*. La música, reguetón del básico, está demasiado alta. El inspector se aleja de los altavoces y ocupa un taburete al final de la barra, cerca de los servicios, desde donde tiene una panorámica completa del local. Estéticamente es escandaloso: un derroche de burdeos, plateados, dorados, escay y lentejuelas. Tan retro y tan *kitsch* que posee cierto encanto *vintage*. El aforo está a medio gas, pero no tardará en llenarse. De momento, aquí solo están los guiris que han subido directamente desde la playa. Huelen a protector solar y a espeto de sardina. El camarero es un tipo alto y

delgado como un suspiro. De hecho, suspira cada dos por tres, ¿por amor o de pena? Quizás una mezcla de las dos. Sobre una camiseta blanca con el nombre del bar —Splash— estampado en plata, resplandece un chaleco rojo a juego con el color de su pelo (escaso), del bigote (espeso) y de los mofletes (blanditos). En sus manos, sembradas de un recio vello pajizo, cada uno de sus dedos luce su correspondiente anillo de oro falso.

—*Can I help you?* —Si le hubieran soplado al oído que Ruti —ese es el nombre que figura en la plaquita de plástico que el camarero lleva prendida en el chaleco rojo— es una marioneta de madera operada por un ventrílocuo oculto bajo la barra, el inspector De Pablos se lo habría creído. Así de rígido e inexpresivo.

—En español, si no te importa. Ponme un vodka cortito con tónica.

—El mío español también cortito, *sorry*.

—No tienes pinta de recién llegado a *Spain* —dice Iván mientras Ruti prepara el combinado.

—¡Casi veinte años! —exclama el camarero con algo parecido a un gesto de emoción en la cara.

—Ya decía yo. No has tenido tiempo de aprender el idioma.

Ruti se limita a sonreír mientras remata el combinado con la sombrilla de papel. Rosa y plata. Sigue sonriendo mientras Iván le da un trago largo, se gira y, copa en mano, entra en el baño.

Cuando sale —dos rayas de mefedrona después, el vaso vacío— un tipo se ha sentado en su taburete y, de espaldas a él, habla con la marioneta.

—Coño, ¿no había más sitios? —El tipo no se da por aludido. Parece tan de palo como Ruti—. Oye, te estoy hablando a ti... ¡Joder! ¿Tú?

—Tranquilo, hombre, que no sabía que estaba ocupado... Lo siento, me voy, no quiero más pelea —hace una pausa, baja la voz

—, y menos con un poli.

Es Marcos, el camello que le ha *regalado* el material unas horas antes en los baños del Shangri-La. Se levanta y va a sentarse a una mesa un poco más al fondo, mientras Ruti continúa limpiando el polvo imaginario a un vaso de cristal, sin quitarle ojo al inspector, sin borrar la sonrisa de su cara de palo rojo.

—Otra de lo mismo.

Termina la copa y todavía no consigue desembarazarse de la sensación de demolición que le acompaña desde que ha desembarcado en Torremolinos. Por eso, se levanta y, en vez de ir a la barra, le dice a Marcos:

—¿Te tomas una con un poli?

—No llevo nada, tío, te lo prometo.

—No te he preguntado eso.

—Joder, inspector.

—¿Cómo sabes que soy inspector?

—Aquí no eres tan famoso como en Sevilla. —Marcos apura su copa. Empieza a incorporarse—. Pero después de la que has liado esta tarde en la playa, no te queda mucho. Desde luego, tu especialidad no es pasar desapercibido.

—La tuya tampoco —repone Iván reteniéndolo por la muñeca con suavidad—. Déjame que te invite a una copa. Te la debo.

Marcos duda unos segundos antes de volver a sentarse. Alza la barbilla en dirección a Ruti y le indica con un gesto de la mano que dos más de lo mismo.

—De acuerdo. Pero una copa no compensa tu *compra* de esta mañana...

—No te pases. La visita al calabozo que te he ahorrado vale mucho más que unos pocos gramos —responde Iván, divertido con el desparpajo del camello—, bastante cortos, todo hay que decirlo.

—Con toda la mierda cortada que circula por aquí en estas fechas, ya puedes darte con un canto en los dientes —dice Marcos con aires de suficiencia y un punto de orgullo—. Te aseguro que no hay nada mejor en toda la Costa del Sol. Ni siquiera en Marbella, digan los rusos lo que digan.

—¡Seguro que no! —exclama Iván, ya sin poder contener la risa.

Puede que se trate del efecto del veneno, pero desde luego, el tal Marcos le está enderezando la noche. Sin contar con que, cuanto más se fija en él, más empieza a ponerle.

—¿Qué haces en este garito? Aquí no vas a vender ni un medio.

—Ya te he dicho que no llevo nada encima.

—Vale, lo que tú digas. Venga, llorón, te invito a un tiro. —Iván pone una bolsita en la mano de Marcos. Retiene la suya unos instantes.

—Tendrás morro. Eso es mío.

—Dale, antes de que se me pase la fase de *generosidad* y me entre la de *que te vayan dando.*

Ahora es Marcos quien ríe con ganas. Su mirada se encuentra con la de Iván mientras entra al baño. Bonitos ojos.

Tres horas —y un puñado de copas y de rayas— más tarde, Marcos e Iván guardan sus ropas en las taquillas del Sling, uno de los tres clubes de sexo gay de Torremolinos. Han recalado allí después de un infructuoso intento de entrar en la discoteca Ayre, donde la cola era interminable. El inspector incluso ha hecho un conato de plantarle cara al portero, un bicho de dos por dos metros y con la cara de un enano de Tolkien, pero Marcos le ha parado los pies. Ya se ha señalado demasiado en tan solo una tarde. Tocaba, por tanto, encontrar un sitio menos abarrotado, amén de que ¿cuándo ha rechazado Iván un polvo casi seguro? Porque casi seguro que, en el Sling, entre tanto guiri, alguno cae. Y, si no,

siempre cabe la posibilidad de que a Marcos le apetezca echar un buen rato con él. De hecho, cuando se desnudan frente a las taquillas, se recrea unos segundos en el cuerpo trabajado del joven camello. Esta tarde, entre la estrechez en el baño del Shangri-La y las ansias por meterse algo, no se ha fijado. Ahora, esos músculos marcados le están provocando una erección. Como agradecimiento, Marcos le ofrece una sonrisa y lo besa con fruición. Las bocas y las lenguas secas y amargas. Piden una copa en la barra, ocupan la primera cabina que se queda libre (tienen que esperar, porque el local, aunque mucho más grande de lo que aparenta desde fuera, está hasta arriba), se meten dos puntas de mefe y siguen besándose y acariciándose. Al momento, el movimiento de sus cuerpos se sincroniza con el ritmo machacón del *techno* que retumba en las paredes del club a todo volumen. Todo en negro y rojo, mucha oscuridad, mucho humo.

—Te has quedado muy callado —dice Marcos minutos después de correrse.

—Se llama fase meseta.

—Me había hecho ilusiones: pensaba que era por mí, que te había dejado sin palabras.

Silencio.

—Creo que hay algo más —insiste Marcos en un tono cariñoso—, pero, como vas de duro, no me lo quieres contar.

Más silencio.

—Déjame adivinar: es un asunto de amor.

En la penumbra de la cabina brillan el porro de maría, que fuman a medias, y los ojos del inspector, que se vuelven hacia el camello.

—Pues lo que yo creo es que deberías haber dejado la bola de cristal en casa, porque de adivino tienes un futuro más negro que esto. —Palmea el colchón de gomaespuma sobre el que están

tumbados—. Tengo un montón de cosas en la cabeza, pero te aseguro que el amor no es ninguna de ellas. —Expulsa el humo y le pasa el porro a Marcos. El aire se ha vuelto dulzón y pegajoso—. Listo, que eres tú muy listo.

—Entonces... ¿Salud? ¿Trabajo?

—Listo y cotilla.

—¿Familia?

El inspector comprende que solo hay una forma de cerrarle la boca. La primera la acaban de practicar. Con Viagra y todo, necesita unos minutos antes de un nuevo asalto.

—Un poco de todo. —La segunda, lanzarle un hueso—. Mi familia hace dos años que se hundió, pero esa es una historia que no me apetece contar ahora.

—Eso explica el numerito con tu hijo en la playa.

—Pensé que ya te habías largado.

—Solo me quité de tu vista. Pero lo vi todo.

—Y ahora me vas a dar tu opinión experta.

—Creo que te estás equivocando con tu hijo. —Le pasa el porro—. Desconozco vuestra historia, pero esta tarde le has dado motivos de sobra para cabrearlo.

—Me vas a perdonar, guapo, pero, como has dicho, no nos conocemos tanto y te repito que no me apetece hablar del tema.

—Tú mandas —dice Marcos y a continuación le da un beso largo y cálido. La oscuridad oculta un cierto rubor del inspector—. ¿Y qué tal de salud?

Silencio. Iván, descolocado. Pero algo —¿las drogas?— le empuja a seguir hablando. A ser sincero.

—No sé. Como tú, como todos aquí. —Dibuja una circunferencia en el aire con el porro—. Bebemos y nos metemos más de lo que

recomienda la OMS. Una dieta poco equilibrada; eso cuando comemos algo. Y follamos a diestro y siniestro y sin protección.

—Yo tomo la PrEP.

—Y yo —miente Iván. Pero ha sonado convincente. Está acostumbrado. Como todos. Cualquiera en este ambiente sabe que, si follas sin condón, o bien eres seropositivo (y te medicas, con lo cual el virus es indetectable e intransmisible) o bien eres de quienes toman la PrEP para no pillarlo. Lo segundo es un símbolo de modernidad y, lo primero, un estigma todavía.

—Aunque eso no nos libra de otros bichos —continúa el inspector.

—Lo sé. Ni me acuerdo de la cantidad de veces que me han pinchado por una sífilis o una gonorrea.

Iván tampoco. Entre cinco y diez, cree. Este es el principal motivo por el que sus revisiones con el doctor Lucena, el jefe de servicio de infecciosos del hospital Virgen del Rocío, ya solo una vez al año, se desarrollan en un clima enrarecido. Solo con atravesar la puerta de la consulta y ver la cara del doctor, parapetado tras la pantalla de su ordenador mientras ojea en silencio su historial médico, Iván ya sabe cómo han salido los resultados de los análisis. No siempre le toca la lotería del hongo o la bacteria, pero para el doctor Lucena son demasiadas veces. En una ocasión Iván apareció con un tres en raya: sífilis, gonorrea y clamidia.

—Hay una diferencia entre nosotros —dice Iván para cambiar de tema—: tú, cuando no estás colocado o trabajando, te machacas en el *gym*. Yo sigo bebiendo y metiéndome.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Ir al *gym*?

—Controlar.

—Yo controlo.

—Sí, como todos aquí. —Le quita la colilla de entre los dedos. Intenta reanimarla. Ya no tira. La arroja a la papelera.

Se instala entre los dos un silencio raro. Marcos asume la responsabilidad de romperlo:

—Me queda una pregunta del examen, la del trabajo. ¿Estás con algún caso interesante en estos momentos?

Lo último que imagina Iván es que va a acabar hablando con un camello al que recién ha conocido, desnudos dentro de la cabina de un club de sexo gay en Torremolinos, sobre una investigación en curso. Contra todo pronóstico, su cerebro, que ha estado naufragando todo el día y toda la noche en un oleaje químico y etílico, de pronto sale a flote. A fin de cuentas, los camellos están en la calle. Y en la calle todo se sabe.

Por eso, el inspector despliega ante Marcos, escamoteando los detalles menos relevantes, la información de que dispone en torno a la muerte de Segis, también conocido como Levítico, su escasa vinculación con otra muerte, la de Quino, y con la desaparición de Alberto. Y de la, al menos para él, atípica relación a tres que estos dos últimos mantenían con Jhon, un tipo, todo hay que decirlo, cuya reciente aparición en su vida le parece algo más que sospechosa, aunque, a su pesar, haya follado con él.

—Y en el fondo del cuadro, la empresa SurConEd/Sacramento, donde todos, incluido el principal sospechoso, han trabajado.

Marcos le escucha con la atención esforzada que requiere la hora, la oscuridad, la borrachera, el colocón y la desnudez. Cabecea lentamente de arriba abajo. Sus ojos revolotean en zigzag como dos luciérnagas desorientadas. Cuando Iván concluye el relato, lo primero que siente es que se ha equivocado. Puto bocazas. No obstante, también algo se ha relajado en su interior. Como si hubiera

vomitado algo que le hubiera caído mal. El sabor en la boca es agrio, pero algo dentro de sí lo agradece.

—Jhon es más de fiar que el resto de los personajes de esta película —dice Marcos. Muestra una sobriedad inesperada.

—¿Lo conoces?

—Claro. Se te olvida que los dos nos dedicamos a lo mismo. Y que Torremolinos sigue siendo un pueblo. Ahora no se cabe con tanto turista, pero en el invierno somos los tres gatos de siempre. Y ellos no se escondían. Eran muy populares. En opinión de algunos, demasiado.

—Típico. Sin embargo, hay algo en Jhon que, no sé...

—Mira, Iván. —Marcos se sienta rígido sobre la colchoneta, como si se preparara para largar un discurso serio—. No tiene sentido que un asesino se presente en tu casa y te seduzca. Eso solo ocurre en las películas clásicas de cine negro, en blanco y negro, donde la rubia platino se trajina al detective, hasta que este descubre que ella es la que ha matado al estúpido de su marido para cobrar la indemnización de la póliza del seguro. Pura avaricia.

—No solo. También porque el difunto la maltrataba y ella está convencida de que ese dinero le pertenece por derecho propio. Se lo ha ganado a pulso. A hostias, patadas y moratones.

—Prefiero la tesis del dinero. Pero, si te empeñas en que hay otro motivo, lo primero que habría que hacer es dar con él. ¿Por qué mataría Jhon a Quino y a Segis? Una vez respondida esa pregunta, o en paralelo, tendrías que plantearte otras, la más importante de todas es dónde está Alberto y por qué ha desaparecido, si se ha escondido porque conoce la respuesta a la primera pregunta o sencillamente es que está muerto.

—¿Y qué te crees, chaval, que no estoy en ello?

—No te veo muy centrado, en verdad. Pero eso es solo mi opinión.

—¿Y por qué, capullo? —Iván advierte que Marcos se ha echado hacia atrás. Si ha elevado la voz más de lo necesario, no ha sido consciente.

—Porque, no te enfades, tío, pero me parece que estás pasando por alto algunos detalles relevantes. —El tono de voz cauteloso de Marcos denota que, efectivamente, el inspector le ha amedrentado.

—A ver, ilústrame.

—Para empezar, SurConEd. Todo gira a su alrededor. De una u otra manera, siempre está ahí. Jhon, Alberto, Quino y Segis, trabajadores de la misma empresa. Las dos muertes en hoteles Sacramento... demasiada casualidad... por otra parte, no sé en Sevilla, pero aquí esta gente tiene una fama regular.

—...

—Mueven mucha pasta. En poquísimo tiempo han comprado la mitad de los locales gais de Torremolinos. Aparte del hotel y del Shangri-La, tienen bares de copas en El Palmeral, la discoteca Ayre, la sauna Hermes y este mismo local, el Sling. Están forrados y siguen creciendo. Como sigan así, no vamos a ver otra cosa en Torroles más que el logotipo del pez volador.

—Eso no es delito. A mí me parece que lo que hay es mucha envidia.

—Si tú lo dices... Pero hay quien opina que ese pez volador está podrido, que tanto negocio no es más que una tapadera para otro más lucrativo y menos legal.

—¿Blanqueo? ¿Drogas?

—Yo solo te digo lo que se rumorea por ahí.

—La gente habla demasiado y en este país nadie quiere a los triunfadores. ¿Algo más?

Marcos se le queda mirando. Asombrosamente, parece despejado y despierto. Y muy interesado en seguir hablando:

—Levítico. ¿No te has parado a pensar por qué Segis usó ese alias? No es una palabra muy común.

—Es el título de uno de los cinco primeros libros de la Biblia. Segis era un hombre muy religioso. Como su familia. Su padre me recitó un versículo de memoria.

—¿Y no crees que pueda guardar alguna relación?

—Vamos, hombre, ahora eres tú el que se está montando un telefilme.

—Yo solo te digo que, en general, hay que enfocarse primero en lo más evidente. Después, si eso falla, buscas en otro sitio. —Marcos vuelve a ganar confianza—. Pero aquí el inspector eres tú. Yo no entiendo de estas cosas...

Como sincronizado y ensayado. Justo en el momento en que Marcos calla, el último *beat* del tema *techno* que está sonando se apaga. Las luces del club se encienden. Miradas deslumbradas por este amanecer artificial. Iván descubre en la de Marcos un brillo de sagacidad e inteligencia. Habla mucho, es muy curioso, lo pregunta todo, pero no es mal tipo.

—Hasta ahora no me había fijado en tu pie —dice Marcos, como para corroborar los pensamientos de Iván—. En el dedo. Eso fue...

—Sí —interrumpe el inspector—, pero esa historia también te la cuento otro día. Hora de irse a dormir, aquí está todo el pescado vendido.

En la puerta del Sling se concentran tres o cuatro grupos de tíos para seguir la fiesta en la sauna, en el *after* o en un *chill* en casa de alguien. Iván y Marcos dudan si unirse a ellos, pero finalmente deciden que mañana será otro día y se despiden allí mismo. Haces bien, se dice Iván mientras enfila sus pasos hacia el hotel Sacramento. Diez minutos andando. Así se despeja. Tres zumbidos le bombean la cabeza. Uno, el recuerdo de los bajos gruesos de la

música del club, una sensación física en los tímpanos que se lleva consigo a la cama. Dos, la insistencia de Marcos en hacerle ver que SurConEd no juega limpio. Esa sospecha ya la había albergado él, pero ahora, al oírla verbalizada por el camello, ha ganado peso y reclama una atención urgente. Va a necesitar la ayuda de Pilar. Por último, está Rodrigo, un zumbido que no le ha abandonado en toda la noche. En el ascensor panorámico del hotel contempla cómo la serpiente de luz que perfila la costa hasta más allá de la capital malagueña se va apagando, y cómo las primeras claridades malvas emergen en el horizonte desde las profundidades del mar oscuro. iPhone en mano, teclea en el buscador de Instagram el nombre y los apellidos correctos que, como una revelación, se le han aparecido de golpe mientras observaba el amanecer. Rodrigo Gil Roma. Gil, coño, era Gil. Bingo: la *app* solo devuelve un resultado. Envía un MD: «Me gustaría verte. Nos lo debemos». No va a conciliar el sueño hasta más allá de las siete de la mañana. Se quedará esperando una respuesta que no llegará. No esa mañana.

35

Sábado a media mañana

Un *bloody mary*. Mata por un *bloody mary*.

Frente al espejo del cuarto de baño (moderno, funcional, tonos azules y blancos, cenefas grabadas con el pez alado marca de la casa, repetitivo). Iván se cepilla los dientes con suavidad. En las encías, retraídas y sensibles, el cepillo es una aguja de hielo. Mantener las mandíbulas encajadas con normalidad, un esfuerzo imposible. Siente las sienes abultadas, bombardeadas por ráfagas de dura presión, inconstantes pero implacables. Presión también en los senos frontales de la nariz, donde una mezcla gomosa de mocos, mefedrona y cocaína le impide pensar. El aire acondicionado, encendido toda la noche. Se ha despertado tiritando, la garganta alquitranada y la piel de gallina en las zonas quemadas por el sol: hombros, espalda, cara, pecho y alma. Han pasado más de doce horas desde el sándwich club. Su estómago ruge y lampa por algo sólido. Y, como todas las mañanas de resaca, su iPhone ha decidido que quiere suicidarse: no lo puso a cargar antes de acostarse y lo hace ahora que está a punto de quedarse sin batería. Pasa de míster Mac. En el teléfono fijo marca el número de la habitación de Pilar. Nadie al otro lado.

El día apunta maneras.

Descorre las cortinas de foscurit, el sol le raja las pupilas. Abre las ventanas, el aire le quema los párpados. Música, risas y chapoteos,

clientes solazándose en la piscina. Qué fácil es para la gente la felicidad y cómo se complica él la vida. Vuelve al fijo para pedir que le suban el desayuno. A quien le ha cogido el teléfono por poco le da un ataque de risa. ¿Qué hora cree usted que es? Hace un rato largo que estamos sirviendo el aperitivo. En breve, el almuerzo.

Así llega al *bloody mary*. Tiene la demostración empírica que ofrecen mil resacas de que no hay nada mejor que el vodka para el dolor de cabeza, el tomate para el estómago revuelto y la sal y el tabasco para sus sentidos en coma. Bueno, quizás una raya funcione, pero aún es muy temprano para eso, ¿no? Ya no quiere otra cosa en su vida, en esta habitación de hotel y en este preciso momento, que un *bloody mary*. Y, como si su móvil, más inteligente que nunca, hubiera activado la función Telepatía, comienza a sonar con la impertinencia de quien se sabe a salvo enterrado entre los pliegues de una sábana a los pies de la cama.

—¿Dónde está Rafa?

Han pasado dos años desde que Alicia dejara de ser su mujer y su amiga, pero Iván todavía reconoce cada uno de los matices de la voz de su ex. El que rasga el auricular ahora mismo suena como unas tijeras oxidadas cortando la cinta del consabido protocolo de guerra familiar.

—Hola, Alicia —Iván suena menos relajado de lo que le hubiese gustado—. ¿Cómo estás?

—Pásame con mi hijo, por favor.

Pero Iván no está para conflictos bélicos. Sus misiles emocionales hace mucho que yacen enterrados en subterráneos cegados. Lo único que ha funcionado con Alicia en estos últimos dos años ha sido agachar la cabeza y señora, sí, señora. El problema es que Rafa no ha dormido aquí esta noche, y, como comprueba sobre la marcha,

marcando en el fijo a la vez que habla con su ex, en la habitación de Pilar siguen sin coger el teléfono. Mierda.

—Está en la ducha. Nos estamos preparando para bajar a la piscina o a la playa, ya veremos. ¿Tú? Repito: ¿cómo estás?

—Dile que me llame en cuanto salga, por favor. Si no lo hace dentro de cinco minutos te vuelvo a llamar. Entonces te diré cómo estoy.

—Mierda —repite después de que Alicia haya colgado. Vuelve a llamar a recepción—. Tú ganas. Un *bloody mary*, por favor.

El timbre suena mientras él está en la ducha. Se seca rápido y a medias. Abre la puerta casi al tiempo que termina de anudarse la toalla en la cintura. (No, no habrá sexo con el botones. Aparte de que no hay tiempo que perder, el chaval, ni veinte años, es tan lampiño e infantil que más ganas dan de enviarlo de vuelta al instituto que de echarle un polvo. Lo único que lamenta Iván, cuando este se ha marchado, es no haberle encargado un segundo *bloody mary*. Tres tragos le dura el primero).

Una última llamada a Rafa. Nada. Se viste con lo que tiene más a mano, bermudas y camiseta Nike de tirantes con demasiados centrifugados a cuestas. Recorre el pasillo. Toca en la puerta de Pilar con los nudillos y con poco convencimiento. Pega el oído y espera un par de minutos. Nada. Baja las escaleras, más acelerado, más desesperado, hasta la recepción. La cola es incluso mayor que la de ayer. Clientes que entran lechosos y salen convertidos en gambones a la plancha. A tomar por culo la cola. Algunos protestan, pero la decisión del inspector los acalla. Pregunta al anonadado recepcionista si los ha visto, si Pilar y Rafa le han dejado alguna razón, alguna nota, alguna señal de que no ha metido la pata hasta el fondo. Nada. Nada. Nada. ¿¡Cómo es posible, joder!? Cruza el *hall*, sale a la piscina. Sol, más sol, sol como plomo líquido sobre su

cabeza y sus hombros, y todavía no ha dado la una del mediodía. Dentro de la piscina no cabe ni una marica más. Las demás se arraciman bajo el escaso número de sombrillas, con todo, con caras de felicidad. Barre con la mirada. Nada. No, espera, ahí está Rafa, tendido sobre una toalla, a la sombra raquítica de un arbusto pelado, auriculares, la nariz hundida en un libro, ajeno al histrionismo a su alrededor. Iván no se siente con fuerzas para abroncarlo. Su forma física es una mierda. Su respiración agitada y ronca se acuerda ahora de la nicotina y de las demás mierdas que lleva el tabaco.

—¿Qué estás leyendo? —Obliga a su hijo a hacerle un hueco en la toalla. Se sienta.

—¿Te interesa en verdad o solo quieres dártelas de padre enrollado? —La nariz sigue en el libro.

—No seas borde, que no estoy de humor.

—Ahí tienes el bar. Seguro que tienen algo para animarte.

Aunque el chaval tenga razón, eso no le da ningún derecho a hablarle así. Al fin y al cabo, ha sido suya la idea de pasar las vacaciones con él. Alicia, joder, casi se le olvida con las prisas:

—Buena idea. Voy a pedir algo. A ver si tienen un cargador para el móvil, que está seco. ¿Y el tuyo? Tu madre te ha llamado.

—Lo silencio cuando estoy leyendo.

—Llámala, por favor. Estará preocupada.

Rafa suspira. Cierra el libro. Se sienta.

—No sé por qué debería estarlo —le dice, mirándole a la cara por fin—, pero la voy a llamar para que no me dé la lata. ¿Me traes una cerveza?

Pese a lo que se le parece, cuanto mayor se hace Rafa, más evidente se hace lo mucho que tiene de Alicia también. No físico, en eso es clavado a él, sino detalles como esa ironía fría, esa serenidad en apariencia distante, que no es sino el maquillaje de una

preocupación interior que, solo muy de vez en cuando, se permite exhibir. Todo lo contrario a él, tan impetuoso, tan vehemente, tan poco medido.

Regresa al árbol, a la toalla y a su hijo con una cerveza y un *bloody mary* helados. A mitad de camino ha tenido que hacer una parada técnica en una ducha para refrescar los pies achicharrados. Vuelve a sentarse junto a Rafa, este agradece la cerveza con un asentimiento y con algo parecido a una sonrisa. A su alrededor sigue la diversión. Hombres en su mayoría gruesos y peludos. Una música *house* festivalera y con matices tropicales suena cada vez más alta. El segundo cóctel de la resaca va encajando poco a poco las piezas del puzle físico y mental de Iván.

—¿Todo bien con tu madre?

—Eso parece. A ver si deja ya por hoy las llamadas de control.

—No seas así, Rafa. Se preocupa por ti.

—¡Anda! Ya sé por qué tú no me llamas tanto.

—¡Joder, Rafa!

Así no hay manera. Se le agotan los recursos y las ganas, pero aquí llega el séptimo de caballería: cuatro hombres en la treintena, hipermusculados, depilados y tatuados, vestidos con bañadores apretadísimos y camisas hawaianas de colores chillones, todas con el logo del hotel en la espalda, hacen una entrada estelar en la zona de la piscina. Se detienen unos instantes. Miran en derredor con sus cuatro idénticas Ray-Ban Aviador verdes. Las barbillas bien altas y los pechos henchidos. Extraen cuatro inmaculadas toallas de sus bolsas de deporte Fred Perry de piel auténtica y las extienden en el suelo, al sol pleno, quién dijo miedo. Se desprenden de las chanclas. Fuego en las plantas de los pies, comienzan a dar saltitos, parecen un *tiktok* de *the floor is lava.* Como chiquillos entusiasmados a la salida del cole, corren hasta el borde de la piscina y se zambullen

estrepitosamente, entre risas y gritos de júbilo y aplausos de los otros bañistas, aunque algunos se ven obligados a salir del agua para no morir aplastados. Rafa observa la escena risueño y pensativo antes de volver a su padre:

—Patricia Highsmith.

—¿Quién? —pregunta Iván.

—Me has preguntado qué estoy leyendo: una novela de Patricia Highsmith. —Eleva el libro ante sus ojos—. *El talento de Mr. Ripley*.

—Ah, la conozco... bueno, la peli. La vi con tu madre en el cine hace unos años. Con Matt Damon, ¿no?

—Esa es la de finales de los noventa. También hay una serie más reciente que está muy bien, aunque a mí la adaptación que más me gusta es la de los sesenta. *A pleno sol*, se titula. ¿Esa no la has visto?

—No me acuerdo. Ya sabes que yo, de cine... —dice Iván, cortado.

—Pues deberías. Es muy buena. Aunque tiene un final que... Mejor no te digo nada y así la ves. Además, tú te das un aire al prota. Es un actor francés que murió hace poco. Así como tú, guapo, fibrado... Alain Delon.

—Exageras, pero vale. Te lo compro.

Vaya. Algo así no sucede a diario. Su hijo le acaba de comparar con uno de los hombres más atractivos del cine de todos los tiempos. Definitivamente, Rafa tiene mucho de Alicia: ambos muestran una generosidad a prueba de Iván.

—¿Y el libro? ¿Te está gustando?

—Una obra maestra —contesta con indisimulado entusiasmo—. Como todo lo que escribió la Highsmith. Es una de mis autoras de suspense favoritas.

—Ya veo, ya —dice Iván, admirado del apasionamiento de su hijo —. No sabía que te gustara tanto ese tipo de libros.

—Una más al listado de cosas que desconoces de mí.

Buena estocada la de Rafa, aunque Iván advierte en su gesto serio, pero abierto, que ya se ha arrepentido de habérsela dado. Afortunadamente para los dos, ahí viene Pilar. Así, a unos metros de distancia, saludándolos con la mano mientras se acerca a ellos, destaca como la única mujer en la piscina. Al contrario de lo que cabría pensar, sus andares firmes, pero con una cadencia sinuosa, dan a entender que eso no la incomoda, sino todo lo contrario. Eso, y el alegre vestido verde que luce sobre un bañador también verde en otro tono, hace que muchos ojos se vuelvan hacia ella y se olviden por unos segundos de los cuatro musculosos que aún siguen en remojo. El propio Iván la mira con ojos nuevos. Nunca se conoce a nadie del todo, se dice.

—¿Dónde has estado, compañera? Te he llamado varias veces.

—Me apetecía dar una vuelta —contesta Pilar. Toma la cerveza de la mano de Rafa y, en un gesto atípico en ella, le da un trago largo —. Acabo de ver tus llamadas. Como se suele decir, la mejor defensa es un buen ataque. Pero puedes estar tranquilo. No pienso preguntarte qué hiciste anoche o dónde estuviste ni a qué hora has llegado esta mañana.

—Hazlo si quieres. —Iván se pone de pie. El espacio a la sombra en la toalla es claramente insuficiente para tres.

—No me hace falta, inspector. Te conozco de sobra.

—Si tú lo dices, subinspectora —responde Iván dejando escapar un resoplido cargado de cansancio, si no de hartazgo. Pilar es muy buena, la mejor, no suelta una pista hasta llegar al final de un caso, pero esa cualidad, aplicada a las relaciones personales, puede resultar exasperante. Iván se pregunta, no sin cierto resquemor, si no será ese uno de los motivos por los que su marido y sus hijas se han ido de vacaciones sin ella.

Así los encuentran: Iván y Pilar de pie, serios, mudos, y Rafa haciendo como que ha vuelto a su novela. Los cuatro tipos de la piscina se han acercado hasta ellos. Camisas floreadas pegadas a sus torsos mojados y abiertas por delante. Pectorales de acero depilados. Anchas sonrisas de dientes tan blancos y tan perfectos que no parecen suyos. No es lo único que no encaja del todo en su aspecto: vistos tan de cerca, sus pómulos, sus narices y sus frentes también evidencian la falsa perfección de la cirugía.

—Buenas tardes, inspector, subinspectora. Permítannos, antes que nada, que les pidamos disculpas. —Justo ahora Iván se percata de que, bajo las flores, el color de fondo de cada camisa se corresponde con el de las cuatro fichas del parchís. El que ha hablado es la ficha roja—. Nuestros compañeros de recepción nos han informado de que han preguntado por nosotros. Lamentamos no haber estado aquí y no haber podido saludarles hasta ahora. —Los rostros de los cuatro, tan intercambiables como sus dentaduras, componen al unísono una mueca de pena impostada—. Estamos seguros de que comprenderán lo atareados que estamos en estas fechas.

—Usted es...

—Si te parece —se apresura a contestar la ficha roja dejando la frase de Iván en el aire—, podemos tutearnos. Yo soy Miguel Marín.

—El consejero delegado de SurConEd.

—Exacto, y este es... —dice señalando al de la camisa con el fondo azul.

—Antonio Lupiáñez —responde el inspector con idéntica rapidez—. El director de este hotel. —Ahora sabe de qué le sonaba la cara cuando lo vio posando con el alcalde. Pero en la foto iba trajeado.

—El mismo, encantado. —Le tiende la mano—. Había reservado una mesa para desayunar, pero veo que a todos se nos ha hecho un

poco tarde, y que algunos ya van por el aperitivo. —Señala el *bloody mary* en la mano de Iván.

—No hay problema. —Iván se la estrecha, pero es incapaz de disimular una mueca de desagrado. En general, la familiaridad en el trato le trae sin cuidado, pero en este momento es tan exagerada que agradecería mantener las distancias.

Miguel, la ficha roja del parchís, presenta por último a la amarilla y a la verde. Son tan parecidos entre sí, y sus nombres tan insulsos, Juan-José-Pepe-Paco, que Iván los relega a la última fila de su atención. Deben de ser las parejas de Miguel y de Antonio, pero no puede discernir quién está con quién. Quizás son un cuarteto. Quizás son tan intercambiables como sus camisas, sus dentaduras o sus caras operadas. O, a tenor de la pulcritud de sus modales, puede que hayan organizado las relaciones entre ellos por medio de algún tipo de algoritmo cromático. Algo así como: los días pares, la ficha azul se acuesta con la verde y la roja con la amarilla, mientras que los impares, la azul con la amarilla y la roja con la verde. Salvo los festivos, que lo echan a suertes para darle más sabor a la salsa. Sea como sea, están claros los colores dominantes.

—¡Pero bueno! ¿Esto cómo es posible? —exclama Miguel (la ficha roja), mientras señala con grandes aspavientos los vasos casi apurados, seguro que ya calientes, de cerveza y *bloody mary*—. ¡Si estamos secos! Esto lo arreglamos en un momento. A ver quién anda por aquí. ¡Iván! —El camarero más cercano, solícito y saltarín, feliz de haber sido el elegido por el dueño—. Una botella de Moët. Os gusta el champán, ¿verdad? Mejor que sean dos, Iván, que ya conoces a estas —le dice guiñándole un ojo y señalando a los otros tres—. Es que está haciendo un calor estos días. Y a esta hora... —Hace una pausa, mira a su alrededor, consciente de la gran cantidad de gente que está pendiente de ellos. De él, para ser más exactos.

Señala a continuación la toalla y la poca sombra. El sol cae ya en vertical—. Estoy pensando que aquí no estamos cómodos. ¿Qué os parece si nos vamos a una *suite*? Estaremos más fresquitos y tendremos más privacidad para hablar de lo que queráis.

Por fin una frase sensata. El único inconveniente es que Iván no quiere que Rafa esté presente durante la conversación. Mira a Pilar, quien, de inmediato, entiende la súplica en sus ojos.

—Subid vosotros —dice la subinspectora—. Rafa y yo vamos a disfrutar un poco más de la piscina, parece que ahora está más tranquila. Puede que incluso bajemos a la playa. ¿Te esperamos para comer?

—No hace falta. He desayunado tarde —miente Iván. Gracias, benditos *bloody mary*—. Os aviso cuando terminemos.

—Pedid lo que queráis, aquí en el restaurante o abajo, en el Shangri-La —indica Antonio, la ficha azul con un tono alegre y de suficiencia—. Os acompañarán Juan y José. —Iván ha hecho línea y bingo con los nombres huecos de la ficha verde y amarilla—. Estáis invitados, por supuesto.

—Por supuesto —responde Rafa. El parchís, a coro, le ríe el golpe. Alguna ficha con más color y entusiasmo que otras.

34

Sábado al mediodía/ por la tarde

En realidad, la *suite* no son sino dos habitaciones unidas, donde se ha sustituido uno de los baños por una pequeña salita de estar, con una librería de pared a pared y de suelo a techo, con más polvo acumulado que libros y donde, en el espacio central abierto, una vez eliminado el tabique que separaba las dos estancias, se ha colocado una cama hecha a medida, enorme, perfecta para que dos y hasta tres parejas duerman cómodamente. Y más que perfecta para que puedan entregarse a los placeres de la carne sin temor a desparramarse por los lados. La *suite* conserva, por supuesto, la estética homogénea del hotel, los tonos blancos y azules, el pez alado estampado o impreso en muebles, apliques, cenefas y demás detalles. Lo que más le gusta a Iván es el larguísimo balcón, fruto también del apareamiento de los dos originales, y las fabulosas vistas desde el sexto piso al acantilado y al mar. En momentos como este siempre reaparece el complejo de inferioridad de familia de barrio obrero. Un complejo que, a base de esfuerzo, tiempo y dedicación, el inspector cree haber extirpado de su vida, pero no. Solo permanece agazapado. Como ese miembro fantasma que pica. Como ese amigo invisible de la infancia, insufrible, inesperado y repelente, que uno nunca termina de desterrar al limbo de las

fantasías desafortunadas, por muchas capas de realidad que se le echen encima día tras día, año tras año. En momentos como este, sepulta su roja conciencia de clase bajo los números aún más rojos de su cuenta corriente. Y es en momentos como este donde encuentra un motivo más que de sobra para excusarse unos minutos y meterse una generosa raya de coca en el baño, que es la primera del día y mucho has tardado, capullo, se dice frente al espejo, mientras se asegura de que no queda ningún rastro en la nariz.

—Qué me podéis contar de Joaquín Villegas.

De vuelta en la salita de la librería vacía. Como por arte de magia han aparecido encima de la mesa de centro de cristal una cubitera con cuatro botellas de Moët & Chandon, otra hasta arriba de hielo, una bandeja con dos botellas de Belvedere, una de Santa Teresa y otra de Knockando, media docena de copas de balón, otra de flauta y otra más de vasos de cristal tallados, así como un bol a rebosar de frutos secos variados e igual de prémium, tostados, no fritos. Debajo de la mesa, en el suelo, un regimiento perfectamente alineado de botellines de refrescos de cola, limón, naranja y tónica.

—Pobre Quino... —contesta Miguel.

—Sí, pobre chaval —contesta a su vez Antonio.

Iván se sirve un vodka con tónica con todo el hielo que cabe en uno de los vasos altos. Da dos sorbos ininterrumpidos, deja que el segundo burbujee en su paladar durante unos segundos y rectifica el sabor con otro chorreón de vodka. Después, antes de que la coca le quite el hambre, se abalanza sobre los frutos secos a la espera de que Miguel y Antonio —*AKA* la ficha roja y azul— terminen de preparar sus copas gemelas de Knockando con hielo.

—Trabajaba para nosotros —dice, por fin, Miguel. Está claro que él llevará la conversación, aunque Iván aún no sabe si porque así lo ha acordado con Antonio o por mera jerarquía: el CEO, la ficha roja,

manda sobre la azul, el director del hotel—. Quino tenía una mano única para las chapuzas.

—Y su actitud —apostilla Antonio—, impagable. Era un entusiasta de su trabajo. Nunca le vi una mala cara ni le escuché una mala respuesta. Siempre dispuesto a todo. Se ofrecía voluntario para cualquier tarea.

—¿A qué te refieres con dispuesto a todo? ¿Qué tareas? —Iván se ha tirado, literalmente, en uno de los sillones que rodean la mesa. Al otro lado y frente a él, sentados en sendos sillones idénticos, tan idénticos como ellos, Antonio y Miguel, Miguel y Antonio. Por mucho que Iván los mira, no pierden la cualidad de intercambiables. Si cerrara los ojos, con todo y camisas de colores distintos, sería incapaz de recordar quién es quién.

—En un hotel como este, con la cantidad de clientes que pasan por aquí a diario, sobre todo los fines de semana de temporada alta, de junio a septiembre, siempre hay algo que arreglar. Cuando no es un aire acondicionado que no enfría bien, es una humedad en un techo, y cuando no es una mancha de grasa (o alguna otra sustancia indefinida, orgánica o no) en el cabecero de una cama, es un grifo que gotea, un ascensor que se detiene sin venir a cuento entre dos plantas, un televisor que no sintoniza Netflix, una tumbona rota porque dos graciosos se han revolcado en ella o, no sé...

—O una depuradora atascada —concluye Iván por él.

—Por ejemplo —confirma Antonio—. Así es, Quino también era un manitas en todo lo relativo al mantenimiento de piscinas.

—Lo imaginaba, por eso lo he dicho. Pero, entonces —Iván deposita su copa vacía con suavidad en la mesa y la rellena de vodka y tónica, al tiempo que una de las dos fichas respira hondo—, la muerte de Quino en una piscina os debió de resultar cuando menos extraña.

—No te creas —dice la ficha roja—, los accidentes ocurren. Las ocasiones en un edificio como este son prácticamente infinitas. ¡Demasiado pocas cosas ocurren!

—Eso mismo nos pareció a la subinspectora Ojeda y a mí. En conjunto, todas las empresas del grupo han registrado tan solo nueve siniestros en los últimos cinco años. Solo tres de los cuales fueron mortales.

—Sin embargo, a pesar de eso, o quizás gracias al escaso número, la Asociación de Hoteleros de la Costa del Sol nos ha concedido durante dos años seguidos la etiqueta de empresa segura.

—Enhorabuena... aunque debo deciros que el galardón suena un poco dudoso.

—¿Estás insinuando que seríamos mejor empresa si hubiéramos tenido más accidentes? —pregunta Miguel con cierto sarcasmo.

—Yo no entiendo de estas cosas, solo te digo que nos parecen muy pocos para tantos establecimientos y tantos trabajadores. Tú mismo lo has dicho: hay un número infinito de ocasiones para que se produzca un tropiezo de cualquier tipo y, sin embargo, insisto: pocos en cinco años.

—Nos gusta tomar precauciones, eso es todo —dice Antonio, en defensa de Miguel, cuyo gesto adquiere una repentina frialdad. Una expresión que parece ensayada, como guardada para ocasiones tensas, tales como un consejo de administración o un interrogatorio ¿informal? de un inspector de policía—. Aunque está claro que no se puede garantizar al cien por cien la seguridad de tantísimos como tenemos.

—Mira, Iván —Miguel, el relevo—, dices que no entiendes de estas cosas, pues te voy a dar un dato empírico: la gran mayoría de los accidentes laborales tienen su origen en una negligencia del accidentado. Sobre todo, si el accidentado es del tipo Quino.

—¿Del tipo Quino?

—Fiestero. Un *crack* de día, en el tajo, y un *crack* de noche.

—Define *crack.*

—Si querías dar una fiesta sonada en Torremolinos, una de esas de las que todo el mundo hablará días y semanas después, tenías que invitarle. A él y a sus amigos.

—Sus amigos Jhon y Alberto.

—Sobre todo, esos dos. Eran los mejores animadores de la Costa. Eran inseparables. Eran...

—Una trieja.

—Qué palabro más feo. —Miguel, con un mohín de disgusto y afectación.

—Absolutamente —confirma Antonio—. Además, para esta situación no es un palabro del todo correcto. Quino, Alberto y Jhon no eran exactamente una trieja. Yo diría más bien que eran tres amigos, muy amigos, muy íntimos, que follaban y se lo pasaban de puta madre entre ellos. Pero también con otros tíos.

—Una trieja abierta, entonces —apunta Iván.

—Ni eso, porque Alberto ni tan siquiera vivía con ellos. Y Jhon era de lo peor. Hoy sí y mañana no. No sé si me explico.

—No lo pillo.

Antonio hace una breve pausa. Se lleva un puñado de frutos secos a la boca. Mientras mastica (sin hacer ruido, al contrario que Iván), busca la mirada de Miguel. Este le devuelve un asentimiento apenas perceptible y continúa hablando por él:

—Quino estaba enamorado hasta las trancas de Jhon, pero todo el mundo sabía que Jhon jamás se había tomado la relación tan en serio como Quino. Buscaron un tercero por insistencia de Jhon, y al poco tiempo se abrieron a otros participantes. Algo que también hicieron porque Jhon se aburría.

—Ese muchacho no sabe lo que quiere.

—Yo creo que sí que lo sabe —corrige Antonio con una mueca de desprecio—. Es un niñato egoísta cuya única preocupación en la vida es pasárselo bien. Le resbala todo lo que no esté bendecido por su santísima trinidad: fiesta, droga y sexo.

—No seas tan duro, querido, a todos nos gusta pasarlo bien —Miguel hace con un dedo un círculo en el aire—. ¿Verdad, inspector?

—Mientras no se haga daño a nadie...

—¡Justo lo que yo digo! Nos lastimamos a nosotros mismos y a nadie más —sentencia Miguel.

—Amén. —Antonio.

Iván apura y rellena su copa. Antonio y Miguel se limitan a refrescar las suyas con un cubito de hielo. El inspector se sacude un resto del cacahuete que se le ha quedado en la comisura de los labios. Sin darse cuenta ha liquidado él solo el bol de frutos secos. Con casi veinte horas sin probar bocado, le han sabido a caviar iraní. Un manjar que, él aún no lo sabe, es lo último sólido que va a caer en su estómago durante otras veinte horas. Dice:

—Es curioso que Jhon contara lo contrario, que el fiestero era Quino. Me lo pintó como vosotros a él.

—Otra de las virtudes del muchacho: miente más que habla —dice Antonio—. Un consejo, Iván: de todo lo que te cuente, créete la mitad.

—O menos —apunta Miguel; en su tono se ha deslizado un matiz de condescendencia—. Sin embargo, yo creo que no lo hace por maldad ni por engañar, sino... no sé... porque su vida le aburre. Cómo te diría... es como si se cansara muy rápido: de las parejas, del sexo, del alcohol, de las drogas... de todo. Y por eso siempre está inventando.

—Ya saltó el *coach*. ¡Mucho ha tardado! Tú piensa lo que quieras, pero yo no me fío de tus libros de autoayuda, de liderazgo, de inteligencia emocional y demás trolas que tanto te gustan. Como tampoco me he fiado nunca ni un pelo de Jhon —sentencia Antonio —. Todo lo que dice lo pongo en cuarentena. Aquí lo tenemos calado, inspector.

A pesar de la puya de su amigo/compañero, Miguel ríe con ganas. Cada minuto que pasa con ellos, más se convence Iván de que todo es una puesta en escena absolutamente guionizada y ensayada. Y de que la están bordando. Por otra parte, no puede por menos de preguntarse a quién ha dirigido Antonio la frase final, a quién tiene calado este insufrible estereotipo de marica rica que se permite el cuestionable lujo de criticar a los que, precisamente, le han aupado al trono desde donde él y su gemelo, Miguel, reinan, imparten justicia y dictan sentencias absolutorias o condenatorias. Ha llegado el momento de sacar la artillería pesada. Iván dice:

—Entiendo que, como estáis tan puestos en la vida de Jhon, también sabéis que trapicheaba. —Las dos fichas se miran entre sí, pero sus caras no reflejan ninguna emoción, ni positiva ni negativa. El inspector vuelve a tener la sensación de que esperaban esta pregunta y de que también han ensayado la respuesta.

—Iván, Torremolinos es un pueblo —es Miguel quien habla en nombre de las dos fichas—. Grande, sobrepasado, donde no se cabe, menos aún en primavera y en verano, pero pueblo-pueblo el resto del año. Aquí nos conocemos todos, todavía más los que nos dedicamos al sector del ocio.

—Con eso me queréis decir que sí, que estabais al tanto.

—A buen entendedor...

—No pensé que os fuerais a poner melindres con este tema a estas alturas.

—En absoluto, Iván. Es solo prudencia.

—Ni os estoy investigando a vosotros ni esto es un interrogatorio oficial. Para eso tendría que haberos citado en comisaría. Es una mera charla.

Nuevo cruce de miradas entre Miguel y Antonio. Pero esta vez sus rostros no permanecen callados. Sin palabras, Antonio busca la autorización de Miguel para hablar.

—Agradecemos tu confianza, Iván —dice Antonio—. Como te hemos dicho antes, esos tres, Jhon, Quino y Alberto, eran el alma de la fiesta. Estaban en todos los saraos. La mayoría de las veces como organizadores. Y sí, para qué negarlo, entre los servicios que ofrecían se encontraba ese: proporcionarles a los invitados las drogas que necesitaran.

Antonio vuelve a mirar a Miguel quien, en lugar de autorizarle para que siga, toma la palabra:

—En definitiva, Iván, que sí, que sabíamos que esos tres trapicheaban. Como lo sabía todo Torroles. Jhon se encargaba de que así fuera. La discreción nunca ha sido una virtud suya. No se cortaba ni un pelo. Lo que nos extraña es que nunca los pillaran.

—¿Suerte? —pregunta Iván.

—Más bien contactos. Eran muy buenos relaciones públicas, los mejores. Y tenían a los mejores clientes. La gente de pasta, pero también funcionarios, policías, políticos...

—Lo habitual —añade Iván, más para sí. Y, después, con una voz más templada y firme—: ya que los conocíais tan bien, supongo que también a sus proveedores.

De nuevo, se choca con dos caras inexpresivas, la azul y la roja, frente a él, que ejerce de dado. A Iván esta partida de parchís está empezando a cansarle.

—No me creo que no lo sepáis —continúa—, siendo esto un pueblo...

—Esas son palabras mayores, inspector —afirma Miguel despacio —. De eso sabemos lo que sale por la tele. Que son muchos los que se dedican a ello en la costa y muchos también los clanes por países: rusos, ucranianos, africanos, colombianos...

—Y españoles —remata Iván—, que aquí también los hay a punta pala.

—Si tú lo dices, inspector, será verdad —conviene Miguel. Sonríe y vuelve a ponerse serio en cuestión de instantes—. Insisto: nosotros no llegamos a esos niveles. Sería, como te lo digo sin sonar repelente... sería como ensuciarnos las manos.

—Ya, ya —dice Iván. Sí le ha sonado repelente. Y también sabe que esa frase es la excusa para ocultar lo que de verdad está pensando: conoce a los narcos, está convencido—. A vosotros, con que la fiesta sea la mejor, lo demás os importa poco.

—Más o menos, para qué nos vamos a engañar —responde Miguel. A continuación, le guiña un ojo a Antonio—. Las fiestas son una parte importante del negocio. Y las nuestras gustan mucho.

—A quién no le gusta una fiesta —comenta Iván como para sí.

Antonio ha estado muy atento a la conversación. Saca su cartera del bolsillo trasero de sus bermudas de marca, la coloca al lado de la cubitera donde aguardan las botellas de Moët, y extrae de ella una bolsa que, a ojo del inspector, debe de contener no menos de cinco gramos de cocaína.

—Sea como sea, como estamos en confianza, a mí, es que es hablar de fiesta y me entran unas ganas... ¿A vosotros no?

—Muchas gracias, pero antes de que la tarde se complique, quería pediros un último favor —dice Iván impostando un tono confidencial, mientras Miguel va haciendo unas rayas sobre un plato azul con el

logotipo del hotel—. ¿Tendríais el listado de los asistentes de ayer al evento de inversores?

—¿Puedo preguntarte para qué? ¿Tiene que ver con...?

—Nada, nada, Antonio, de verdad. Es un asunto personal. Ayer asomé la cabeza por el cóctel de despedida y me pareció ver a un viejo conocido, pero no estoy seguro y no quise quedarme para preguntárselo con la pinta de playero dominguero que llevaba.

—Cuenta con ello —responde Antonio pasándole el plato con una mano y enseñando su móvil con la otra—, ahora mismo te lo pido.

Tiene que reconocer que es la coca más buena que ha probado en mucho tiempo. Otra de las razones para odiar a la gente con pasta. El dinero no dará la felicidad, pero dejadme que pruebe vuestra infelicidad alguna vez, cabrones, que la mía la tengo ya muy vista, piensa Iván después de dar cuenta de la segunda raya. El sabor amargo de la química bajando por su garganta, el sonido del descorche y el brillo cristalino de las burbujas del champán bailando dentro de las copas vienen al rescate, a reconducir su mala baba: qué coño, ya que estamos, vamos a disfrutar. Miguel o Antonio, la ficha roja y la azul, se han infiltrado en su mente una vez más, porque uno u otro abre los ventanales del doble balcón para que la música que sube desde la fiesta de la piscina inunde la *suite*. Una fiesta que está en su máximo apogeo y que no se desinflará hasta que caiga el sol.

Más o menos al anochecer Iván llega dando tumbos a su habitación. Intenta atinar con la tarjeta magnética para abrir la puerta. Se le resbala, se le cae al suelo, la recoge, lo intenta de nuevo, otra vez al suelo. Se percata de la pulsera de tela, negra y con un pez alado dorado, que en algún momento antes de abandonar la *suite*, uno de sus nuevos amigos le ha anudado en la muñeca. No recuerda cuál de los dos ha sido, pero sí las palabras

que le susurraba al oído mientras hacía un nudo y lo apretaba con fuerza: «Todo lo que necesitas esta noche está aquí, en este pez con alas». Coloca la pulsera sobre el lector de tarjetas y la puerta se abre.

33

Sábado por la noche

Le consuela, al menos, que Rafa no le hable. Se ahorra el bochorno de disculparse con la lengua trabada. Bastante esfuerzo le ha supuesto el escueto «me ducho y nos vamos a cenar». En qué maldito momento se dejó convencer de que no es tan mala idea mezclar champán con vodka. A nadie nunca le ha sentado mal el Moët & Chandon, no sabe si le dijo la ficha roja o la azul. Un hijo de puta, eso es lo que es, uno u otro o la primera persona en la historia del champán que soltó esa gilipollez.

Media hora bajo el chorro de agua fría. Cuando sale, Rafa ya se ha ido y le ha enviado un wasap: *Hola papá, tenemos una reserva a las 10 en un restaurante del centro de Torroles pero lo mejor es k no vengas, k t suban algo de comer y te acuestes. He ablado con mamá. Todo ok. Nos vemos en el desayuno*. Aunque se encuentra mejor después de la ducha y de una ayudita —se despeja del todo, total, una raya más o menos—, la amenaza velada de su hijo surte efecto. Mientras Alicia no se entere, ese *Todo ok* es una especie de bula, un salvoconducto con el que aún puede evitar llevar el fin de semana al caos absoluto. Qué cabronazo estás hecho, Rafa, qué listo eres, cabrón...

Acaba de pedir la cena —sándwich club, bien de patatas fritas, zumo de tomate y dos piezas de fruta— cuando Marcos telefonea para decirle que ha venido a *hacer un mandado* en el Sacramento,

que, ya que está aquí, si le apetece, puede subir a tomar una copa o algo. *(He ablado con mamá. Todo ok)*. Iván le contesta que por nada del mundo va a liarse otra vez esta noche. La conversación tiene lugar al mismo tiempo que el inspector rebusca por toda la habitación un puto cigarrillo, les da la vuelta a los bolsillos de los pantalones, sacude la mochila boca abajo. Mierda.

—Está bien. Doy un salto a la máquina de tabaco del *hall* y nos tomamos una rápida en el bar, pero que te quede claro: no pienso poner un pie fuera del hotel.

Pone el pie y, detrás, el resto del cuerpo y el alma, y solo necesita una copa y dos puntas de mefe para que le suba el colocón acumulado a lo largo del día y volver a entonar, por enésima vez en su vida, su mantra preferido: es sábado y, qué coño, los sábados se sale. Sí o sí.

A las tres de la mañana la cola para entrar en la discoteca Ayre ya da la vuelta a la manzana. Una serpiente retorcida y colorida que avanza a paso de oruga. Ni Iván ni Marcos tienen que sumarse a la procesión para acceder al local. El camello porque, para sorpresa de Iván, y al contrario que anoche, hoy ejerce de camello oficial de la Ayre; y el inspector, porque la pulsera negra y dorada en su muñeca funciona como un mágico ábrete sésamo para que los hombres cuadrados y sin cuello a cargo de las puertas del paraíso las abran, solícitos, serviciales y agradecidos.

Dentro, la locura. Iván ha estado allí un par de veces, pero hace tiempo, no recuerda que fuera gran cosa, la verdad. Música demasiado alta, mucha musculoca y cero morbo. Pero el Ayre ha cambiado. Hasta la estructura es distinta. Iván sólo conocía una planta, ahora la diversión se distribuye en tres niveles. Del más pequeño en la planta cero al más grande en la menos dos. Una pirámide enterrada. Otra vez el gruyer.

En el primer nivel, a ras de calle, y nada más cruzar la puerta, una pista de baile circular no demasiado grande y una barra donde un grupo de cuatro tipos están pidiendo sus copas, charlando y moviéndose suavemente al compás de un reguetón comercial y buenrollero. Se les nota que también acaban de llegar. Reconoce la cara de uno. Marcos, por esta noche su Virgilio particular, le confirma que se trata de Grego, el jugador del Sevilla FC. Es un habitual desde que salió del armario, le dice. En persona gana, parece más joven, es mucho más guapo que en la tele o en los periódicos. Por lo demás, el ambiente resulta apagado y algo desangelado. Aún es un poco temprano, le explica Marcos.

—A partir de las ocho de la mañana aquí no se cabe, ya verás. Es el *after* más concurrido de toda la Costa del Sol —le dice el camello —. Pedimos aquí la primera y bajamos.

Gracias a la pulsera mágica las copas son gratis. Ahí mismo, en uno de los baños de discoteca más limpios que Iván recuerda haber visitado en su vida, se meten dos rayas de coca, acompañadas de medio éxtasis que Marcos le regala para darle la bienvenida al infierno. Iván no puede disimular su impaciencia por bajar, pero Marcos se detiene un par de minutos para arreglar su aspecto ante uno de los muchos espejos que cuelgan de las paredes y que generan un singular caleidoscopio de luces, formas y colores alrededor de la pista. El inspector le copia.

—¿Tú crees que me parezco a Alain Delon? ¿Aunque solo sea un aire? —La pregunta le ha sonado a él mismo absurda y fuera de lugar

—Si supiera quién es ese señor, podría opinar.

—Olvídalo. Bajamos.

Abajo, la pista y la barra son como seis o siete veces más grandes que arriba. También la oscuridad, una penumbra metálica y azulada,

quebrada por cientos de neones y láseres que bailan al compás de un *tech-house* de bajos gruesos y melodías oscuras, matizadas con algún guiño latino. En la misma planta, los urinarios y unos baños con puerta que, como puede comprobar Iván de inmediato, carecen de váter. Allí nadie entra para hacer sus necesidades. Son muchos los que, como Marcos y él tras pedir otra ronda (que tampoco pagan), los usan para meterse. Un tonteo antes de salir, poca cosa, más risas que besos. Marcos le presenta a un amigo con el que se dan de bruces en la puerta y al que han salpicado de vodka su perfecto torso trabajado y descubierto, aunque el tipo, cuyo nombre olvida Iván sobre la marcha, no se queja. Va muy puesto. Está de muy buen ver. Marcos le explica que es el más joven de los tres, pero su facha de hombre curtido y varonil dice lo contrario. Es lo menos parecido a un niñato que Iván ha visto en lo que lleva de día y de noche. Se siente atraído por él de inmediato. Se quedan aquí mismo, en la antesala de los baños donde, a pesar de la gran cantidad de tíos, la mayoría sin camiseta, muchos con arnés, más o menos pueden charlar y fumar sin apreturas. Pasados unos minutos, cuando quiere darse cuenta, Iván le está preguntando al nuevo por Quino, Alberto y Jhon. El éxtasis ha comenzado a hacer de las suyas. Claro que se conocen. Claro que han salido de fiesta unas cuantas veces. Claro que han follado, juntos y por separado. Y claro que Jhon estaba muy enamorado de los otros dos, tanto o más que ellos de él. Puede que no fuera tan romántico, que pareciera el más frívolo, pero una cosa no quita la otra.

—Lo que pasa es que aquí van todas de modernas —dice el guapo, que se ha venido arriba—. Se piensan que por ir vestidas a la última, con las uñas pintadas, por salir todas las noches o meterse de todo y gritar a los cuatro vientos que son veganas, animalistas y antitaurinas, ya son el no va más, pero os digo yo que no, que, en el

fondo, lo que les pasa es que son unas *barbies* de todo a cien a la caza de un *ken* que las saque de la calle, ¿verdad, Marcos? Tú las conoces tan bien como yo.

Iván se muere de calor. La espalda empapada. No aguanta más. Se quita la camiseta. La anuda en una trabilla del pantalón vaquero. Nota la mirada del nuevo, cuyo nombre sigue sin recordar, clavada en su pecho. Quizás no ha ido al gimnasio en los últimos tiempos tanto como le habría gustado, pero ninguno de los tíos con los que se ha acostado se ha quejado hasta ahora, aunque tampoco es que él ponga el listón muy alto. Pero gusta y se gusta. Sobre todo, en un momento como este, con los sentidos hiperexcitados por la pastilla. El tipo le pone una mano sobre el hombro. Iván nota un calor que le atraviesa la médula hasta la punta de los dedos de los pies mientras aquel le cuenta que, tras la muerte de Quino en la piscina de la azotea del hotel, les ha perdido la pista a los otros dos miembros de la trieja. Un amigo común le ha dicho hace poco que Jhon se volvió a Sevilla, pero de Alberto no tenía noticia. Iván le habla de su desaparición y el tipo se limita a encogerse de hombros.

—Mira, Iván, yo no sé qué te habrán contado de Jhon, pero te repito que no engaña a nadie. A mí me parece muy transparente y un buen chaval. Yo, en tu lugar, trataría de encontrar a Alberto. Con él sí que deberías hablar.

—¿Por qué?

—No sé, por cosas que se decían de él. Pregúntale a este, que está siempre en la calle y se entera de todo mejor que yo —señala a Marcos. El éxtasis le ha subido más que a Iván: sus ojos, dos puñaladas en la cara, incapaces de centrarse en un punto. Ajeno por completo a la conversación, aprieta la mandíbula como si estuvieran a punto de operarle de apendicitis sin anestesia.

—Este no está para mucha pregunta.

—Pues no, va bien a gusto. Mañana lo llamas y que te cuente.

—Cuéntamelo tú, no te hagas el tonto. Si lo has dicho es por algo. ¿Qué es lo que tengo que saber de Alberto, además de que está desaparecido? —Iván le planta un beso, que el chaval le devuelve con ansia. Después, se separa de él y se le queda mirando divertido y le contesta:

—Joder, Iván, qué buen interrogatorio. Así no habrá quien se te resista, ¿verdad? Está bien: dicen por ahí que Alberto llevó muy mal la muerte de Quino, que estuvo a punto de caer en una depresión. Sobre todo, porque no entendía que Jhonatan quisiera seguir como siempre, ya sabes, con sus cosas...

—... sus fiestas, sus drogas —completa Iván.

—Eso. Pero Alberto no tenía el ánimo para fiestas. Parece ser que le recriminó a Jhon su actitud, que no estuviera tan triste y dolido como él por la muerte de Quino.

—Bueno, cada uno lleva el duelo como puede... para eso no hay un manual de instrucciones.

—Eso es cierto, pero en el caso de Alberto... no sé, se puso muy pesado. Muy intenso. Hay quien dice que los vieron discutir por este tema en público, y no una, sino varias veces.

—¿Tú los viste en alguna de ellas?

—No, guapo, yo no vi nada —responde ¿José? ¿Juan? ¿Ale?, una décima de segundo antes de lanzarse a devorar la boca de Iván, quien le ofrece la suya con idéntico anhelo. Qué bien besa el cabrón. Y qué bien huele. Sobre su entrepierna, erecto, nota a su vez la erección del chaval, y eso le excita aún más. Todo su ser se derrite de placer, un placer amplificado al que la química suma estímulo tras estímulo: la música poderosa y mullida a la vez, las luces estroboscópicas, el tacto cálido de la piel y el vello húmedo, el sabor a sal y a tabaco. En algún momento dejan de ser dos las manos que

le acarician y le pellizcan y deja de ser una sola la boca que busca la suya. Marcos, en su estado catatónico, se ha unido a ellos. Permanecen así un tiempo difícil de precisar, sumergidos en una nube espesa y sexual, hasta que Iván, en un paréntesis de lucidez, se da cuenta del espectáculo que están dando y de que muchos pares de ojos en torno a ellos les muestran su rechazo, del mismo modo que otros tantos pares, quizás los más, su lúbrico deseo de unirse a ellos tres.

—Mejor nos vamos a otro sitio.

Y bajan más. En el tercer subsuelo la oscuridad es ya tan negra e Iván va ya tan puesto que tropieza y a nada está de dar con la cara en el suelo. A su alrededor, todo son sombras movedizas. Unos son fantasmas de caras iluminadas por la luciérnaga de un cigarrillo o el relámpago de un mechero. Otros, barcazas navegando a la deriva en la noche hacia la intermitencia de uno de esos faros. En esta noche en altamar truena la tormenta de un ritmo *techno* robótico y frío, sin inflexiones, despiadado y, con todo, gozoso. Como desde otro mundo, llegan suspiros y gemidos. Dos pares de manos tiran de Iván hacia abajo hasta tumbarlo en una superficie blanda, fría y pegajosa. Está a dos palmos del suelo. Unos dedos apresurados le desabrochan el cinturón y le bajan la cremallera del pantalón. Un mechero se enciende y alumbra un rostro unas décimas de segundo. Guapo. Iván juraría que es Grego, el futbolista de moda, no precisamente por jugar al fútbol. Muy guapo. Va a encender su mechero para asegurarse, pero alguien le acerca a la nariz lo que parece, por el tacto frío, un bote de cristal. Huele a *popper*. La voz del amigo sin nombre de Marcos le susurra al oído. Dale. El inspector no puede hacer otra cosa más que abandonarse y convertirse, él mismo, en una barcaza atrapada en mitad de la tormenta nocturna.

32

Domingo por la mañana

La tarjeta de PVC se le resiste. El piloto rojo y el insufrible pitido de la consola junto a la puerta de la habitación se quejan a cada intento. Mierda de llave. Como si se diera por aludida, la tarjeta de plástico decide precipitarse al vacío desde su mano temblorosa. No sufre mucho, cae sobre la moqueta azul y blanca y mullida. La que sí ruge es la espalda de Iván al recogerla. Me cago en.

Así lo encuentra Rafa cuando abre desde el interior. Le franquea el paso, se encierra en el balcón a fumar un cigarrillo. Iván lo sigue con pasos torpes, como si caminara sobre una hilera de cuchillas o un meandro de lava ardiente. Abre la boca para pronunciar la frase que ha venido ensayando, hola Rafa, no te vas a creer lo que me ha pasado, pero su reflejo en el ventanal del balcón le hace frenar en seco a mitad del pasillo: las zapatillas de deporte, que anoche eran blancas, ahora son de un color indefinido, entre el gris oscuro y el morado brillante; los pantalones vaqueros mugrientos tienen la cremallera rota; un desgarro en la camiseta a la altura del pecho deja ver el torso quemado por el puto sol de estos dos días y cruzado por un arañazo. Y la cara...

En el cuarto de baño se ve mejor. Jamás antes, en ninguna de sus cientos de mañanas o tardes de resaca, a pesar de su larga trayectoria de excesos y desmadres, ha contemplado una cara como la que le devuelve el espejo. Jamás. Los labios resquebrajados. Las

ojeras profundas y violáceas. Los ojos vidriosos y escondidos detrás de unos párpados que parecen dos cicatrices infectadas. Se toca el pómulo derecho, su aspecto amoratado está pidiendo a gritos un chorro de agua oxigenada y un apósito con Betadine. Duele. Inspira y espira profundamente. Se ha pasado. Esta vez, ha metido la pata hasta el fondo. Baja la mano de la cara a los bolsillos del pantalón. Ni rastro de la cartera ni del iPhone. Sí está la tarjeta de La Caixa con la que se ha hecho las rayas esta noche, una tarjeta que no es suya. En un acto reflejo millones de veces repetido, vuelve a bajar la mano al pantalón y se palpa el bolsillo pequeño. Un pequeño tesoro. Un paquetito. Empezado, pero no vacío. Justo lo que necesita, el botón de ON. Aparte de una buena ducha.

—¡Rafa, no tardo ni diez minutos!

Desde ahí, a través de las puertas de cristal del balcón, alcanza a ver los labios del muchacho articulando una respuesta.

—¿Cómo has dicho, que no te he oído? —pregunta asomando la cabeza al exterior.

—Que menos mal. Que da asco verte.

—Mira, guapo, no te pases, que yo...

—Vale, vale, papá, lo que tú digas. —Rafa apaga el cigarrillo en un cenicero que coloca cuidadosamente sobre la mesa del balcón, sopla la ceniza esparcida sobre el logotipo del hotel Sacramento—. Te espero en el coche. Pilar y yo ya hemos hecho el *check out.* Hace rato que deberíamos haber dejado la habitación. —Sale con paso firme y sin mirar a su padre—. Por eso no te funcionaba la tarjeta. Deberías haber probado con la pulsera.

No hay portazo. Iván mira la pulsera con fijeza y cara de pasmo, como si la viera por primera vez. Tarda unos segundos en reaccionar. Tarda casi menos en ducharse y vestirse. Sobre la almohada le espera un sobre de tamaño folio con el pez alado. En su interior, el

listado de inversores, tres páginas. Busca a toda velocidad por la G de Gil. Ahí está Rodrigo. Director Financiero de YOU Investments and Real Estate.

Pilar en el *hall* hablando con el jefe de recepción. Los dos se vuelven a mirarle, pero no le va a aguantar la chapa a nadie. Ni siquiera a ella. Esboza una sonrisa de compromiso y le indica con la barbilla que la espera fuera.

La subinspectora Ojeda entra en el coche resoplando de calor. Rafa ya está en el asiento del copiloto con los auriculares puestos e Iván sentado atrás, taponando con un dedo el orificio derecho de la nariz. ¿Narina había dicho Nuria que se llamaba?

Iván se mira el dedo extrañado. Tan pasado que no recuerda haberse metido de un tirón el contenido del paquetito misterioso en lo que ha tardado el ascensor panorámico en bajar de la habitación al *hall*. No tiene nada con que secarse el líquido espeso, rojo y caliente que mana de su nariz.

31

Martes por la mañana

Los ojos, dos persianas de esparto mojadas: pesados, llorosos, ingobernables. Se han despertado con criterio propio. Anuncian que hoy este negocio permanece cerrado al público.

Bla, bla, bla.

De un extremo al otro de la mesa del estudio, las palabras del presentador y de la periodista son un enjambre de pelotas de *ping-pong*. Botan, vuelan, se cruzan, sobrepasan las líneas blancas del tablero, se lanzan kamikazes sobre la moqueta roja, ruedan y se esconden bajo los muebles, rebotan sobre el cristal de la pecera del control del estudio. La mirada nublada de Iván no sabe dónde enfocar.

—¿Estamos un poco ausentes hoy, inspector, o me lo parece a mí?

—Disculpa, Isaac.

—Yo creo que nuestro famoso representante de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado aún no se ha recuperado del fin de semana. —La sonrisa esquinada de la Candau le provoca náuseas—. Su fama le precede, inspector De Pablos.

—Mujer, eso cómo va a ser —media el locutor—, si estamos ya a martes.

—¡Uy! Isaac, querido, a nuestra edad, las resacas duran más que las parejas modernas.

Bla, bla, bla.

Podría acallar en este instante a esta gilipollas. Bastaría elevar el brazo derecho, extender la mano, colocarla plana sobre la nuca de la supuesta periodista, empujar con todas sus fuerzas (cierto, no son muchas, pero son suficientes), abrirle la frente con el borde de la mesa. Esparcir sus sesos en un radio de uno o dos metros a la redonda. Salpicar al locutor, al cristal de la pecera. Adiós. Púdrete, perra. Podría hacerlo. ¿Por qué no?

—Hasta se le ha pegado el sol. Viene morenito.

—Achicharrado, más bien —matiza la Candau—. ¿A qué playa ha ido, De Pablos?

—Torremolinos, Candau, Torremolinos.

—¡Cómo no! Si es que la cabra tira al monte...

—Vamos, Lola, no abuses de su debilidad.

—Me limito a constatar una realidad; según tengo entendido, Torremolinos en verano es una sucursal de Sodoma y Gomorra. No cabe ni un gay más. Me han soplado que hasta Grego se ha dejado ver por allí estos días.

—Bueno, bueno, bueno. ¡Noticia bomba! ¿Es eso cierto? ¿Habrá coincidido allí nuestro inspector De Pablos con el futbolista de moda?

—Pues, ahora que lo dices, Isaac, creo que harían una pareja estupenda. El policía y el futbolista. Como el torero y la tonadillera. ¿Qué nos puedes decir al respecto, inspector? ¿Lo confirmas o lo desmientes?

No son los sesos, sino los auriculares los que Iván arroja sobre la mesa del estudio, mordiéndose la lengua para no mandarla al carajo. Ni por mil millones de euros está dispuesto a seguir aguantando a la borde esta ni a este subnormal paternalista. Se larga en dos zancadas, dejando el programa sin final y a ellos con, ahora sí, un motivo para atacarle.

Y aún falta el escrutinio de Diosdado. Por eso, antes de la más que probable monumental bronca de su jefe se pasa por el Cakes&Run. Desayuno y, como extra, un poco de la especialidad de la casa, el buen rollo de Ramón y Felipe. Pero qué equivocado vuelve a estar. Su mal día no ha hecho más que empezar.

Ramón está anotando una comanda cuando Iván entra por la puerta. Le hace un gesto para que se siente a una de las mesas libres. Espera, te atiendo enseguida. Pero hay algo. Inexpresividad en su mirada. La frente arrugada, rigidez en sus labios, ni un hola. Un témpano. Señales inequívocas. Hay algo. Iván simula leer una carta de desayunos que conoce al dedillo.

—¿Lo de siempre?

—Antes dime qué está pasando aquí.

—Nada. —Ramón, un visible esfuerzo por mantener el tipo.

—No me tomes por tonto, que nos conocemos muy bien. ¿Os habéis peleado? Si es eso, estáis muy vistos...

—No nos hemos peleado. —Ramón gira sobre sus talones, se pierde en el interior de la cocina.

Al cabo de unos minutos vuelve a salir. Deposita en la mesa una bandeja con el desayuno de Iván. Los ojos húmedos y rojos.

—¿Qué te ha hecho esta vez el mamón este? ¡Felipe! —grita en dirección a la cocina—. ¡Sal de tu madriguera, ratita! Hay que ver, pelearos a estas alturas como dos adolescentes...

—No está. Se ha tenido que quedar en casa. —La gravedad en la voz de Ramón detiene en seco a Iván, ya de camino a la cocina.

—Cuéntame ahora mismo qué está pasando.

Ramón invita a Iván a volver a sentarse, pasa el café y la tostada de la bandeja a la mesa. Se sienta junto a él. Lanza un suspiro profundo.

—Le han dado una paliza. Tiene dos costillas rotas y la cara hecha un cristo. También le han roto un diente.

—¿Cómo? ¿Quién?

—No lo sabemos. Fue el sábado por la noche. Felipe salió a tomar una copa con unos amigos. Yo estaba cansado y me quedé en casa. Me dijo que no volvería muy tarde y así fue, a las tres o por ahí. Ocurrió cuando llegaba a casa y muy rápido. De algún sitio salieron tres hijos de puta, lo pararon, le preguntaron si él era uno de los maricones dueños de la pastelería y se liaron a golpes, lo tiraron al suelo y lo molieron a patadas. Igual de rápido que aparecieron, se esfumaron.

—¡Hijos de puta! Pero ¿nadie vio nada, ningún vecino?

—Ya conoces nuestra calle, es muy tranquila y no pasa apenas gente. Y los vecinos, pues, como siempre, a lo suyo. El pobre dice que nadie se asomó. Y tuvieron que oírle, Iván. Por cojones tuvieron que oír algo. Pero nada. —Ramón comienza a sollozar con la barbilla pegada al pecho. Un cachorrillo al que acaban de separar de la madre. La imagen viva de la tristeza y de la desolación. Iván lo abraza. Le acaricia la espalda y la nuca.

—Cuando recuperó el sentido —continúa algo más entero— se levantó como pudo y llegó a casa renqueando. Imagínate mi cara cuando lo vi entrar por la puerta. Estaba viendo la última temporada de *Heartstopper* y me había quedado traspuesto en el sofá. Me despertó el ruido de la cerradura. Abrí los ojos y por poco me da algo.

Una pregunta ha germinado en Iván, teme hacerla, porque la respuesta explicaría por qué su amigo se ha mostrado tan distante. Pero no le queda otra:

—¿Habéis ido a la policía?

Su amigo se deshace del abrazo con suavidad y le mira a los ojos. Las lágrimas se evaporan en un fulgor de rabia e impotencia.

—Tus compañeros pasaron de nosotros. Por eso te hemos llamado mil veces desde el sábado. Para una vez que te necesitamos de verdad, tío...

Iván se detiene varias veces antes de llegar a la comisaría. En su cabeza resuena como un eco lúgubre el reproche de Ramón. Otra persona más a la que ha fallado. Y ya van... ¿Por qué coño no toma la determinación, de una puta vez, de ordenar su vida y, de paso, hacerles las suyas más fáciles a quienes le quieren?

Aún queda Diosdado. Y Pilar. Y Rafa...

La tarde del domingo anterior, se despertó cuando el motor del coche de Pilar dejó de arrullarlo. Su hijo salió escopeteado y se encerró en su habitación. Pilar le tendió un clínex para que se limpiara un último rastro seco y rojo de la nariz antes de volver a arrancar y regresar a su casa. Abotargado, casi dormido, Iván arrastró su mochila hasta el apartamento. Buscó en la nevera algo para almorzar, pero solo encontró tres zanahorias revenidas y un brik de leche caducado desde hacía semanas. Pediría algo a domicilio, pero había perdido —o le habían robado— el móvil y la cartera con las tarjetas del banco y el resto de su documentación. Se esforzaba por recordar dónde y cuándo, pero en su mente solo había bruma allí donde deberían estar las imágenes de la noche anterior. Usó el portátil para pedir un par de *pizzas* en el San Piero. Encontró un billete de cincuenta euros en el fondo para emergencias y desavíos que guardaba en un azucarero vacío (a pesar de todo, había tenido suerte: no eran pocas las veces que, al echar mano del fondo, descubría que lo había dilapidado para pagar a alguno de sus

camellos y después había olvidado reponerlo). Se puso cómodo mientras esperaba las *pizzas*. Se quedó dormido. Soñó con el timbre de la puerta.

La mañana siguiente, lunes, encontró los restos de las *pizzas* en la mesa de la cocina. Una estaba intacta. Metió la mano en el bolsillo del chándal y encontró el billete de cincuenta. Una deuda más a la cuenta con Rafa. El chaval no estaba en casa. Otro tic de su carácter reflejado en su hijo. Ir siempre a lo suyo. Resolutivo, evitando el conflicto en caliente, esperando el momento propicio para detonar la bomba de la discusión. Iván tiró del fijo para llamar a la comisaría. Otra vez el virus estomacal. Sonó creíble: noche malísima, vomitando la bilis y sin despegarse del váter. Mejor se quedaba en casa para recuperarse y no contagiar a toda la comisaría. Le pidió al compañero que le atendió —Javi, un chaval recién salido de la academia—, que le gestionara un nuevo móvil. Qué mala suerte, le robaron el suyo junto con la cartera en el chiringuito donde había comido el día antes. A plena luz del día. Un despiste, ya ves, en casa del herrero. También tenía que solicitar un duplicado del DNI, pero no te preocupes, Javi, se lo pido yo a Susana Muñoz, la administrativa que lleva estas cosas, una funcionaria y vieja conocida de Iván. Difícil saber si el nuevo compañero se había tragado el cuento, aunque lo más probable fuera que la juventud, el poco tiempo en el cuerpo y, sobre todo, el respeto a la jerarquía, le aconsejaran dejar la lengua en reposo.

Pasó el resto de la mañana ordenando lo que tenía hasta el momento sobre la muerte de Segis, que, todo fuera dicho, no era demasiado:

Dos muertos (Quino, el pasado diciembre en Torremolinos, Málaga, y Segis hacía unos días en Sevilla. Segis era de y vivía en Jimena de la Frontera, Cádiz).

Un desaparecido (Alberto, desde hacía tres meses, en su trabajo, en Vejer, aunque vivía en Barbate. Ambos municipios de Cádiz). Tras la muerte de Quino, en diciembre, hasta su desaparición, en marzo, se mostró muy triste, a la par que enfadado con Jhon (extremo este a contrastar con el propio Jhon).

Los tres trabajaban en o para la misma empresa, pero en provincias distintas. No hay noticias de que coincidieran en ninguna obra (preguntar a Pilar), aunque al parecer es habitual que todos se conozcan en estas empresas.

El principal sospechoso, Jhon, nacido y residente en Bollullos de la Mitación, municipio de Sevilla, formaba una trieja con Quino y Alberto. También trabajador de Sacramento/SurConEd. Asegura no haber tenido nada con Segis, quien, por otra parte, no consta que fuera gay.

Los tres miembros de la trieja tenían fama de trapichear y de fiesteros, pero no de malas personas ni de estar metidos en asuntos más turbios. Por su parte, Segis era un tipo reservado y muy apegado a su familia.

De entrada, la posibilidad del crimen pasional no era muy sólida, porque eran trieja abierta desde el principio. Salvo que el triángulo no fuera equilátero y que uno de los vértices, Jhon, movido por los celos, hubiera matado a Quino y hecho desaparecer a Alberto. Pero John no encajaba en el perfil, porque era, precisamente, el ángulo más abierto, el más dispuesto al poliamor o al polisexo.

Más: ¿qué tiene que ver Segis/Levítico y su rollo religioso con todo lo anterior? De momento, nada.

Por último, Sacramento/SurConEd: apestan.

Rafa aparece a la hora del almuerzo cargado con dos bolsas del Carrefour Exprés. Rellena la nevera, prepara dos bocatas, deja uno sobre la mesa de la cocina en un plato. Con el otro y una lata de cerveza se encierra otra vez en su cuarto. Silencio. Iván lo observa y le deja hacer. Paciencia. Punto positivo: el chaval sigue aquí. Iván se come el bocadillo y se queda traspuesto en el sofá. Abre los ojos a las seis de la tarde, Rafa ha vuelto a marcharse. Sobre la mesa de centro, un *flyer* anuncia LaRoux, un macrofestival de música electrónica en el auditorio de la Isla de la Cartuja, una maratón de *techno, house, urban* —y una decena más de etiquetas tan desconocidas para Iván como la interminable nómina de *DJ* que van a pinchar durante los cinco días que dura el festival—. Cuánto tiempo hace que no va a un concierto, ni de electrónica ni de nada. Se alegra de que Rafa se divierta.

Pasa el resto de la tarde poniendo lavadoras, fregando la cocina y el cuarto de baño. A las once ya está metido en la cama. No tener móvil le ahorra la tentación del Grindr. Bien. En no pocas ocasiones, los mejores polvos han caído un lunes después de un fin de semana de fiesta.

Rafa no regresa hasta bien pasadas las cuatro de la mañana. Trastea en la cocina, hace tanto ruido que despierta a Iván. Este aprovecha para ir al baño. Se asoma para decir hola. El muchacho está cenando (devorando) sobras. Mirada ausente y vidriosa, sonrisa boba y un balbuceo. La cocina vuelve a estar patas arriba y en el aire flota un denso tufo a marihuana que tira para atrás. Iván da las buenas noches y regresa a su cama. Incapaz de conciliar el sueño hasta casi el amanecer. Pasa estas horas dudando si abordar a su hijo o no, pero cómo. También ha intentado recordar a qué edad se fumó él su primer porro de maría.

30

INTERLUDIO

Aunque agotado por el esfuerzo y el dolor, se obliga a respirar hondo y calmarse, solo un poco, suficiente para calcular que del suelo al techo no debe de haber ni cuarenta centímetros y que por eso tiene que permanecer tumbado boca arriba, porque las veces que ha intentado sentarse ha golpeado el techo metálico con la frente y no ha podido flexionar las rodillas para plantar los pies y hacer palanca ni apoyarse en los codos para empujar arriba con las palmas de las manos, lo único que ha logrado ha sido desollarse los nudillos y astillarse varias uñas, y llorar y ahogarse y provocarse un ataque de ansiedad, por eso ahora extiende los brazos en perpendicular al cuerpo, los mueve arriba y abajo como una polilla atrapada en un cajón de chapa, sin bombilla contra la que golpearse, la oscuridad es boca de lobo, pero siente que no es de noche, todo a su alrededor quema: el aire que a duras penas consigue empujar hasta sus pulmones, el reguero de sangre seca y terrosa que baja por su frente y se hunde en el charco de agua sucia que cubre el suelo y que, en ocasiones, si se agita más de la cuenta, moja su cara y se infiltra en sus oídos, el olor a podrido y a verdina, a insectos rancios, a nidos y a pelos viejos, olor a muerte que le ha despertado hace un rato y que le ha hecho gritar y llorar y pedir auxilio, socorro, es que no hay nadie ahí, hasta desgañitarse, aunque con una frecuencia y una intensidad cada vez menores, la esperanza también

hundiéndose poco a poco ante la inutilidad de sus esfuerzos, de sus gorgojos agónicos, por favor, que alguien me ayude, pero qué va, nadie le va a oír, nadie va a ayudarle, y por eso deja de revolverse, de cimbrearse, de menearse, solo queda esperar el final y esperar que llegue pronto, acabar con el sufrimiento, si al menos se le concediera ese último deseo, pero qué va, tampoco, porque algo le acaba de rozar el pie izquierdo, algo que al principio cree que es una ilusión, una falsa impresión, un espasmo quizás, hasta que lo siente en el pie derecho y rápidamente otra vez en el izquierdo, y esa sensación es suave y húmeda y caliente, como una manopla bajo la ducha, fru, fru, fru, flexiona y estira los dedos de los pies muy despacio, está a punto de reconocer esa textura, le parece familiar, le parece orgánica, le parece... joder, algo le ha pinchado el dedo meñique del pie izquierdo, duele, reacciona dando una patada a la oscuridad, y siente que ha golpeado algo con la planta del pie, y a continuación escucha el chillido (los chillidos), y el terror le da un calambrazo que le recorre todo el cuerpo, y patalea y patalea y patalea, y trata de incorporarse y se destroza otra vez la frente contra el techo de chapa, y la cabeza rebota y se destroza la nuca y traga esa agua apestosa y caliente y tose y vomita y se disloca el hombro derecho, y llora de dolor, aunque sin lágrimas, se le han agotado, y llora hasta que vuelve a sentir el roce, ahora entre los dedos de la mano derecha, fru, fru, fru, y escucha más chillidos, más cerca de su oído derecho, y gira la cabeza y, sobre el fondo negro, ve dos puntos rojos brillantes y grita, trata de enfocar la mirada, pero siente ahora el pinchazo en el dorso de la mano izquierda, y se retuerce lo que puede, que no es mucho, y mira en esa dirección y son cuatro los puntos rojos brillantes y comienza a manotear sin control, y los puntos se apagan y él cierra los ojos y aprieta los párpados y más chillidos, y abre los ojos y ahí están otra vez, son

seis, son ocho, son diez, y ahora un pinchazo en el pie derecho, y más roces en los pies y en las manos y por todos lados, en todas direcciones, fru, fru, fru, y patalea, y grita y patalea y grita y...

Silencio.

Cinco segundos. Diez segundos.

Como instrumentos de una orquesta afinando antes de que se abra el telón, comienza un chillido. Y luego otro. Y después otro. Y otro más. Y otro. Y detrás de cada chillido el chico encuentra unas fauces abiertas solo para él.

Y comienza el concierto.

29

Martes por la mañana
(más tarde)

Atrincherado en su despacho aguarda la llegada de Diosdado como quien espera el apocalipsis en el salón de su casa mientras ve en La 2 el documental sobre el ñu del Serengueti, resignado ante lo inevitable y con la sola inquietud sobre el tipo de cataclismo que sin duda ha de venir, una gran ola, un meteorito, una lluvia de fuego. Iván no ha avisado a su jefe, pero en la mirada esquiva de Javi, el recepcionista, ha leído que tiene órdenes directas de informar a Diosdado en cuanto el inspector ponga un pie en la comisaría. Ojalá no se demore demasiado. Está exhausto. Lo peor es, con mucho, la nube cenicienta que esta mañana se ha posado sobre su cabeza. La tristeza que, por muy recurrente —aparece indefectiblemente todos los martes después de un largo fin de semana de fiesta—, y por muy consciente que sea de su origen químico, no es capaz de gestionar. La mera pretensión de gestionar lo irracional es una temeridad, si a duras penas le da la vida para, no ya entender, sino siquiera soportar lo racional.

Por fin una tos ronca y grimosa atraviesa la puerta cerrada de su despacho. Iván no puede por menos de pensar en trompetas y en las trémulas murallas de Jericó y sonreírse.

—Eres un cobarde, cabrón —primera sorpresa: la voz del comisario suena arrastrada, sí, pero menos amenazadora de lo que esperaba—. Aquí escondido, como una rata.

—Buenos días, jefe. Yo también me alegro de verte.

—No me vas a vacilar más. —En su nuez se percibe un motor al ralentí.

—Solo pretendía ser educado.

—¡Que te calles, joder! Una palabra más y te juro que...

Hace más de dos décadas que se conocen. La frontera entre la amistad y el compañerismo se ha difuminado tanto como los dígitos de las tarjetas de crédito de Iván. Ahora, sin embargo, Diosdado está dejando claro quién es el jefe. Cuando el jefe abronca, Iván sabe que lo mejor que puede hacer es cerrar el pico.

—Y, ahora, dime, pedazo de cabrón. ¿Se puede saber en qué culo has metido tu teléfono? ¿Qué es toda esa mierda de que has pasado una mala noche? Como me entere de que has vuelto a las andadas, te juro que...

Y se hizo la luz. Y diluidas en su fulgor desaparecen de un plumazo todas las oscuras preocupaciones que Iván arrastraba hasta hace unos segundos como un fantasma sus cadenas. Su alarma interna desciende del rojo al amarillo y del amarillo al verde. Pilar, bendita Pilar, compañera y amiga. Se ha quedado el cuento para sí. Bendita seas una vez y mil veces más, Pilar.

—Tienes razón, jefe, perdóname —su voz suena soleada—. Ya me conoces, soy un desastre. Me mangaron el teléfono en un despiste y...

—¡Tú lo que eres es un grandísimo hijo de la gran... —El motor pasa de cero a cien y las toses impiden al comisario rematar una de sus sentencias favoritas. Su cara arrugada como un clínex usado.

Iván espera a que el aire encuentre una rendija por donde colarse en la glotis del comisario.

—Otro cadáver en un hotel Sacramento —dice cuando lo consigue. Placer en la cara del comisario—. En Vejer.

—Alberto.

—La Isla todavía no lo ha confirmado, pero no creo que vaya a tener que esmerarse mucho. —Diosdado arroja dos fotografías sobre la mesa—. Espero que hayas desayunado.

—Joder. Qué asco.

—Y tanto. Como ves, el cadáver está hinchado como un globo y le faltan los ojos, pero las facciones están nítidas. Debe de hacer poco tiempo que murió. Quizás días.

—O que lo mataron —puntualiza Iván.

—Eso lo tendrá que decir ella. Ayer le pedí que se pusiera a disposición del IML de Cádiz. Allí están hasta las trancas de trabajo. No sé cuántos migrantes se han ahogado en esas playas en lo que llevamos de verano.

—A esos pobres no les dedicamos tanto tiempo ni esfuerzo.

—Ni falta que nos hace. Sintiéndolo mucho, ese no es nuestro negociado.

Un breve silencio incómodo y frío como el agua del Estrecho. Roto por el propio Diosdado:

—Lo primero que ha hecho la Isla en cuanto ha llegado esta mañana a Cádiz ha sido enviarme estas fotos por wasap.

—Me juego la placa a que ha adornado el wasap con un gif de coña.

—Has perdido tu placa tantas veces como el móvil, chaval. Pero sí. Un emoji babeando y una sola palabra: saponificación.

—¿Cómo?

—Mejor se lo preguntas tú. El juez ha dado la orden de levantar el cadáver, y ella ya debe de estar jugando a los médicos con él.

—Genio y figura —apunta el inspector.

—Nunca mejor dicho.

Iván gira las fotografías varias veces, primero una, luego otra, en horizontal y en vertical.

—¿Dónde estaba? No se ve con claridad.

—En una alberca o algún lugar así, no lo sé con exactitud. Ve tú y lo ves. Cuanto antes, mejor.

—Son un par de horas en coche. Si salgo ya, aún llego de día.

—El comisario Vélez está al tanto. Tienes vía libre. Llámalo si necesitas cualquier cosa.

—Bien, jefe. Todo atado. —Iván le da una palmadita en la espalda.

—No te vayas a pensar que se me ha olvidado lo cabronazo que eres. —El comisario sofoca un carraspeo—. Cógete a Pilar y os vais los dos cagando leches.

—¿Pilar viene conmigo?

—¿Algún proble...? —Las toses.

Este es el plan: en primer lugar, Vejer. De allí, bien entrada la tarde, al IML de Cádiz, donde se encontrarán con Nuria, la doctora forense. A la hora de la cena Pilar e Iván estarían de vuelta en casa. La teoría es fácil.

Vejer de la Frontera está, exactamente, a ciento sesenta y dos kilómetros de Sevilla. Hasta hace dos décadas, se tardaban dos horas y media en recorrer esa distancia, pero desde que se construyó la autovía Jerez-Los Barrios, no solo se han recortado cuarenta y cinco minutos, sino que, además, el trazado ofrece uno de los paisajes más bonitos de la región. Algo que, piensa Iván

cuando están a media hora de Vejer, ayuda a que la subinspectora Ojeda afloje la soga con que lo viene asfixiando desde que han salido de la comisaría. También el hecho de que en ningún momento se le ha pasado por la cabeza ocultarle que ha vuelto a las andadas —por utilizar la expresión de Diosdado, a quien sí le ha escamoteado, una vez más, ese *pequeño detalle*—. Con ella no habría tenido sentido. Tomarla por tonta habría sido un grave error.

Toca ponerla al corriente de todo lo que ha averiguado. No hay perro que se resista a un hueso jugoso. Y el caso es un hueso difícil de roer, pero muy jugoso.

—Te he contado todo lo que sé, te lo prometo —le dice cuando concluye su relato—, incluyendo el hecho de que estoy convencido, al noventa y nueve coma nueve por ciento, de que el cadáver es el de Alberto.

—Tendría todo el sentido —confirma Pilar, pensando en voz alta, las manos al volante y los ojos en la carretera—, pero sigue faltándome un nexo más firme entre Quino, Alberto y Segis. Solo sabemos que los tres trabajaban para la misma empresa y que los dos últimos eran de Cádiz.

—Sí, pero de pueblos distintos. Ni siquiera sabemos si llegaron a coincidir en alguna obra. Por otro lado, Segis no era gay, que sepamos.

—Lo primero es fácil de averiguar, basta con ver los registros de personal de la empresa. Es muy probable que se conocieran, aunque solo fuera de vista. Sobre lo segundo...

—Eso déjamelo a mí —responde Iván, con una media sonrisa.

—Vale, pero me sigue pareciendo todo demasiado endeble. Tiene que haber algo más.

—Lo sé.

Iván se recuesta en el asiento y deja que su mirada se relaje en el paisaje a través de la ventanilla. La subinspectora Ojeda vuelve a estar de su parte. Y eso, además de no tener precio en el aspecto profesional, le supone seguridad y un impagable bienestar en lo personal.

—Gracias. Por esto y por todo lo demás, compañera.

—Tenemos una conversación pendiente. De momento, dame las gracias por lo que hay en la guantera.

Un iPhone. No es el último modelo, la pantalla está arañada y abollada como un mapamundi en relieve. Una de las cámaras traseras, tuerta. Pero menos es nada. Y la batería está al máximo.

—Cuando toque hablar de *todo lo demás,* puede que no te apetezca —dice Pilar, enigmática.

—¿El qué?

—*Donar-me les gràcies*.

28

Martes al mediodía

Marca de la casa. Eso de los emplazamientos elevados. Tanto si el número de estrellas es uno como si son cinco, el hotel siempre está en alto. En una loma, en el caso de Vejer. Un mamotreto rectangular de dos plantas a razón de veinte habitaciones por planta, con piscina y un par de hectáreas de jardines que, cuando se construyó allá por los ochenta, debió de ser el no va más de la modernidad, pero que ha envejecido mal. Su actual propietaria, la cadena Sacramento, ha hecho algo por actualizarlo, pero en el fondo no es más que un lavado de cara. De donde no hay no se puede sacar. Lo que no se puede negar es su valor como atalaya: unas amplias vistas a la inmensidad de un valle entre lomas suaves, un mar infinito de matorrales bajos verduzcos y ocres, y algún que otro acebuche espontáneo. Al fondo, detrás del lienzo del horizonte, se intuye el aroma salado y azul marino del Atlántico. Al hotel se accede por un carril de tierra que asciende zigzagueante y polvoroso, una docena de curvas cerradas que, cuando cae la noche, suponen tal desafío que muchos inquilinos prefieren no bajar al pueblo con tal de no tener que subir después. Por ello, y para proporcionar una estancia lo más placentera posible, el hotel ofrece una amplia carta de servicios y actividades a disposición de su selecta clientela. Pagando, claro está, pero ¿qué coño? Las vacaciones son las vacaciones, y

quién no se las merece después de un largo y crudo invierno dando el callo...

El calor es el culpable de que, más o menos, esta haya sido la reflexión masiva del español medio este verano. Desde hace semanas no hay ni una habitación disponible en el Sacramento ni en ningún otro hotel de la comarca, y ya no la habrá hasta bien entrado el otoño. Las pocas cancelaciones se cubren a toda velocidad y a precio de un Tàpies o de un Barceló. A diario, las colas para cenar en una de las cotizadas mesas de la terraza —donde, como anuncia el folleto distribuido en las agencias de viajes *gay-friendly*, las vistas son un sueño hecho realidad, un arcoíris noche y día para tu disfrute y el de tu chica, chico o chique— arrancan en la puerta del restaurante y llegan hasta la recepción del hotel y más allá. Por ello, la idea de contratar a una divertidísima, reconocidísima y recauchutadísima *drag queen* para amenizar las hasta dos horas de espera ha sido todo un acierto que incluso les ha hecho merecedores de un par de reseñas en los diarios locales y un completo reportaje en *Andalucía Directo*, uno de los buques insignia de la parrilla de Canal Sur Televisión de mayor audiencia. La nuestra. ¿La de quién?

Sin embargo, para los próximos fines de semana, el director del Sacramento Vejer se ha visto obligado a sustituir a Lady GoGo, así se llama la *drag*, por otra de menor reputación y, todo hay que decirlo, con mucha menos gracia, pero qué remedio. Si la policía no la hubiera citado, Lady GoGo, cuyo nombre real es Amancio Ortega, no habría vuelto a poner un pie en el hotel ni por todo el oro del mundo.

—Mire usted, inspector, Iván me ha dicho que se llama, ¿verdad? Mire usted, Iván, bastante tengo yo que aguantar todas las noches como para, encima, llevarme el disgusto que me llevé el domingo.

—Te comprendo perfectamente, Amancio. —El inspector posa una mano cálida sobre el hombro de la *drag.* Lleva puestos unos sencillos vaqueros de pitillo rasgados en las rodillas y una camiseta blanca muy pegada al cuerpo que le marca las costillas y los omóplatos. Iván nota, a través del fino algodón, una delgadez extrema que raya en la anorexia. Puede hacerse una idea de los exóticos modelos en los que se embute todas las noches—. Y, si no tienes inconveniente, vamos a tutearnos.

—Te lo agradezco. —Infalible. Un brillo atraviesa como un relámpago la mirada de Amancio. Iván acaba de metérselo en el bolsillo.

Pilar e Iván se han citado con Amancio, alias Lady GoGo, y con el gerente del hotel en el *hall* a las tres de la tarde, hora en la que los aires acondicionados no dan más de sí. Han llegado con media hora de retraso por culpa del tráfico, y eso que solo han parado unos minutos para llenar el depósito y comprar unas cocacolas y unos sándwiches de gasolinera. Estrechan la mano del gerente, un tipo en la treintena llamado Javier Cadaval, alto, desgarbado, con un traje dos tallas menos que la que le corresponde, cara redonda y mofletes de lactante. Iván se seca la suya en el pantalón. Pero no son las manos lo único que le suda al muchacho. Dos cercos del tamaño de una torta de aceite, pero con olor a cebolla, adornan sus axilas. El pobre, además, está colorado. Y más que se pone cuando aparece por la puerta automática del hotel Miguel Marín, el consejero delegado de SurConEd, la ficha roja del parchís de Torremolinos. Con él entra también una ventolera caliente y húmeda que, por lo menos, enjuaga el olor a sudor.

—Perdón por el retraso, no os podéis ni imaginar cómo estaba de coches la salida de Torroles. —Miguel se lanza con efusividad y excesiva familiaridad a las manos de Pilar e Iván—. Si no fuera por las circunstancias, os diría que me alegro mucho de volver a veros tan pronto. Bienvenidos.

—No sabíamos que venías. —Iván derrama la mirada por su holgada camisa de estampados vertiginosos e indefinidos. En Torremolinos iba más ajustado. Esta debe de ser su interpretación personal del estilo *country chic.*

—En cuanto el gerente —Miguel señala a Javier— me llamó para decirme que habíais quedado, me organicé para acompañaros.

—No era necesario —contesta Pilar—, pero gracias.

—Qué menos. He de deciros que me extrañó un poco, sobre todo porque vuestros compañeros ya estuvieron aquí el domingo por la noche y ayer lunes para llevarse el cuerpo y todo lo demás. —Pilar e Iván se miran y articulan al unísono un leve gesto de asentimiento y reconocimiento—. Hicieron un montón de fotos y recogieron pruebas. Ya sabéis, colillas y esas cosas. También vino la forense... ¿cómo se llama? La doctora que levantó el cadáver.

—Nuria Isla.

—Exacto. ¿Se sabe ya algo de la autopsia?

—No podemos darte ninguna información. —Iván ha sonado seco adrede. A ver si así frena la verborrea del consejero delegado.

—Lo entiendo, pero, al menos, me podrás confirmar que se trata de Alberto. —Evidentemente, no lo ha logrado.

—¡Qué calor! —exclama Amancio-Lady GoGo—. ¿Podemos terminar con esto, por favor?

Miguel da la callada por respuesta y los cinco se dirigen al lugar donde, dos noches atrás, Lady GoGo encontró el cuerpo, una arqueta a los pies del muro trasero de los aseos de la terraza del

hotel. Los más rezagados, Pilar y Javier. El gerente desliza un dedo entre la camisa y el cuello, como si de repente la prenda hubiera encogido o él engordado. Anda a saltitos, un conejito nervioso a los talones de su jefe. Miguel Marín no se separa de Iván, sometiéndolo a un marcaje que está poniendo al inspector de mala hostia. La *drag* encabeza la marcha. Pese al calor del que tanto se queja, está encantada de protagonizar el desfile. Se gusta mientras narra lo sucedido.

—Veréis —empieza—, yo acababa de dar el primer pase de la noche, entre el turno de cena de los extranjeros y el de los españoles. Ya sabéis que los guiris cenan a la hora de nuestra merienda. Me habían salido un par de *playbacks* y un monólogo para tirar cohetes y, en los postres, me paseé entre las mesas para saludar. El público estaba encantado conmigo, tengo que decirlo. En una de las mesas había un viejo conocido con sus amigos, el Ricky. Nos dijimos hola y él se deshizo en elogios. Que qué bien lo había hecho, que qué divertido, que cada vez interpreto mejor... En fin, que me di cuenta enseguida de que estaba eufórico, demasiado eufórico, no sé si me explico... Ya sabéis... Coño, que iba puesto hasta las cejas. Total, que le pedí que me invitara a algo, que todavía me quedaba el segundo pase y yo ya estaba muerta. Una ayudita siempre viene bien, ya me entendéis. Y lo que os decía, como nos conocemos desde hace un montón de tiempo, me dijo que por supuesto, que nos fuéramos al baño. Dicho y hecho. Nos vinimos para acá. Pero ¡había unas colas! Y Ricky, para colmo, se estaba meando. Los nervios, las drogas, yo qué sé, que se estaba meando y se me puso la mar de pesado, que si hay que ver lo que tarda la gente, por favor, que si no puedo más, que si me lo hago encima... Total, que se le ocurrió que aquí, detrás de los servicios, no nos iba a ver nadie. Que solo iba a ser un minuto. Y,

efectivamente, aquí no había ni Dios. Me da a mí que ya conocía este sitio de antes, que este sabe más que siete. Pero a lo que iba, que después de mear se hizo un par de rayas sobre la cartera. En todo ese rato yo no paraba de decirle que aquí olía a perros muertos. Como si se hubiera roto un bajante, pero peor, un olor muy fuerte, muy desagradable. Y muy pegajoso. De esos olores que se te meten en la nariz y no hay manera de sacarlos. Lo peor llegó cuando me di cuenta de que, como los aspersores habían saltado un rato antes, la tierra estaba húmeda y que los tacones se estaban clavando en el suelo. Empecé a agobiarme. Por eso le dije que nos diéramos prisa. Pero mira tú por dónde, al muchacho le dio por ponerse cariñoso. Que ya le vale, coño, qué oportuno, ¿verdad? En fin, qué le vamos a hacer, si una tiene el tirón que tiene con los tíos. Os he dicho que nos conocemos desde hace tiempo, ¿verdad? Sí, os lo he dicho. Pero, oye, que ni fuimos pareja ni nada, ¿eh? Que estaba muy bueno y que el que tuvo retuvo, que nada más hay que verlo, pero que no, que nunca hemos tenido nada. Pero, yo qué sé, en ese momento, qué queréis que os diga... Pues eso, que, entre la coca y el morbo, me dejé llevar. Vaya, que nos vinimos arriba. Empezamos a besarnos y a meternos mano. Y aunque, no os voy a engañar, me lo estaba pasando de escándalo, el olor no se iba y el suelo enfangado me tenía loca. Sentía como si me quisiera chupar. Ahora que ha pasado todo, no hago más que repetirme que hay que ver qué mal fario, pero el domingo lo único que pensaba era qué bueno está el Ricky y lo bien que besa. Hasta que uno de los tacones se me quedó atrapado, más que atrapado, enganchado. Le dije a Ricky que parase y a él, claro, le sentó fatal que le cortara el rollo, pero es que ¡del esfuerzo me había quedado descalza! Así que lo aparté un poco y encendí la linterna del móvil, y es entonces cuando vi que estábamos sobre esta tapa metálica y que no nos

habíamos dado cuenta porque estaba cubierta por el barro. En fin, que intentamos tirar del tacón, pero no sé cómo coño se había metido por la rendija de la tapa. Y para no cargárnoslo —porque otra cosa no, pero los tacones que yo gasto son de los buenos, que con la de horas que paso de pie y todo lo que bailo en el escenario, una no puede jugársela— le pedí a Ricky que me ayudara. Y él, que es muy buen tío, y siempre ha estado ahí cuando lo he necesitado, metió las manos en el barro. Fijaos si es bueno mi Ricky. Y así fue como dejó la tapa al descubierto. Entonces empezó a tirar con fuerza para sacar el tacón, y fue como si hubiera hecho palanca, porque, de repente, la tapa se abrió de par en par... ¡y no os podéis ni imaginar la peste que salió de allí dentro! Por poco no nos tira de espaldas. ¡Qué asco, por favor! ¡En mi vida había olido nada igual! Pero, con todo y con eso, Ricky no pudo evitar dirigir la luz de la linterna al interior y entonces vimos la zapatilla Nike, toda mugrienta. Lo primero que pensé fue que alguien la había tirado allí dentro, pero Ricky alumbró un poco más al fondo y ya vimos que no, que allí estaba la zapatilla y el dueño de la zapatilla. Pobre chaval, de verdad. ¡Pobre chaval!

—Los clientes que estaban cenando en la terraza oyeron los gritos de Amancio y vinieron corriendo a ver qué pasaba. —Javier, el director del hotel, toma el relevo de Lady GoGo, que ha empezado a sollozar—. Yo estaba terminando de vestirme en mi habitación cuando me avisaron, apenas cinco minutos después. Lo primero que hice, obviamente, fue llamar a la policía.

—¡Bien hecho! —dice Miguel. Su efusividad le saca los colores a su subordinado. Como por un hechizo, el conejito histérico se acaba de transformar en un pavo real.

El consejero delegado les cuenta que la chapa metálica donde el tacón de Lady GoGo se quedó atascada cubre una arqueta que, por

lo que han averiguado después, fue en su momento un pozo ilegal, con cuya agua no potable regaban los jardines del hotel los primeros propietarios. Cuando el pozo se secó, lo cegaron y lo reconvirtieron en una arqueta de regadío, aunque después instalaron los aspersores y el riego por goteo, por lo que la arqueta cayó en el olvido. Ni el pozo ni la arqueta figuran en ningún plano ni inventario de la propiedad, por lo que parece, nadie sabía de su existencia.

—O, mejor dicho —puntualiza Miguel—: los actuales propietarios no sabíamos que eso estaba ahí. Nadie nos lo había advertido. Hemos puesto el caso en manos de nuestros abogados para depurar cualquier responsabilidad. Como comprenderéis, no podemos permitir que este desgraciado suceso le pase factura a la imagen impecable del negocio.

—¿Alguna idea de lo que pudo haberle ocurrido al fallecido? —Iván no está de humor para comentarios empalagosos y recitados en modo papagayo.

—¡Uy, no sé!

—Disculpa, Amancio, pero le preguntaba a Javier. —Tono dulce ante la congoja teatralizada de la *drag*—. Por las fotos, parece como si el cadáver llevara poco tiempo ahí.

—Yo tampoco sé nada —responde el gerente—. Verás, soy nuevo aquí. Me contrataron a finales de mayo para la temporada alta. Es verdad que, desde que llegué, un par de clientes se han quejado del mal olor, pero lo achaqué a la puesta a punto que hicimos antes de arrancar la temporada o a que se hubiera obstruido alguna cañería o un bajante, pero poco más.

—Una de nuestras prioridades es mantener nuestras instalaciones siempre en perfecto estado de revista —suelta Miguel. Un folleto publicitario.

—¿Puesta a punto?

—Sí, ya sabes —responde Javier—. Limpieza general, pintado de desconchones, reparación de humedades... Aquí, en invierno, llueve a mares y hace un levante del demonio que, como te descuides, te lleva volando a Marruecos. Y no se os olvide que estamos a pocos kilómetros del mar y en mitad del campo. Lo que quiere decir que tenemos, al mismo tiempo, salitre como para oxidar un portaaviones y bichos a paladas. Desinsectamos y desratizamos todos los años, porque a nuestros clientes se les llena la boca con el ecologismo, el animalismo y todos los ismos que tú quieras, pero como les pique un mosquito o una arañita se ponen histéricos.

—¿Y quién hizo todos esos arreglos?

—Pues el propio Alberto, quién va a ser.

Silencio grupal. El consejero delegado se apresura a destensar, verbalizando un pensamiento compartido:

—Y nosotros, que pensábamos que se había quitado de en medio por algún marrón de los suyos, y resulta que todo este tiempo estaba aquí mismo.

Iván se agacha para observar con detenimiento la cavidad de la arqueta. Aunque el fondo está seco, aún se aprecian manchas de humedad. En un rincón se agrupan unos pequeños cilindros de una materia de color gris oscuro y brillante.

—¿Y dices que desratizáis todos los años?

De camino al coche, y antes de decirse adiós, Miguel le ruega a Iván —encarecidamente, le dice— que, tan pronto como confirmen que se trata de Alberto, por favor se lo comunique, que le gustaría tener el detalle de decírselo él personalmente a la familia. En este hotel, añade, ya te habrás dado cuenta de que somos eso: como una gran familia.

—Mira, Miguel, déjanos hacer nuestro trabajo. Por favor, Pilar, arranca y vámonos de aquí. No puedo más con este calor.

Todavía le da tiempo a ver por el retrovisor la estúpida sonrisa, perfectamente blanca y simétrica de Miguel, acompañando a su estúpida mano, mientras dibuja en el aire un cumplido gesto de despedida. Estúpido.

27

Martes por la tarde

Otra vez ese olor. A qué coño se deberá que todas las salas de autopsia huelan a esta mezcla húmeda y metálica de zotal, formol y, claro, cojones, a muerto. Con todo lo que ha avanzado la medicina en trasplantes imposibles, erradicación de pandemias globales en tiempo récord, terapias genéticas, cronificación del VIH... y todavía no sabemos extirpar el olor a muerto. Un olor que, ella misma lo reconoce, a la doctora Isla no solo no le molesta, sino que hasta tiene un puntito. Un puntito, dice, será... Ten en cuenta, añade, que este olor paga mis vicios, querido...

La encuentran volcada —literalmente— sobre el cadáver en la mesa de autopsias. La imagen resulta un tanto obscena. Sutura con la mano derecha una incisión longitudinal en el tórax. En la izquierda sostiene un cigarrillo consumido. Dice:

—Pasad, pasad, casi he terminado de cerrar la cremallera del peluche este.

Las fotografías que Diosdado les ha mostrado esta mañana se quedan cortas. El cuerpo tiene el aspecto de una babosa gigante, una amalgama de bultos gelatinosos a punto de desparramarse por los bordes de la mesa. Un muñeco Michelin de tonos violáceos, rosas y grises. Con una cabeza deforme y de proporciones traumáticas, en la que destacan las cuencas hundidas y vacías de los ojos. Pese a todo, el difunto parece mantener una mirada sosegada y perdida.

Iván no puede reprimir un pensamiento: ¿qué habrá sido lo último que han visto esos ojos?

—Mirad qué ricura —tono de guasa de la doctora—: está saponificado.

—El jefe ha utilizado esa palabra, pero no sabemos qué quiere decir.

—Valientes policías de chichinabo estáis hechos.

—A decir verdad, yo algo sí sé, aunque no mucho —Pilar muy despacio, como rumiando las palabras—. Creo que se trata de un proceso químico por el que la grasa se transforma en una materia parecida al jabón, de ahí su nombre.

—¡Bingo! ¡Una muñeca chochona para la señorita! ¿Ves, inspector, cómo yo tenía razón? Tú eres el guapo y tu subinspectora, la lista.

—Me lo tomaré como un halago —contesta Pilar. Sonrisa esquinada.

—Querida, tú también estás cañón. Si se diera el caso, ojalá, me sería imposible decidir con cuál de los dos quedarme. ¡No sé por qué coño siempre tenemos que estar eligiendo todo en esta vida! Hombre-mujer, Izquierda-Derecha, Madrid-Barcelona, Sevilla-Betis, Macarena-Triana...

Un ataque de risa aborta su propia retahíla de binomios. Los otros dos la miran con una mezcla de estupor y de agradecimiento. Esa risa acaba de convertir la sala de autopsias en algo distinto a una sala de autopsias. La doctora tira el cigarrillo al suelo, pisa la colilla, clava el dedo índice de una mano en el pecho de Iván. Añade:

—He dicho eso para no herir el orgullo de este machote.

—¿Quieres hacer el favor de centrarte y continuar? —Iván está más incómodo por la ausencia de guantes de látex en el dedo de Nuria que por su comentario.

—Pues eso, pesado, que el cuerpo, al haber estado sumergido en el agua, se ha saponificado. Al contrario de lo que vemos en muchas películas y series policíacas, si eres un asesino y lo que buscas es deshacerte del cadáver y que los maderos listos como vosotros tardéis en identificarlo, sumergirlo en el agua es la peor de las ocurrencias, porque puede producirse justo el efecto contrario. —Nuria pellizca los carrillos del muerto, tira a izquierda y derecha y luego hacia arriba; son como arcilla o plastilina, vuelven a su posición inicial lentamente—. Es un proceso parecido a la momificación. ¡Mira cómo sonríe este muchachote!

—¡Joder, Nuria, para ya!

Casi al unísono, desaparece la sonrisa de la cara de la doctora y de la cara del muerto. Nuria enciende otro cigarrillo (sus dedos desnudos rozan sus labios. Iván sufre lo indecible para disimular una mueca de asco), da un par de caladas y, algo más seria, continúa:

—A este pobre le dieron un buen porrazo en la cabeza, ¿veis? Tiene astillados el hueso frontal, el temporal y el cigomático (el pómulo, para que nos entendamos). Sin embargo, esa no fue la causa de la muerte. No me apetece reabrir la cremallera, queridos, vais a tener que confiar en mí: ciertos signos en los pulmones, como edemas, desgarros capilares y ruptura de los tabiques entre los alvéolos, me llevan a asegurar con un noventa y nueve por ciento, que nuestro peluche murió ahogado.

—O sea, que quien lo hizo era muy torpe o muy hijo de puta.

—O las dos cosas: quienquiera que fuera le partió la cabeza con un objeto contundente, lo tiró a la arqueta dándolo por muerto, cerró la tapa y se fue a seguir con su vida tranquilamente.

—Mejor ni te pregunto si estaba consciente cuando lo tiraron a la arqueta...

—Viendo cómo tiene los nudillos y los dedos, desgarrados de golpear y de arañar la tapadera de la arqueta, me cabe poca duda.

—*Quina angoixa!* —exclama Pilar—. No puedo ni imaginar lo que debió de sufrir allí dentro.

—¿Angustia? —pregunta Nuria, no por aclarar la exclamación—. Espera a oír una sospecha que me ronda la cabeza. —La doctora apaga el cigarrillo y tira nuevamente la colilla al suelo. Mañana, muy temprano, la persona de la limpieza escupirá, blasfemará y se cagará sobre todo el árbol genealógico de la Isla—. Las marcas en las extremidades y en otras partes blandas del cuerpo, así como la preciosa mirada hueca de este joven, se deben, con casi toda seguridad, a que este muñeco no era el único ser vivo dentro de la arqueta.

—¿Te refieres a...?

—Ratas. Otro noventa y nueve por ciento.

—Anota el cien. Hemos visto las heces.

—Yo también, claro, pero prefiero dejar algo de margen a la duda. Las buenas forenses nunca damos nada por sentado.

Silencio necesario. Iván, porque la sentencia de la doctora le recuerda que, pese a todo, ella es muy buena en lo suyo. Pero la forense no está dispuesta a respetar este silencio:

—Bueno, chicos, no os pongáis melancólicos, que todavía falta lo más importante.

—No me digas que hay más.

—Yo siempre tengo más, querido. Soy una profesional. Me gusta llegar hasta el final, no sé si me explico.

—Nuria, por favor...

—Qué serios os ponéis, coño, que un muerto es solo un muerto.

—Sí, y dos muertos son dos, venga, abrevia.

Nuria enciende otro cigarrillo con lentitud suficiente para enervar a Iván antes de continuar:

—Con la saponificación, las huellas dactilares se conservan más tiempo que en la descomposición habitual. No ha sido muy difícil obtenerlas. Las metí en el registro y ¡bingo! El peluche se llama Alberto Padilla Burgos. Habría cumplido los veinticinco hace dos semanas.

—Solo nos faltaba tu confirmación —suelta Iván de corrido y paladeando la victoria en cada palabra—. Desapareció en marzo.

—¡Coño! ¡Y yo que me había hecho ilusiones de quitaros el puesto de polis guapos y listos! ¿Qué más sabéis?

—Dame un segundo y te cuento —murmura Pilar, quien, con un inesperado aire de suficiencia, teclea con agilidad felina en su móvil. Dice:

—Alberto Padilla Burgos. Nacido en Barbate, Cádiz, el quince de junio de 1998. Hijo de agricultores, sin embargo, siempre renegó del campo. De profesión, chapuzas, aunque le pegaba más la de buscavidas. No llegó a terminar la ESO. Tenía un completo historial de hurtos, trapicheo, incluso un par de atracos a gasolineras. Poca cosa, hasta que hace cinco años se cruzó con uno de los peces gordos del Estrecho y el muchacho se nos vino arriba. A todos estos listos les pasa lo mismo. En cuanto pueden pagarse un coche nuevo, una caja de Moët & Chandon y un polvo con una concursante de *La isla de las tentaciones* o un tronista de *Mujeres, hombres y viceversa*, se creen también peces gordos. Qué equivocados están. Su caída fue tan meteórica como su ascenso. A partir de cierto momento, más o menos a principios del año pasado, nadie sabe muy bien por qué, el chaval cayó en desgracia. Hay un parte de lesiones y un ingreso hospitalario en el mes de febrero. Politraumatismo y pérdida de la visión en el ojo derecho. Alberto

argumentó que se había caído de la moto de un amigo, pero el médico que le atendió consignó en el informe sus sólidas sospechas de que había sido una paliza brutal. Pero como no hubo denuncia...

—Si os fijáis, aquí, aquí, aquí, aquí y aquí —confirma la forense al tiempo que toca con el dedo índice una ceja, la nariz, la barbilla, el antebrazo izquierdo, el abdomen y la rodilla derecha del cadáver— aún se observan cicatrices. Y en las radiografías se pueden ver con nitidez cristalina varios huesos soldados. Todo muy reciente. Meses. O vuestro amigo se acababa de meter a boxeador o en algún momento del año pasado le dieron una buena.

—Al noventa y nueve por ciento, lo segundo. —Guiño de Pilar a la doctora—. A partir de ese momento, el pobre dejó de buscarse problemas y entró a trabajar como jefe de mantenimiento en el hotel Sacramento Vejer. Al parecer, la muerte de Quino lo hundió en una depresión, algo que Jhonatan, el tercer miembro de la trieja, no supo gestionar bien. Se les vio discutir por ello. Y en el mes de marzo, como sabéis, su familia notificó que había desaparecido sin dejar rastro cuando volvía del trabajo. Los problemas lo buscaron a él.

—Y lo encontraron, vaya que sí —matiza el inspector—. El que nace lechón...

—Habla la voz de la experiencia.

—Eres agotadora, Nuria.

—Eso dicen mis amantes. ¿Los tuyos también?

—Y siempre la última palabra.

—¿Verdad?

26

Martes por la noche

La doctora los invita a una cerveza antes de volver a Sevilla. No ha comido nada en todo el día y, ya que están aquí, propone, ella conoce una tasquita muy cerca donde ponen un chicharrón, unas gambas y un atún encebollado para chillarles. Nuria no se lava las manos al salir del IML, pero Iván dice que sí. Tiene hambre atrasada y, sobre todo, después de casi dos horas encerrados en la sala de autopsias —el olor, ese olor impregnado en la ropa, en la piel, en la pituitaria, en las sienes— el cuerpo le está pidiendo a gritos una cerveza helada. Pilar, sin embargo, declina la invitación, la esperan en casa para cenar. Ni es capaz de ocultar su desgana ni puede ocultar el brillo triste que ha florecido en sus ojos de un tiempo a esta parte. Miente. Iván prefiere no insistir.

Efectivamente, el chicharrón y el atún y las gambas están de escándalo. Y las tres cervezas, heladas. Y la botella de manzanilla, espectacular. Y el local donde dan cuenta de varios vodkas cortitos con tónica tiene una decoración sobria, un ambiente casero, como de barrio, con chicas y chicos a juego, guapos, pero sin estridencias. Tanto Nuria como Iván tardan poco en hincarles las miradas. Furtivas al principio, más directas cuando el alcohol hace de las suyas, descaradas cuando la doctora pone sobre la mesa la bolsita con el mágico polvo blanco.

—Bueno, ¿qué? —pregunta al volver del baño. Se ha metido la tercera raya y deposita la bolsita ya sin disimulo en la mano abierta de Iván—. Vamos a algún sitio, ¿no?

—Esto ya es un sitio. —Iván, sorprendido.

—No tengo ningún inconveniente en follar en público, inspector, pero no estás tú para más líos.

—Sé de un hotel donde nos harían un buen precio. —Iván, sonriente, con cara de pez alado—. Aunque lo más probable es que no les haga mucha gracia.

Casi no ha terminado la frase cuando la doctora se pone de pie, lo empuja contra una pared y comienza a besarle con una total ausencia de pudor. Al inspector y al resto de los clientes les pilla por sorpresa. Luego lo arrastra por la mano hasta su coche.

Esto es una auténtica locura. Lo sabe. Por la situación, por el momento, por el lugar, por Nuria, por su colocón, por todo. Y, al mismo tiempo, y a pesar de todo ello, a Iván le encanta. No es la primera vez que se acuesta con una mujer desde su divorcio, pero tampoco algo habitual. Nunca ha necesitado preguntarse si es homosexual, bisexual, o cualquiera de las nuevas etiquetas de moda y de las que nunca termina de enterarse. Lo único que sabe a ciencia cierta es que, sobre todo, le gusta montárselo con tíos, lo cual no quiere decir que no disfrute también con las tías. Pero Nuria no deja de ser una compañera de trabajo. Y ahí sí ve un problema. Pero, en fin.

Tan es así que, durante la media hora en coche hasta el hotel, Iván nota los esfuerzos que hacen los dos por sacar temas de conversación ajenos al trabajo. Apenas se conocen fuera de la sala de autopsias. El único momento más o menos divertido es cuando ella menciona el incidente de esa misma mañana en la radio. (¿De verdad ha ocurrido hoy? ¿Tan largo está siendo el día?). Nuria

coincide con él en que la Candau no solo es una gilipollas integral, sino que, además, sus comentarios muchas veces rayan la homofobia, la xenofobia, el machismo y la misoginia. Entiende el suplicio de verse obligado a trabajar con una retrógrada fascista de tal calibre, aunque solo sea una hora a la semana. De ahí saltan al asunto de mayor actualidad mediática. Grego, el primer jugador de la primera división española de fútbol que ha salido del armario.

—Que sí, que sí, que nos creemos muy modernos, pero que en la liga juegan casi quinientos futbolistas en primera, ¿y solo va a haber uno gay? ¿Eso quién se lo cree?

—Al menos —responde Nuria con cierto aire paternalista—, piensa en la cantidad de chavales que van a ver en él un referente.

—¡Por los cojones! El pobre hombre ha salido del armario ahora que su carrera está a punto de irse al carajo. Ese es ya carne de *realities*, ya lo verás.

Nuria, las manos al volante, le dirige una mirada compasiva que Iván prefiere esquivar sin más. Después, silencio hasta que llegan al Sacramento Vejer. El inspector se entretiene con su Instagram, que no ha vuelto a ojear desde que perdiera el móvil. El domingo por la tarde llegó la respuesta de Rodrigo a su DM: «A mí también me gustaría, pero no sé si estoy preparado aún. Tengo que pensarlo». Joder, han pasado dos días y él no le ha contestado. El mensaje le ha dejado perplejo. No lo entiende del todo. Lo tiene que releer varias veces. ¿Le está confesando Rodrigo que lo que siente por él va más allá de la camaradería universitaria? ¿Que aquellos tonteos significaron algo más, como lo significaron para él? Si es así, le asaltan de inmediato varias dudas. La primera es por qué Rodrigo tiene que prepararse antes de verse, cuál es esa herida antigua que todavía supura entre ellos. La segunda: ¿cuándo se produjo? ¿Antes de que Rodrigo se marchase a Londres, en esas tres o cuatro noches

de fiesta en las que casi terminan en la cama, pero, por miedo o por vergüenza ninguno de los dos se atrevió a dar el paso, o tal vez cuando ya Iván paseaba de la mano de Alicia por la facultad de Derecho, o quizás después, cuando el tiempo y la distancia cubrieron con un velo cada vez más opaco su relación de amistad, su intimidad y sus recuerdos? Y una tercera duda que, en el fondo, Iván sabe que es más bien una certeza: ¿Por qué él no ha sido consciente de dicha herida?, ¿quizás porque ha estado demasiado ocupado intentando suturar las suyas propias?

—Hazte una mientras aparco el coche, que te está dando el bajón. —Nuria interrumpe sus pensamientos.

Antes de meter a su viejo amigo otra vez entre paréntesis, le envía su número de teléfono por DM.

Efectivamente, tan solo necesita poner la placa sobre el mostrador de la recepción para que las puertas del Sacramento Vejer se les abran de par en par. Con la diligencia de un pequinés y los aspavientos de un mago de feria el recepcionista le ofrece la, oh, casualidad, única habitación disponible. No saben, ni el señor inspector ni su acompañante, la enorme suerte que tienen de que hace solo unos minutos una pareja de turistas alemanes haya anulado una reserva. Otra marca de la casa: la blanca, brillante y alineada sonrisa del recepcionista.

Quizás sea esto, el recuerdo de otras sonrisas idénticas, lo que lleva a Iván a decir:

—Disculpa, guapetón. —Énfasis en el adjetivo—. Necesito, por favor, el libro de registro del hotel entre enero y mayo de este año. —Pausa. La callada y la desazón por respuesta—. Podría solicitar una orden al juez, pero si me haces el favor nos ahorramos mucha burocracia y algún disgusto. Hablamos de meses de temporada baja, serán un par de folios como mucho. Tampoco merece la pena

molestar a tu jefe, Javier, ni al jefe de tu jefe, Miguel. —Sonrisa, guiño de ojo—. Además de guapo tienes cara de listo, seguro que sabes que hacerle un favor a un inspector de policía te da puntos. ¿Verdad, doctora?

—Indudablemente. Eso lo sabe todo el mundo. —Nuria está a punto de soltar una carcajada—. Hasta los más guapos.

Iván y Nuria redondean la solicitud con una botella de vodka, latas de tónica para él y zumo de naranja para ella. El joven hará todo lo que pueda para satisfacer al inspector. Solo tiene que concederle unos minutos, les dice, el tiempo que tarden ellos en ponerse cómodos en la habitación. No tienen nada de que preocuparse: aunque en breve termina su turno —pausa. Mirada larga. Sonrisa ladeada—, él se encargará personalmente.

La habitación no es la *suite* del Sacramento Torremolinos, pero es igual de espléndida y espaciosa. El recepcionista les ha dado la habitación para vips, de urgencia, que es con toda probabilidad la misma que los jefes se reservan para sus visitas sorpresa. Mientras se desnudan, Iván imagina al chaval con la mano sobre el teléfono de la recepción: *to be or not to be*, me quiere o no me quiere, joder, qué puta mala suerte la mía, con lo tranquila que estaba la noche, y justo ahora que estoy a punto de terminar mi turno. Llamo a mis jefes o no los llamo. Subo a la habitación con estos dos o no subo...

Un par de rayas y un polvo —no tan salvaje como esperaban, pero más cariñoso de lo que ninguno, sobre todo el inspector, se atreverá después a confesar—, y Nuria se queda dormida al instante. Qué facilidad. Iván empieza a lamentar otra noche de insomnio químico cuando llaman a la puerta. Un toque sordo y prudente. Abre con los calzoncillos del revés, las costuras vistas, procurando en el camino no tropezar con la mesilla de noche, con una silla, con la ropa desperdigada por la moqueta. Repara fugazmente en la falange

ausente en su pie izquierdo y, de manera involuntaria, encoge los otros cuatro dedos antes de abrir la puerta. El recepcionista de la sonrisa perfecta lleva en una mano una bandeja con las bebidas y en la otra un sobre con el pez alado, azul y blanco, impreso en el remite y dos folios a doble cara en su interior. Iván arrincona los efectos de las drogas y del alcohol. Dos registros confirman sus sospechas: el 30 de marzo, Jhon Domínguez Roldán se alojó en la habitación 101. El mismo día, Segismundo Heredia Romero, en la 106. Eufórico, Iván se da la vuelta para despertar a Nuria y contarle su hallazgo. No hace falta. La doctora ya ha salido de la cama. Desnuda como una Venus morena y presumiendo de unos tatuajes que, como le había dicho a Iván, son preciosos. Con voz ondulante y melosa, dice:

—Iván, deja eso para mañana y vámonos a la cama, que nuestro amigo se nos va a aburrir. —Nuria toma la mano del recepcionista—. Terminaste el turno, ¿no?

—Sí.

—Ven, que te vamos a hacer ganar un buen puñado de puntos extras.

Nuria le da un beso largo y apasionado, ante la mirada divertida de Iván, que se aprieta a ellos. Después, Nuria lo besa a él y los tres se meten en la cama. La puerta se ha quedado abierta. Poco a poco, con la misma cadencia sensual y silenciosa de ellos, se va cerrando hasta que el pomo hace clic.

25

Miércoles a media mañana/ al mediodía

Sí, se lo ha pasado bien. Por supuesto, ha disfrutado la cama, el sofá y la moqueta con Nuria y Sergio —el recepcionista, cuya preciosa boca sirve para mucho más que para modelar una sonrisa de anuncio—. Y, sin embargo, no puede desembarazarse de la agobiante certeza de haber metido la pata por enésima vez. No se trata ni de culpa ni de vergüenza. Al carajo con esos melindres judeocristianos que nunca han ido con él, ahora tampoco. Es la pena el bicho que repta por su columna vertebral y le muerde por dentro. Pena de sí mismo, de su vida y de la vida en general, que no hay por dónde agarrarla. Por eso no tiene ni ganas ni necesidad de abrir la boca en el trayecto de regreso a Sevilla. Se esconde detrás de las gafas de sol. Finge que duerme lo que no ha dormido en toda la noche. Finge no ver la raya que Nuria se hace sobre el salpicadero a medio camino para no dormirse al volante. Finge no preocuparse por no haberles dicho a ella y al recepcionista que es seropositivo; que ellos no tenían que preocuparse por habérselo montado sin condón, todo está controlado; lleva años de tratamiento y ese otro bicho es indetectable y, por tanto, intransmisible, aunque eso no les libre a ninguno de los tres de muchos otros bichos distintos. Finge no acordarse de que hace dos días tenía cita para la revisión semestral

y que se le pasó porque estaba de resaca. No, no hay por dónde agarrar su vida. Y no, no le queda otra que seguir fingiendo.

—Arriba, inspector. Hemos llegado.

Hace como que despierta y se despereza. Un lacónico hasta luego. Nos vemos, responde la doctora.

Rafa lo recibe con idéntica apatía. Ni se molesta en afearle esas ojeras delatoras. La fuerza de la costumbre o de la resignación. Dos platos, dos tenedores y dos vasos sucios en el fregadero. Una mancha aceitosa sobre la encimera. Su hijo se encierra en su guarida. Mejor así. Una siesta. Luego, más tarde, ya, si eso...

Un bocadillo de atún y una cerveza. Tan cansado que presiente que no va a pegar ojo. Medio Orfidal. Se lo piensa mejor. El otro medio: otra mala decisión, en un camino adoquinado de pésimas decisiones.

24

Miércoles por la noche

Despierta en un espejismo. Si le preguntasen ahora mismo dónde y cuándo o incluso quién, se encogería de hombros, se daría la vuelta y a seguir durmiendo. Pero el calor... las sábanas empapadas de sudor y el aire pegajoso, un magma irrespirable. Abre las ventanas del dormitorio, ni por esas: la calle hierve y no corre ni una gota de aire, son más de las once de la noche y el mercurio aún rebasa los treinta grados. No hay descanso posible atrapado en una ola de calor con temperaturas de récord por enésima vez en esta mierda de verano. Rescata de ese esófago voraz que son los cojines del sofá el mando del aire acondicionado. Comprueba con varios golpes sobre una mano y con un cambio de pilas que está estropeado. Cuando lo deposita sobre la mesa de centro encuentra una nota de Rafa. *Vuelvo tarde. Sta noche tengo festival.*

Por suerte, antes de la siesta puso a cargar el móvil de repuesto. Dos llamadas perdidas de Pilar, una tercera de Jhon. También un wasap del chaval: *yama cnd puedas.* Empieza por la subinspectora. Es tarde, pero no tanto. En las noches de verano de Sevilla nunca es tarde para nada. Además, habiéndola dejado tirada su marido y sus niñas, la probabilidad de que la subinspectora concilie el sueño es bastante escasa.

Pilar ha llamado dos veces porque está ansiosa por contarle su conversación con el padre de Segis.

—Adelante, por favor, compañera.

—Cuando os dejé ayer —una pausa para recomponer el tono. Incomodidad—, llamé a Segismundo Heredia, el *pare* de Segis. Como te podrás imaginar, sigue hecho polvo. No hace ni una semana que murió su hijo. Pero hubo algo más que *em va deixar força tocada.* Quiero decir...

—Deja, deja, no traduzcas: que te dejó tocada.

—Bien por tu catalán... Empecé diciéndole a Segismundo que seguimos esclareciendo las circunstancias de la muerte de su hijo, pero que, en la medida de lo posible, estuviese tranquilo, porque no vamos a dejar morir el caso. El hombre se mostraba frío y distante. No le apetecía hablar. Hasta que le pregunté por el tatuaje que tenía su hijo en el brazo, las cifras veinte y trece separadas por dos puntos, si él sabía qué significaba; si, como sospechábamos nosotros, se referían a la hora de algún acontecimiento importante para Segis. Ni te imaginas las carcajadas de don Segismundo. Yo iba con el manos libres y resonaron por todo el coche. Se transformó en una persona diferente. Cuando dejó de reírse, me dijo con toda la guasa del mundo que, si eso era todo lo que habíamos averiguado, menudos policías de pacotilla estábamos hechos. Y, agárrate Iván, me aseguró que tú y yo estábamos condenados a arder en el infierno, pero no por malas personas, sino por ignorantes. *Em va deixar esbojarrada*. Y en *shock*. Le pedí que me lo aclarara y se limitó a contestarme, otra vez riéndose, que no sabíamos ni sumar dos más dos.

—Joder con el padre. Ya sabemos a quién salió el hijo con tanto infierno y tanta gaita. Pero se coló un poco don Segismundo, ¿no?

—Pues no, eso es lo peor. —Resignación al otro lado de la línea—. Lo teníamos delante de nuestras narices. Con esa mención al infierno, Segismundo me estaba poniendo sobre la pista: como él

me dijo, solo teníamos que sumar. Sujeto, es decir, su hijo Segis-Levítico, y predicado, es decir, 20:13.

—Levítico 20:13.

—Versículo trece, del capítulo veinte, del libro Levítico de la Biblia.

—Joder.

—Para ahorrarte la búsqueda en Google, te cuento: hay muchas variantes del versículo, según la versión de la Biblia que consultes, pero todas dicen más o menos lo mismo: *Y cualquiera que se acueste con otro hombre como uno se acuesta con una mujer, abominación hicieron; ambos han de ser muertos; su sangre será sobre ellos.*

—Joder.

—De eso va la cosa. De hombres que joden con hombres. —Iván imagina el rubor subiendo al rostro de Pilar, fruto de su propia ocurrencia.

—Joder.

—Como vuelvas a repetirlo, te cuelgo.

Iván está encantado al sentir que el hilo de su confianza mutua está más repuesto. Le dice:

—Si no te he entendido mal, ese versículo propugna la pena de muerte para los homosexuales.

—Es una de las pocas referencias directas que hay en las Sagradas Escrituras a la homosexualidad. En general, son todas bastante ambiguas, pero ninguna os desea nada bueno.

—Lo extraño sería lo contrario. No me explico cómo puede haber tanto gay creyente y capillita.

—Educación, cultura, tradición, fe... y sin pensar mucho. Porque, si lo hicieran, vivirían en una crisis constante.

—O amargados. Como Segis. —Silencio a ambos lados—. No me puedo creer que todo esto nos esté conduciendo al topicazo.

—Cada vez más. ¿Le doy?

—Dale.

—A ver, tenemos un versículo de la Biblia eminentemente homófobo que, como tú has dicho, defiende la pena de muerte para los hombres que tienen sexo con otros hombres (ni que decir tiene que en aquellos tiempos las mujeres que practicaban sexo con otras mujeres ni siquiera tenían el derecho a ser mencionadas en un libro sagrado, pero esa es otra historia). Tenemos a Alberto y a Quino, dos gais asesinados con una diferencia de tres meses. Más un tercer muerto, Segis, que, en principio, no nos consta que fuera gay, pero sabemos que coincidió en un hotel *gay-friendly* con el otro miembro de la relación a tres bandas que mantenían esos dos con Jhon. Y, para más inri, nunca mejor dicho, ese supuesto no gay llevaba tatuado el número del versículo de marras y, usando como seudónimo el libro de la Biblia que lo recoge, Levítico, entró en directo en tu programa de radio para insultarte por gay y para amenazarte con algo así como que pronto todos ibais a acabar en el infierno.

—En resumen, estaríamos ante un caso de homofobia religiosa llevada a los extremos, más una posible venganza: si Segis se cargó a Alberto y a Quino, alguien debió de tomarse la justicia por su mano y cargarse a Segis. Y ese alguien podría ser Jhon.

—*És possible.* —Pilar mastica las palabras muy despacio, como si evitara morderse el interior de la boca.

—Es quien mejor encaja —confirma el inspector, le bullen las ideas, hace una pausa para ordenarlas—. Para empezar, tiene que explicarnos por qué extraña casualidad coincide con Segis el 30 de marzo en el Sacramento Vejer y por qué me mintió cuando me dijo que no se conocían.

—Todos los indicios apuntan a él.

—Pues sí. —Iván, acelerado—: Todo apunta a que Jhon descubre, no sabemos cómo, que Segis ha matado a sus dos hombres. Primero a Quino y, tres meses después, a Alberto. Por cierto, durante ese tiempo el pobre de Alberto se muestra muy triste, lo cual es normal, dadas las circunstancias. Lo que no es tan normal es que discuta mucho con Jhon, como dicen que pasó.

—Puede que Alberto también sepa que Segis es el asesino de Quino.

—Y que quiera denunciarlo a la policía, no como Jhon, que prefiere encargarse él personalmente.

—Claro, todas sus experiencias previas con nuestros queridos compañeros uniformados han sido una mierda, como denunciante y como denunciado —Iván, cada vez más agitado—. Te recuerdo que es gay, fiestero, promiscuo, ha trapicheado, está fichado... Como para dar un duro por la justicia...

—Una venganza en toda regla.

—¡¿Ves?! —Iván, electrocutado—. ¡Eso ya no me encaja en absoluto! Nada —nueva pausa, quiere volver a sonar tranquilo—. Ponte en su lugar. Tú eres Jhon, el asesino. ¿Por qué vienes a contarme tus sospechas sobre la muerte de Quino y la desaparición de Alberto?

—Para mostrarme ante ti como el viudo dolido. Muy de película clásica de cine negro. La rubia que se trajina al detective.

—Ni Jhon es rubia ni esto es una peli —sentencia Iván—. Sigo. Vamos más atrás, al momento de la muerte de Segis. Hay otra cosa que no me cuadra: ¿a santo de qué vas a citarlo en la obra donde trabajas para matarlo? Sabemos que el segurata es un vago, pero podría haberte visto. ¿Por qué arriesgarse tanto? Te recuerdo que nosotros mismos conocimos a Jhon en la obra al día siguiente de la muerte de Segis.

—Eso es cierto. No tiene sentido.

—O es muy tonto o es todo lo contrario: tan confiado que pensó que, al situarse a sí mismo en el ojo del huracán, todos rechazaríamos su culpabilidad por demasiado evidente. —Pausa. Unos segundos para sujetar las riendas de su razonamiento. Nuevo cigarrillo. Dos caladas largas—. Cosa muy distinta es que Segis viniera a Sevilla por otro motivo. No digo que no lo citara Jhon, pero no para matarlo. ¿Y cuál es el móvil del noventa y nueve por ciento de los crímenes que se cometen en todo el mundo?

—El dinero. —Pilar no duda—. El poder.

—¡La pela, compañera, la pela! —Iván eufórico.

Otro par de caladas. El inspector apura el cigarrillo y lo aplasta en el cenicero desbordado. Se mira con disgusto los dedos tiznados de ceniza, se los frota sobre los pantalones. Pronto irán de cabeza al bombo de la ropa sucia. Dice:

—Resulta que, en un momento de lucidez o como quieras llamarlo, tú, Jhonatan Domínguez Roldán, caes en la cuenta de que puede resultar más rentable apretarle las tuercas a Segis que mancharte las manos con su sangre. Serás muchas cosas, un fiestero, un camello de tres al cuarto, pero un asesinato te supondría cruzar la frontera al país de no volverás. Además, quizás por esas locas reglas de la atracción, que no hay quien las entienda, te la pone dura un gay reprimido como Segis.

—Retorcido, pero podría ser. Por eso quedaron en Vejer el 30 de marzo. A lo mejor, hasta se lo montaron los tres, Alberto, Jhon y Segis.

—Qué lista eres.

—Paso de ti. Sigue.

—Entonces, le dices a tu churri homófobo y fundamentalista religioso que, o te da pasta o vas a la policía y lo cuentas todo. Y,

ahora sí, organizas la entrega del dinero en un lugar familiar, en la obra.

—Suena forzado.

—Estoy pensando en voz alta. Las opciones se multiplican. Estamos entrando de lleno en la mera especulación.

—Más bien, en la ficción.

—Como quieras. Imagina que Segis no hubiera podido conseguir la cantidad que tú, Jhon, le estás pidiendo. O que solo tienes una parte.

—Pero como yo soy Pilar, lo mejor que puedo hacer es rastrear los movimientos de sus cuentas.

—Mi *hacker* favorita.

—Simple aficionada... pero tomo nota del halago. A ver qué puedo hacer.

—Sigo: allí mismo, en la obra, discutís. Que si dame el dinero, que si no lo tengo, que si a la poli vas, que si de verdad te lo juro que no tengo más, que si entonces me voy, y uno tira y el otro afloja y pim, pam, pim, pam, pim, pam, llegáis a las manos. ¡Pum! Una hostia, un empujón y allá que sale volando por la ventana tu amiguito Segis, la espalda reventada sobre los escombros, los sesos desparramados y el ojo ensartado en una gavilla de hierro. Un asco.

—Mucho elucubrar, aunque verosímil, no te lo voy a negar.

—Lo único seguro es que Jhon tiene que explicarnos demasiadas cosas si quiere que lo sigamos viendo como un pobre viudo inocente. La primera, la coincidencia con Segis el 30 de marzo en Vejer.

—La segunda, por qué te mintió. Segis y él se conocían.

Silencio. Ambos se oyen respirar. Iván no puede menos de agradecer la actitud de Pilar. La profesional y la personal. Dice:

—Me estoy acordando de algo que me dijo la otra noche un tipo que conocí en Torremolinos. —Un leve rubor aflora en su gesto al recordar el desastroso fin de semana—. En general, para resolver un problema, sea cual sea, uno tiene que enfocarse primero en lo más evidente. Después, si eso falla, buscas en otro sitio.

—Ley de Pareto. El ochenta por ciento de los fallos se producen por el veinte por ciento de las causas.

—Empollona, pero eficaz, subinspectora.

—Que te den, inspector.

—A ver si me va a gustar, querida.

—Déjate de chistes fáciles, que no estoy de humor. Tú también tienes muchas cosas que explicar —Pilar rotunda y grave—, pero prefiero esperar a que terminemos de resolver este lío. Aunque me cuesta encontrarlo detrás de tus ojeras y de tu aliento cargado de vodka, creo que sigues siendo un buen poli.

—Te agradezco el detalle.

Ella responde con un suspiro largo.

—Una cosa más —continúa el inspector—: en principio, nadie en su familia conocía nada de la cita de Segis con Jhon en Sevilla. Ni su padre ni su madre ni su mujer. Pero me da a mí que en esa familia saben más de lo que cuentan. Como eso del versículo de los cojones.

—Verás, resulta que, tras darme el señor Segismundo esa lección de teología básica, por llamarlo de algún modo, *es va tancar en banda* y ya no quiso seguir hablando del tema. Intenté por activa y por pasiva que me explicara algo más sobre el tatuaje, pero nada. No había más que rascar. Así que le di las gracias y colgué.

Iván se sonríe. Reconoce el entusiasmo de Pilar no solo por el tono animado de su voz, sino también en los catalanismos. Se le disparan al compás de su emoción.

—Gracias, compañera.
Ella ya ha colgado.

23

Madrugada del miércoles al jueves

La charla con Pilar le ha puesto de buen humor. Se encuentra tan bien que podría cenar algo rico y tirarse en el sofá para esperar a Rafa despierto y arreglar las cosas con él. Mientras llega, ver una serie o una película, la que sea, pero algo ligero, eso seguro. Los pequeños acontecimientos le confirman que está en racha: el mando del aire acondicionado vuelve a funcionar como por arte de magia y así, sin más, el apartamento se convierte en un oasis de frescor, en un anuncio de suavizante para la ropa o de champú anticaspa. La precariedad y la caducidad, marcas de la casa, han sido sustituidas dentro de su frigorífico por todo un festival de víveres dignos de una familia bien y numerosa. Fruta, verduras, queso, chacinas, yogures... hasta le espera una botella de vino blanco cubierta de brillantes gotas de placer helado. Un festín que le lleva a pensar en voz alta: «Rafa, cuánto te quiero».

Hasta aquí el golpe de suerte. Una cena copiosa y tres copas de vino después, aparecen las ganas de postre. Solo un par de rayas, se dice, o mejor solo una, no creo que Rafa se demore mucho en llegar, y con él aquí no voy a volver a meter la pata. Pero vaya si lo hace.

Recuerda el wasap de Jhon. *Yama cnd puedas*. Antes de hablar con Pilar decidió que podía esperar a mañana, pero la química le ha metido la prisa en la sangre. Pasan de las doce y media. Si el niñato se molesta, que se vaya al carajo. El único culpable de haberse metido en el ojo del huracán es él.

Jhon no contesta sino al cabo de un cuarto de hora. El tiempo que Iván ha empleado en rematar la botella de blanco, preparar un vodka cortito con tónica y otra raya. Pequeña, lo justo para que no me quiten el sueño, de verdad que es la última. El niñato le envía un audio de wasap. En medio de una maraña distorsionada de bajos profundos y ritmos sincopados, la voz de Jhon, apenas inteligible, va y viene: *¡Hola, Iván! ¡A que no sabes con quién estoy!* Y a mí qué me importa, responde el inspector en voz alta. Un minuto después, al audio le sigue una fotografía. Pero ¡qué coño! En la imagen, una multitud de chicos y chicas se apelotonan entre humo y láseres de colores. Risas sin sonido, tensas y eufóricas. En primer plano, en el centro de la imagen, Rafa, posando con dos chicos en plan colegas de toda la vida. El de la derecha debe de serlo, porque le suena de haberlo visto antes. Uno de los tantos que se dejan caer por su casa con frecuencia. El de la izquierda es Jhonatan. Un brazo flácido rodea el cuello de Rafa. En la otra mano un cigarrillo del que solo queda el último destello naranja de la colilla. Rafa muestra al frente, en un enfático brindis con la cámara, un enorme vaso de plástico con el logo de una conocida marca sueca de vodka. La favorita de Iván.

Rafa. Jhon. Amigos. Festival. Vodka. El cerebro de Iván compone a la velocidad del rayo miles de frases que tratan de dar sentido a estos cuatro elementos de improbable conexión, pero él las borra de inmediato y casi de manera automática, se resiste a dotarlas de realidad, niega el menor atisbo de existencia. Porque no puede ser.

Cualquiera de las combinaciones y formulaciones posibles que tratan de tomar forma en su mente en contra de su voluntad son, simplemente, imposibles. De ningún modo. No. Su hijo Rafa —aunque no lo parezca aún es menor de edad— y Jhon —el principal sospechoso del caso que tiene entre manos y con el que se ha metido en la cama hace solo unos días— no pueden ser amigos y no pueden estar juntos en un festival de música electrónica —el escenario idóneo para el alcohol y las drogas de diseño—. No y no.

Marca alternativamente los números de Jhon y de su hijo varias veces. Apagados o fuera de cobertura. Comienza a contestar el wasap de Jhon. Escribe c a b r. Lo borra. Si Rafa corre peligro, la fotografía dice lo contrario. Si Jhon está tramando algo, llamarle cabrón no parece lo más sensato. Se obliga a contar hasta diez, hasta veinte, hasta treinta... mientras se viste para tirarse a las calles.

Pilla una moto de alquiler y, en menos de veinte minutos, aparca en la puerta del auditorio Rocío Jurado, donde se está celebrando el festival LaRoux. El pretencioso mamotreto, todo mármol y metal, construido para la Expo del 92 en el mismo corazón de la Isla de la Cartuja, treinta años después a duras penas sobrevive gracias a un escaso número de conciertos y algún que otro evento variopinto, como un concurso de bandas procesionales o un mercadillo de ropa de segunda mano (*vintage* para los modernos).

El volumen de la música, machacona, repetitiva, tribal, es demoledor. No hay vecinos en los alrededores. Potentes relámpagos de flúor disparados al techo descubierto del recinto en mil y una direcciones alumbran la noche con la irresistible promesa de un paraíso artificial, hedonista y sin fin. La cola para entrar es kilométrica. Cientos de jóvenes vestidos para la ocasión, maquillados para la ocasión y drogados para la ocasión aguardan su turno entre

conversaciones chilladas a los oídos de otros miembros de sus tribus. Vuelven sus caras al paso de Iván con una mezcla de incredulidad y de ira. Uno de ellos va más allá y amaga con placarle, eh, tú, quién te crees que eres, le pregunta. El inspector lo para en seco, clava sus ojos en el porro que está fumando y le responde que es poli y que más le vale no tocarle los cojones, a no ser que quiera que lo enchirone, porque ese canuto no es lo único ilegal que traes, ¿verdad, gilipollas? A continuación, esgrime su placa ante los cuatro gorilas que custodian el acceso. Cachean sin mucho afán a los asistentes al festival, registran sus bolsos y sus mochilas. El inspector no recuerda en qué artículo de qué reglamento se establecen las circunstancias especiales que autorizan a un vigilante de seguridad a registrar un bolso, pero sí que un concierto no es en absoluto una actividad especial en un auditorio. Claro que eso nadie lo sabe allí.

Más de cinco mil personas. ¿Y ahora, qué? ¿Cómo va a encontrar a Rafa? ¿Por dónde empezar a buscar? A lo mejor con un poco de suerte... pero, qué cojones, si suerte es, precisamente, lo que menos está teniendo en las últimas semanas. Tampoco ayuda que, a pesar de los grandes cañones de luz, la oscuridad aquí es mucho mayor de lo que ha imaginado fuera. Piensa, joder, piensa...

Piensa que necesita ir al baño. No solo a mear. Hay una hilera de váteres químicos cerca. Más gente y más colas, otra vez la placa al aire. Aquí tampoco se atreve nadie a increparle. Cómo lo van a hacer, si la mayoría sale en pareja o en grupo, las caras desencajadas por lo que sea que se hayan metido o por el miedo al poli. Al menos, dentro del que él ocupa, el sonido exterior llega atenuado, como acolchado. Dos rayas apuradas sobre la tapa del váter. Se toma unos segundos para redactar un wasap antes de salir: *Estoy aquí. Quiero ver a mi hijo. ¿Te ha dicho que es menor de*

edad? Lo relee varias veces para asegurarse de que es autoritario sin llegar a sonar agresivo ni amenazador, aunque luego piensa que total, uno lee los wasaps con el tono que quiere leerlos. Se lo envía a Jhon. Quiere lavarse las manos, pero han cerrado las llaves de paso de todos los lavabos. Los organizadores del festival saben que las drogas llenan la boca de tierra y deben de estar cobrando las botellas de agua de marca blanca como si hubieran ido a llenarlas a un glaciar del Everest. Llega la respuesta de Jhon: *tu ijo tiene más calle k tú y yo juntos. Y dicen que s tn bueno n la cama como su padre. El padre s muy bueno...*

No puede estar pasándole esto. No, joder. No, por favor. Durante unos segundos eternos el pecho le va a estallar. Como un fogonazo, en su mente se dibuja la imagen de Jhon acariciando, besando... ¡follando con su hijo Rafa! Esto, junto a las rayas de coca que se acaba de meter y la música percutiendo en sus tímpanos, aceleran su corazón hasta hacerle sentir mareado. Se toma un tiempo para recuperarse. Si ahora mismo lo tuviera delante, mataba al miserable de Jhon. Pero tiene que ser más listo que él. Y más rápido también. Piensa, piensa, piensa...

Agarra al primer vigilante que encuentra. Un joven lampiño y tan espigado que el uniforme le queda ridículamente ancho. Con una de esas miradas lánguidas y despistadas, agazapadas detrás de unas gafitas redondas de empollón. Todo en él es puro exotismo en este ambiente festivo. Iván ni siquiera tiene que mostrarle la placa cuando le pide, con su mejor y más ensayada voz de inspector de policía, que lo lleve ante quien esté al mando. El pobre chaval, temblando como un cervatillo en el Polo Norte, le explica la situación a su jefe por el *walkie-talkie*. Sí, señor, sí, señor, sí, señor... repite como en un conjuro. Luego, igual de solícito, le dice al inspector que el señor Rubio se encuentra ahora mismo atendiendo un asunto

urgente detrás del escenario principal, en la otra punta del recinto, pero que, si es tan amable de acompañarle, él mismo le conducirá hasta allí con sumo gusto a través de una vía de evacuación lateral transversal, gracias a la cual se van a ahorrar no solo una buena cantidad de tiempo, sino, lo más importante, tener que sortear a los miles de personas que en este momento están disfrutando de uno de los momentos álgidos de la noche, la sesión de uno de los *DJ* de *techno* más reconocidos, uno de los platos fuertes de la programación del festival. Si le sobrase tiempo, Iván le daba un abrazo al vigilante.

Efectivamente, no tardan ni cinco minutos en atravesar el auditorio de extremo a extremo. Para alivio de Iván, en la explanada trasera del escenario principal el volumen disminuye a un nivel aceptable para sus oídos. Nota con alivio que, por primera vez desde hace una hora, la mandíbula se le destensa. Suspira por volver a meterse algo. Pero no. Ahora, no. El asunto urgente que tiene entre manos el jefe con quien ha contactado el joven sherpa por el *walkie* es una rubia a la que dobla la edad, de caderas firmes y afiladas, embutidas en una falda menos larga que la mayoría de las rayas que Iván se mete. Ella está borracha. El jefe le está metiendo la lengua en la oreja. El inspector desliza su placa entre los dos, como quien introduce una radiografía para abrir la puerta de una casa en cuyo interior se ha dejado olvidadas las llaves.

—Señor Rubio. Soy el inspector De Pablos. Necesito hablar con usted —dice—. Se trata de una emergencia.

El jefe de los vigilantes, achaparrado, bíceps hipertrofiados y bigote selvático, da un manotazo a la placa del inspector y suelta un bufido, acompañándolo de unas gotas de saliva que dibujan un arco en el

aire antes de alcanzar la cara de la chica —ni se inmuta, su mente flota fuera de este mundo—. A continuación, empuja con las manos, tan gruesas e hirsutas como su bigote, el pecho del inspector. Pero Iván, que esperaba una reacción así, no tiene más que girar sobre sus talones y retrasar un poco el hombro izquierdo a toda velocidad para que ese bigote acabe rastrillando el suelo de albero.

—¡Déjate de gilipolleces! —exclama cuando el vigilante consigue levantarse y mientras se sacude los pantalones y la camisa. En su cara colorada refulge más la vergüenza, la sorpresa y la rabia que el dolor de la caída. Sus ojos se desplazan del inspector a la placa, de esta a la chica borracha (que, con el susto, ya no lo parece tanto), de ella al joven de las gafas a lo John Lennon (¿está sonriendo?) y, de vuelta, a la placa y al inspector—. ¡Te he dicho que es urgente, espabila!

Con la mano temblorosa, el señor Rubio estrecha la de Iván. Lamenta el desafortunado incidente. Le pide que, por favor, entienda que le ha cogido desprevenido, pero que, por supuesto, y como no puede ser de otro modo, está a su entera disposición.

—¿Qué puedo hacer por usted? —concluye.

—Quiero que subas ahí arriba, le pidas al *DJ* que pare la música y que use su micrófono para localizar a Rafa de Pablos y a Jhonatan Domínguez. Es una orden.

Si la situación fuera otra, puede que Iván comprendiese la cara que se le acaba de quedar al jefe de seguridad del festival LaRoux. Puede que advirtiese que el señor Rubio será un gilipollas, pero lleva muchos años en este oficio como para saber qué hacer en circunstancias similares. Puede que, si el inspector no estuviera tan alterado, podría leer en el fondo de sus ojos que el cerebro del jefe de seguridad está trabajando a pleno motor para despejar la X, la Y, la Z de una ecuación muy fácil hasta para él. ¿Qué debo hacer?

¿Qué consecuencias me va a acarrear hacer o no hacer lo que me está pidiendo el madero? ¿Por qué son tan importantes esos dos? Y quizás a Iván no le sorprendiese tanto lo que este le va a contestar:

—Verás, inspector... De Pablos me has dicho que te llamas, ¿cierto? Sí, eso es, Iván de Pablos... Verás, Iván, no puedo hacer eso que me pides.

—¡No te lo estoy pidiendo! —responde Iván fuera de sí—. ¡Es una orden!

Pausa. Música a volumen máximo. Subidón. Luces estroboscópicas. La fiesta en su apogeo máximo.

—Entonces me temo, inspector —aquí vienen las tres incógnitas despejadas, acompañadas de una sonrisa de satisfacción que abarca toda la cara del señor Rubio—, que esa orden me la vas a tener que traer por escrito y firmada por un juez. Porque, si me das un minuto, te puedo mostrar todos los papeles y todas las firmas que han autorizado este festival: contratos, permisos, tasas, licencias, seguros, etcétera, etcétera, etcétera. Y, después de que tú mismo hayas comprobado que todo está en regla, ¿estás seguro de que vas a seguir pretendiendo que yo suba ahí arriba, pare el espectáculo y enfurezca a las más de cinco mil personas que han pagado su entrada para que tú, Iván de Pablos, puedas localizar a tu hijo y a su amigo, ese tal Jhonny? Porque eso son los dos chavales, ¿no? El hijo del inspector y su amiguito...

Pero Iván ya no escucha. Aunque la letra de la canción es así, tal y como el jefe de seguridad la está cantando, la música suena distorsionada en sus oídos, arrítmica y sucia. Su hijo corre peligro, él es el responsable y él tiene que solucionarlo. Por eso ya no escucha al señor Rubio. Por eso se abre paso hasta el escenario a empujones, codazos y patadas como un loco, dejando varios heridos en el camino —entre otros, el jefe de seguridad, a quien propina un

puñetazo que convierte su boca en un caño de sangre, o Jhon Lennon, sus gafas redondas rodando por el suelo, o la rubia borracha que del susto ha empezado a vomitar—. Por eso sube las escaleras metálicas ante la mirada atónita del numeroso personal técnico. Por eso atraviesa como una exhalación el escenario hasta plantarse frente al *DJ* que, enfrascado en sus controles, en sus *decks* y en sus *pitchs,* tarda unos segundos en darse cuenta de que hay un tipo que lo mira con la cara desencajada y un arma en la mano, pero no de que con la otra le muestra una placa de policía. Por eso, cuando el *DJ* se tira al suelo para ponerse a cubierto detrás de la mesa de mezclas, y los cables de sus auriculares se enredan con otros cables de otros dispositivos electrónicos, Iván se abalanza sobre la mesa con los brazos abiertos, temiendo que esta pierda su estabilidad. Por eso, es el inspector quien termina con los pies entre el manojo de cables y quien, finalmente, tira todo el equipo sobre la cabeza del *DJ*.

La música deja de sonar. Las luces que, hasta hace unos instantes, derramaban filigranas y arcoíris sobre el escenario, se apagan al tiempo que las de emergencia del recinto, blancas, frías, tristes, se encienden. Las imágenes proyectadas se congelan en las pantallas gigantes. Durante una milésima de segundo, los más de cinco mil espectadores se quedan también de hielo en la mitad de sus bailes, de sus conversaciones, de las caladas a sus cigarrillos, de los tragos a sus bebidas, de sus aplausos y de sus besos. Muchos, porque creen que esto forma parte del *show*. Otros, los menos, porque durante un momento fugaz han vislumbrado el brillo metálico de la pistola en la mano del inspector.

Tan solo diez segundos después de que estalle el caos, un cuchillo secciona la yugular de Jhonatan Domínguez Roldán. Un minuto y

medio más tarde, un último chorro de sangre sale a borbotones por su boca, como una solitaria erupción de lava caliente, espesa y roja.

22

Mañana del jueves

La sala de reuniones está tan inusualmente fría que, en treinta segundos, el sudor se ha secado sobre su piel de gallina. Por eso Iván no sabe interpretar el significado del estornudo de Diosdado. Desde que ha entrado en la sala, el semblante del comisario no ha mostrado ninguna emoción, no ha dejado entrever por dónde van a ir los tiros. A Pilar, por el contrario, la nota incómoda, crispada incluso. No le sorprende. Esta mañana puede ser la más complicada de todas las muchas mañanas complicadas en su vida como policía. De su vida a secas.

Mientras esperaba la llegada de su jefe y de su compañera, el inspector ha repasado la secuencia de los diez hechos que, desde que asaltó el escenario unas pocas horas antes, le han conducido hasta aquí y ahora:

1.- 02:30 horas. Se corta la música. Se encienden las luces. El público ve a Iván sobre el escenario. Se acaba de incorporar tras su caída sobre la mesa del *DJ*. En una mano lleva su placa de policía y su arma reglamentaria en la otra. Gritos. Comienza la avalancha.

2.- 02:40 horas. La marabunta se agolpa a las puertas de los vomitorios y tapona las salidas de emergencia del auditorio.

3.- Simultáneamente, seis guardias de seguridad se abalanzan para reducir a Iván. Entre ellos, con la boca partida, el señor Rubio. Otro, a quien el inspector ha apodado John Lennon, pero cuyo

nombre real es Manolo Vargas, intenta mantener la calma y conmina al público más cercano a que haga lo mismo. La chica rubia ha parado de vomitar. Ni rastro de embriaguez.

4.- 02:41 horas. Desmayos, pisotones, alguna fractura de huesos y numerosas contusiones entre el gentío. Por fortuna, hasta ese momento no hay que lamentar pérdidas humanas. Alguien tiene la providencial idea de abrir las llaves de paso de los lavabos, lo que ayuda a calmar más de una crisis de ansiedad.

5.- 03:15 horas. Los servicios de emergencias llegan al auditorio y comienzan a organizar el desalojo y la atención a los heridos.

6.- 03:45 horas. El auditorio se ha vaciado aproximadamente a la mitad. Una joven, en su camino hacia la salida, y entre bebida y aturdida, tropieza con las piernas de una persona atrapada bajo una de las barras más alejadas del escenario principal. La chica da la voz de alarma y acude un vigilante de seguridad, quien confirma que la persona atascada es un chico y que está muerto. Tiene una incisión profunda a la altura de la yugular. El vigilante reprime sus ganas de vomitar y, en un momento de lucidez, con unos barriles de cerveza y unas cajas de cartón establece un perímetro de protección de la escena del (aparente) crimen.

A tener en cuenta: no se halla ninguna arma blanca (u objeto similar) en las inmediaciones.

7.- Mientras tanto, Iván, apaleado e inmovilizado, un ojo hinchado y las manos esposadas a la espalda, es trasladado a las oficinas del auditorio, junto a la salida principal, a solo unos metros de la escena del (presunto) crimen. El inspector, preso de la rabia, al pasar junto al cadáver, forcejea para intentar ver la cara del fallecido. El terror se ha apoderado de él. Podría ser su hijo. El señor Rubio le insulta, le grita que tire para adelante, le da una patada en el culo. Iván jura que lo matará.

8.- 03:55 horas. En las oficinas del auditorio, Iván es recibido por otros policías. Los conoce a todos. Uno de ellos le dice que le quitará las esposas cuando se tranquilice. Iván le parte la nariz de un cabezazo. Los otros compañeros arremeten contra él. El inspector se lleva otra tanda de palos.

9.- 03:59 horas. Aún lo están neutralizando cuando un vigilante, miembro del equipo del señor Rubio, se presenta en las oficinas acompañado de un joven en visible estado de embriaguez y con signos de haber consumido algo más que alcohol. Dice llamarse Rafael de Pablos y que su padre es el inspector Iván de Pablos. Iván se queda petrificado. El compañero de la nariz rota, a pesar de todo, le quita las esposas. El inspector se derrumba y busca el abrazo de su hijo. Al oler el tufo a marihuana que trae, se separa y le da una bofetada. Los policías vuelven a inmovilizarle. Como respuesta, el chaval sonríe y farfulla algo en torno a su madre.

10.- 04:15 horas. Iván, otra vez esposado, es trasladado a la comisaría en el asiento trasero de un coche patrulla. Por el retrovisor puede ver la vergüenza ajena reflejada en la cara del compañero que conduce. Rafa va en otro coche. Se ha quedado dormido. Están localizando a su madre.

—¿Quién ha sido, Iván? —Diosdado lanza la pregunta de un tirón, sin toser. De hecho, suena sorprendentemente calmado. Incluso afable. Iván ha traspasado todos los límites. Ha cruzado todas las líneas rojas. Quizás, por eso no debería sorprenderle tanto. Ahora, sí, como le ha advertido su jefe mil veces, se acabó. No hay nada más que decir ni discutir. Y eso, darlo ya todo por perdido, significa para el comisario soltar un pesado fardo que lleva demasiados años cargando a sus espaldas. Como cuando el dentista inocula la

anestesia para extraer, por fin, el raigón largamente cariado. Cuando eso sucede, uno ya no nota el pinchazo. Mejor sacrificar una pieza que dejar que la infección pudra la boca.

—Jefe, si lo supiera no estaríamos aquí, sino buscando a ese cabrón.

—¿Alguna hipótesis?

Iván se levanta de la silla y comienza a deambular por la sala —vuelve a estar libre de las esposas—. Nota las miradas de Diosdado y de Pilar clavadas en él. Se imagina a sí mismo como un funambulista caminando por un alambre colgado a cien metros de altura y sobre un foso repleto de caimanes. Su respuesta puede llevarle al otro lado, al de la salvación, al del perdón. Pero también puede precipitarlo al vacío y a la muerte, una muerte figurada, pero más cruel que la de Segis, que la de Quino, que la de Alberto. O que la de Jhon. Porque morir para Diosdado y para Pilar es quedarse sin las dos únicas últimas personas a las que todavía puede llamar amigos.

—Ninguna, jefe. Estoy absolutamente perdido. Por primera vez en mi vida no soy capaz de encontrar un hilo del que tirar. Y mira que lo he buscado. Le he dado mil vueltas al caso, te lo prometo, a pesar de lo que podáis pensar, mi cabeza lo ha centrifugado una y otra y otra vez, en un sentido y en el contrario. —El inspector hace una pausa que sabe que va a sonar dramática—. Pero nada de nada de nada.

—Supongo que eso confirma lo que me ha contado Pilar —responde Diosdado tan de inmediato que parece estar esperando justo esa respuesta—. Que has vuelto a las andadas.

El inspector dirige una mirada larga a su compañera. No se trata de un reproche, de una acusación, sino todo lo contrario: quiere que ella sepa que él sabe que ha hablado por su bien. Que la entiende.

Además, con esta mirada lenta le está pidiendo disculpas por arrastrarla consigo. Su carrera está a punto de estrellarse para siempre, y la de ella derrapa muy cerca del precipicio. Pilar no se atreve o no quiere devolvérsela. Ha enmudecido. Por eso, él responde:

—Lo cierto es que nunca me he ido —y, justo antes de que al comisario le asalte el primer ataque de tos desde que ha cruzado la puerta de la sala de reuniones, esa sala que durante años ha sido testigo mudo de los lazos de compañerismo, amistad y lealtad que los unen a los tres, Iván concluye—: Tengo que drogarme para seguir adelante. Pensaba que lo tenía controlado, pero ya veis, me equivocaba. No soy más que otro enganchado de mierda.

Su respuesta es la razón por la que la tos del comisario se queda en un mero conato de sus habituales huracanes. Con todo, esto no significa ni muchísimo menos que el temporal haya amainado. Iván todavía no lo sabe, pero aun en plena canícula sevillana, se avecina un huracán.

21

Mediodía del jueves

Todavía le brillan las pupilas y arrastra la mirada. Sus movimientos lentos y torpes son signos de agotamiento más que de colocón. La subinspectora le ha solicitado permiso al comisario para acompañarlo a casa —sería más correcto decir que simplemente se lo ha comunicado, es amiga de la madre y aún no la ha localizado—. Al ser menor de edad, no le han tomado declaración, pero ha contado entre balbuceos que sí, que estaba con Jhon cuando el caos estalló en el auditorio, pero la estampida los arrojó en direcciones opuestas sin que ninguno pudiera hacer otra cosa más que dejarse arrastrar por la riada de gente. Rafa no estaba con su amigo cuando lo asesinaron. Iván no sabría decir qué le impresiona más, si las lágrimas de su hijo, casi un hombre casi un niño, o el hecho de que se haya referido a Jhonatan Domínguez Roldán, el principal sospechoso del caso en el que lleva días trabajando y ahora cadáver a manos de quién sabe quién, como *su amigo*.

—¿Seguro que no quieres que me lo lleve a casa?

—Alicia me va a llamar de un momento a otro —responde Iván—. Prefiero que venga a buscarlo a la mía, así le doy en persona las explicaciones que hagan falta.

—Si me pregunta a mí, le contaré la verdad —dice Pilar mientras ayuda a Rafa a incorporarse y lo conduce hacia la salida de la sala de reuniones de la comisaría.

—Alguien, no sé quién, dijo que la verdad tiene muchas caras, pero haz lo que creas conveniente, querida. —Iván da un largo suspiro, no ha deslizado el apelativo con intención de conmover a su compañera. Quizás, solo quizás, en sus formas calmadas, reflexivas, y hasta delicadas, solo busca un atisbo, si no de perdón, al menos de comprensión. Dadas las circunstancias, menos es nada.

Ya en su apartamento, tras comprobar que Rafa duerme a pierna suelta —joder, si hasta ronca como un hombre—, luego de permitirse el pequeño lujo de una ducha caliente, reconfortante a pesar del sofocante calor, y después de engullir un bocata de jamón de york y queso, y de haber dejado sobre la encimera de la cocina dos platos con forma de ovni con otro bocata en su interior para cuando el muchacho despierte, se tumba en el sofá. Alguien toca a la puerta con los nudillos.

—¿Qué haces aquí? —Ha sonado seco y cortante.

—Supongo que ver cómo estáis, *collons*. Y supongo que, si yo estuviera en tu situación, harías lo mismo.

—Tú también debes de estar agotada, Pilar.

—Un detalle por tu parte —dice su compañera con una sonrisa triste—. Precisamente por eso voy a dormir tan poco como tú. Además, se me ha terminado el café, y el chino de abajo de mi casa no abre hasta las diez. Y yo, sin mi café, no me hallo en ese piso tan grande y tan vacío.

Se ha olvidado de que Pilar debería estar en la Costa Brava, huyendo de este infierno, tomando el sol en la playa, bebiendo Aperol Spritz con su marido, dejándose querer por sus hijas. Sin embargo, se ha quedado para ayudarle con el puñetero caso y ahora

debe de estar rumiando el arrepentimiento. Toca bajar los humos y poner la cafetera.

—Si tu hijo ha salido a ti, Alicia tenía otro motivo para divorciarse.

—...

—*Ronca com un porc senglar.*

Iván sirve el café sobre la mesa del centro. Ambos lo toman solo y sin azúcar. Lo saborean durante unos segundos, en silencio.

—Ya es mala suerte que, cuando decidimos interrogar al principal sospechoso, el puñetero Jhon de las narices, el puto centro de todas las dianas, se nos adelantan y lo matan. Y todo a la vista de miles de personas, pero nadie ve nada. ¡Me cago en su puta madre! —exclama Iván.

—Ya estamos con las madres. Qué tendrán ellas que ver con los *fills de puta* de sus hijos.

—Te contradices más que yo, compañera.

—No tanto. No tanto...

Pilar ha pronunciado las últimas palabras en un susurro, como para sí misma. De hecho, sus ojos miran a Iván sin mirarlo. A él le encantaría preguntarle dónde está, pero eso sería como introducir una estaca en el engranaje de un reloj suizo. Sabe que algo bueno está a punto de salir de ese cráneo privilegiado. Como diría Rafa, se vienen cositas interesantes.

—Ahora tu prioridad es hablar con Rafa —dice Pilar como si le hubiera oído el pensamiento—, y, por supuesto, con su madre...

—Con eso no voy a arreglar nada. —Iván intenta sacar el último cigarrillo que le queda en el paquete. Espera que quede alguno en el cajón de las reservas—. Tengo que averiguar quién ha matado a Jhon y por qué.

—*Iván, collons! Vols fer el favor d'escoltar-me, si us plau!*

La exclamación de Pilar ha hecho que el cigarrillo se le caiga al suelo. Lo recoge sin disimular su estupefacción. Ha presenciado en ocasiones anteriores otros arrebatos de cólera de su compañera, pero nunca tan violentos y desesperados.

—Estás fuera del caso, inspector —continúa Pilar—, tienes asuntos más importantes de los que ocuparte en estos momentos. ¿O es que no te das cuenta, coño?

Justo en este momento, Rafa sale de su habitación.

—Por mi parte tampoco hay nada de que hablar.

El joven arrastra su cuerpo hasta la encimera. Va vestido solo con unos calzoncillos. Iván los reconoce, son suyos. De nuevo, el inspector se admira de que el cuerpo de un hombre adulto haya suplantado al de su hijo. También de su falta de pudor. De esa guisa, Rafa comienza a comerse el bocata que le ha dejado preparado.

—Mejor me voy —dice Pilar dirigiéndose a la puerta del apartamento con paso prudente pero decidido.

—Mejor no —replica Rafa con un gesto enérgico de la misma mano en la que sostiene el bocata. Un gesto muy de Iván. Lo liquida en dos bocados mientras se interpone entre Pilar y la puerta—. Últimamente paso más tiempo contigo que con mi padre. Mira, sí, mejor vamos a hablar ahora mismo.

Pilar mira a Iván. Este se encoge de hombros y los invita a sentarse alrededor de la mesa de centro.

—Muy bien —continúa—, ¿de qué queréis hablar?

La subinspectora se esconde detrás de un cojín que aprieta contra su pecho. Le toca a Rafa abrir fuego. El chaval asume el protagonismo con maneras firmes y decididas, un tanto sobradas. Interpretando su papel estelar con gusto y eficacia. Se ha convertido o está a nada de convertirse en un hombre, pero Iván sigue sin atisbar qué tipo de hombre.

—Para empezar —arranca Rafa—, me gustaría saber por qué han matado a Jhon.

—Espera, espera —salta Iván—. Antes me tienes que decir tú qué hacías con ese prenda en el festival. Desde cuándo os veíais.

—¿Y desde cuándo tengo yo que darte explicaciones de con quién voy o vengo? ¡Si nunca te ha interesado! ¿Ahora me sales con esas?

—Coño, Rafa, ¡Jhon no era un tipo cualquiera!

—Ah, claro, por eso te lo tiraste, ¿no? —Fuego en sus ojos. Rabia en su voz. Bravuconería en su postura—. Aunque tampoco es que tú seas muy exigente. Si el tío lleva pantalones, te lo tiras.

Las palabras de Rafa se congelan en el aire. Más que enfadar, sorprenden a Iván. Acaba de sufrir en propias carnes uno de sus típicos dardos, una de esas frases desbocadas que él no dudaría en clavar en un amigo, un compañero o un familiar. Por propia experiencia, sabe que lo mejor es no responder de inmediato, dejar que el bumerán rebote en el silencio del interlocutor y que vuelva a su dueño en forma de arrepentimiento y de vergüenza. Al cabo de unos segundos eternos, las mejillas coloradas de Rafa son la señal de que la táctica ha funcionado. Es entonces cuando contesta con todo el aplomo que es capaz de concentrar:

—No te lo voy a negar. Me gusta el sexo. Eso no es nuevo. Ya eres un adulto, seguro que también disfrutas lo tuyo. Pero como, de momento, no es ilegal, yo no tengo por qué decirte con quién ni con cuántos me acuesto. Como yo tampoco te pregunto a ti con quién ni con cuántas.

—¿Cuántas? ¿Y por qué das por hecho que me van las tías? ¿Y si Jhonatan fuera algo más que mi amigo?

Ahí está. La imagen que con tanto ahínco ha intentado borrar de su mente, a sabiendas de que seguirá en su wasap. Anoche, en la fiesta, Jhon echándole el brazo por los hombros a su hijo, los dos

bebidos y fumados. Una imagen que ahora cobra otro sentido. O su Rafa está jugando con él. Acaba de sacar todo su arsenal. Pero él es más listo, porque es mayor, y porque es su padre, qué coño. Se lo comen los demonios, pero tiene que hacerlo, le toca volver a tensar el hilo. Sin llegar a romperlo. Como le enseñaron hace años en la academia: a veces, en un interrogatorio hay que provocar un estallido controlado para obtener la verdad. Siempre se corre un riesgo, las consecuencias pueden ser irreversibles, pero hay que asumirlo. Por eso se toma su tiempo antes de contestar:

—De nuevo, tienes razón. He dado por sentado que eres hetero. Pilar puede contarte las innumerables veces que mis prejuicios me han llevado a etiquetar mal a una persona. ¿Verdad, Pilar? —Ni Iván le concede tiempo para contestar ni ella hace amago de querer hacerlo—. Cuando llegó a Sevilla pensé que era lesbiana, ya ves si estaba equivocado. Sin embargo, Rafa, tienes que entender que tengo cuarenta y dos años, y que tus abuelos me educaron de una manera muy diferente a como tu madre y yo lo hemos hecho contigo. Es un tópico, pero eran otros tiempos. Todo era muy distinto. Salir del armario no era tan fácil como ahora. Ya ni siquiera se lleva esa expresión, salir del armario. Pero no puedes criticarme por ser como soy. Aunque lucho todos los días contra mí mismo, uno no puede dejar de ser quien es de la noche a la mañana. Ni en un puñado de años. Por mucho que lo intentes con todas tus fuerzas, nunca lo vas a conseguir del todo. Yo no creo que pueda.

En el silencio que se instala entre ellos, Rafa y Pilar lo miran como si hubiera hablado en otro idioma, o como si fuera la primera vez que oyen su voz. El muchacho, la mirada fiera, lo rompe:

—Y como tú lo pasaste tan mal en el pasado, los demás tenemos que pagar por ello, como si la culpa fuera nuestra. Ni de coña, papá. Yo no estoy para tragarme tus miserias y tus mierdas. En verdad, ni

yo ni nadie, pero yo solo puedo hablar por mí. El resto que haga lo que quiera —como para realzar sus palabras, Rafa alarga una pausa antes de continuar—. Mamá te aguantó hasta que se la jugaste. Cuando ya no pudo más, te mandó al carajo. Pero yo, como un gilipollas, pensaba que era una exagerada. Ahora tengo claro que se quedó corta...

La última frase la pronuncia Rafa con la intención de volver a encerrarse en su habitación, pero Iván no está dispuesto. Se levanta también y exclama:

—¡Qué fácil, chaval! Sueltas tu discurso, el manido recurso del divorcio y de mi relación con tu madre, y te largas sin decir nada de tu comportamiento. Si ese es tu concepto de madurez, lo llevas claro.

—Para concepto brillante, el tuyo de la responsabilidad. —Rafa se vuelve. Su cara a unos centímetros de la de su padre—: Todo el día colocado y follando a diestro y siniestro, y sin protección, por supuesto, porque para qué, si tú eres más guay que nadie y estás por encima de todos y de todo. ¡Lo que viene siendo un chulo!

Como por arte de magia, después de tantos años, Iván vuelve a ser más alto que Rafa. Como un resorte, alza la mano y la lleva hacia atrás en el aire con la palma abierta. En el último momento, la expresión en la cara de su hijo, entre la arrogancia y la sorpresa, le detiene y le hace bajar la mano con idéntica rapidez.

—¿Otra vez? ¿Así es como ahora solucionas los problemas? ¿A hostias?

Iván aprieta los puños a la par que dos lágrimas inundan sus ojos. Lágrimas de dolor y de rabia. Dolor por su hijo. Rabia contra sí mismo.

—¿Os apetece una copa?

La pregunta de Pilar lanza un chorro de agua oxigenada sobre una herida sangrante e infectada. Produce al mismo tiempo burbujeo, escozor y analgesia. Una vez más, bendita Pilar. Muy despacio, separando mucho unas palabras de otras, Iván contesta:

—Una idea estupenda —y con mayor prudencia—: ¿Vodka para ti también?

—No son horas, papá.

—Llevo tantas horas sin dormir, que ya no sé si toca desayunar o cenar. Uno cortito. ¿Tónica?

Iván deja a Rafa con cara de pasmo en medio del salón, mientras él prepara las bebidas. Bien cargada la suya. Prepara otra para Pilar —con naranja—, sin preguntarle. Deposita la bandeja sobre la mesa de centro, se sienta en el sofá, da un sorbo largo a la suya y continúa:

—Sí a todo, Rafa. No te quito ni una coma. —El muchacho también da un trago. Pilar no termina de arrancarse, juguetea con el dedo índice sobre el borde del vaso—. Llámame chulo si quieres, pero dime la verdad, ¿por qué tanto empeño en pasar las vacaciones conmigo? Si soy tan mal bicho...

—Yo nunca he dicho eso —interrumpe Rafa—. Jamás he dicho que seas una mala persona.

—Entonces, ¿qué es lo que te molesta?

Rafa da otro trago. Muy largo. Coge de la mesa el paquete de cigarrillos de su padre. Vacío. Busca en los cajones del mueble bar. Nada. Interroga a su padre con la mirada. Iván trae un paquete ya empezado que encuentra en el cajón de la mesilla de noche del dormitorio. Le ofrece uno a Rafa. Una suerte de pipa de la paz.

—Nada de lo que haces tiene sentido —responde Rafa tras una larga calada—. Estás jugando a una especie de ruleta rusa sin

pistola. El día menos pensado te vuelas los sesos, pero nos tocará a los demás limpiar la sangre.

Iván reconoce al Rafa triste. Ni rastro del Rafa cabreado.

—Lo último que quiero es preocuparte. Solo intento vivir mi vida sin molestar ni hacerle daño a nadie.

—Te haces daño a ti mismo. Y a todo dios: a mamá, a Pilar —dice señalándola—, a tu jefe... y lo peor es que no te das cuenta.

—Sí me doy cuenta, pero no puedo evitarlo.

—O no quieres.

Rafa calla y baja la mirada. Vuelve a ser aquel crío que no entendía el significado de la palabra «divorcio», que no sabía lidiar con su desamparo. Iván se reconoce en él como nunca hasta ahora. Se muere de ganas de abrazarlo, pero justo por eso, porque lo ve tan parecido, sabe que el abrazo que necesita no es físico. Se sirve otra copa. En vez de volver a sentarse, apoya una rodilla sobre el brazo del sofá con actitud relajada y cercana. Le dice:

—Rafa, por favor, necesito que me ayudes. Entenderás lo extraño que me resulta que Jhon y tú fuerais amigos y que estuvierais juntos anoche en el festival. Yo lo conocí hace apenas una semana...

—No éramos exactamente amigos.

—¿Qué quieres decir? —Iván quiere y teme la respuesta.

—Si te quedas más tranquilo no hemos follado.

—Eso me da igual —miente—, te lo juro. Solo quiero saber de qué y desde cuándo os conocíais.

—¿Me estás interrogando, papá? —Rafa esboza una sonrisa angulosa—. ¿Tengo que llamar a un abogado?

—Rafa, por favor —intercede Pilar con firmeza—, tu padre está siendo sincero contigo. Esto es serio.

Rafa se arrellana en el sofá, remata su copa y dice:

—Nos conocimos el primer día del festival, el lunes por la noche. Uno de mi pandilla se iba a encargar de traer la marihuana, pero su contacto le había fallado. Alguien dijo que había visto por allí a uno que también pasaba, un tal Jhon. Cuando mi amigo lo localizó, le pregunté si, por casualidad, se apellidaba Domínguez Roldán y él me contestó que sí, que cómo lo sabía. Le dije que había oído a mi padre hablar de él. Acordaos de que estuvisteis repasando su historial en el coche de camino a Torremolinos. Aunque yo tenía los auriculares puestos, os estaba escuchando. Me hizo gracia la coincidencia y me picó la curiosidad por conocerle. Al principio se puso a la defensiva, quiso largarse pitando, pero mi amigo le aseguró que yo no era ningún capullo, que no te iba a venir con el cuento.

—¿Y cómo se convenció?

—Supongo que a él también le picó la curiosidad y quiso conocerme. Además, si estábamos allí era para divertirnos. En cuanto se relajó y hablamos un poco, Jhon y yo nos caímos bien. Estuvimos bailando, charlando y fumando juntos toda la noche.

—Voy a hacer como que no he oído eso.

—Tú mismo. Nunca te he ocultado que fumo porros. Otras cosas no me meto... no quiero acabar como tú.

—¡Joder, Rafa!

—Lo siento, pero es la verdad. La mejor campaña antidroga es convivir con un adicto.

—Yo no...

—Vale, papá, lo que tú digas —interrumpe Rafa—, ¿te sigo contando o volvemos a hablar de ti?

—Dale —susurra Iván.

—Aquella noche lo pasamos tan bien que quedamos en vernos la siguiente, y después la siguiente. Lo único que hacíamos era eso:

bailar, beber, charlar cuando la música lo permitía, reírnos de todo y fumar. Era un tío muy ocurrente. Sobre todo, era muy divertido. Y conocía a un montón de gente. Se hacía fotos con todo el mundo. Como la que te envió. Que conste que, cuando nos la hicimos, no creí que te la fuese a mandar. Él solo quería pasárselo bien. Eso hacíamos. Hasta que apareciste y la liaste. —La voz de Rafa se tiñe de tristeza, las últimas palabras le salen en un hilillo inaudible.

—Yo no tuve nada que ver con su muerte, Rafa, ya lo sabes.

—Lo sé. Pero mamá lo dice mucho: ahí donde hay un lío, ahí está tu padre. También dice que no sabe cómo lo haces, pero que al final siempre es así.

Cuánta razón, Rafa. Cuántas veces le ha repetido Alicia esas mismas palabras, que no eran ningún reproche, sino el mero fruto de la desazón y de la impotencia. De la amargura.

—Tengo una pregunta —intercede Pilar—, a lo largo de esas tres noches, aparte de bailar y demás...

—De beber y de fumar porros. —Rafa, sobrado de autoconfianza, le guiña un ojo.

—Aparte de todo eso, hablaríais de muchas cosas.

—Claro.

—Y, con todo lo que tú ya sabes del caso, por lo que ha salido en los medios o por lo que nos has escuchado a tu padre y a mí, ¿recuerdas alguna cosa, algún detalle en alguna de vuestras conversaciones que te llamase especialmente la atención?

—¿Cómo qué?

—No sé, algo, lo que sea. Cualquier cosa que... ¿cómo se dice *grinyolar* en castellano?

—¿Qué?

—Cuando algo te da dentera.

—Rechinar —contesta Iván.

—*Exacte!*

Rafa alza una ceja. Un gesto quizás algo impostado, Iván se lo conoce desde pequeño, es su manera de hacerse el interesante, a veces se ha preguntado si no lo habrá heredado de él.

—Nuestras conversaciones no eran sobre nada serio. Tampoco hablamos de ti. Él pasaba marihuana y yo era tu hijo. El hijo del madero. Habría sido un poco raro.

—Y tanto —afirma Iván.

—Calla, inspector, deja que continúe.

—Solo una vez, creo que el martes por la noche. Sí, el martes, seguro. Me acuerdo porque el *DJ* que estaba en ese momento pinchó una sesión de mierda, la peor de todo el festival. Nos cortó el rollo a todos. Dejamos de bailar. Unos cuantos pedimos unas cervezas y nos sentamos a fumar en los escalones de una de las salidas. Al rato, mis amigos fueron a reponer bebidas, con el calor que hacía a mí me daba mucha pereza y les pedí que me la trajeran. Me quedé solo con Jhon. Entonces, sin venir a cuento, me dijo que tú —señala a Iván— le habías gustado mucho, que no parecías un madero como los demás, porque tratabas a todo el mundo por igual. Yo me reí y le pregunté si le ponías, y medio en broma medio en serio me contestó que sí, que eras muy atractivo. Que, si no fuera por sus circunstancias, no le habría importado conocerte más.

—¿Qué circunstancias? ¿Que fuera un camello de medio pelo o que tuviera dos novios?

—Eso mismo le pregunté yo, y me respondió que no era nada de eso. Que tú ya sabías que él trapicheaba y que, dado tu historial, no creía que eso te fuese a importar mucho. Y respecto a lo de liarse con otros, no tuvo que confirmar ni desmentir nada: en el festival tonteó con un par de tíos, y yo ya sabía que vosotros habíais follado, no hay que ser muy listo —Rafa lo suelta con la misma indiferencia

de quien lee la receta de un bizcocho básico—. Pero entonces pasó algo un poco extraño. Me dijo que se estaba planteando volver a hablar contigo. No quiso decirme sobre qué, pero parecía inquieto, no sé, asustado. Solo comentó algo sobre que sus jefes lo tenían cogido por los huevos, que había metido la pata por dárselas de listo, y cuando le pedí que fuera más explícito, se le cambió la cara. Son unos chungos, me dijo, que le habían hecho mucho daño. De buenas a primeras, se puso triste. Intenté sonsacarle algo más, pero en ese momento llegaron las bebidas y tuvimos que dejarlo ahí. Unos minutos después se fue a mear. Tardó un montón. Estuvo desaparecido más de una hora. Cuando volvimos a encontrarnos ya estaba otra vez animado. Riéndose y bailando, como siempre.

—Habría ido a meterse algo.

—No lo creo. Jhon no se cortaba un pelo con eso. Ni discreción ni pollas. Se metía delante de todo el mundo. Es más, paseaba la cartera con las rayas para invitar a quien quisiera. Y no me pongas esa cara —dice Rafa con desgana—, ya te he dicho que, aparte de porros, no consumo nada más.

—No puedo evitarlo, eres mi hijo.

—Y tú mi padre, y tampoco te has cortado nunca.

—Rafa, ya está bien —Pilar vuelve a mediar—. Tu padre lo está intentando.

—Poco le cunde...

La botella de vodka se ha terminado. Iván trae otra a estrenar de la cocina y más hielo. Mientras se vuelve a servir, advierte la expectación en la cara de Rafa, su vaso vacío. Amaga con rellenarlo, pero el joven pone la mano sobre el vaso. Pilar también lo rechaza.

—Tiene que haber algo más —piensa en voz alta—. Quería decírtelo, pero se arrepintió en el último momento.

—A mí también me dio esa impresión —Rafa se ha puesto triste de pronto—. Después volvimos a meternos en la bulla para bailar. Con todo el jaleo me había olvidado de esa conversación, hasta que me habéis preguntado. —Una oscuridad se apodera de su rostro y de su garganta. Sus ojos refulgen. Nada que ver con los porros. Dos torrentes anegan su mirada—. Ojalá...

Con un nudo en la garganta, la frase se queda colgando de sus labios. Iván se apresura a contestarle:

—Tú tampoco tienes la culpa.

Entonces, el inspector se sienta junto a su hijo y le da un abrazo tan fuerte como los que le daba cuando era un niño pequeño y volvía llorando a casa porque se había caído en el patio del colegio y se había hecho las rodillas polvo, porque algún compañero mayor, más alto y más fuerte que él le había pegado, porque el mundo era injusto y escocía.

20

Jueves por la tarde

Por la tarde, Iván asiste al grupo de ayuda. Sus motivos no son del todo terapéuticos. En un primer momento, el inspector no lo tenía previsto, pero Pilar le ha advertido que, después de la charla con su hijo, tenía que demostrarle lo buen padre que puede llegar a ser, y que la terapia es una buena forma de hacerlo. Luego, una hora antes del inicio de la sesión, ha recibido un wasap de Rodrigo: *«¿Nos vemos esta tarde?»*. No es que el texto haya sonado a caramillos, crótalos y laúdes, pero algo es algo. Claridad, por fin, en su horizonte encapotado. Iván le ha respondido: «Estupendo, estoy libre a partir de las nueve. Dime dónde te viene bien».

Fiel a su costumbre, es el primero en llegar. Las sillas permanecen apiladas al fondo. La máquina de café, una de esas antiguallas con filtro, aún está apagada. En el centro de la sala, vacía, Nacho Morote está de pie, muy quieto. Esperándolo. Sus labios apretados anticipan una conversación incómoda, aunque ante el resto de su pose el inspector no puede evitar sentir vergüenza ajena. Solo le falta poner los brazos en jarras. Sus esfuerzos por aparentar una autoridad de la que carece rayan el ridículo. Pero eso no le evita la sorpresa cuando oye al terapeuta decir:

—Hay que tenerlos cuadrados para presentarse hoy aquí.

—Es jueves, ¿no? —La pregunta retórica va a la velocidad de un misil y cargada de mala hostia—. Y los jueves toca terapia —una

ligera pausa antes del impacto definitivo—... toca escuchar tus gilipolleces.

—Si este es el mejor sitio que se te ocurre para pasar una tarde de jueves, es que estás más jodido de lo que dice la prensa.

—Otros que solo sueltan gilipolleces, los periodistas —y, como si acabara de recordar quién manda allí, Iván añade—: Vamos a relajar ese tonito, Nacho, si no quieres que...

—Ya te puedes ir por donde has venido, inspector. Se acabó. No quiero verte por aquí nunca más.

La frase de Nacho se posa en su mente como el último naipe que corona el castillo al tiempo que lo derrumba y esparce toda la baraja sobre el tapete. De golpe y porrazo, Iván comprende que hace rato que la balanza se ha inclinado en su contra y a favor del terapeuta. Obtiene la plena constatación en su sonrisa. Una sonrisa fría, largamente ensayada y anhelada. Como se ensaya y se anhela la venganza. Cómo coño va él a exigirle a este pobre empleado de una ONG, a quien lleva dos años chantajeando, que siga sometiéndose a su juego sucio. Cómo fingir que en las últimas horas no ha cambiado nada en la vida de Iván y que la relación de poder establecida entre ellos dos sigue intacta. Qué explicación le puede dar para convencerle de que todas las mierdas que la prensa escrita, la televisión, las redes y, por supuesto, sus queridísimos compañeros de la radio, están esparciendo sobre él desde la movida del auditorio son una patraña. Cómo he podido, se pregunta y parafrasea el saludo que Nacho le acaba de dedicar, tener los santos cojones de presentarme aquí, como si los últimos siete días no hubieran existido.

Más que por vergüenza, Iván se queda en blanco, bloqueado, por su falta de anticipación. Las fichas del dominó han caído una detrás de otra, pero él no ha visto venir la última, la que ahora cuelga al filo

de un precipicio sobre las llamas de un infierno que él y solo él se ha esmerado en construir ficha sobre ficha, desfase sobre desfase y mentira sobre mentira. Nota en el paladar el sabor de la derrota que certifica su estrepitosa caída en desgracia. Un sabor amargo que le sube por las mejillas y les prende fuego. Frente a él, contrasta el gesto triunfal y satisfecho de Nacho.

Por eso se abalanza sobre el terapeuta, hijo de la gran puta, lo embiste como una fiera descontrolada, cabrón, arremete con todas sus fuerzas, te vas a reír de tu puta madre. Lejos de amilanarse, sin aparcar su sonrisa helada, Nacho le devuelve el empujón con el ímpetu de su musculatura trabajada en sesiones de dos horas de gimnasio un mínimo de cuatro días a la semana y, sobre todo, de sus diez años menos de edad. Iván trastabilla y a punto está de caer de culo. Por suerte para él, la puerta a su espalda se acaba de abrir, entran al salón los primeros compañeros del grupo de adictos. Uno de los cuales, de reflejos rápidos y mano firme, intercepta al vuelo su caída y consigue también, de paso, sostener la poca dignidad que le queda al inspector.

—¡Te tengo! —exclama Manu, el enterrador.

Estas dos palabras son como un sortilegio que hace que Iván desista en el acto de devolver el golpe al terapeuta. Se gira. Encuentra de frente la mirada reprobatoria de Manu y del resto del grupo que asiste a terapia. En la suya, rabia y estupefacción. No puede hacer otra cosa que salir pitando de allí. Con los puños apretados, los nudillos blancos.

Cuando los abre, un rato largo después, es para leer un wasap que le ha llegado. «Si te parece, nos vemos en el apartamento que acabo de alquilar. Si aún vives en la Alameda, te pilla cerca. Te mando ubicación».

Media hora más tarde, Rodrigo le pone por delante un vodka cortito con tónica que le sienta de maravilla. Iván ha llegado a la dirección señalada con la espalda mojada de sudor por la caminata y la ira. Ahora se siente estúpido por no haber pillado un Uber, pero tenía que bajar de revoluciones antes de reencontrarse con su viejo amigo. Qué guapo está el cabrón.

El apartamento de Rodrigo es de una exagerada sencillez. El vacío de las paredes y la escasez de mobiliario se pueden interpretar como síntoma tanto de un gusto minimalista como de una mudanza reciente. Mientras observa a su anfitrión preparar la copa, este lo confirma:

—Has tenido suerte. Hasta ayer el frigorífico estaba vacío. He cambiado de casa unas cuantas veces en los últimos años, pero esta mudanza ha sido la más desastrosa. La inmobiliaria, los albañiles, el fontanero, los pintores... cada día un problema. No me acordaba de cómo funcionaba este país.

Iván escucha con un interés fingido, hasta que el torrente de palabras se transforma en un flujo transparente que atraviesa sus oídos igual que el silencio. Cuando Rodrigo se da cuenta, se calla. En el aire solo queda el tintineo de los cubitos de hielo girando en la copa de Iván. El inspector dice:

—Y yo que pensaba que me habías traído a tu casa para contarme dónde te has metido y qué has estado haciendo todos estos años o por qué estabas el otro día en un evento para inversores en Torremolinos. —Rodrigo tuerce el gesto con extrañeza—. Pero parece que no, que prefieres que hablemos de tus problemas con el sector de la construcción. Pues muy bien, querido amigo —enfatiza las dos últimas palabras y fuerza una sonrisa—, en las dos últimas semanas he hecho un máster sobre el tema. Te puedo asesorar en lo

que quieras. A ver, cuéntame, ¿cómo puedo ayudarte? —deja unos instantes la pregunta suspendida en un hilo invisible de cinismo y abre aún más la sonrisa falsa—. Te puedo ofrecer un fontanero y un manitas de Cádiz, un electricista de Sevilla, un carpintero de Málaga y... ¡coño, parece un chiste! Si no estuvieran todos muertos, y yo tan jodido, hasta me reiría.

Rodrigo posa sus manos con suavidad sobre los hombros de Iván.

—Iván, ya. Perdóname —susurra y cierra los dedos sobre los hombros—. Son los nervios. Como ves, sigue dándome por parlotear en momentos así. En eso no he cambiado. —Rodrigo lo atrae hacia sí y lo abraza con fuerza y largamente. La piel del cuello se le eriza al contacto con la piel de su antiguo amigo. Un recuerdo táctil, cálido y trémulo que cuenta y transmite más que un millón de palabras. Se están diciendo todo sin decirse nada. Ya vendrán después los matices o las explicaciones si alguno de los dos las quiere pedir, pero de momento, en este momento, les basta el abrazo. Y hablar de lo que han hecho con sus vidas los últimos veintipico años.

Después del Erasmus y de terminar la carrera en Londres, Rodrigo hizo un máster en derechos humanos y política en The London School of Economics. Al poco entró de becario en un despacho de abogados de la City donde, aunque su sueldo era una miseria, le enseñaron Derecho de verdad y lo convirtieron en un tiempo récord en uno más de los miles de abogados funcionales y mediocres de la capital británica. Pronto se encontró viviendo en un minúsculo apartamento a hora y media en metro del despacho, al que solo iba a cenar, dormir, ducharse y cambiarse de ropa antes de volver a un trabajo donde ganaba lo justo para pagar el alquiler, la ración diaria de *fish and chips* y cuatro o cinco pintas los fines de semana.

Cuando cumplió los treinta decidió que había llegado el momento de volver a Sevilla, pero más o menos por esa época había empezado a echarle un cable a Ron, un colega de un despacho de la competencia que, tan aburrido como él de su situación laboral y vital, pero sin un país al que regresar, había montado una ONG de abogados voluntarios para defender a personas con escasos recursos en todo tipo de causas y pleitos: paralización de desahucios, reclamaciones de pensiones y otros subsidios, denuncias de préstamos abusivos, solicitudes de asilo y de nacionalidad, etcétera. Cuando quiso darse cuenta le estaba dedicando más tiempo a aquellos pequeños casos que a los que le daban de comer y se había labrado una fama de tipo enrollado y volcado con los que más lo necesitaban. Hasta el punto de que dejó el despacho y Ron lo contrató para coordinar un pequeño equipo de voluntarios. Aquello iba a ser provisional, mientras decidía y no la fecha de regreso a España. Sin embargo, el índice de casos y pleitos ganados por aquel equipo, que nunca bajaba del noventa y cinco por ciento, llamó la atención de algunos periodistas que llevaron a sus respectivos medios artículos y entrevistas protagonizados por Mr. Rodrigo Gil, *a Spanish advocate for the English poor,* lo cual, a su vez, incrementó notablemente su notoriedad y, por tanto, el volumen de casos y demandas que llegaban a la organización. La bola creció tanto que Ron consideró oportuno hacer socio a Rodrigo, cediéndole el cuarenta y nueve por ciento de la propiedad de la empresa (aunque la solidaridad seguía siendo el estandarte de la casa, la ONG hacía tiempo que había dejado de ser tal cosa, y las actividades remuneradas habían pasado a constituir las dos terceras partes del negocio). Rodrigo aceptó, por supuesto. Creía haber encontrado por fin la motivación que había ido a buscar al Reino Unido. Sin embargo, la intensidad de trabajo y la responsabilidad se volvieron

mucho mayores que las que había dejado en el despacho de abogados.

—Aunque mi cuenta corriente también había crecido exponencialmente —añade Rodrigo—, yo ya no disponía del tiempo ni de la libertad para disfrutarla. Pronto, aquella hoja impecable de éxitos empezó a resentirse a causa del estrés. Algunos expedientes habían resultado un desastre, los clientes se habían largado echando pestes del equipo. Por un tiempo seguí así, hasta que Ron me preguntó por qué en mi balance había ya más fracasos que éxitos. Yo tenía la respuesta: estaba abarcando más de lo que podía. Necesitaba un respiro.

Pero resulta que Ron no era ni tan buen amigo ni tan buen socio. A los pocos días de reconocerle mi crisis, me envió un burofax: tirando de no sé qué cláusula de mi contrato me ponía de patitas en la calle. Teóricamente, no me correspondía indemnización alguna, pero movido por nuestra antigua relación de amistad, me hizo el favor —ponle todas las comillas humillantes que quieras— de pagarme un buen pico. Con ese dinero intenté durante un puñado de meses montármelo por mi cuenta, pero mi fama de incompetente se había propagado con la misma rapidez que antes lo hizo la de buen abogado. Mi cartera de clientes se largó con Ron. Los pocos que aún me hablaban solo lo hacían si nos encontrábamos en la barra de un *pub* para decirme que también estaban pensando en largarse, porque yo no era el mismo tipo de antes, rápido y eficaz, que sus causas se estaban alargando más de la cuenta, y que, si no se habían ido ya también con Ron, era por el aprecio que me habían ganado con el tiempo. Antes de liquidar las penúltimas libras que me quedaban en el banco, tuve un golpe de lucidez y las empleé en comprar un billete de avión a Sevilla y en pagar la fianza y tres meses por adelantado de alquiler de este apartamento —dice

Rodrigo haciendo círculos con el dedo índice sobre su cabeza—. Creo que es lo más sensato que he hecho en los últimos cuatro o cinco años. Bueno, eso y entrar a trabajar en YOU Investments and Real Estate. Me han dado el pomposo cargo de director financiero, pero en realidad no soy más que un contable de perfil bajo en esa inmobiliaria pequeñita con un nombre igual de pomposo. Tres chavales británicos que conocí poco antes de volverme la acababan de montar porque veraneaban en Benalmádena y estaban convencidos, aún lo están, de que, a pesar de la sobreexplotación, sigue habiendo posibilidades enormes de inversión en la Costa del Sol. Y, si no las hay, al menos se habrán comprado sus tres chalés para seguir bajando cuando estén hartos de la lluvia inglesa.

Iván guarda silencio. Hay algo en toda la historia de Rodrigo que no le cuadra. Y es que, aunque el relato de su antiguo compañero de facultad ha sonado sincero y creíble, el inspector alberga la sospecha de que le ha escamoteado la parte más sustancial. La conversación está siendo mucho más que volver a hablar de la decoración del apartamento o del clima en Londres, pero también menos de lo que él había esperado, y mucho menos, por descontado, que las largas conversaciones íntimas que antaño compartieron entre el humo de los porros y los efluvios del alcohol. Es decir, esta persona que está hablando delante de él se ve y suena como Rodrigo, pero no es su Rodrigo. Prefiere entrar por otro flanco:

—Entre tanto trabajo y tantos líos, ¿te casaste? ¿Has tenido hijos?

Rodrigo se le queda mirando unos instantes. En su boca, una sonrisa maliciosa. Arquea las cejas y la punta de la lengua asoma entre sus labios, justo antes de mordisquearla con esos dientes blancos y perfectos de los que siempre ha hecho gala. Iván siente que se le eriza la piel de la nuca.

—No —responde—, quiero decir, sí, me casé. Pero también me divorcié. Alguna vez hablamos de la posibilidad de adoptar uno, pero lo descartamos. No sé qué clase de vida le habríamos dado. Aparte de que a Jim nunca le gustaron mucho los niños.

—¿Jim?

—Sí, era uno de los voluntarios de mi departamento. Fue un noviazgo muy breve y un matrimonio aún más breve.

—No sabía que...

—Sí lo sabías, Iván —interrumpe Rodrigo—. Como yo lo supe de ti desde el día en que te conocí.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—¿Y tú a mí?

A su mente vuelven, arrolladoras como un alud, los miles de veces que Iván ha imaginado esta misma conversación a lo largo de los últimos veinte años. Todas y cada una de ellas el desenlace ha sido el mismo: después de confesarse el uno al otro que les gustan los tíos, terminan besándose apasionadamente. En algunas, también follan. Sin embargo, ahora que está sucediendo con mayor o menor similitud, el deseo no ha aparecido por ningún lado. Puede más la necesidad de saber, de conocer los pormenores. Averiguar si en alguno de los muchos momentos en que Iván creyó percibir la electricidad de la atracción fluyendo en una dirección, Rodrigo también la sintió en la dirección inversa. Si alguna de aquellas miradas esquinadas que él captó al vuelo o alguno de aquellos roces descuidados, más cálidos y prolongados de lo habitual, significaron para Rodrigo lo mismo que para él: una inquietud, un quizás, un por qué no. Y, como tantas veces entonces, Rodrigo se le adelanta:

—Creo que me enamoré de ti, Iván.

19

Jueves por la noche

Lo mejor de todo es que ni se le pasa por la cabeza follar con Rodrigo. Bueno, para ser honesto consigo mismo, durante unos instantes invoca esa imagen a su mente como para ponerse a prueba. Superada. Concluye que sería una idea pésima acabar en la cama esta primera noche de reencuentro, y eso a pesar de que Iván le insinúa que en alguna ocasión él también fantaseó con la idea de llegar a algo más. Pero ahora prefiere que un simple par de polvos no den al traste con esta nueva situación frágil, temerosa, y, sí, por qué no usar ese adjetivo tan ñoño: bonita.

De hecho, a partir de la doble confesión, ambos se muestran mucho más relajados. Han soltado un fardo que ninguno había sido consciente de haber cargado durante tantos años. Una íntima liberación desde la que comienzan a hablar de una manera más serena y confiada. Muy próxima a la que tenían cuando se conocieron en la universidad.

Pero a la tercera copa, casi de un modo automático, Iván se palpa con disimulo el bolsillo pequeño del pantalón vaquero. Un gramo casi entero de mefedrona. Se disculpa para ir al baño. Mientras se prepara una raya generosa sobre el mármol del lavabo, ve su reflejo en el espejo. Cambia de opinión: esta raya no se la va a meter. La tira por el desagüe del lavabo. A su espalda, en el reflejo, hay una balda sobrecargada con tarros y botes. Tanto por la cantidad como

por su calidad, queda claro que Rodrigo se cuida más que él. Toma una crema hidratante con pinta de costar un riñón y se aplica un poco sobre la cara. La imagen fresca y confiada que le devuelve el espejo le gusta. Se siente bien. Devuelve el frasco a su sitio y se detiene en una pila de libros sobre una balda inferior. En general, ni le suenan los títulos, pero hay uno que conoce, sin lugar a dudas. Un marcapáginas se hunde más o menos hacia la mitad del libro.

—Me acabo de acordar de cuánto te gustaba leer. Lo que no sabía es que eres de los que lo hacen en el baño —le dice a Rodrigo al volver al salón con el libro en las manos.

—Leo en casi cualquier parte. En el baño, en la cama, en el sofá, en el autobús, en el ascensor... Lo único que no puedo hacer es leer andando. No entiendo cómo algunos lo hacen sin tropezarse y partirse la cara.

—Mero postureo.

—Puede ser... ¿Te gusta la Highsmith? —pregunta señalando el libro.

—No lo sé. Es Rafa, mi hijo, quien también lo está leyendo. Es una de sus novelas favoritas de esta autora.

—Tiene buen gusto el chaval. También es una de las mías. *El talento de Mr. Ripley* —Rodrigo señala el libro en la mano de Iván—, de las más conocidas de ella, yo la estoy leyendo por segunda vez. Pero tiene muchas igual de buenas. Mira.

Rodrigo se dirige a la estantería que cubre toda una pared del salón. Está vacía, pero a sus pies hay un buen número de cajas de cartón etiquetadas con la palabra «libros». Abre un par de ellas hasta dar con la que busca. Toma varios ejemplares de su interior. Parecen de la misma editorial, sus cubiertas tienen un diseño parecido.

—¿Has leído alguno?

—Yo, de leer, la verdad es que poco... —Iván, algo avergonzado.

—Llévate los que quieras para tu hijo. A ver si te animas tú también. Nunca es tarde para empezar. La maestra Patricia es ideal para ello.

Iván hojea alguno de los ejemplares y lee los títulos con interés algo fingido. Toma uno al azar para Rafa, mientras Rodrigo vuelve a levantarse del sofá y se acerca al mueble que tiene enfrente, sobre el que cuelga un televisor con un número obsceno de pulgadas. Abre un cajón, después otro y, finalmente, un tercero del que extrae un DVD.

—Como dices que lees poco... ¿te apetece ver la peli mientras picamos algo?

—No sé, Rodrigo...

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—¿Un jueves por la noche? —Iván esboza una sonrisa que quiere parecer simpática, pero no lo es.

—Aunque te lo parezca, tirarte a las calles para seguir metiéndote lo que sea que lleves en ese bolsillo no es, ni de lejos, mejor plan que ver con tu amigo *A pleno sol*. ¿Sabes que siempre he pensado que te dabas un aire a Alain Delon?

18

Jueves por la noche.
dos horas más tarde

Rodrigo ha acertado de lleno. No recuerda cuándo fue la última vez que disfrutó tanto con una película. Un poco fantasiosa para su gusto, pero le ha enganchado. En las casi dos horas de metraje apenas hablan más que para pedirse un cigarrillo, fuego o rellenar sus copas. Iván está más atento a la pantalla que Rodrigo, quien reconoce tener la trama fresca en la memoria. En un par de ocasiones el inspector descubre a su viejo amigo mirándolo de reojo. Pero no se siente observado, sino halagado. Sin contar con que en ninguno de los ciento quince minutos ha vuelto a acordarse de la mefe en su bolsillo.

Tampoco en el camino de vuelta a casa.

Hace un par de horas que la batería del móvil de quinta que Pilar le apañó se ha agotado. Por eso ella no ha podido localizar a Iván y se ha presentado otra vez en su casa. Es ella quien le saluda desde el salón cuando él regresa, a punto de dar las doce y media.

—Como sigas así, me vas a obligar a ponerte un sofá cama.

—No habría venido tan tarde si no fuese una emergencia —le suelta la subinspectora a bocajarro, sin darle siquiera tiempo al

inspector a terminar de entrar y cerrar la puerta tras de sí.

Con lo bien que va la noche, el golpe acaba de devolverle a su realidad, mucho más fea, sucia y gris.

—¿Dónde está Rafa? —pregunta Iván.

—Tranquilo, está bien. Hace rato que se fue a dormir. Quería esperarte, pero le pudo el sueño. Sigue agotado.

—Y no creo que se recupere pronto —dice Iván aliviado.

—¿Cuándo vas a hablar con Alicia? Se ha vuelto a Sevilla. Está hecha un basilisco.

—Me lo imagino. Pero ya ves, Rafa ha decidido quedarse conmigo. Mañana, de verdad. Te lo prometo. —Iván agita el móvil apagado ante la cara de Pilar—. Ahora dime: ¿qué ha pasado?

—Tenemos al asesino de Jhon —susurra Pilar.

El inspector, los ojos alarmados, las cejas arqueadas, cruza un dedo sobre sus labios mientras se asegura de que la puerta del dormitorio de su hijo está bien cerrada. A continuación:

—¿Lo sabe Rafa?

—Le he tenido que soltar una *mentida pietosa*: que me quedaba esperándote porque tenía algo muy importante que decirte, pero que él no debía preocuparse por nada, porque no guardaba ninguna relación con la muerte de Jhonatan.

—Gracias. Cuéntame.

—Este mediodía, a eso de las tres, Joaquín Cabrera, un policía local, llegó en su coche a su comisaría de la Cartuja para empezar la jornada. Iba a aparcar dentro de las instalaciones, como todos los días, pero no pudo hacerlo porque esta misma mañana han empezado unas obras en el aparcamiento y, al parecer, nadie le había avisado. Así que, con un cabreo de *mil parells de nassos*, no tuvo más remedio que ponerse a dar vueltas como una *baldufa...* ¿Cómo lo llamáis vosotros?

—No sé. ¿Una peonza?

—*Exacte!Gràcies*.

—*De res* —contesta Iván con impaciencia—. Tú sí que estás dando vueltas, compañera.

—Los detalles son imprescindibles. El caso es que ya sabes cómo se pone aquello de coches. A los miles de trabajadores del parque tecnológico les resulta imposible aparcar prácticamente a cualquier hora del día. Pero nuestro amigo Joaquín cruzó los dedos y se dirigió a las calles más escondidas de la isla.

—No me digas que se metió en la Raya —pregunta Iván con sorna —. Vaya con el *munipa*. ¿Es guapo?

—No tengo el gusto de conocerle aún en persona. Todo esto me lo ha contado por teléfono —responde Pilar antes de poner los ojos en blanco y dar un suspiro—. Pero no, no fue a la zona de *cruising*, sino a otra más al norte de la Cartuja. A las afueras del límite del parque. Al descampado donde habilitan un *parking* cuando hay competiciones internacionales o grandes conciertos en el estadio.

—Lo conozco. Está muy cerca del auditorio. Espera, espera... —se interrumpe Iván—, no me irás a decir que el asesino estaba allí.

—Por increíble que te parezca, así es, a solo un par de kilómetros en línea recta de donde presuntamente mató a Jhon. A pesar de la que se montó, aún había algunos coches aparcados allí desde anoche. Ya sabes, un puñado de chavales que seguían con la fiesta. Como dicen ellos, de *rave*.

—Se acojonarían cuando vieron al municipal.

—Pues no, porque ellos estaban a lo suyo, bailando y pasándoselo bien, y el Joaquín iba de paisano y solo. Así que se limitó a aparcar a una distancia prudente con la intención de volver al rato ya con el patrullero, el uniforme y el compañero. Pero cuando se marchaba, le llamó la atención un coche apartado del resto que, por lo visto,

estaba aparcado de cualquier modo, todo sucio y abollado. Parecía robado o abandonado.

—Pero ni una cosa ni la otra...

—Efectivamente. El dueño estaba dentro, durmiendo la mona sobre el volante, rodeado de restos de comida, latas de cerveza vacías, y una botella de *whisky* derramada a sus pies. Cuando Joaquín lo despertó, el tipo no sabía dónde estaba. Por lo visto, casi no podía articular palabra. Todo apuntaba a que se había cogido una buena borrachera y que había preferido dormirla allí antes que ponerse al volante.

—Un ciudadano ejemplar, vaya.

—Sí, *pels collons.* Porque Joaquín le enseñó la placa, le pidió el DNI y los papeles del coche, y el buen hombre ni se inmutó. No llevaba ni una cosa ni otra. Nuestro policía municipal le rogó que esperara dentro de la tartana mientras él llamaba a la comisaría para dar parte y verificar la matrícula. El tipo aprovechó ese momento de distracción para bajarse del coche y echar a correr. Ya te podrás imaginar que, en el estado en que estaba, no llegó muy lejos. Joaquín lo devolvió a empujones al interior del coche y esperó a los refuerzos, pero la actitud del detenido le pareció sospechosa. Así que, sin perderlo de vista, abrió el maletero y... ¡tachán! Dentro había un cuchillo envuelto en un trapo con restos de sangre reciente.

—¡Joder! Pues blanco y en botella, ¿no?

—Eso parece —contesta Pilar—. Joaquín me ha contado también que en todo momento el tipo se mostró muy tranquilo, como si ya la cosa no fuera con él.

—O como si se hubiera rendido.

—También. Tenemos que esperar los análisis de la Científica. Les he enviado el cuchillo y el trapo. Sabremos si se trata de una u otra

cosa si los resultados coinciden con la sangre de Jhon o no.

—Me encantaría que coincidieran, pero sería demasiado bonito para ser verdad —dice Iván apesadumbrado—. Con la mala suerte que tengo últimamente, lo dudo.

—Yo no sería tan negativa, jefe. Como te he dicho, aún no he podido hablar con el detenido, pero Joaquín me ha dicho que le ha parecido un poco lento.

—¿Lento? ¿A qué te refieres? ¿A que estaba resacoso?

—No sé si es políticamente correcto decir que tiene un poco de retraso.

—¡A tomar por culo la corrección política, coño! ¿Me estás diciendo que a Jhon lo ha matado un retrasado? ¿Un subnormal? ¿Un mongolo?

—¡Iván!

Ambos se miran a los ojos durante unos segundos. Los de Iván hierven de rabia. Los de Pilar muestran pena y desilusión.

—Lo siento.

—No te reconozco, Iván. Tú no eres así. Sé que estás afectado con Rafa y todo lo demás. Pero tienes que tranquilizarte, por favor. Piensa que al menos tenemos un sospechoso.

—¿Hay un sospechoso?

Los gritos de Iván han despertado a su hijo. El joven se frota los ojos para borrar la expresión de sueño.

—¿Hay un sospechoso? —repite Rafa.

—En esta casa es imposible mantener un secreto.

—¿No habíamos quedado esta tarde en que no los íbamos a tener? ¿Quién es? —insiste Rafa—. ¿Quién es el sospechoso?

Con un leve movimiento de la cabeza y un suspiro de resignación, Iván concede permiso a Pilar para que conteste.

—Todavía sabemos poca cosa. El coche donde lo encontraron durmiendo es muy viejo. Un Corsa con matrícula de hace veinte años que, además, ha resultado ser falsa: corresponde a la de otro vehículo y le han borrado el número de bastidor.

—¿Y él? ¿Está fichado? —pregunta Iván, conforme ya con la presencia de Rafa.

—Pues... *et quedaràs flipat.* Llevamos todo el día con caídas en la red. No hemos podido cotejar sus huellas dactilares.

—¡Joder! ¡Qué puto desastre! —exclama el inspector—. Si la ciudadanía, como dicen los políticos, supiera los bueyes con los que aramos...

—La ciudadanía lo que tiene que hacer es ver menos películas de policías y CSI y confiar más en nosotros.

—Pero si sospecháis de él, es porque hay indicios —dice Rafa.

—Tú lo has dicho —responde Iván con prudencia—. Indicios, pero ninguna certeza.

—Ni siquiera sabemos su nombre —afirma Pilar—. No ha abierto la boca. En cuanto lo hemos metido en el calabozo, se ha vuelto a quedar dormido.

—¿Y cuándo sabréis algo?

—Me voy a encargar personalmente de entrevistarlo mañana. Eso, si Diosdado no se entera antes de que estoy contándoos todo esto a vosotros y me cuesta el puesto.

—Eso no ocurrirá si lo resolvemos antes. A primera hora hablo con él.

—Más vale que prepares bien lo que vayas a decirle, sigue muy cabreado contigo —advierte Pilar.

—Algo se me ocurrirá. —Iván no está tan convencido como quiere dar a entender—. Mientras tanto, una cosa más, Pilar: necesito que revises de nuevo las cuentas de Sacramento. Le he dado vueltas a lo

que Jhon le dijo anoche a Rafa sobre sus jefes. O, más bien, a lo que no llegó a decirle. Quizás no sea nada, pero no sé... Si antes esas maricas malas no me gustaban ni un pelo, ahora, después de lo que nos contó Rafa, mucho menos.

Satisfacción en la cara de su hijo. Por primera vez desde que ha vuelto a casa, una sonrisa aflora en la de Iván. El inspector se despereza sin pudor y mientras entra en el cuarto de baño, dice:

—Ya es tarde. Quiero que sepáis que he decidido cambiar radicalmente de vida. Tengo sueño y estoy agotado. Y Pilar —añade —, eso de ahí no es un sofá cama, pero dicen muchos amigos que es más cómodo de lo que parece a primera vista. Esta noche lo voy a comprobar. Tú puedes quedarte en mi cama. Sin que sirva de precedente, hay un par de sábanas limpias.

17

Viernes por la mañana

Pero no hay suerte con Diosdado. Todo lo contrario, ni se pone al teléfono. Solo se digna enviarle un wasap tras la cuarta llamada de Iván sin respuesta. «Estás fuera. No insistas. Y ni se te ocurra enredar a Pilar si no quieres que la saque a ella también. Estáis los dos advertidos». Por primera vez en más de veinte años de estrecha relación personal y profesional, su jefe, su mentor, su protector, su amigo, prescinde de él. Sin matices.

Con todo, no será la primera vez que le desobedece. Iván confía en tener dos razones de peso. La primera, que sí, que el caso se le ha atragantado y está perdido, pero solo necesita ese chispazo que surge en medio de la niebla. Le ha ocurrido antes. Solo es cuestión de tiempo, de constancia y de no dejar de mirar y de volver a mirar, de repasar, de rebuscar, hasta dar con el interruptor. Y la segunda, que ahora se le antoja más poderosa que la primera, es que necesita mantener la mente ocupada. No dejar el mínimo resquicio en el maremágnum de sus pensamientos que permita que el alcohol y las drogas se cuelen en ellos. Todavía no va a desengancharse, eso lo tiene claro, aún no ha llegado a su límite, pero toca abrir un paréntesis. Respirar. Oxigenarse. Aunque solo sea por tres o cuatro días. Sin embargo, es viernes. Y los viernes, como él y la mayoría de sus camaradas de farra defienden, se sale. Sí o sí. A ver cómo resuelve esta ecuación cuántica.

Lo peor: está fuera. Y está jodido. No sabe a dónde tirar. Pilar se ha levantado muy temprano y se ha ido dejándole un pellizco en la boca del estómago. Va a interrogar al sospechoso, y él no tiene más remedio que esperar a que ella tenga a bien reportarle. ¿Y si, en el último momento, su compañera decide no hacerlo? ¿Y si las amenazas de Diosdado hacen mella en su lealtad y ella también le hace el vacío, lo aparta del caso? No sería tan descabellado. Al fin y al cabo, ¿por qué tiene toda una subinspectora que jugarse el tipo por él? ¿Por amistad? ¿Qué tipo de amistad le ha brindado él últimamente?

—¡Seré ruin! —se dice en voz alta.

Se ducha, se viste y prepara el desayuno. Despierta a Rafa. Con cara de dormido, su hijo le acompaña a la mesa, aunque apenas prueba bocado. Se muestra cordial y cercano. No es mucho, pero es más de lo que le ha ofrecido en los últimos días. Después, recogen juntos la mesa y Rafa se marcha, va a ver a su madre, le dice, para que esté tranquila. Me parece muy bien, salúdala de mi parte, le responde Iván y, de inmediato, se arrepiente de semejante estupidez, aunque, o bien su hijo no le ha escuchado o ha fingido no hacerlo. Cuando se marcha, el inspector se sienta en el sofá. Se nota inquieto y como desnortado. Abre una nota en su iPhone con la intención de enumerar y repasar los principales hitos del caso. Cinco minutos después, no han dado aún las doce, lleva escritas seis o siete líneas. A su mente vuelve con fuerza, vívida y refrescante, la imagen de un vodka cortito con tónica sobre la mesita del salón y, a su lado, un buen par de rayas de coca, de mefe, de keta, de speed o de lo que coño sea... Da igual, cualquiera le sirve.

—¡Joder!

Se siente como una piedra lanzada a una ciénaga. Se hunde en aguas oscuras y pantanosas. Cada vez le cuesta más moverse. Va a

llegar un punto en el que el lodo obstruya todos los orificios de su cuerpo. No habrá salvación para él.

Pero no se hunde. El cabo al que se aferra en el último segundo es una llamada de teléfono que llega desde donde menos lo espera.

—Hola, inspector, ¿una cerveza? O, si lo prefieres, comemos juntos.

—Ni de coña. No tengo el día para líos.

—Tú eres gilipollas —responde Nuria como un resorte. Da la impresión de que conocía de antemano la respuesta de Iván a su invitación. También que tuviera la suya preparada—. Te llamo porque me quedé un poco pillada el otro día. Cuando te dejé en casa te noté... no sé. Decaído, desanimado. Mal.

—Y te sientes culpable.

—Una polla como una olla, chaval. Somos los dos mayorcitos —tú más—, sabemos dónde nos metemos. Y qué nos metemos.

—Tienes razón —Iván, con desgana—. No puedo. Tengo cosas que hacer, doctora.

Silencio durante unos segundos. Iván llega a pensar que la comunicación se ha cortado. Está a punto de colgar también. Vuelve la voz de Nuria:

—Así que estamos incluso peor... pues ya tiene que ser grave el asunto. Mira, Iván, no hace falta que te diga que aquí me tienes —suena sincera y contundente—. Como no soporto que nadie se meta en mi vida, no me meto en la de nadie. Pero eso es una cosa, y otra es que sea de piedra. Me preocupas. Tío, tú no eres así.

Segunda persona que le dice eso en unas horas. Iván ha encendido un cigarrillo. Ahora oye el chasquido de un encendedor también al otro lado.

—Verás, Nuria —dice por fin, tras una calada profunda. Pone el manos libres y abre la nota que ha intentado escribir—. Es este caso

de los cojones. Aunque, en teoría, me han apartado de él.

—Lo sé.

—Porque eres muy lista y te enteras de todo. También sabrás que, además de los tres muertos que ya teníamos, después de Vejer tenemos uno más que, para colmo, era el principal sospechoso de la muerte de los otros. Y tampoco es que fuera un candidato idóneo, acuérdate.

—Como para no acordarme.

—Para rizar el rizo, acaba de aparecer como por arte de magia otro candidato a asesino que, por lo visto, tiene menos luces que una lancha pirata somalí. Así que es peor candidato todavía. Incluso podría no estar relacionado con el caso.

—Hay más tontos que ventanas.

—Ahí te doy la razón —dice Iván asintiendo—. Y yo tengo que ser uno de ellos, porque sigo sin saber a qué coño viene todo el rollo ese de Levítico y, como guinda del pastel, mi hijo Rafa y Jhon, la última víctima, se conocían.

—Lo sé... como lo sabe media España. Lo han dado en todos los telediarios —un toque de guasa en la voz de Nuria—. Hay que ver la que liaste en el concierto. Y hay que ver lo que os parecéis tu hijo y tú. ¿Es cierto que los dos os tirabais a Jhon? ¡Qué morbazo!

Iván se queda sin habla. Otra vez, como ayer con Nacho. Quién coño va a ponerse de su lado, si, como Nuria dice, media España ha debido de ver los miles de vídeos grabados con los teléfonos móviles de los miles de asistentes al festival. Vídeos donde se le puede ver desde miles de puntos de vista distintos montando el gran número estelar sobre el escenario del festival. Media España conoce la muerte de Jhon. Media España debe de manejar detalles y pormenores que él desconoce. Media España sabe que su hijo, de manera directa o indirecta, está relacionado con el fallecido. Quién

coño, se repite, va a confiar en él ni en su profesionalidad. Y, a pesar de todo, contra viento y marea, ahí sigue Pilar. Y Rafa. Y Nuria...

—No he visto las noticias —susurra de modo involuntario—. Esos buitres deben de estar poniéndome verde...

—Tú, ni caso. —Nuria chasquea la lengua—. Ahora eres carroña para ellos, pero en unas semanas ya te habrán masticado, engullido, defecado y olvidado. Tan pronto como den con otra presa.

—De buena gana los metía en un tren y los mandaba a todos a un campo de exterminio. Hasta que no haya un director de periódico, un periodista estrella, un contertulio profesional o una reina de las mañanas en la cárcel, este puto país no será una democracia de verdad. No puede ser que siempre salgan indemnes con todo el daño que hacen. Miento: ¡salen mejor pagados!

Más silencio. Unos segundos, hasta que Nuria lo rompe con una escandalosa carcajada que obliga a Iván a retirar la oreja del móvil.

—Di que sí, camarada, ¡una mierda para el derecho a la información y para la libertad de expresión! —continúa la doctora—. Iván, porque te conozco, que, si no, diría que eres un facha de tomo y lomo.

—Me da igual lo que pienses. Esa es mi opinión.

—Vale, lo que tú digas, pero ¿te puedo dar un consejo?

—¿Me puedo negar?

—No. Mira, inspector, tienes dos opciones: o te encierras en tu casa en modo avestruz hasta que todo haya pasado, o le echas huevos, resuelves el puto caso de una puta vez y vuelves a convertirte en héroe con la misma rapidez con la que te han hecho villano. Ni antes eras tan bueno ni ahora eres tan malo. Ellos lo saben; tú, también.

Acaba de aparecer un calambre en su mente. Es peligroso, lo sabe, pero es justo lo que ahora necesita.

—Respóndeme a una cosa: ¿cuándo he enterrado yo la cabeza?

—¡Ole tus huevos! —Iván ríe divertido—. ¿Por dónde empezamos, inspector?

—Por el principio, doctora. ¿Por dónde si no? Quiero volver a Segis, a nuestro primer cadáver. Hemos debido de pasar algo por alto.

—Siempre hay algo. Si supieras la cantidad de veces que me he dejado el bisturí en el estómago de un fiambre después de coserlo...

—No sé si quiero saberlo. —Iván prende otro cigarrillo. Aspira el humo con ganas.

—Pilar habló con el padre.

—Sí, Segismundo. Pero no hemos escuchado ni a la mujer ni a la madre.

—¿Habéis ignorado a las, supuestamente, dos mujeres más importantes en la vida de una víctima? —Nuria lanza un silbido largo —. De ti me espero cualquier cosa, pero que la PP haya pasado eso por alto...

—¿La PP?

—La Perfecta Pilar. No me digas que no tiene gracia.

—Para partirse la caja. De camino a casa de Segis la llamas y le cuentas el chiste. ¿Sabes llegar a Jimena de la Frontera?

—En quince minutos te recojo en la puerta de tu casa. Gilipollas.

—Que sean treinta. Primero tengo que hacer algo.

—Pilla un par de gramos para mí. —El desparpajo de Nuria hace vibrar al inspector por dentro—. Ando escasa y es viernes.

—No es ese tipo de recados, lista. Uno también tiene una vida doméstica.

—Qué pena. Con lo bien que lo pasamos los tres la otra noche.

—¡Nuria, coño!

—En media hora estoy allí.

Clic.

Iván ya se está arrepintiendo, pero no le pesa. Está convencido de que está haciendo lo correcto. Algo que no suele pasarle muy a menudo.

16

Viernes al mediodía

Nota mental: visitar a mis padres. Llevar a Rafa... no lo van a reconocer de lo grande que está... la última vez que me dejé caer por el Polígono fue... ya ni me acuerdo... son tan mayores... el día menos pensado...

—¿Alguna noticia sobre el interrogatorio?

—Nada. —Nuria lo saca a rastras de sus pensamientos. La nota mental se transforma en un gurruño mojado—. Pilar me dijo que me llamaría.

—¿Y lo hará?

—Si no lo hiciera no sería la PP.

Un detalle: durante las dos horas y media de viaje, la doctora forense tampoco ha hablado mucho, solo para plantear en voz alta dudas y preguntas muy concretas con la esperanza de que las respuestas de Iván matizaran o corroboraran datos y hechos del caso. O ni siquiera eso. Más bien, para compartir pensamientos y reflexiones. El inspector ha contestado lo que buenamente ha podido que, en general, no es mucho más de lo que ella ya sabe. Iván se lo agradece en el alma. Sin embargo, por un instante ha tenido la ligera sospecha de que este interés oculta una rivalidad tácita con Pilar. ¿O no es tan tácita?

Otra nota mental: volver a Jimena con más tiempo. Disfrutar del pueblo como un turista más de los cientos que se cruzan desde que aparcan el coche al principio de la calle que va a dar a la plaza del ayuntamiento y que, casualmente, se llama calle Sevilla. Con su imponente castillo en lo alto de una loma empinada, el pueblo tiene un atractivo inesperado. Además, el rugido de su estómago le advierte de que hace un buen rato que han dado las tres y del desayuno no queda ni el recuerdo, y en este pueblo se debe de comer bien y en cantidad. Menos gastrobar y más cuchareo. El policía local a quien preguntan la dirección de la familia Heredia, un hombre rechoncho de metro y medio que huele a bar cerrado por descanso del personal, los mira entre sorprendido y desconfiado. No queda lejos, pueden llegar andando. ¿Se sabe ya algo? ¿Han pillado al asesino de Segis? Porque para eso han venido, ¿no? Para darle la mala noticia a la pobre familia. Demasiadas preguntas que ni Iván ni Nuria están por la labor de contestar. Y no, la casa de los Heredia no queda lejos, pero hay que ascender por la falda de la montaña del castillo, y el sol clava casi cuarenta grados a la sombra. Las chicharras cantan desquiciadas. Dejan atrás el bullicio de la calle general al doblar una esquina y adentrarse en otras más estrechas y empedradas. Por las caras aceitunadas y los cabellos negros y brillantes como ala de cuervo de los pocos paisanos con que se cruzan, deducen que están en un barrio de familias como la de Segis. De etnia gitana. Llaman a la puerta empapados de sudor y con pocas ganas de tonterías.

—¿Ha confesado?

Iván espera encontrar a una madre envejecida, destruida y embutida para el resto de su vida en un luto arcaico, desfasado e inútil salvo para su conciencia. Sin embargo, Ana Romero se muestra joven, rubia de peluquería reciente, con un vestido de tirantes de

suaves estampados propios de la estación del año que anuncia que hay vida más allá del duelo. Una vida mutilada e incompleta, pero vida.

—Todavía no, señora Romero.

—Mi marido no está en casa. —Si la desilusión tuviera otro nombre, sería el de Ana—. Y, aunque estuviera, ya le contó todo a su compañera.

—La subinspectora Ojeda.

—Nuestra compañera Pilar —aclara la doctora en un tono amable.

—Será.

—Pero tenemos nuevas informaciones que nos gustaría comentar con ustedes. —Por qué le tocará siempre a él hacer de poli malo. Con Pilar y ahora también con Nuria—. Le puedo asegurar que estamos en el buen camino, pero hay algunos aspectos que necesitan aclaración. Y más en concreto por su parte, señora Romero.

—¿Usted cree que yo no leo las noticias o que, directamente, soy gilipollas?

Nuria no puede reprimir una carcajada. Dice:

—Inspector, me encanta cuando te pasas de listo y te dan caña. —Lanza una mirada de complicidad a Ana—. Lo que aquí la señora Romero te quiere decir es que tus meteduras de pata se conocen también en la provincia de Cádiz.

—Sé perfectamente lo que ha querido decir. Y lamento mucho, Ana, si la he molestado. Mi compañera Nuria y yo hemos venido hasta aquí, en lugar de citarla de manera oficial en la comisaría, por respeto a su dolor, por supuesto. Pero, sobre todo, porque queremos que le quede claro que somos los primeros interesados en detener al asesino de su hijo y de sus compañeros de trabajo.

—¿Qué compañeros?

—Si nos permite entrar...

La casa es mucho más espaciosa de lo que la estrecha fachada, encalada, y la diminuta puerta de la calle hacen presagiar. Puerta que, nada más cruzar, los introduce en un clima mucho más amable, en el que la temperatura máxima no debe de superar los veintipocos grados.

—Los antiguos sí que sabían construir casas, ni aire acondicionado ni nada —dice Nuria.

Atraviesan un estrecho pasillo oscuro con varias puertas cerradas a ambos lados. El silencio es absoluto. La tranquilidad, total. El frescor, en contraste con el infierno exterior, un alivio inmenso. El pasillo desemboca en una de las cocinas más grandes que Iván haya visto jamás. Un horno de piedra preside la pared principal, y las demás están revestidas desde el suelo hasta el techo con muebles robustos que, si no de caoba, son de otra madera igual de noble. Todo parece muy nuevo, aunque se vislumbra la intención de darle un aire tradicional, vetusto. Algo que, por supuesto, Nuria también comenta mediante uno de sus silbidos largos y un ¡guau! estentóreo y algo fuera de lugar. Salen a un patio cubierto con un toldo y repleto de macetas y ánforas donde crece una amplia representación de la flora mediterránea, incluyendo un buen número de plantas aromáticas cuyas fragancias de inmediato acarician sus olfatos. Allí, alrededor de una mesa de patas de forja y tapa de mosaico romano con pinta de original, se sientan. De algún lugar oculto a la vista aparece una niña morena y delgada como un junco, debe de rondar los cinco o seis años, una gitanilla morena y de ojos vivarachos y negros como una cueva del Sacromonte.

—Esta es mi nieta Samara, la única hija de Segis y Roxana.

—¡Qué guapa eres, Samara! Y qué nombre más bonito.

—Es hebreo. Significa «la protegida de Dios» —contesta la chiquilla muy seria. A pesar de ello, sus dientes blanquísimos y perfectos deslumbran en contraste con su tez oscura y perfecta.

—Es clavada a su padre —murmura Iván—. Qué pena...

—Yo no estoy triste. Papá ya está con Él —dice la niña señalando al cielo cubierto por el toldo—. ¿A que sí, abuelita?

La abuela susurra algo al oído de Samara. Ella, sin abandonar su rictus serio y un tanto altivo, asiente, le da un beso rápido y se despide con una educación exquisita y un poco fuera de lugar. Parece mentira que sea la hija de la mujer de modales ordinarios, voz escandalosa y uñas largas y voladoras que conocieron semanas atrás en la obra.

—Ha salido más a mi familia que a la de mi marido —comenta la abuela de Samara, como si hubiera oído los pensamientos de Iván.

—Son ustedes muy creyentes.

—Como dice mi marido, no hay otra forma correcta de habitar este mundo.

—¿Y usted? ¿Opina igual?

La mujer hace esfuerzos por levantar la vista del suelo. Solo lo consigue a medias. Iván conoce esa mirada y esa sensación de no haber dormido bien muchas noches seguidas y tener que recurrir a los orfidales, con sus correspondientes duermevelas fatigosas.

—¿Tienen muchos nietos? —pregunta el inspector cuando le queda claro que Ana no va a responder a la pregunta anterior.

—Demasiados. Casi he perdido la cuenta. —Ana parece haberse percatado de que se está relajando. Se arrellana en su asiento, se alisa el vestido con ambas manos a la altura de las rodillas y carraspea—. Samara es la única hija de mi Segis, pero tengo tres hijos más, dos hembras y otro varón, mayores que él, todos casados y con tres o cuatro chiquillos. Ahora deben de estar todos en la

piscina municipal. Con este calor... Son la alegría de la casa. De no ser por ellos, estos días tan duros...

—Nos hacemos una idea. —Nuria suena sincera.

—No, ustedes no pueden hacerse una idea de lo que significa perder a un hijo. —Su contundencia, nuevamente acelerada, reverbera entre las aspidistras y los helechos.

—Claro que no, pero hay muchas maneras de perderlos —responde la doctora mirando a Ana y a Iván alternativamente. En sus ojos, una tristeza nueva—. No solo con la muerte. De hecho, a veces una se pregunta si no sería mejor...

—No la entiendo.

La doctora Isla, de repente, vuelve de algún lugar muy lejano. Su gesto se ha crispado, su sonrisa es fría e incómoda. Iván tiene que intervenir:

—Lo que mi compañera Nuria quiere decir es que tener hijos es una aventura preciosa, pero también a veces muy ingrata. A los padres se nos exige amor incondicional e infinito, pero ellos no siempre se lo merecen. No nos atrevemos a reconocerlo, pero no pasa nada si lo hacemos.

—¿Su hijo, el que estaba la otra noche en el festival ese donde murió el otro muchacho, ese tal Jhonatan, no se merece todo su cariño?

—Claro que sí. Pero a veces lo mataba.

—Entonces no es amor incondicional...

—A veces te salen unos auténticos hijos de puta —interrumpe Nuria—. El mío, por ejemplo, Carlos se llama el angelito, como el cabrón de su padre. Mi ex me pidió el divorcio porque decía que mi modo de vida no era un ejemplo para el niño. Consiguió que el juez, otro machirulo como él, me quitara la custodia. De esto hace tres años, el niño era un poco mayor que su nieta, ocho tenía. Pues bien,

desde entonces lo habré visto cinco veces. Lo he intentado por todos los medios —tú me conoces, Iván, que no me achanto con nada ni con nadie y que le echo valor a la vida—, pero nada, no ha habido manera de que el padre me deje pasar más tiempo con mi hijo. ¿Y sabéis lo peor? Que el puñetero niño de los cojones me va a salir igual de machista y de facha que el puñetero padre. La última vez que lo llamé por teléfono —porque siempre lo llamo yo a él y él nunca me devuelve las llamadas—, me preguntó si no me parecía que era demasiado temprano para estar en un bar. Me habría gustado mandarlo al carajo y decirle que era mi día libre, y que las mujeres, incluidas las madres, sobre todo las separadas, tenemos el mismo derecho que los hombres a divertirnos y a emborracharnos cuando nos dé la gana, pero no lo hice por no liarla y porque lo que yo estaba haciendo en ese momento era desayunarme una tostada con aceite, tomate y jamón en el bar que está debajo de su casa, esperando a que él saliera para interceptarlo de camino al colegio y darle su regalo de cumpleaños, una Play Station de los cojones que me había costado un riñón y un ojo, y que el padre me había prohibido terminantemente comprársela, porque decía que no quería malcriar a su hijo. En mi casa la tengo todavía, envuelta en su papel de regalo y todo, por si os interesa a alguno. Os la dejo a buen precio. Va con un *pack* de tres juegos más caros que su puta madre...

Tras unos segundos de silencio, Ana e Iván rompen a reír. Nuria se contagia enseguida, hasta que se le saltan las lágrimas. Samara vuelve a asomarse al patio. También sus facciones se han relajado un tanto, aunque a sus labios no llega a asomarse ni de lejos un gesto parecido a una sonrisa. Parece buscar algo, pero no dice palabra. Tras quedarse unos segundos plantada frente a su abuela, mirándola a los ojos —a Ana se le caen la risa y el alma al suelo—, la

niña desaparece de nuevo entre las sombras y las macetas sin que a su abuela le dé tiempo a decirle nada.

—La pobre no me deja sola ni un segundo. Es más lista que todos nosotros —la tristeza devora de nuevo sus ojos—. Con lo renacuaja que es y ya ha comprendido que la muerte de un padre encaja en la secuencia natural de la vida. Pero que a unos padres se les muera un hijo es la peor desgracia.

Iván pide permiso para fumar. Ana le trae un cenicero. Mientras prende fuego al cigarrillo, el inspector observa que ella mira alrededor.

—A mi marido no le gusta que fume. —Se ha ruborizado.

—¿Puedo preguntarle dónde está ahora Segismundo?

—En el templo, ayudando al pastor a preparar el culto de esta tarde.

—¿Usted no va?

—Hace días que no.

La mujer toma el paquete de Iván de la mesa y le pide fuego. Ahora no ha mirado en derredor.

—Ana, voy a decirle lo que pienso. —Iván enciende un tercer cigarrillo y se lo pasa a Nuria, que lo acepta en automático. Coloca el cenicero en el centro del mosaico romano de la mesa—. A los tres nos vendría muy bien un poco de sinceridad. Por nuestra parte, porque estamos en un callejón sin salida. Por la suya, porque no sé por qué, pero tengo la sensación de que hay algo que usted no quiere o no puede contar. Y mi intuición me dice que esa información que nos falta sería muy valiosa para desbloquear esta situación.

Iván deja que el eco de sus palabras se ahogue en la quietud del patio. En otro contexto, esas mismas palabras sonarían más duras.

Agresivas. No obstante, se quedan flotando en el aire como una nube de opio.

—Mi marido y yo tenemos nuestras diferencias —responde Ana, tras meditarlo unos segundos entre calada y calada—. Muchas por el hecho de ser él gitano y yo paya, claro. Con el paso del tiempo hemos sabido capearlas, sin embargo, tras la muerte de Segis esas diferencias se han agrandado.

—Es muy habitual que la muerte de un hijo afecte a la relación de pareja de los padres.

—No, Nuria. Es algo más. ¡Todo esto se lo advertí!

La doctora va a contestar, pero Iván le hace un gesto para que deje a Ana explicarse. Con toldo y todo, el ambiente se ha sobrecargado.

—Segis fue un niño callado y muy reservado. En el colegio nos advirtieron que era muy sensible y que los compañeros de clase habían empezado a meterse con él. Por supuesto, tomaron medidas. ¿Y sabéis lo que les dijo Segismundo? Que no le prestaran tanta atención, que lo trataran como a uno más, que su hijo tenía que aprender a defenderse.

—¿Y lo hizo? —pregunta el inspector—, ¿se hizo fuerte?

—Y tanto. Cuando llegó al instituto ya era un matón. En pocos años pasó de víctima a verdugo.

—Típico —apunta la doctora.

—Eso también se lo advertí a mi marido. —Ana hace una pausa. Parece buscar las palabras. No tarda mucho en localizarlas—. Segis empezó a llegar tarde a casa todas las noches, no solo los fines de semana. Lo normal en un muchacho de esa edad, decía su padre, pero lo que no entraba en sus planes fue que comenzaron los rumores. Ya sabéis cómo somos en los pueblos. Y, para una familia gitana, peor aún. Todos los días, algún vecino, como si no fuera la

cosa, se dejaba caer con algo: que si Segis ya no salía con sus amigos del pueblo, que si lo habían visto un viernes en Cádiz, un sábado en Sevilla, que si sus nuevas compañías eran un poco raras, que si no salía con chicas...

—¿Segis era homosexual?

—Su padre jamás lo habría consentido —responde Ana. Otra vez sus palabras suenan ajenas.

—Pero ¿lo era? —insiste Iván.

—Vosotros lo veis muy fácil —hace rato que ha apeado el usteo—, pero nada en la vida lo es. Lo que le pasaba a mi Segis es que no sabía lo que quería. O puede que sí, pero no se lo podía permitir. Verán: él era muy religioso, como su padre. Lo que menos habría querido era decepcionar a mi marido. Por eso una tarde, después del culto, Segis se sinceró con el pastor y le contó su *problema*: que los rumores eran ciertos, que él era un desviado, pero también que era infeliz porque, sabiendo que eso no estaba bien, era incapaz de reprimir sus impulsos. Quería que le ayudara a cambiar. Por él y por la salvación de su alma. Y, sobre todo, por el Señor.

—Perdona mi ignorancia, Ana —en la voz de Nuria aparece el tono de la doctora Isla—. ¿Qué pensáis vosotros sobre la homosexualidad?

—Igual que hay muchos tipos de católicos, también los hay de protestantes y de evangélicos. Algunos más permisivos y otros más fundamentalistas. Para la mayoría de nosotros, ellos, los gais y las lesbianas, pobrecitos, no tienen la culpa de que, cuando son bebés, el diablo se les meta en el cuerpo y que, al hacerse mayores, ese diablo les impida ver la verdad divina y el error en el que viven. Por eso nosotros estamos obligados a quererlos igual, a aceptarlos y a tolerarlos tal como son, pero también a hacerles ver su equivocación y mostrarles el camino de vuelta al Señor.

Nuria ha abierto los ojos de par en par. Con pies de plomo, pregunta:

—¿Cómo hacen eso?

—Fundamentalmente, a través de la oración.

—¿Fundamentalmente? —En la penumbra, esos ojos abiertos al extremo parecen de nácar.

—Mi marido encontró un médico especialista para Segis.

—¡Joder! —La exclamación de la doctora suena como un disparo en una guardería—. Lo que faltaba.

—Nuria, vamos a dejar que Ana termine de contarnos.

—Claro, claro, por supuesto —dice cabeceando de lado a lado y bufando antes de continuar—. Discúlpame, Ana, sigue por favor. ¿Cómo se llamaba el listo ese, quiero decir, el médico que atendió a tu hijo? ¿En qué consistió la terapia?

La madre de Segis, a pesar del tono irónico de Nuria, está tranquila. Va a coger otro cigarrillo, pero es el último y vuelve a dejar el paquete sobre la mesa. Iván deposita otro a estrenar en la mesa. Ana lo agradece con una media sonrisa y fuma.

—Entiendo vuestra indignación, pero el asunto no es tan feo como imagináis. El doctor Cantos, Cristóbal Cantos, fue muy atento y muy delicado con Segis. En ningún momento añadió más dolor al que ya cargaba.

—Al dolor que el diablo le había metido en el cuerpo de chico.

—Nuria...

—Perdón, perdón. Sigue, Ana, perdón...

—Pues sí. El doctor Cantos se limitó a reforzar o, mejor dicho, a complementar desde la ciencia la ayuda que el pastor le ofrecía a mi Segis desde la fe. Aquí no hubo *electroshocks* ni drogas ni lavados de cerebro, como quieren vender los que nos atacan. No digo yo que no los haya, que conste, pero el doctor Cantos mostró una

comprensión infinita al dolor de Segis, puso toda su sabiduría y la fuerza de sus palabras para engañar al demonio y expulsarlo de su cuerpo.

—Disculpa, Ana, pero eso suena a exorcismo —dice Iván poniendo una mano frente a la cara de Nuria para que se abstenga de intervenir.

—En sentido estricto, lo es. Pero a mi hijo no le daba vueltas la cabeza ni vomitaba chorros verdes ni hablaba arameo ni se le tatuaban insultos en la piel, que supongo que es la idea que tenéis de exorcismo, como la mayoría de la gente. Eso solo sucede en las películas.

—Si tú lo dices... —replica Nuria. Iván no ha podido detenerla—. Pero, a lo que vamos: ¿tuvo éxito el tal Cantos?

—Al principio, sí: tras muchas horas de terapia, de mucho profundizar en las causas de la desviación de Segis, de mucho intentar comprender a qué se debía esa insatisfacción constante que padecía, una noche, después de la sesión y antes de que mi hijo volviera a casa, el doctor me llamó y me dijo que Segis ya estaba curado. Que ya era normal.

—Ana, me caes bien, y de verdad creo que estás confundida, por eso voy a hacer como si no hubiera escuchado esa última frase.

—Pero ¡es la verdad! —Ana toma la mano de Nuria y la aprieta entre las suyas, como para transmitir con ellas lo que no consigue con la fuerza de sus palabras—. Aquella noche, Segis llegó exhausto a casa. Había llorado lo más grande. Nos dio un abrazo larguísimo a su padre y a mí y se acostó. A los pocos días, Segis empezó a salir con chicas otra vez. Fue entonces cuando conoció a Roxana. Tres meses después, la dejó embarazada. Él tenía diecinueve años y ella diecisiete. Se casaron y se vinieron a vivir con nosotros.

—Cuánta precocidad —dice Nuria. Iván la mira reconviniéndola.

—No sabéis cuánto quería a su niña el pobrecito mío —continúa Ana haciendo caso omiso—. Una vez me reconoció que no iba a tener más hijos para no repartir ese inmenso amor, pero que no podía decirle eso a Roxana, porque ella quería darle hermanos a Samara.

—¿Qué edad has dicho que tiene Samara? —pregunta Iván.

—Acaba de cumplir cinco años.

—Parece mayor.

—En la familia de mi marido son todos unos viejos prematuros. Hasta se desarrollan a edades muy tempranas. Y no hace falta que os recuerde que ha perdido a su padre. Si eso no es que te arrojen de cabeza a la madurez...

Nuria se desembaraza de las manos calientes y húmedas de Ana. Iván puede percibir en su mirada el inicio de un terremoto interno. Se avecina un arrebato de furia. Para su sorpresa, ella cierra los ojos y relaja el ceño. El inspector también se relaja cuando la doctora pregunta:

—¿Ana, por qué has dicho que la terapia funcionó... en principio?

—¿Yo he dicho eso? No sé...

—Sí —la interrumpe. Su mirada se ha tornado inquisidora—. ¿Cuándo dejó de funcionar? ¿Cómo lo descubriste?

Iván sopesa la posibilidad de mediar entre las dos. Por un instante se apiada de Ana. Esta madre acaba de perder a su hijo. Como ella le ha explicado, él no es capaz de hacerse una remotísima idea del dolor que debe de estar ahogándola. Y, sin embargo, cada minuto que pasa, con cada intercambio de frases, de preguntas y respuestas, más nítidamente se escucha su grito de socorro. El dolor del luto casi parece un trampantojo detrás del cual se esconde otro más profundo, más antiguo. Más doloroso. Por eso, el inspector Iván de Pablos toma la determinación de dejar de jugar a poli bueno y

poli malo y vuelve a transformarse en el compañero de la doctora forense Nuria Isla. Enciende otro cigarrillo y se lo pasa a Ana.

—La muerte de Segis tuvo algo que ver con su orientación sexual, ¿verdad?

Los ojos de Ana se cierran como una cortina de miedo. Cuando se abren, son los de un ciervo acorralado. Buscan a Samara o, mejor dicho, que Samara no esté allí.

—Hace unos meses, en febrero o marzo, Roxana esperó a que Segis se fuera al trabajo para contarme que andaba un poco preocupada. Habían discutido. Cosas de los matrimonios cuando superan la barrera de los cuatro o cinco años, le dije yo, pero no, me contestó, había sido una pelea absurda, ella ya estaba inquieta desde antes, porque él se venía comportando de un modo extraño. No me sorprendió, yo había notado que mi hijo llevaba semanas inapetente. Con lo comilón que había sido siempre, ahora dejaba los platos casi sin tocar. Llegaba tarde a casa todos los días, con excusas de lo más tontas. Y, cuando entraba por la puerta, se iba directamente a su dormitorio. Roxana me contó que tampoco pegaba ojo, que se pasaba toda la noche dando vueltas.

—Ya entonces sabía que tenía un tumor en el pulmón. ¿No se lo contó a nadie? ¿Ni siquiera a su mujer o a ti, que eras su madre? —pregunta Nuria.

—No. Roxana le preguntaba qué le pasaba y él se limitaba a contestar que tenía mucho trabajo. Ella no se lo creía, pero qué le iba a decir, si total, así son los hombres... —Ana se alisa la falda, un gesto que parece ayudarle a ordenar sus pensamientos antes de continuar—. La situación se mantuvo más o menos hasta finales de marzo. Segis pasó una noche fuera de casa. Llamó para decir que había salido con unos amigos por Cádiz y que, como estaban bebiendo mucho, lo mejor sería no conducir. Roxana se ofreció para

recogerle, podía pedirle el coche prestado a su hermano o a Segismundo, pero él insistió en que no, iban a estar de copas hasta muy tarde. Volvió a casa al día siguiente cerca del mediodía. Telefoneó al trabajo para pedirse el día libre y se acostó. Lo más raro es que no tenía pinta de resacoso. Al revés, parecía descansado y alegre, como hacía meses.

—Espera, Ana, aclárame eso —dice Iván—: en febrero o marzo, Segis empieza a mostrar indicios de que algo le pasa, de que está raro. Ya sabía que tenía cáncer, pero no se lo cuenta a nadie. A finales de marzo pasa una noche fuera de casa y parece recuperado.

—Así es. Y en mayo vuelve a estar raro. Hasta...

—Ya —Nuria acude al rescate de Ana, cuyos ojos se han encharcado—. Hasta que falleció hace dos semanas.

Ana comienza a sollozar en silencio, cubriéndose la cara con las manos. Los hombros temblorosos y la respiración agitada. Pero no se permite ni un gemido. Cuando recupera la calma, continúa:

—Yo sé con quién pasó aquella noche: con Jhon.

—¿Cómo? ¿Conocías a Jhon? —pregunta Iván.

—No. Lo que pasó es que la tarde anterior a la noche que durmió fuera de su casa, en Cádiz o donde fuera, Segis se paró un rato a hablar conmigo. No era algo que hiciera con frecuencia, la verdad. Se sentó ahí, en la misma silla que tú. —Señala a Iván—. No paró de hablar y de bromear en la hora y pico que estuvimos. Parecía eufórico y estuvo todo el rato enredando con el wasap. No paraban de entrarle mensajes y él, venga a responder. Aprovechando que se levantó para ir al baño, no me pude resistir y le eché un vistazo rápido al móvil. No pude leer ninguno de los mensajes, claro, pero sí un par de notificaciones en la pantalla. Todos eran de un tal Jhon. Fue suficiente para comprender que Jhon y mi hijo no eran ni amigos ni compañeros de trabajo. O no solo eso.

—¿Se lo dijiste a su padre?

—¡No, por favor! ¿Cómo iba a hacer eso? Segis estaba casado, era padre de una niña. Aquello ya no era una tontería de juventud. Por otra parte, con todo lo que habíamos pasado, tenía miedo de que, si su padre se enterara, mi hijo se hundiera y cayera en una depresión tan grande que ni todas las oraciones ni todas las terapias del mundo lograrían sacarlo. —Una sombra se posa en su mirada—. Ahora no sé si hice bien. Desde su muerte no paro de pensar que, tal vez, si yo hubiera hablado con él, si le hubiera preguntado abiertamente, no sé...

—No, Ana —interrumpe Nuria—. Borra esa idea de tu cabeza. A Segis lo han matado. Todavía no sabemos quién ni por qué, pero lo vamos a averiguar más pronto que tarde. La única certeza absoluta es que tú no fuiste. Te digo más, si hubiese que nombrar a un responsable, sería el tal Cristóbal Cantos. Si, en vez de curar a tu hijo, y digo «curar» con todas las comillas posibles, le hubiese ayudado a aceptarse, a asumir y a disfrutar de su sexualidad, no habría vivido en una mentira. Ese insensato, en vez de destapar la olla, la cerró a presión y sin válvula de escape. Y eso siempre termina por estallar. A tomar por culo el cocido. Todas las paredes de la cocina, pringadas de caldo.

—De todos modos, y sé que no es ningún consuelo —dice Iván apurado, ignorando la desafortunada metáfora de su compañera—, aunque no hubiese sido asesinado, el cáncer habría acabado con su vida igualmente.

—Eso no lo sabemos.

—Tendría que haber ocurrido un milagro —afirma la doctora.

—Los milagros existen.

—No nos vendría mal uno en estos momentos.

—A lo mejor es que no dejáis que sucedan. Mi marido os diría que tenéis que abrir vuestros corazones al Señor.

Samara reaparece de entre las sombras con sus pasos flotantes. Hasta ahora, Iván no se ha fijado en sus pies descalzos sobre el fresco suelo de gres. Además de sus andares, todo en la chiquilla, su pose, su actitud, emanan misterio y altivez a partes iguales.

—Mi niña es la que más quiere a su abuela, ¿a que sí? —Samara se acerca y Ana la encabalga en sus rodillas.

—¡Apestas a tabaco!

Ana se endereza en su asiento. Su rostro se transfigura en una plancha de acero nuevamente. Iván entiende que ha llegado el final de la conversación y el momento de irse.

Con todo, aún cree percibir un último destello de la verdadera Ana Romero. Sucede tras recorrer el camino inverso y llegar a la puerta de la casa. Samara se ha quedado en el patio, jugando sola al escondite entre las plantas. Su abuela les está agradeciendo la visita y el interés, cuando Iván le pregunta:

—¿En serio crees en los milagros?

Ana lo medita unos segundos, sonríe con tristeza y contesta:

—Segismundo tiene su fe y su iglesia. Roxana y Samara se tienen la una a la otra. ¿Qué me queda a mí?

—¡Te tienes a ti, coño! —exclama Nuria.

—Qué fácil. Muy doctora forense y muy preparada, pero qué equivocada estás. Lo que tienes que hacer, y tú también —dice señalando a Iván—, en cuanto lleguéis a Sevilla, es correr a abrazar a vuestros hijos. Decirles cuánto los queréis.

15

Viernes por la noche

Él es el primer sorprendido. Viernes. De noche. De manera inexplicable, los termómetros marcan por debajo de los veinte. Sopla una ligera brisa que invita a tomar las calles. Los bares de la Alameda están tan animados como siempre, pero menos abarrotados que el resto del año. No tiene que madrugar al día siguiente y, como ha dado una larga cabezada en el coche de regreso a Sevilla, se encuentra descansado. Pilar le ha enviado un wasap contándole que el sospechoso no ha soltado prenda, que lo volverá a intentar mañana y que no se preocupe, de verdad, que diga lo que diga Diosdado, lo va a tener al tanto. Bendita Pilar. Por si todo eso fuera poco, tiene un gramo de mefe casi sin tocar. Seguro que en el cajón de los desavíos habrá alguna cosa más. Y, si no, siempre hay un camello a mano. Sin embargo, con todo y con eso, Iván se queda en casa con Rafa. Noche de *pizza.* A la segunda porción, Iván se acuerda del libro.

—Ya lo he leído —le dice Rafa—, fue su primera novela. Este año, además, está de moda: se cumplen treinta años de su muerte.

—Sí que eres fan de esta Patricia —dice Iván intentando leer el apellido de la autora—... Highsmith. Eso es: Patricia Highsmith.

—Ya te lo dije.

—¿Ah, y sabes una cosa? Anoche vi con un amigo la película que me dijiste, la de la otra novela. *A pleno sol*. Me encantó.

—Es que es un peliculón. Igual que la de esta —dice Rafa hojeando el libro—. ¿Y de dónde dices que lo has sacado?

—Me lo ha prestado ese amigo. Es tan fan como tú. Tiene muchas otras novelas suyas. Si te interesa alguna se la pido.

Rafa levanta la mirada del libro y la clava en su padre con una ceja en forma de flecha.

—Es solo un compañero de la facultad al que hacía años que no veía —continúa Iván algo tropezado.

—Que te presta libros y con el que ves una peli de los años sesenta un jueves por la noche...

—No inventes lo que no hay... ¿dices que también de esta hay una película?

—¡Pues claro, papá! ¿Cómo se puede ser tan ignorante?

—No te pases, chaval.

Recogen la mesa en silencio, aunque de vez en cuando a los dos se les escapa una sonrisa. En un momento dado, Rafa se quita de en medio y reaparece unos minutos después con su portátil en las manos. Lo conecta al televisor.

—Es de Alfred Hitchcock. Me la acabo de descargar. Se titula igual que la novela.

—¿*Extraños en un tren* es de Hitchcock?

—Del mismísimo Alfred.

—El caso es que me suena mucho. Es en blanco y negro, ¿no? ¿De qué va?

—De dos tipos que se conocen en un tren y uno le propone al otro un pacto: si mata a su padre, él matará a la mujer del otro. Es decir, un intercambio de asesinatos para que la policía no sospeche de ninguno de los dos, al no existir relación entre cada asesino con su víctima.

—¿Y el otro acepta el pacto?

—Ahí se monta el lío bueno: el que hace la propuesta cree que el otro ha aceptado y mata a la mujer de este. Pero el otro dice que no lo aceptó y no está dispuesto a cumplir con su parte. Es decir, a matar al padre de aquel. Entonces empieza a acosarlo y a amenazarle para que cumpla lo prometido. Hasta que los pillan a los dos.

—Qué fácil es todo en los libros y en las películas de policías.

—No te creas, no siempre. Hay muchos autores mediocres que solo buscan epatar, sorprender por sorprender. Llenar sus novelas con derroche de sangre y vísceras y con tramas de fuegos artificiales e inverosímiles. Pero te puedo asegurar que la Highsmith no era de esas. Mucho más que la resolución del caso, lo que le interesaba eran las motivaciones de sus personajes. Sus dudas, sus miserias, sus secretos más íntimos. Si te he hecho *spoiler* es porque tanto en la novela como en la película el lector conoce a los asesinos desde el primer momento y, sin embargo, ambas te mantienen en vilo hasta el final.

—Por eso mismo te digo que todo parece más fácil. Pero venga, dale al *play.* Si Patricia y Alfredo están de acuerdo, no seré yo quien les lleve la contraria.

14

Sábado por la mañana

La tostada del día es tal modernez que el cliente medio tarda más tiempo en pedirla que en comerla. Pan de centeno integral con semillas de chía, queso de Burgos sin sal, aguacate y salmón. O algo así. Felipe le sirve en la barra un mollete con aceite y jamón que Iván frota con un diente de ajo y que empieza a devorar.

Las huellas de la paliza en la cara y en los andares del cincuenta por ciento del Cakes&Run tardarán en borrarse. Sobre todo, le dice cuando Iván le gasta una broma que le hace reír, la punzada de dolor en el costado derecho, allí donde la costilla rota aún se está soldando. Como para cerciorarse de que le ha entendido y que en adelante tendrá más cuidado, se levanta la camiseta con el logotipo de la cafetería estampado para enseñarle la faja y un moretón a la altura de los omóplatos.

—Me cago en la puta madre de los cabrones que te han hecho esto. Si alguna vez me los echo a la cara...

—Ya está, Iván. Mejor dejarlo estar.

—¿Tú no creías en el karma, la reencarnación y todas esas polladas del más allá? —Iván arremete furioso con un último bocado antes de continuar—. Ojalá sea verdad.

—Vale, Clint Eastwood... No me alteres a la clientela, que esto está muy tranquilo. —Solo hay una persona más en el local y hace rato que ha terminado de desayunar, tiene la cabeza incrustada en la

pantalla del teléfono móvil—. Ramón ha salido a hacer unos recados. ¿Tienes tiempo para otro café? Te invito.

—Todo el del mundo.

—¿Ya de vacaciones?

—Forzosas.

Felipe retira los restos del desayuno y le pone otro café. Rodea la barra y se sienta junto a él. Le da una palmadita en la espalda.

—No es para menos, guapo, vaya numerito que montaste. Poco te han castigado. Con tu historial...

—Joder, sí que me va a salir caro el café.

—Venga, cuéntame.

Iván pone a Felipe al día de su situación. La imagen del inspector irrumpiendo en el escenario del festival pistola en mano no solo se ha hecho viral en las redes, también ha abierto varios noticieros nacionales. La mitad de la opinión pública ha sentenciado que el tal inspector De Pablos es un incompetente cuyo currículo (se ha recordado hasta la saciedad su flirteo con las drogas) supone una temeridad y un peligro para la sociedad. Para la otra mitad, es un padre coraje que ha hecho lo que cualquier otro por un hijo en peligro. Es un villano. Es un héroe.

—¿Y tú qué crees que soy?

—Ni uno ni otro —responde Felipe sin dudarlo—. Para mí eres un cabronazo al que unas veces me dan ganas de partirle la cara y otras de llevármelo a la cama.

Ambos ríen con ganas. Felipe vuelve a quejarse del dolor en el costado. Ramón aparece por la puerta del establecimiento. Dice:

—Míralos ellos, qué bien se lo pasan. ¡Y mientras, yo, currando y muerto de calor!

La tregua que el calor dio anoche fue solo eso. Esta mañana algún diablo despiadado ha vuelto a apretar el botón del infierno en la

calle. Ramón está empapado en sudor.

—Qué sufrido es. —Felipe le da la bienvenida a su marido con un cálido beso en los labios.

—Tú me dirás —replica Ramón, aunque es a Iván a quien se dirige —, estando este como está, a medio gas...

—¡Oye, oye, que llevo trabajando desde las ocho, cuando debería estar en mi casa, descansando!

—¡Vale, ya! —La exclamación de Iván hace que el único cliente del local les dirija una mirada apática durante unos segundos.

Ramón se prepara un café con hielo. Otro cliente entra, ocupa una mesa apartada de la barra y pegada al aparato de aire acondicionado. Ramón amaga con ir a atenderle, pero Felipe se le adelanta. Iván juraría que renquea más que antes de la llegada de su marido.

—Está insufrible —dice Ramón—. Y no te creas que no le comprendo... ¿Te lo ha contado?

—¿El qué?

—No me lo puedo creer... ¡Felipe!

Felipe regresa a la barra con la comanda del nuevo cliente. Su pose es la de un ciervo tembloroso.

—¿Qué pasa? Que no se lo pensabas decir, ¿no?

—Te he dicho que no merece la pena.

—¿Y tú cómo lo sabes? Que lo decida él.

—Déjalo, Ramón, por favor. Esto es asunto mío.

—¡De eso nada! A ti te han dado la paliza, pero las consecuencias las sufrimos los dos, ¿estamos?

—Déjalo, de verdad, cariño.

—Ni cariño ni cariña, Ramón, de verdad...

—¡Bueno, ya, hostias! —exclama Iván—. Me vais a hacer vomitar la tostada. A ver, Felipe, déjate de gilipolleces y dime de una

puñetera vez qué es eso que me tienes que contar.

Muy digno, Felipe le planta la nota con la comanda a Ramón en la cara, señalando al cliente con un gesto de la cabeza. Ramón, los ojos en blanco, la toma de un zarpazo y se mete mascullando en la cocina.

—No quería decirte nada porque no estoy seguro y, sobre todo, porque no creo que vaya a servir para nada. —Se gira dubitativo hacia la máquina de café—. ¿Quieres otro?

—Mejor ponme un vodka cortito con tónica.

—¿No es un poco temprano?

—Tampoco es hora de comer pescado y aquí servís tostadas con salmón...

—Tú mismo —dice Felipe mientras dispone sobre la barra el vaso con hielo, la botella de vodka y la tónica—. Con este calor, casi me dan ganas de ponerme yo otro. —Espera a que Iván se prepare la copa y le dé un trago largo. Luego toma un sorbo del mismo vaso—. Joder, me he pasado con el vodka.

—¿Quieres hacer el favor de contarme ya lo que sea, cojones?

—Verás, hay algo de la otra noche, la de la paliza, que no te he contado: conforme han ido pasando los días y yo me he ido tranquilizando, creo que reconocí la voz de uno de ellos. No estoy seguro, pero...

—¿De quién? —los ojos de Iván son dos lunas llenas.

—¿De quién va a ser, alma de cántaro? De los que me pegaron.

—No me lo puedo creer.

—No es seguro, ya te lo he dicho. Pero juraría que se trata de un tal Manu. Lo conocemos de aquí.

—¿Un cliente?

—Sí y no... —Felipe baja la voz antes de continuar—. Lo conocí hace tiempo en el Enigma, al lado de tu casa. Que, por cierto, a ver

si me vuelves a invitar, que ya ni me acuerdo de cómo era tu dormitorio.

—Sigue...

—Voy. Pues eso, que nos vimos y me habló. No estaba yo muy católico esa noche, no nos enrollamos. De todos modos, le dejé claro que yo no quería nada serio, que ya tenía pareja. Pero el chaval está muy bien, es de los que me gustan a mí, delgaditos y jovencitos, un poquito lánguidos... aunque bueno, si se me pone por delante un pedazo de poli como tú, tampoco le hago ascos.

—Por favor...

—Iván, no hay que ponerse tan serio, tío. —Felipe resopla—. Pues nada, que en algún momento de la conversación le dije que éramos los dueños de esta cafetería y al día siguiente entró por esa puerta. Muy tímido, ya sabes, como recién salido del armario. Le presenté a Ramón, nos tomamos unos chupitos y ya sabes cómo soy, me calenté y le propuse montarnos un trío. Pero eso le venía grande. Se asustó y se fue.

—¿Y por eso te pegó? Hijo de puta...

—No lo sé, Iván. De verdad que no lo sé. Ya ves por qué no te dije nada. Digamos que solo estoy seguro de que fuese él al cincuenta por ciento.

—Suficiente.

—Lo será para ti, pero yo no puedo acusar a nadie si no es al cien por cien. Imagínate que voy a la policía. En el hipotético caso de que admitan la denuncia, cosa que dudo, suponte que el tío tiene una coartada irrefutable, qué sé yo, que esa noche estaba en una fiesta en un local público, que tiene una decena de testigos que lo pueden confirmar y que hasta colgó fotos en su Instagram. ¿Cómo quedo yo diciendo que me enrollé con él y que después me pegó? ¿Como un

mentiroso, como un histérico o, simplemente, como un gilipollas despechado?

—Ah, pero ¿al final te liaste con él?

—Sí, claro. El mismo día de la paliza. Recuerda que te conté que esa noche Ramón estaba cansado y no tenía ganas de salir, pero yo sí. Estuve con unos amigos tomando unas copas y fuimos a tomar la última a la Kavafis. Subí a dar una vuelta por el cuarto oscuro y allí me lie con él. El tío está bueno de verdad. Pero no fue nada, un rollo rápido. A mí, sin Ramón allí, no me apetecía demasiado, no sé ni por qué coño tuve que subir, supongo que por las dos puntas de mefe que me había metido antes con los colegas, y porque Manu llevaba un par de copas de más. No creo que estuviéramos ni diez minutos. Le dije que me tenía que ir a casa y no le sentó muy bien, se me puso pesado, pero, insisto, como estaba algo borracho, al final me dejó marchar. Bajé, me tomé la última con mis amigos y volví a casa. Entonces aparecieron los tres quinquis de la nada y ya sabes el resto: me pusieron bonito.

—Bonito del Norte —dice Iván. En la cara de Felipe florece una sonrisa triste—. Qué quieres que te diga, pero yo lo veo cristalino: aquí el despechado es ese tal Manu. Tú le das cuartelillo, pero no tanto como a él le gustaría. El sábado por la noche lo dejas a medias. Él aprovecha que tú te estás tomando esa última copa con tus amigos para llamar a dos colegas igual de hijos de puta que él, y entre los tres te dan la del tigre.

—Puede ser, pero no puedo demostrarlo. No les vi las caras a ninguno. Y la voz no es suficiente.

—Lo dicho: un palizón por despecho —sentencia Iván.

—O por homofobia —Ramón se acaba de incorporar a la conversación—. El Manu ese es un mariconazo que ha estado toda su vida reprimido, que se ha dado cuenta de que ya va tarde para

salir del armario y que, cuando lo ha intentado, se ha tenido que encoñar del tío equivocado, de mi marido. —Señala a Felipe—. Y como en su cerebro gris y amargado eso no le entra, se ha cabreado.

—¿Tú crees? —pregunta Iván—. Suena un poco rebuscado, ¿no?

—¡Anda que no hay tíos así! —exclama Ramón—. Tíos con vida de hetero que por los motivos que sean no terminan de dar el paso definitivo. Los viernes salen de copas con los compañeros de la oficina. Muchos incluyen en el tardeo medio gramito y, cuando ya están borrachos o colocados, se meten en el cuarto oscuro para echar un polvo rápido y de pie con el primero que se les ponga a tiro. A la mañana siguiente llegan los arrepentimientos, se juran y perjuran que ha sido la última vez. Pero nunca es la última. ¿Cómo va a serlo? Uno puede librarse y deshacerse de muchas cosas, pero nunca de uno mismo.

—Tiene razón —conviene Felipe—. Por mi cama han desfilado unos cuantos así. Si yo te contara... ¡hasta a un ultra del Betis me he tirado!

—Claro, querido, así te va —dice Ramón, acompañando sus palabras con una mano sobre el hombro de Felipe—. Para la próxima vez, ya sabes lo que tienes que hacer: dejar la bragueta cerrada o asegurarte de que el tío tiene pedigrí. De que es gay, gay, gay y no un hetero despistado.

—Eso mismo dice el Chinchilla, el dueño de la Kavafis. Que la noche que más se llena la discoteca (y su cuarto oscuro) es la *madrugá*. Un montón de heteros casados, capillitas y despistados.

—Despistados como Segis —murmura Iván con los ojos abiertos de par en par.

—¿Como quién?

—Nadie, nadie, estaba pensando que ya nos vale. En los líos donde nos metemos.

—Todo nos pasa por no tener filtro. Yo no sé qué le vio este —dice Ramón señalando a Felipe—. Tan canijo, tan blanquito. Ese Manu tiene una cara como de muerto, o de enterrador...

Iván deja un billete de veinte euros sobre la barra, apura la copa y sale disparado. Desde la puerta, dice:

—Amigos, muchas gracias por todo.

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser?

13

Sábado al mediodía

—Ni se te ocurra venir. El jefe anda con los cuernos retorcidos. *Té un cabreig de mil parells de nassos.*

—Así dicho suena hasta bonito.

De camino a la comisaría Iván ha llamado a Pilar para sondear los ánimos. La poca esperanza que alberga se apaga con el jarro de agua fría que suponen las palabras de la subinspectora. Son como un iceberg que desvía el rumbo del inspector. A casa.

—Al menos —insiste—, cuéntame algo del sospechoso.

—De momento, igual. Sigue negándose a hablar. Se confirma que no está muy bien de la azotea. No me cabe la menor duda de que el juez va a ordenar su traslado al módulo de psiquiatría. Ya verás...

—Eso quiere decir que seguimos sin saber quién es.

—Vas a alucinar. También el sistema se ha ido de veraneo. He probado a entrar con una de mis *app* en el SAID[1] por una puerta trasera, pero recientemente lo han actualizado y han implementado algunas mejoras. No he podido. Lo que sí hemos averiguado es que el coche está a nombre de una señora que hace unas semanas denunció su robo en un pueblo de Málaga.

—¿Málaga?

—Cártama, en concreto —responde Pilar.

—Me cuadra. Tengo una teoría. —Iván deja sus palabras suspendidas en el aire. Le encantaría ver la cara de expectación de

su compañera, sus ojos abiertos, sus párpados como dos parapentes inflados por el viento.

—¡Pues suéltala ya, *collons*!

—Todavía no.

—¿Me vas a dejar en ascuas?

—Antes quiero atar algunos cabos. Para ello necesito un favor.

—*Un altre?* Vamos a ver, jefe, ¿te parece justo?

—Eso es lo que hay. Llama por favor a SurConEd y que te pasen una relación completa de todos sus trabajadores. No solo los que estén dados de alta actualmente. Todos los que, a lo largo del último año, hayan tenido alguna vinculación contractual con la empresa.

—¿En una constructora de esa envergadura? Si se incluyen todas las contratas y subcontratas, ese listado puede tener más páginas que el Antiguo Testamento.

—No importa, que te lo den.

—A ver qué consigo un sábado de verano y a esta hora.

—Insísteles. Y, si ves que la cosa se pone difícil, seguro que encuentras alguna manera menos ortodoxa con alguna de esas *app* tuyas... —dice Iván con una sonrisa esquinada.

—*Què busques, inspector?*

—El final de una novela, subinspectora. —Iván está disfrutando por primera vez en muchos días—. Tú pide el tocho y, cuando yo tenga un final feliz, lo hablamos.

12

Sábado al mediodía (más tarde) y por la tarde

Ni los cuarenta grados a la sombra le van a estropear el momento. Está eufórico. Como si hubiera engullido de una tacada los Cien Grandes Clásicos de la Autoayuda Universal. Si creyera en Dios, lo sentaría a su diestra. Si creyera en Satanás, jugaría a los dados con él. O a las siete y media.

Deambula por el barrio pegado a las paredes, buscando los charcos de sombra que décadas de urbanismo desquiciado han ido sustrayéndole a una ciudad cada día más parecida a otros miles de ciudades del mundo. Carecer de un destino cierto a estas horas de fuego y desolación es un suicidio. El ajo se le está repitiendo —al final va a tener que darles la razón a los modernos del Cakes&Run—, pero son más de las tres de la tarde y no tiene ni pizca de hambre. ¿Y si llama a Rodrigo? Le gustaría verlo. Más aún: mataría por una siesta con él, pero cómo, si ni siquiera tiene el valor de llamarlo. Por un momento cree que lo mejor es que él tome la iniciativa, que no se sienta presionado, pero a continuación piensa que, si no lo llama, Rodrigo puede pensar que pasa de él. En estas anda cuando se da cuenta de que sus pies le han llevado hasta donde la cabra tira al monte:

BLACKSUN,
UN NUEVO CONCEPTO DE SAUNA MASCULINA
EN SEVILLA

El cartel luminoso está apagado y, con todo, brilla con la misma soberbia que exhibe cada noche de la semana —salvo lunes y martes, días de descanso y limpieza a fondo del local—, con estas letras arrogantes y doradas que, sobre un fondo turquesa, prometen un paraíso sexual. Paraíso que raras veces se materializa, motivo principal por el cual los clientes insisten en volver una y otra y otra vez. Por si el día que faltan se derrama por allí el nirvana. Ja.

¿Cuánto hace que no viene? Un asiduo desde su apertura unos años atrás, abandonó el hábito casi por completo por culpa de su indeseada fama. Sus zambullidas en los vapores estos dos últimos años pueden contarse con los dedos de su pie izquierdo. Resultaba irritante el cuchicheo a su paso con la toalla anudada a la cintura y las huellas mojadas del chancleteo. La popularidad, en su caso, resultó un antídoto fabuloso contra el morbo. Por eso hoy, Paco y Mateo, los propietarios del negocio, conscientes de esto y del carácter de Iván, le abren la puerta, no le cobran la entrada, le entregan la llave de la taquilla, la toalla y las chanclas, sin más bienvenida que un cumplido buenas tardes, cómo estás, qué alegría volver a verte por aquí.

—¿Es que las maricas no se cansan nunca? —le dice Iván a Paco, ambos acodados en la barra del bar, después de saludar a Agus y Selu, los dos camareros nuevos, a los que Iván no conoce.

—¿Y tú?

—También es verdad. Creía que esto iba a estar muerto.

—Pareces nuevo, querido —sentencia Paco al tiempo que pone delante de Iván su vodka cortito con tónica en vaso de plástico—, y ya tienes una edad.

Y es que la sauna está a reventar. Sevilla, verano, calor. Quien se lo puede permitir emigra temporalmente en busca de temperaturas más soportables. Quien no, tiene que hacer de su capa un sayo. Si encima es gay, usa la toalla y las chanclas aquí, no en la playa. Tal es el éxito y la concurrencia que la sauna abre ininterrumpidamente de viernes a domingo. Unas veces más y otras menos, siempre hay alguien apetecible. Y, si no, otra de las ventajas de las drogas es que nunca fallan: a mayor colocón, menor es el nivel de exigencia. O, como dice un exfollamigo, cuando se sale hay que poner el listón muy alto para, al final de la noche, ciego como un piojo, tirarse a todo el que quede por debajo. Que sí, que sí, que hoy no viene con esa intención, pero...

Pide a ¿Agus? ¿Selu? que le rellene la copa y se va a dar una vuelta. No tiene unas ganas especiales de enredar con nadie todavía, pero tampoco va a quedarse quieto. Menos con tantísima gente. Abriendo la puerta de acceso a la zona de las cabinas se da de bruces con el Canario, que a nada está de tirarle la copa por encima.

—¡Cuidado, gilipollas! —le espeta a bocajarro al tiempo que hace malabarismos para que no se le caiga el vaso. Cuando logra estabilizarse, le dice:

—Mira tú quién está aquí. El camello hetero en la sauna gay.

—Iván, pareces nuevo. Ya te gustaría a ti que yo fuera gay —contesta el Canario, habituado desde hace mil al pronto y a las salidas de tono del inspector—, pero no te hagas ilusiones. El bisnes es el bisnes y yo voy donde haya clientes. Este año, no sé por qué, la mayoría de mis fieles se han ido de vacaciones todos a la vez, en estampida. Menos tú.

—Al próximo que me diga que parezco nuevo le parto la cara.

Si tuviera que fiarse de un camello, cosa poco probable, por no decir imposible, sería del Canario. Es discreto, serio pero agradable en el trato y, sobre todo, no le vende el material si no es cien por cien de calidad. O, cuando menos, se lo advierte. Iván, le dice, esta mierda no es la que a ti y a mí nos gusta, pero no hay otra, si la vas a querer igual, es cosa tuya. No solo se la deja más barata, sino que, además, de vez en cuando —suele coincidir a final de mes—, le regala un medio. También le tiene mucha fe porque el Canario es algo así como un no confidente. En ciertas ocasiones en las que el inspector ha necesitado información de la calle sobre un caso, el Canario se la ha dado, aun sin pedírsela expresamente. Como la vez que, en una pelea entre dos clanes de Las Vegas, el corazón más negro y abatido del Polígono Sur, una bala perdida atravesó el pulmón izquierdo de una chica que volvía a casa en taxi en lugar de en autobús como hacía habitualmente, obligada por la huelga de conductores municipales, después de diez horas de trabajo en un supermercado, dos sin cotización ni registro contable. La chica murió. Nadie sabía nada. Nadie dijo nada. Nadie se mojó. Pero el Canario, quien experimenta a veces una suerte de ataques de justicia poética, le escribió a Iván por Telegram: *Hace tiempo que no quieres nada conmigo, ¿te pasa algo?* Aquella misma tarde quedaron en la terraza del Caballero Inexistente. Sentados ante un vodka con tónica (Iván) y un Brugal con cola (el Canario), Iván le compró uno de mefe y otro de coca. El Canario tomó el dinero por debajo de la mesa mientras le decía: «No te lo metas esta noche todo, no seas como el chico de los Quinis, ese que se funde los gramos más rápido que una bala». A la mañana siguiente, el inspector mandó arrestar al Quini Chico, el hijo menor de Francisco, el hijo de Pepa, la hija de Juana, la mujer de Joaquín Mijares, el Quini, el fundador del clan de

los narcotraficantes más famosos y con más solera de las Tres Mil Viviendas.

—¿Sabes? Hasta ahora no te había visto el pie. No sé por qué, pensaba que el tajo era más grande, que te habían amputado todo el dedo meñique, pero veo que no, fue solo un trozo. ¿Te sigue doliendo?

—No me apetece hablar de eso —responde Iván, serio—. ¿Cómo va la cosa por aquí?

—Ya lo ves, hasta la bola. No doy abasto —amaga con bajar la voz, pero finalmente no lo hace—. ¿Vas a querer algo? Me has pillado de camino a las taquillas para repostar.

—Hoy no. Pero te acompaño.

En las taquillas hay casi más trasiego que en la barra, en los cuartitos o en los laberintos húmedos. Sábado. Un clásico. Un par de caras de asombro al reconocer al inspector. Un par de portazos inesperados al esconder rápidamente alguna cosa ilegal en las taquillas. Una tensión del todo innecesaria para Iván. Resopla.

—¿Nos vamos a quedar a vivir aquí?

—Joder, inspector. Anda, vamos a una cabina, que no hay quien te soporte, tío.

Todas cerradas, las veintitantas cabinas. Iván aporrea la puerta que le cae más a mano.

—¡Abran, Policía! —grita desmañado—. ¡Rápido o echamos la puerta abajo!

De la cabina salen dos tipos jovencísimos, de andares nublados y delgados como una grieta, más avergonzados que enfadados. Más colocados que avergonzados. Uno, desnudo, aprieta la toalla en la mano. Intenta balbucear un reproche contra el inspector.

—Anda, mamarracho —interrumpe Iván—, tira millas.

—Hazle caso —media el Canario señalando con los ojos hacia la toalla y el puño apretado, bajo el que hay algo más que el pico de una toalla. El mismo Canario se lo ha vendido solo un rato antes.

—Toda vuestra —dice el muchacho ruborizado—. De todos modos, la cabina está asquerosa.

Los dos chavales se marchan rezongando por el pasillo. Al de la toalla en la mano no parece importarle su desnudez y que los otros clientes se vuelvan a mirarlo. Iván tampoco le quita ojo hasta que dobla la esquina.

—Tiene un buen culo, pero parece poco espabilado.

—Lo es, pero también va muy pasado —comenta el Canario al tiempo que entra en la cabina y cierra el pestillo—. Lleva aquí desde ayer por la tarde, no ha parado de beber, de meterse y de follar.

—Buen cliente, ¿no?

—Lo que pasa en la sauna se queda en la sauna.

—¿Esa frase se te ha ocurrido a ti solo?

—Qué borde eres, tío.

—Tanta cháchara, coño...

Durante un par de minutos, guardan silencio, sentados en la colchoneta de la cabina, más centrados en los murmullos que llegan sofocados a través de la puerta de la cabina cerrada. Tras unos instantes extraños, el camello se gira hacia el inspector y, como un prestidigitador, saca de la nada y hace bailar ante sus ojos una bolsita de no menos de un gramo de lo que sea, una tarjeta de crédito, un billete de diez euros enrollado y un frasco de color ámbar lleno de GHB. El kit perfecto para el momento. El ariete que derriba de un soplo las frágiles barreras que el inspector ha estado construyendo en las últimas horas.

—Hazte algo.

En el rato largo que pasan en la cabina (tan largo que el Canario tiene que salir un par de veces a rellenar las copas y otras tantas Iván para advertir a sendas parejas de tíos que como vuelvan a llamar tan insistentemente a la puerta, se va a liar a hostias con ellos), se meten el gramo entero. Iván abusa también del GHB. El Canario no, él es un profesional de lo suyo. Por eso, le dice:

—Tío, no tienes fin. Más despacio, no me vayas a doblar tú también.

—¿Te gusta el cine? —pregunta Iván con la boca llena de esparto.

—Lo normal, ya sabes, para pasar el rato. De superhéroes, de acción...

—¿Y el cine clásico?

—Algunas, no sé... me encanta la primera trilogía de *Star Wars*.

—Yo no llamaría a eso cine clásico.

—Son pelis más viejas que yo, ¿no? Pues ya son clásicas. ¿A qué viene esto?

A Iván le cuesta asimilar la respuesta. En su mente ha empezado a formarse una nube gris que él trata de disipar cabeceando varias veces. Se pone de pie y vuelve a sentarse. Luego empuja al Canario a un extremo de la colchoneta para estirar las piernas sobre él. Una pena que no sea gay (porque no es gay, ¿no? seguro que no lo es, ¿verdad?). Tiene que diluir esa nube, tan absurda a estas alturas. Le contesta:

—Ponme una y te cuento.

—No me queda más.

—Vaya mierda de camello estás hecho.

—Llevo muchas horas en este antro. Me van a salir branquias.

—Bueno, pues otro chorrito de GHB —farfulla Iván.

El Canario se lo piensa un momento, tiene que oponerse, pero Iván no va a cejar en su empeño, así que llena el gotero y vierte el

chorro en la copa del inspector. Este le da un trago largo y, entonces sí, le cuenta de qué va la peli que se trae entre manos.

Le cuenta que hace seis meses apareció el cadáver de Quino en el hotel Sacramento de Torremolinos, donde este trabajaba como jefe de mantenimiento. Fue un accidente que, visto lo visto, ahora parece cualquier cosa menos un accidente. Quino era de Benalmádena, municipio, al igual que Torremolinos, de la provincia de Málaga.

Le cuenta que tres meses atrás desapareció Alberto, natural de Barbate, donde residía, aunque por aquel entonces iba y venía a trabajar para poner a punto el hotel Sacramento de Vejer, antes del inicio de temporada. Que recientemente han descubierto que Alberto no estaba desaparecido, sino que lo habían asesinado. Su cuerpo todo este tiempo estaba pudriéndose —saponificándose— en una arqueta del mismo hotel. Por cierto: Barbate y Vejer, dos pueblos de la provincia de Cádiz.

Le cuenta que el principal sospechoso, Jhon, el tercer vértice de la trieja que formaba con los dos muertos, ha sido asesinado hace escasos días por un descerebrado del cual, por el momento, se desconoce su identidad por una mierda de incidentes con su sistema de redes y las bases de datos de la Policía. Una mierda. Que Jhon era de un pueblo de Sevilla, Bollullos de la Mitación, y trabajaba en el hotel de la capital hispalense que Sacramento está construyendo actualmente, aunque muchos fines de semana los pasaba en Torremolinos para verse con sus dos novios.

Y que el detonante de todo esto ha ocurrido hace escasamente dos semanas, con la aparición del cadáver de Segis en ese hotel en construcción. Este Segis que, por cierto, hasta el día de su muerte vivía en el pueblo donde nació, Jimena de la Frontera, en Cádiz, con su mujer y su hija, muy apegado a sus padres, un matrimonio formado por un gitano y una paya, y de fuertes convicciones

religiosas. Segis era, para rizar el rizo, un exgay homófobo que había recaído. Quizás, porque le habían detectado un cáncer terminal y no quería vivir sus últimos días en una mentira.

—O sea, que nunca dejó de serlo —apunta el Canario.

—Y yo qué sé. ¿Eso es posible?

—Tú sabrás. Aquí el que entiende de eso eres tú.

—Dijo el supuesto hetero camello de los gais metido en la cabina de una sauna gay con su amigo el inspector de policía gay, ambos colocados, en toalla y chanclas —dice Iván con media carcajada y un hilo de saliva asomando a la comisura de los labios.

—Hombre, visto así...

—Tranquilo, Canario, no seré yo quien dude de tu hombría.

—¡Gracias, amigo! —exclama el camello poniendo los ojos en blanco—. Y, aparte de que sí que parece una película lo que me has contado, ¿qué tiene que ver el cine clásico con todo este embrollo?

—Tengo una teoría, que... —Iván se queda en blanco unos instantes. Un lapso de tiempo durante el que su mirada y sus palabras se cuelgan en algún lugar muy lejos de esta cabina—. Es una estupidez, pero es la única que me encaja.

—Cuéntame. Yo te diré si lo es o no.

—Verás: imagínate que Quino, Alberto y Jhon, por el mero hecho de ser trieja, se habían convertido en, no sé cómo decirlo, la obsesión o el objetivo de un homófobo, Segis, un amargado de la vida que no soportaba ser gay, trastornado por unas creencias religiosas y una familia opresora que hasta lo someten a la tortura de una terapia de conversión. Terapia, por supuesto fallida, dado que el muchacho recayó a la primera de cambio. A todos estos personajes les unía Sacramento, empresa para la que trabajaban de manera directa o indirecta. En algún momento, en algún lugar, Segis tuvo que conocer a los otros tres y no pudo soportar que ellos

vivieran su vida, una vida de sexo, diversión y fiestas, como les diera la real gana y sin tener que darle explicaciones a nadie.

—No soportaban su felicidad —apunta el Canario—. Conozco a unos pocos así.

—Y yo también. No me interrumpas más que vuelvo a perder el hilo.

—Gilipollas.

—Maricón. —Iván bosteza, la pierna que reposa sobre la del Canario le empieza a temblar. Sigue—: Segis contrata a un medio tarado o tarado y medio, un animal aspirante a sicario, para que le haga el trabajo sucio, y este se pone a ello. Metódicamente, uno tras otro, lo va consiguiendo: primero mata a Quino, luego a Alberto, y cuando le toca el turno a Jhon se le cruza el propio Segis, quien, en uno de sus giros de personalidad, quizás porque va a morir en pecado mortal, quizás porque ha vuelto a ser gay (de hecho, sospechamos que tuvo un rollo con uno o dos miembros de la trieja en Cádiz), cambia de opinión radicalmente y trata de impedírselo. Lo cita en la obra de Sevilla para así tener una coartada. Al fin y al cabo, él trabajaba en Cádiz, ¿qué pintaba en Sevilla? Pero el sicario, como está de la azotea peor que el propio Segis, va y le responde que ni de coña, que él nunca deja un trabajo a medias, sobre todo tratándose de liquidar a un ser asqueroso y despreciable, a un maricón. Sí o sí, Jhonatan va a caer también.

—Pero el que cae es Segis.

—Caen los dos. Segis, literalmente, desde la séptima planta de la obra. Y después, como todo el mundo sabe, Jhon, apuñalado. Los dos por culpa de nuestro amiguito el simplón sin nombre.

Vuelven a guardar silencio. Agradecen, sobre todo el inspector, el momento de relax. Sus rostros están disueltos entre la nube viciada

del humo de sus cigarrillos y la otra nube, la que se ha apuntalado en sus miradas. Le toca al Canario horadar este espesor oscuro:

—Tú de esto sabes más que yo, Iván, pero, aunque toda la historia suena bien en general, hay algo que me rechina, algo que no termina de encajar.

—¡Lo ves! A mí también, y es eso lo que me tiene ya hasta las narices.

—Pero lo siento, no sé por dónde salir...

—Para empezar —se apresura a contestar Iván, a quien un bostezo largo y estrecho le amontona las sílabas que salen de su boca—, Quino, Alberto y Jhon son de provincias distintas. Málaga, Cádiz y Sevilla, respectivamente. Segis, por su parte, de Cádiz, aunque de un pueblo distinto al de Alberto. ¿Dónde y cómo se conocieron? Acabo de solicitar los registros de personal de la empresa. Quizás coincidieran en una obra los cuatro.

—Sería mucha casualidad, pero...

—Pero no imposible —se adelanta de nuevo Iván—. Todo aquel con quien he hablado en esa empresa ha coincidido en decirme que es habitual que las cuadrillas se encuentren alguna vez. Y que no se nos olvide que aún nos falta la identidad del asesino de Jhon. Solo conocemos que el coche en el que lo encontramos lo robó en Cártama, otro municipio de Málaga. Así que, salvo Segis, tenemos confirmación de que los otros cuatro han estado en algún momento en esa provincia. No sería tan descabellado pensar que los cuatro a la vez.

El inspector tiene que dejar que las palabras terminen de resbalar por las comisuras de sus labios. Abriga la esperanza de que un milagro las haga flotar por encima del humo y después las deposite sobre la colchoneta, donde le ayudarán a dar con la clave que solucione el caso. Él también sube alto, muy alto, atraviesa el techo

de la sauna, la azotea del edificio, más alto aún, por encima de las nubes y más allá del espacio. En cambio, desde abajo, mullidas, amortiguadas por los efluvios del GHB, las que le llegan son las palabras del Canario:

—Te lo advertí, cabrón, estás doblando y todavía no me has contestado: ¿qué trajín te traes con el cine clásico?

El inspector allá arriba encuentra, no sabe cómo, un punto de apoyo y logra incorporarse a medias, titubeante. Trata de recolocarse la toalla en la cintura, pero la habitación y el universo centrifugan en torno a su cabeza hasta hacerle trastabillar. No puede más que volver a sentarse en la colchoneta. Mierda de GHB. En cinco, cuatro, tres, dos, uno, va a doblar. Con todo, antes de llegar a cero se recompone lo suficiente para contestar a la pregunta del Canario:

—¿Te suena... te suena la película *Extraños en un tren*?

Y ya no dice nada más. Como un saco de cemento, sus casi ochenta kilos de peso caen a plomo. Una parte sobre la colchoneta y otra sobre el Canario, que en última instancia no lo ve venir. Sus cabezas chocan con fuerza. El camello aúlla de dolor, un alarido que retumba varios metros alrededor de la cabina, mientras que Iván, a pesar del escorzo imposible que su cuerpo adopta tras la caída, en otro tres, dos, uno... comienza a roncar plácidamente, como si fuera la primera vez en su vida que duerme a pierna suelta y sin preocupaciones. La paz. Bienvenida sea.

11

Sábado al mediodía (más tarde) y por la tarde

Ni un leve dolor de cabeza. Nada. Ha dormido como un niño chico y se despierta como un bendito. Quizás algo aturdido, desubicado, pero ni cinco segundos tarda en reconocer las cuatro paredes del interior de la cabina y los chapoteos sofocados de las chanclas contra el suelo mojado y las conversaciones y las risas de afuera... La puerta entreabierta. Algunos tipos se paran a escudriñar su cuerpo desnudo. Como un alienígena expuesto en un zoo, se pregunta, en esta nueva hiperconsciencia, cuánto tiempo hace que ha doblado, dónde cojones se ha metido el Canario y en qué momento se le ha ocurrido a ese cabrón que dejarlo allí solo, en su estado, era una buena idea. Se palpa la muñeca. Allí sigue la pulsera de goma con el chip para abrir su taquilla. Menos mal. No sería la primera ni la última que roban. Bosteza y se despereza hasta crujirse las vértebras. Se anuda la toalla a la cintura y, cuando va a salir de la cabina, un chico abre la puerta de par en par. Lo mira de arriba abajo y le sonríe con descaro. Iván tiene una erección de adolescente encoñado. El chaval es, quizás, algo joven para él, no debe de pasar los veinticinco, pero es un moreno guapo, con una barba aparentemente desaliñada, más alto que él, y un cuerpo y una boca más que apetecibles. El inspector vuelve a desprenderse de la

toalla y se sienta. Da las dos palmadas mágicas sobre la colchoneta. El joven echa el pestillo.

Sale de la cabina entre las once y las doce, esa franja horaria en la que ya se han ido los clientes de la tarde y aún no han llegado los que vienen a pasar la noche. Lapso que el personal dedica a una limpieza rápida de cabinas, aseos y pasillos. De buena gana se quedaría para contemplar el lote de nuevos especímenes y sus posibilidades, pero no, se dice, por hoy ya ha tenido suficiente, mejor no tentar a la suerte. Se ducha, se viste, paga la cuenta —el cabrón del Canario le dijo a ¿Agus? ¿Selu? que apuntara sus copas a su cuenta y el gilipollas del camarero, cualquiera que fuera su nombre, aceptó sin rechistar— y se va.

Pero ni el Canario es tan cabrón —le ha dejado en la taquilla, a la que ha accedido usando la llave maestra de ¿Agus? ¿Selu?, un gramo de coca—, ni él ha tenido suficiente: antes de llegar a casa hace una parada técnica —necesita orinar con urgencia y tiene la boca seca— en su bar favorito de la Alameda, el Caballero Inexistente. Y ya que estoy, me tomo una copa, cortita, solo por ver cómo está el ambiente, nada de *reliarme* esta noche. De verdad. Seguro.

La coca del Canario, qué cabrón, es de primera.

10

Madrugada del sábado al domingo

A mitad del tercer vodka cortito con tónica ya no puede negarse que esta parada técnica —su casa dista menos de trescientos metros del Caballero Inexistente; podía haber meado allí, debería haberlo hecho, por qué coño no lo había hecho— ha sido otra pésima idea. Tanto que, después de la tercera raya de mefe en el baño y de vuelta a la barra, cada vez más abarrotada, los dedos vuelan con vida propia al wasap de Rodrigo: *Hola, estás despierto? Cómo vas?*

Y, claro, ahora no tiene nada de sueño. Por eso, cuando un tipo muy guapo se hace un hueco a su lado y le invita a una copa, Iván acepta sin dudarlo. Le suena mucho la cara, pero como tantas otras: habrá follado con él o con un amigo suyo o con algún amigo de su amigo... En bares como este puedes pasarte meses viendo a alguien todas las noches sin cruzar una sola palabra, aunque te lo hayas tirado varias veces en el cuarto oscuro de la Kavafis la noche anterior.

—Pero te advierto que acabo de llegar de la sauna —dice el inspector al hilo de su pensamiento.

—No es mi intención. Pero no te recordaba tan creído, Iván. O puede que sí.

—¿Nos conocemos?

—Fue hace mucho. Follamos en el Tank. —¡Casi bingo!—. Los dos íbamos muy pasados.

—Pero tú te acuerdas.

—Porque tú irías más pasado que yo o, desde entonces, has follado con más tíos que yo o, sencillamente, tienes peor memoria que yo.

—Prefiero pensar que fue lo segundo.

—No te conozco tanto, pero tu fama te precede, hermano. Puede ser tanto una cosa como las otras dos.

—O las tres —dice Iván con tono chulesco y haciendo una W con los dedos.

—O las tres —confirma el tipo, haciendo el mismo gesto y entrelazando sus dedos con los de Iván—. Sea como sea, ya te digo que mi intención no es repetir. Me llamo Tomás.

Tomás le dice que es del Polígono de San Pablo, el mismo barrio donde se crio el inspector. Es difícil que coincidieran porque tiene veintinueve años, trece menos que él, y porque Iván hace más de veinte que voló del nido de sus padres para montar el suyo con Alicia en Sevilla Este. Por aquel entonces Tomás era poco más que un crío. De alguna manera aún lo es. Iván no puede identificar en qué exactamente, algo en su tono de voz, en su forma de moverse, en su mirada huidiza y saltimbanqui, que no para quieta, como si dudara a cada momento de lo que ven sus ojos. Todo lo cual, por otra parte, contrasta sobremanera con su aspecto físico. Y esto hay que decirlo con rotundidad: Tomás es el tipo de hombre que más le pone a Iván. Moreno, ojos negros y profundos, mandíbula recta y barba cerrada. Alto sin excederse. Un cuerpo fibrado, pero no de gimnasio. Brazos velludos y manos grandes. Los pantalones vaqueros le marcan un culo de lo más prometedor. Su forma de sentarse, con la espalda ni muy relajada ni muy estirada y esa

mirada ansiosa, como si fuera a devorar a su interlocutor de un solo bocado, terminan de redondear un perfil muy cercano al ideal de Iván: los *macho men* de los anuncios de tabaco y perfumes masculinos de los años setenta y ochenta con los que el inspector educó su imaginación sexual en la adolescencia y que, en la actualidad, están en absoluta decadencia (a la espera de que alguna nueva horda de *influencers* los vuelva a poner de moda). También es cierto que mil veces Iván se ha pasado ese ideal por el forro. Quién no ha renunciado alguna vez a sus ideales por un polvo. Él, que recuerde, nunca.

Suena su teléfono. El nombre de Rodrigo ilumina la pantalla como una luciérnaga kamikaze. Dos tonos, considera la posibilidad de descolgar. Al tercero, pasa. Es sábado y es tarde. No está solo y está colocado otra vez. Hay, por tanto, un cuarto y un quinto tono. Después, el aparato enmudece. Mientras su nuevo/viejo conocido pide otra copa, acodados a una barra cada vez más concurrida y asfixiante, entra un wasap: *Estoy despierto. Tardaré en acostarme. Duermo poco y mal. Me apetece verte. BSS.* Joder. Tsunami de ternura. Pero no, se insiste, mejor mañana, sobrio. Haz las cosas bien por una puta vez en tu puta vida, coño.

—¿Algo importante?

—¿Cómo?

—Esa llamada y ese wasap —responde Tomás—. Se te ha cambiado la cara.

—Un amigo que quería consultarme un asunto, pero no corre prisa.

—Para no ser urgente, la hora de llamar es un poco rara, hermano...

—Sabe que estoy en la calle.

—Si tú lo dices...

—No sé por qué —dice Iván con una seriedad que resulta de lo más exótica en este entorno animado y bullicioso—, pero tengo la sensación de que estás buscando algo. Y, si no es sexo...

—Tienes razón. ¡Me has pillado! —Tomás no le suena sincero, pero consigue despertar su curiosidad. A ver por dónde va a salir el niñato este—. Te he reconocido nada más llegar. Y desde entonces ya has entrado en el baño dos veces y me preguntaba... —baja la voz y mira en derredor antes de continuar— si aceptarías que te invitara a algo. No me gusta meterme nada solo.

—¿No tienes amigos o qué?

—Esta noche ninguno se ha dejado caer por aquí.

—¿Me estás vacilando?

—No, hermano, te lo juro. Palabra de honor.

Quizás es esta expresión tan en desuso y tan fuera de lugar la que termina por derribar la última resistencia del inspector. Quizás, detrás de ese arcaísmo, lo único que se agazapa es un buen tipo necesitado de compañía y al que, como a él, cada vez más le cuesta conectar con la gente. Cada vez más jóvenes que él. Cada vez más distantes. Cada vez más jugadores de otros juegos. Da un último trago a su copa y se dirige al baño seguido por Tomás, quien mira hacia atrás con desconfianza.

El baño, un habitáculo oblongo de apenas tres metros cuadrados donde se amontonan un váter, un dispensador de papel (vacío) y un lavabo sobre el que se apoya un espejo desportillado con un marco que en algún momento fue dorado, les obliga a permanecer de pie, apretujados, con la maniobrabilidad justa para dos únicas actividades: meterse mano o hacer lo que han venido a hacer.

—Date prisa.

—¿Te importa prepararlas tú, por favor? —pregunta Tomás con un ligero temblor en la voz—. Estas cosas me ponen muy nervioso.

—Joder, tío. Menos miedo y más resolver. Trae.

Iván coloca su iPhone sobre el reborde más ancho del lavabo. Con los codos pegados al cuerpo, abre a dentelladas la bolsita que le pasa Tomás y vuelca la mitad del contenido sobre la pantalla del teléfono. Se lleva la mano derecha al bolsillo trasero del pantalón vaquero, sin poder evitar rozar la bragueta de Tomás, que da un respingo.

—Tranquilo, hombre. Ni que fuera la primera vez. Ya te he dicho que hoy no quiero follar más.

Entonces, a la altura del riñón derecho, siente el primer pinchazo. El segundo entra un poco más hacia arriba, cuando aún tiene la cara contraída por la sorpresa. Casi al instante, un silbido acuoso escapa por ese orificio.

—¿Qué coño?

El tercero viene por el lado izquierdo, al intentar girarse para encarar a Tomás. Por un instante, puede ver en el espejo el reflejo de ambos, uno extrañado y dolorido, el otro sudando y apretando con fuerza los ojos y el puño sobre su costado, justo un segundo antes de que un géiser rojo y caliente salpique el azogue, algún desconchón con restos dorados del marco de madera y un trazo quebrado en la pared de falso estuco rosado. Iván se revuelve, se agita y patalea. Tomás, tan fuerte, tan fibrado, tan macho, lo inmoviliza aplastándole la cara contra la puerta. El inspector logra insuflar una última bocanada de aire al pulmón que no ha sido perforado. Está a punto de gritar socorro cuando el último pinchazo, un fogonazo metálico, rojo y negro, se hunde en su garganta.

A pesar del dolor, a pesar de la sangre caliente corriendo por su pecho y por su espalda, a pesar del frío que le sube por la espina dorsal, a pesar de que las rodillas apenas si aguantan su peso, a pesar de la oscuridad que cae cuando Tomás apaga la luz del baño,

a pesar de todo, antes de cerrar los ojos, el inspector Iván de Pablos aún logra hacer tres cosas. La primera: fijarse en la sonrisa de Tomás en el espejo. Tan blanca. Tan radiante. La segunda: cuando el dueño de esa sonrisa ha abandonado el baño cerrando la puerta y dejándolo con la espalda pegada a la pared, cayendo poco a poco al suelo: gritar socorro —si a eso que sale de su boca se le puede llamar grito—. Y la tercera: devolver la última llamada recibida en su iPhone. Después, sus piernas ceden del todo y su cuerpo queda tendido en el suelo en posición fetal, la única posible en esta estrechez. Allí abajo puede que apeste a meados y a otros restos más nauseabundos, pero, suerte para Iván, él ya no lo percibe.

09

Miércoles por la tarde, miércoles por la noche, madrugada del miércoles al jueves y jueves por la mañana

Como recién sacada la cabeza del agua. Los sonidos son gomosos. El aire, una madeja de lana. La luz que rasga el párpado y se clava en la retina, una catana resquebrajada y oxidada. Alberto y Quino debieron de sentirse así, piensa. Pero él no va a hundirse. No esta vez y no físicamente. A pesar del ancla que tira de sus tobillos hacia una sima abisal. Hacia la negrura. Hacia el frío húmedo y definitivo. Pero él no piensa hundirse. Puede que mañana sí, hoy no. Todavía no. Son muchas las cuentas pendientes, muchos los frentes abiertos y muy poca la paciencia. Se aferra a ese tapón de corcho en la tormenta que le empuja, que baila una danza desaforada en un torbellino que le lleva hacia arriba, arriba, arriba. Es poco, pero es mucho también. Se aferra y grita: «¡Basta ya, cabrones, dejadme en paz, hijos de la gran puta, que todavía no!».

En algún momento la palidez de una luz acuosa se ha ido filtrando en su interior, apaciguando, estabilizando su cuerpo y, sobre todo, su conciencia. Cuando despierta, los zumbidos son murmullos y las acuarelas negruzcas que empañan sus ojos son siluetas desmayadas que apenas si se mueven.

Un milagro, ha anunciado el cirujano jefe, el doctor Rincón, teniendo en cuenta la salvaje (sic) cantidad de sangre que ha perdido y la profundidad de una de las heridas, la que le ha reventado medio pulmón derecho. Ni esta ni la que le ha atravesado la tráquea son mortales, pero la recuperación va a ser lenta. Ya puede ir olvidándose de hablar durante una buena temporada. Si, por lo menos, el inspector estuviera en forma... Pero no es necesario conocer su historial. Ni el médico ni el de fiestas y excesos. Y si le duele, va a tener que aguantarse. Las adicciones le han provocado una extraordinaria resistencia a los analgésicos. La dosis de morfina que haría tambalearse a un elefante resulta para él igual de efectiva contra el dolor que un caramelo de anís sin azúcar. Un milagro, repite. Ya no se lo dice más: dos veces que Iván intenta articular un sonido inteligible, dos veces que el dolor le rompe la tráquea, los tímpanos y la nuca. Le saca las lágrimas.

—Así dices menos tonterías.

Este sí es un auténtico milagro. ¿Cuánto tiempo hace que no se ven? Si no recuerda mal, la última vez tuvo lugar de la manera más fortuita. Él salía del San Piero y ella entraba. Un día entre semana, alrededor de las nueve de la noche, de ahí su cara de sorpresa. Sin embargo, no le preguntó qué hacía él allí, tan temprano. Iván pensó que no lo hizo, preguntarle, por seguir apretando los dientes, por no recortar ni un milímetro la fría distancia que Alicia había impuesto, ese sapo demasiado gordo para tragárselo, la gota que colmó un barreño rebosante de desplantes, mentiras, incumplimientos y faltas acumuladas año tras año tras año. En aquella entrada y salida, el inspector la saludó con sincera y contenida alegría e hizo un amago de darle un beso en la cara, pero ella se mantuvo en su posición de

deidad inalcanzable, de fortaleza y torre inexpugnables, de madre coraje. No cedió ni siquiera cuando él le preguntó por Rafa, limitándose a murmurar que la esperaban para cenar, que la disculpara, que llegaba tarde. Le habría encantado acompañarla al interior del restaurante y conocer a esa persona (nada le habría alegrado más que ella hubiera rehecho su vida con una nueva pareja), pero no lo hizo. ¿Seis meses han pasado desde entonces? Puede ser.

—Vamos, papá, no la mires así que tampoco es para tanto.

—¿Cómo te encuentras?

Solo tres palabras e Iván comienza a llorar. Un llanto silencioso, apretado, de lágrimas que se desbordan y mojan una barba de varios días hasta que caen sobre las sábanas. Se lleva una mano a la cara con intención de secársela, pero Alicia se le adelanta con un pañuelo. Después le toma una mano entre las suyas. El recuerdo del calor y, sobre todo, del olor de su piel es la primera sensación placentera desde... ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Tranquilo. Tienes que descansar.

Iván intenta definir los contornos del rostro de Alicia y de Rafa, pero sus ojos no le secundan. Solo encuentran ante sí un borrón de formas y colores. Familiares, pero borrón: la habitación del hospital, los aparatos que pitan a destiempo y cuyos nombres y funciones ni conoce ni le interesan, las bolsas rellenas de los venenos que le están salvando la vida, la mesilla donde reposa su reloj de pulsera, la ventana, la puerta, el crucifijo colgado en la pared de un hospital público de un país que, en su Constitución, se autodefine como aconfesional, su ex, su hijo, sus propias manos. Todo se amontona en una gran mancha multicolor donde predominan los grises, los ocres y los violáceos. Con la otra mano garabatea en el aire. Alicia se encoge de hombros. Iván intensifica la gesticulación, ya excesiva,

pero su ex sigue sin entender. El inspector emite un gruñido que le vuelve a retorcer de dolor. Los nudillos se le ponen blancos de apretar las sábanas con más fuerza de la que tiene. Los muelles de la cama crujen bajo su espalda.

—¡No hables!

El sudor empapa la cama. Hace lo imposible por relajar la postura. Quiere inspirar profundamente, pero también el pecho se queja con un dolor y un silbido penoso. Decide entonces volver a la táctica anterior, hace acopio de rabia, se incorpora levemente y logra pronunciar una palabra, cuatro letras, dos sílabas, que le abrasan la garganta como las mismísimas llamas eternas del infierno: «Boli».

—¡Ah, ya! —exclama Alicia—. Espera. —Rebusca dentro de su bolso hasta dar con un bolígrafo y una libreta pequeña con las tapas rojas.

Por fin, y aunque todo sigue borroso, consigue escribir con su letra nerviosa e ilegible para todo el mundo excepto para él, y a veces ni siquiera eso. *Lo siento.*

—Ya hablaremos. Ahora lo primero es que te recuperes. Ha dicho el cirujano que esta vez casi ni lo cuentas. Ya te lo explicará él.

—Mala hierba... —dice Rafa impostando un tono jocoso nada convincente, pero que logra arrancar una ligerísima curva ascendente en la boca de su padre.

Iván vuelve al bolígrafo y a la libreta. Pesan una tonelada, al igual que los ojos, que a duras penas logra mantener abiertos. *¿Lo han detenido?* Alicia niega con la cabeza. Él hunde la nuca en la almohada. Expulsa todo el aire de los pulmones con otro silbido lastimero. Ella toma la libreta y el bolígrafo de sus manos con suavidad y los deja sobre la mesilla. Iván se resigna a cerrar los ojos, aunque solo sea por un segundo. Al poco, siente cómo se hunde ese lado de la camilla. Después, otra vez el calor de las

manos de Alicia sobre la suya. Ya no está en el hospital. Está en casa.

Vuelve a despertar cuando jirones de oscuridad y sombra se cuelan por la única ventana de la habitación. Afuera, el murmullo remoto del tráfico casi le parece una cantata de Bach. Ojalá pudiera conducir él también por esas avenidas que circundan el hospital, tocar el claxon, hacer bramar la sirena. Y no allí, embarrancado entre la impotencia y el dolor. Herido, tocado y casi hundido. El dolor en la garganta como ese invitado inesperado, continuo y pegajoso, del que uno ya no sabe cómo desembarazarse al final de la fiesta. Aunque, si logra abstraerse un instante de su odiosa presencia, poco a poco puede intuir en el efecto de los analgésicos que esta batalla también la va a ganar. La guerra, ya, si eso...

La siguiente vez lo despiertan los ruidos toscos del enfermero de guardia, cuyo nombre desconoce, pero que bien podría ser Godzilla o Kong. Irrumpe en la habitación hablando por teléfono como quien entra en la sala de despiece de un matadero. Sigue hablando mientras le toma la presión y la temperatura, sustituye un gotero vacío por otro lleno y revisa los niveles de otros dos. Valiente hijo de puta, le huele el aliento a coñac y a café. Por las persianas de la ventana se filtran las primeras claridades del día. Mierda de enfermero, se tropieza con el borde de la cama mientras recompone las sábanas y sigue aullando al teléfono. Se aleja por el pasillo ladrando a saber qué cosa sobre el número de horas extra sin cobrar y farfullando sobre el eternamente profetizado colapso de la sanidad pública. Iván ya no va a volver a conciliar el sueño. Mierda de tío, repite.

Pilar es la primera en dejarse caer por el hospital. Hasta este momento, Iván no se ha percatado de que está sondado. Nada más ver la cara de ella al cruzar la puerta sabe que la suya debe de ser un poema de Lovecraft. *¿Tan mal?,* escribe en la libreta. Libreta que, por cierto, recuerda más pequeña y de tapas rojas y más grandes, pero son verdes. Pilar le asegura que las ha visto peores —las caras —. *¿Dónde?,* escribe él.

—En el Vacie.[1] O en Las Vegas.

Un huracán de carraspeos y flemas arrecia por el pasillo camino de la habitación.

—Sí, es el jefe. Se ha parado a saludar al compañero que te han puesto fuera.

Iván arquea las cejas, se lleva un dedo índice a los labios, cierra los ojos y se gira contra la pared. Tarde.

—¡Así que ya estás despierto, mariconazo! No gana uno para disgustos contigo, hijo de... —El comisario se para en seco en el umbral, las suelas de sus zapatos viejos pero lustrosos chillan con el frenazo—. Joder, Iván. Joder, tío...

El inspector vuelve a girarse con un gruñido de dolor, arruga los labios. *Lo mío tiene arreglo*, escribe con letra nervuda y arrastrada.

—Gloria bendita —contesta Diosdado—. Vamos a librarnos de escuchar tus gilipolleces durante una buena temporada. Dicen que va para largo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Pilar, abriendo un claro para demostrar que no es el momento ni el lugar para batallas domésticas—. ¿Necesitas algo?

Iván la mira con dulzura y después asiente rápidamente mientras escribe. *¿Quién?*

—Eso mismo veníamos a preguntarte —responde Diosdado—. Uno de tus ligues, seguro. —Iván cabecea—. ¿Entonces? ¿Está relacionado con el caso?

El inspector inspira y asiente mientras expulsa muy despacio el aire por la nariz. El silbido de los pulmones ya no es tan bronco como ayer, pero aún tardará unas semanas en dejar de recordarle cada vez que respire que a punto estuvo de palmarla, y que el ejecutor fue el desconocido que le clavó hasta cuatro veces un arma blanca (ni siquiera es capaz de recordar si se trata de un cuchillo o de una navaja), pero el culpable último no es otro que él mismo, por andar siempre liándola, por no quedarse nunca quietecito ni calladito, por no hacerle caso a su intuición la otra noche y haberse marchado a casa directamente desde la sauna, donde ya había disfrutado metiéndose todo lo que quiso y follando con quien quiso, pero no, él tuvo que tomarse la última, y es que siempre hay una última copa esperándolo en algún sitio, y si no la hay, él va y se la inventa... *Tiene toda la pinta*, escribe con su letra parecida a las huellas de un gusano en la arena. *Stamos cerca.*

—Aparte de ver cómo estabas, también quería hablarte de eso —comenta Pilar con una enigmática sonrisa en los labios.

El enfermero devastador entra otra vez. Su actitud, sin embargo, dista mucho de la de la noche. Sus ojeras ladran las horas de guardia ininterrumpida. Que le den. También sus modales se han suavizado, quizás por la presencia de los visitantes, el comisario Diosdado lo observa con ojos intimidatorios. Un detalle que recuerda a Iván la de veces que le ha dicho a su jefe que es el más claro ejemplo del perro ladrador, y este le ha contestado que el día que le muerda los huevos se le van a quitar las tonterías para toda la vida. Nunca lo ha hecho, morderle, pero el enfermero eso no lo sabe y está acojonado. Iván se sonríe. Con todo, antes de salir, el

enfermero se arma de valor para recordarles a los visitantes, en un tono escrupulosamente amable y respetuoso, la conveniencia de, por favor, no extenderse demasiado, el paciente aún está muy débil y necesita reposo. Comentario que a poco está de provocar en Iván otra crisis aguda de dolor por una carcajada que puede contener a tiempo.

—Nos vamos —dice Pilar. De su bolso extrae una carpeta con el logotipo del CNP que deposita sobre la mesilla, en un gesto calcado al que poco antes había hecho Alicia con la libreta y el bolígrafo—. Tienes que descansar, Iván, por favor. —Le aprieta la mano y le guiña un ojo. En su gesto aún flota un aire de misterio, como de intriga palaciega—. Pero como ya nos conocemos, te dejo algo para que te entretengas, por si el dolor no te deja dormir.

—Voy a hacer como si no hubiera visto esa carpeta, subinspectora —afirma Diosdado.

—¿Qué carpeta, comisario?

Los analgésicos están perdiendo la nueva batalla en curso, por eso Iván sabe que le va a costar un mundo y algo más concentrarse en la lectura, pero qué otra cosa puede hacer. Ya a solas, se zambulle en la carpeta como si un coro de sirenas y tritones lo llamara desde el fondo del mar. Si su contenido guarda una relación directamente proporcional al entusiasmo con el que su compañera se la ha entregado, debe de ser tan jugoso como la miel de la primavera para un oso recién despierto de la hibernación.

Se abre el dosier con una serie de fotografías del hombre arrestado en el aparcamiento de la Cartuja y que ya ha dejado de ser anónimo. Los *hackers*, de momento, han dejado de putear a la policía. Una fotocopia de su DNI. Buenaventura León Paredes,

nacido en Cártama (Málaga) el 7 de julio de 1993 (29 años). A continuación, otra fotografía de una huella dactilar casi completa encontrada en el cuchillo hallado en el coche del sujeto. En una nota aparte, Pilar aclara que, como ya le había comentado unos días antes, y como figura en la denuncia que también se adjunta, se da la circunstancia de que el coche fue sustraído en dicho municipio malagueño. Y, para rematar el cúmulo de coincidencias, la carpeta también incluye información empresarial de SurConEd. Por un lado, balances y cuentas de resultados que a Iván se le hacen bola. Nunca le han interesado los asuntos contables y financieros, ni siquiera los suyos. Así le va, se dice mientras ojea a toda velocidad las hojas impresas donde su compañera ha encerrado entre signos de interrogación algunas cifras y un par de notas aparentemente nutritivas de conceptos que a él, sin embargo, le dicen poco o nada. Lo jugoso está en el listado de trabajadores de SurConEd que Iván le pidió a Pilar, en una de cuyas páginas, subrayado y rodeado por un círculo a rotulador rojo, figuraba el nombre de Buenaventura León Paredes como encofrador en algunas de las principales obras que la constructora había desarrollado por toda Andalucía. Obras entre las que se incluían, oh, sorpresa, los hoteles Sacramento Vejer, Sacramento Torremolinos y, oh, doble sorpresa, el próximo Hotel Sacramento Sevilla.

Así que blanco y en botella: la teoría que Iván lleva rumiando los últimos días va cristalizando con más o menos acierto. Para ayudarse a sí mismo a visualizarlo con nitidez, a continuación de la nota de Pilar, y con su letra horrible, garabatea algunas frases: un gay homófobo (con trastornos de personalidad por falta de autoaceptación) decide deshacerse de una trieja gay, cada uno de sus miembros nacido y residente en provincias distintas. Para ello cuenta con la ayuda de un sicario que, como mucho, tiene dos

dedos de frente. Pero en el último momento, cuando ya ha liquidado a los dos primeros, el homófobo, en uno de sus giros de personalidad (un arrepentimiento probablemente propiciado por el diagnóstico de un cáncer terminal) se echa para atrás. El sicario tarado dice que, de eso, nada, que él nunca deja un trabajo a medias. En el fragor de la discusión, bien por accidente, bien a conciencia, muere el gay arrepentido y poco después, efectivamente, el sicario *toli* termina lo que había empezado y liquida al tercer miembro de la trieja. La relación entre el gay/homófobo/cabeza pensante y el sicario/cabeza hueca/metódico, reside en que ambos trabajan para la misma empresa constructora, pero tienen la coartada de la distancia que los separa, nadie podría relacionarlos. Algo similar al pacto de sangre de los dos asesinos protagonistas de *Extraños en un tren.*

Faltan, eso sí, algunos detalles por confirmar, no precisamente menores:

Uno, que el sicario, el tal Buenaventura de los cojones, se digne corroborar todo lo anterior en una declaración por escrito y que al juez de marras no se le vaya a ocurrir invalidarla por los fallos en las sinapsis neuronales del acusado. O, peor aún, que, por muy blanco y en botella, al final, el gilipollas este presente una coartada irrefutable o una alegación tan contundente contra el castillo de naipes que Iván acaba de edificar que termine por destruirlos a ambos, al castillo y al mismísimo inspector.

Dos, por qué Jhonatan le confesó (a medias) en el festival a Rafa que sus jefes lo tenían cogido por los huevos. ¿Qué ocultaba? ¿A quién protegía? ¿Por qué no terminó de contárselo todo? ¿Acaso Quino y Alberto estaban al tanto también y por eso significaban una amenaza que había que neutralizar?

Tres, encontrar a Tomás, si de verdad ese es su nombre, el hijo de la gran puta que intentó acabar con su vida en los baños del Caballero Inexistente y qué relación guarda con Ventura, Segis y SurConEd, si es que guarda alguna. Valiente estupidez, claro que la guarda. Si no, a cuento de qué iba a ir a degüello —nunca mejor dicho— por él. Iván se acaricia la herida del cuello con suavidad por primera vez desde que ha despertado. Duele a rabiar.

Y cuatro, resolver todo lo anterior desde su posición de paria apartado del caso, quemado en la hoguera de la opinión pública, la prensa y las redes sociales, con el cuerpo cosido a navajazos y una capacidad pulmonar como para inflar globos en la celebración de una primera comunión de esas que se llevan ahora, de no menos de quinientos invitados.

Blanco y en botella, se repite, blanco y en botella... ¡Por los cojones! Agotado, lanza la libreta y el bolígrafo al otro extremo de la habitación, golpeando la puerta contrachapada del ropero con gran estrépito. Ahora que cae, ¿no eran rojas esas tapas?

Un poco antes de las ocho de la tarde, Iván pulsa el botón para llamar al enfermero, pero ha habido cambio de turno y en su lugar aparece una chica jovencísima, rubia, con una sonrisa radiante y alegre como un amanecer en la playa. Pero él no tiene el alma para paisajes bucólicos. Se quiere morir por el dolor de los cuatro tajos, más si cabe por el de la garganta. La enfermera, que se desplaza como si flotara un par de centímetros sobre el suelo, lo mira con una mezcla de dulzura y preocupación, algo que, en vez de reconfortarlo, hunde a Iván un poco más en su miserable situación. Sobre todo, cuando, tras una rápida comprobación, la joven le explica que el gotero que contenía el analgésico llevaba un buen rato atascado.

Unas tres horas, según sus cálculos. No sabe por qué el mecanismo percutor no ha hecho saltar la alarma. Le pide disculpas. Se hace una idea de cuánto debe de estar sufriendo. No, querida, le grita Iván con una mirada de lobo feroz a esa caperucita de saldo, los ojos anegados de lágrimas furiosas, tú no tienes ni puta idea de cuánto me duele todo.

Media hora después, desatascado el conducto, el inspector se vuelve a quedar dormido. En la intermitencia de la duermevela regresan a visitarlo sus fantasmas de toda la vida, incluyendo a su ex y a su hijo. Las tapas de la libreta se han teñido otra vez del color rojo de la sangre roja.

08

Lunes al mediodía.
Dos semanas más tarde

El paso de los días y el reposo forzoso propician una cicatrización y una recuperación más rápida que la prevista por los doctores. Dijeron: si no hay complicaciones de última hora, a la vuelta de las vacaciones podrá usted reincorporarse al servicio activo, inspector. ¿Vacaciones? El año pasado por estas fechas, Alicia, en un alarde de insospechada generosidad, permitió que Iván se llevara a Rafa cuatro días a la Toscana. Una escapada que resultó un absoluto desastre. Primero, perdieron el vuelo a Florencia porque Iván se quedó dormido (la noche anterior se la había pegado, aunque él lo negó). Tomaron uno posterior con escala en Madrid y, clavada salvaje de precio aparte, tuvieron que renunciar a una noche de hotel, cuyo pago, por supuesto, había sido desembolsado previamente. En Italia el calor era tan insoportable como en Sevilla. Ni los monumentos ni el patrimonio arquitectónico ni la gastronomía ni los paisajes ni los italianos (guapos a rabiar, extrovertidos y entregados a la causa del agrado al turista) compensaron el desaguisado. Al segundo día, Rafa dejó de resoplar y de quejarse, pero con su silencio gritaba que se moría por volver a su casa, a su habitación, a su aire acondicionado, a su Play Station y a sus *bros*, y que su padre debería tomar nota del esfuerzo que estaba haciendo

por él, por que Iván disfrutara de unas vacaciones en un destino que él, su hijo, no había elegido. Y con ello esperaba que tuviera la decencia de agradecérselo. Por eso, a la vuelta el inspector le dio un buen tajo a la ya esquilmada paga extra de verano. No le preguntó a Rafa en qué iba a gastarse esos y él tampoco se lo contó. A quién coño se le ocurre viajar a la Toscana con un adolescente... Un año ha transcurrido y todavía Iván no tiene nada a la vista para este verano. Más me vale, piensa, hacerle ya el bizum. Fuera problemas.

Le dan el alta el primer lunes de agosto. La bofetada de calor le confirma lo que esta mañana ha escuchado en los informativos de la radio, eso de que los termómetros van a batir hoy, otra vez, el récord de altas temperaturas desde que se tienen registros. Que van a reventar, otra vez. Y pensar que todavía hay gilipollas que niegan el cambio climático, se dice al traspasar la barrera del aire acondicionado y las puertas automáticas del Virgen del Rocío. Mira a ambos lados en busca de un taxi. Solo hay uno en la parada, a unos cincuenta metros a la derecha. La mera idea de exponerse al lanzallamas del sol para cogerlo hace que le tiemblen las piernas. Pero se arma de valor, inspira —su nuevo mejor amigo, el pinchazo en el pulmón derecho, le dice «¡Hola, aquí sigo!»— y comienza a andar en dirección a la parada. Poco a poco. Paso a paso. A la cuarta pisada, ya se ha acordado de todos los dioses habidos y por haber. Un coche se detiene a su lado.

—Y que esta ciudad siga sin poner toldos en las paradas... *Sou molt estranys.*

Si uno solo de esos dioses existiera, la sonrisa de Pilar sería la prueba más fehaciente.

—El alcalde ha prometido que les va a poner hamacas. Y fuentes de mojito. Y un pelotón de abanicadores guapos y cachas. Me da

igual si son negros, rojos, amarillos o blancos. No hay etnia mala. Todo es cuestión de copas.

—*Posats a demanar...*

—Discúlpame, pero tantos días encerrado ahí —dice Iván señalando los ventanales de la fachada principal del hospital—, han anquilosado mi catalán.

—Decía que puestos a pedir... Anda, sube, te llevo a casa, que como decís aquí, los bombones al sol se derriten.

—Gracias, pero este bombón es de licor, y los médicos lo han tenido en dique seco —Iván se monta en el coche con un jadeo, una mueca de dolor y otra de disgusto al tocarse la frente empapada—. Invítame a un trago en algún antro oscuro que tenga puesto el aire a revienta calderas.

—¿Y los antibióticos? No deberías mezclar...

—Peor de lo que estoy no me van a dejar.

—Pues mira: estás hecho un guiñapo, pero creía que te iba a encontrar aún peor y... —Pilar guiña un ojo y sonríe—... suenas muy bien. Se te ha puesto voz de locutor de radio. Así como interesantona. Te ha sentado bien esa sequía.

—Oye, estás muy graciosa, ¿no? ¿Qué te pasa, que ya te han dado el pasaporte de sevillana?

—Me alegro mucho de verte bien, eso es todo, gilipollas.

—Y yo, querida. No te imaginas cuánto.

Durante los veinte minutos hasta la Alameda, Iván mira con curiosidad renovada un trayecto que ha hecho antes muchas veces, pero que ahora se le está antojando como recién estrenado. Al contrario de lo que un forastero pueda suponer, Sevilla no se muere todos los años en agosto para resucitar a mediados o finales de septiembre. Quizás no bulla tanto como en primavera o en otoño, pero mantiene una actividad más o menos intensa, día y noche, que

los indígenas de recursos limitados agradecen y exprimen. No tardan en dar con un local de su gusto: tranquilo, a oscuras, y con las mesas bajo un cañón directo de aire acondicionado a dieciséis grados.

—Aquí, a partir de los treinta y ocho a la sombra, vivís de puertas adentro —es lo primero que dice Pilar después de sentarse a la mesa y pedirle al camarero un vodka cortito con tónica para él y una cerveza sin alcohol para ella—. Lo aprendí al poco de mudarme a Sevilla.

—No nos queda otra —y, rápidamente, como si le faltara el aire—. Pero no vamos a hablar del tiempo, por favor. Que haga calor en Sevilla en verano solo es noticia en los telediarios. Hace días que no sé nada de ti. Cuéntame.

—¿De mí o del caso?

—Pilar, amiga...

Su amiga, su compañera Pilar, le cuenta que las cosas por comisaría no andan muy allá: el caso en un callejón sin salida, los medios reclamando información y explicaciones que nadie tiene, la imagen del cuerpo más que tocada, arrastrada, los responsables políticos a la caza de un cabeza de turco —puesto para el que Diosdado es en este momento el mejor clasificado—, y el aparato de aire acondicionado renqueando, sonando como un reactor desde hace diez días. Los técnicos de los servicios centrales han acudido esta misma mañana, poco han tardado para lo que suele ser habitual, pero todavía no han dado con el origen del fallo y, aunque de momento no es más que un runrún, los altavoces de las diferentes facciones sindicales ya están empezando a inundar el escritorio y la bandeja de entrada del comisario con el asunto del aire y de la insalubridad en el trabajo.

—Ah —añade, como si no fuera con ella—, antes de que te enteres por ahí, quiero que sepas que Dani y yo nos estamos separando.

—Joder.

—Mucho.

—Sospechaba que estabais mal, pero no tanto.

—Mejor te ahorro los detalles.

—Siento no haber estado —dice Iván con un deje de duda en la voz.

—No te mortifiques, no te estoy echando nada en cara, tampoco me habría gustado tenerte encima a todas horas. Te basta con saber que la decisión la hemos tomado juntos. —Pilar hace una pausa tensa, como parada en medio de un campo de minas—. Lo siento mucho por mis niñas, también por Dani, ha sacrificado muchas cosas por mí, no solo por el traslado a Sevilla. Pero ya no puedo pedirle que me aguante más —nueva pausa que Iván respeta con un silencio reverencial—. Las niñas lo van a pasar mal ahora, aún son muy pequeñas, pero a la larga agradecerán que sus padres se lleven bien.

—Suena muy civilizado.

—Esa es la intención. Ambos lo estamos haciendo lo mejor que podemos... Aunque también te digo que de pensar tanto en nosotros no he parado un momento para pensar en mí. Para preguntarme cómo estoy. No cómo me siento, porque eso no lo sé ni yo misma. Cómo estoy.

—¿Y cómo estás, Pilar?

La subinspectora sonríe y le hace un gesto de agradecimiento con la mano.

—Es un tópico —continúa Iván—, pero estoy convencido de que, incluso en el caso de Alicia y mío, que es mucho más complicado

que el tuyo y las heridas son mucho más profundas, la clave es el tiempo. Creo que al final lograremos llegar a algún tipo de entendimiento amistoso. En fin, no sé qué puedo decirte... que lo siento y que aquí me tienes.

—Gracias, jefe. Ahora mismo lo que más me ayuda es tener la cabeza funcionando. Trabajar me relaja.

—Lo tuyo debería figurar con un capítulo específico en los manuales de psicología.

—Mire usted quién fue a hablar... Un manual completo hace falta para lo tuyo. Una enciclopedia de la rama, si nos ponemos espléndidos.

Aparición providencial del camarero. Relleno de copas justo cuando más lo necesitaban. Esta vez, ella pide un ron con naranja. El camarero recoge las vacías y vuelve a la barra para preparar las nuevas.

—Entonces, dime. ¿Hay alguna novedad?

—En principio, muy poca cosa —responde Pilar—. A Ventura lo han trasladado al módulo psiquiátrico de Sevilla 2. *Tancat i barrat.* No hay manera de arrancarle una sola sílaba. Está como catatónico.

—¿No habla nada de nada?

—Nada.

—¿Ni siquiera movidas religiosas? No sé, rezos, cánticos, esas cosas tan de cristianos.

—No me seas... Ritos y cantos los hay en todas las religiones.

—Lo sé. Ya me entiendes. ¿Rezaba o algo?

—No en voz alta. Hasta el traslado, lo único que hacía por las noches, antes de volverse mudo, era montar un pollo en su celda. Se las pasaba llorando y dando alaridos. Después, nada. Los médicos aún no se atreven a arrojar ningún diagnóstico, pero un cable pelado, como tú decías, seguro. No es un término muy

científico, pero sí de lo más acertado. No ha recibido ninguna visita y, según el Registro Civil, no tiene a nadie en el mundo.

—Un chucho abandonado en la carretera.

—No me gusta pensar así de las personas, pero hay algo de eso: a veces su comportamiento es más parecido al de un animal.

—Todos somos animales. Unos más que otros. Es cuestión de educación.

—Voy a tener que volver a darte la razón, inspector.

—No sé si me gusta eso. Prefiero que me discutas o me riñas. Voy a probar por otro frente: ¿y del hijo de puta que por poco me mata? ¿Sabemos algo?

—Nada. Ni rastro. Ni huellas ni testigos. El local hasta la bandera de gente, y nadie vio nada ni recuerda a nadie parecido al retrato robot que dibujaste. Claro que tampoco resultas un testigo muy fiable. Ibas bebido y drogado.

—Sí, pero yo a ese tipo lo había visto antes de esa noche. Estoy seguro al cien por cien.

—Creo que, en el hipotético caso de que diéramos con él, ningún juez le iba a dar credibilidad a tus probabilidades. Necesitamos algo más sólido para encontrarlo.

—¿Y tú?

—Y yo, ¿qué?

—¿Me crees?

—Iván, ¿tú por qué piensas que sigo a tu lado? ¿Por guapo? ¿Te has visto al espejo últimamente?

—Más de lo que me habría gustado.

—¿Te sigue doliendo? —Efectivamente, aunque la hinchazón y las rojeces han disminuido, las secuelas del ataque siguen provocando dolor solo de mirarlas. Mención especial para la cicatriz aún muy viva del cuello.

—Más de rabia que por otra cosa.

—Pues mejor que te relajes, porque no tengo mucho más que contarte. Le he pedido ayuda a los compañeros de la UDEF con los papeles contables de SurConEd. Viste que no controlo mucho sobre esos temas, pero algunas cosillas me chirriaban. Lo mismo no es nada, pero por abrir brechas... De todos modos, van a tardar. Media España está de vacaciones y la otra media amodorrada por el calor.

—Normal. Pero tranquila. De entrada, cuesta imaginar que los asesinatos estén relacionados con los líos económicos y financieros de la empresa. Aunque, como tú dices, no perdemos nada excepto tiempo. Y de eso, ahora mismo, ando sobrado. Ya conoces el refrán: cuando el diablo se aburre mata moscas con el rabo. ¿Tenéis alguno similar en catalán?

—Sería algo así como *Qui no té penes, se'n busca* o *Qui no té feina, el gat pentina.*

—¡Esa última me gusta *molt*! —exclama riendo el inspector—. Venga, vamos a mi casa y nos ponemos a trabajar.

—Jefe, sigues apartado del caso y los médicos te han recomendado reposo.

—Vale, como quieras. Me voy a mi casa a tirarme en el sofá. ¿Cuándo prefieres que te avise, cuando empiece a matar moscas con el rabo o cuando empiece a peinar al gato? —Iván echa a andar sin esperar la respuesta de Pilar. Ni cinco segundos tarda ella en seguirle.

Al llegar a la puerta de su casa, se cruzan con Nico, el repartidor del *19 Minutos.* El chaval acaba de terminar la jornada, está empapado y huele a sudor. Ni Iván ni Pilar logran ocultar una mueca de repugnancia que saca los colores a Nico y hace que en el último momento se retraiga al darles la mano.

—¿Te queda algún periódico? —pregunta Pilar, azorada por su propia reacción.

—Acabo de largar el último, señora. Me ha costado lo suyo, porque a estas horas no hay ni un alma en la calle... Bueno, ustedes dos.

—Da igual. En verano no hay noticias —dice Iván.

—Inspector, me temo que voy a tener que corregirle. Este año es diferente.

—¿Y eso?

—Entre lo suyo y lo del Grego...

Claro, lo mío, se dice Iván mientras Nico se convierte en un charco.

—¿Y qué pasa ahora con el futbolista ese? —intercede Pilar. Bendita Pilar.

—Ustedes tienen que ser los únicos españoles que no lo saben.

—Digamos que he pasado unos días fuera de juego y no he prestado mucha atención a la actualidad.

—Yo tampoco sé nada —apunta Pilar—, pero es que a mí el fútbol...

—Pero ¡si esto ya no va de fútbol! —exclama Nico con suficiencia —. Yo se los resumo: al Grego le han rescindido el contrato. Había firmado por dos temporadas, pero, según el club, su rendimiento ha dejado mucho que desear en los últimos partidos, ¡ja! —Nico chasquea la lengua—. En realidad, todo el mundo sabe lo que ha pasado de verdad: que la presión en ese vestuario ha tenido que ser de infarto.

—Joder, ¡qué asco de gentuza! —suelta Pilar—. Y todavía seguiréis defendiendo la nobleza del fútbol y *no sé quines xorrades més*.

—A mí no me metas en ese saco. No sé de qué os extrañáis —dice Iván, que aprieta el paso—. Vámonos. Nos va a dar algo con este

calor.

Pilar lo mira con los ojos arrugados. Pero no le contesta hasta que el ligero frescor del zaguán del bloque del inspector les da la bienvenida. Remarca:

—Pues siento decírtelo, pero sí, me extraña que sigan pasando estas cosas a estas alturas... y que, encima, tú lo veas normal. Precisamente tú.

—Precisamente, sí, yo. Porque no estoy sordo. Llevo toda la vida oyendo lo que dicen y murmuran de mí a mi espalda. Que eso no cambia de un día para otro. Y, si no me crees, vas y le preguntas a mi amigo Felipe.

—¿A quién?

—A un amigo a quien un hijo de puta, enterrador para más señas, maricón y homófobo, le ha dado una paliza por no querer irse a la cama con él.

—¿Cómo dices?

—Olvídalo.

07

Lunes por la tarde

Pasan el resto de la tarde en el apartamento de Iván. Repasan el caso desde el principio. Vuelven mentalmente sobre sus pasos desde que Segis, alias Levítico, entra por teléfono en directo en *La calle es nuestra*. Revisan toda la documentación, todos los informes, todas las declaraciones, todas las anotaciones, todas las conversaciones, todas las fotografías, todas las reuniones, todas las idas y venidas, todas sus reflexiones y elucubraciones. Una y otro se confirman, se matizan, se corrigen, se sorprenden, se corean, se admiran. A iniciativa de Pilar, retiran la mesa de centro y, en su lugar, sobre la alfombra, despliegan como un abanico las imágenes de que disponen, desde las más inocentes hasta las más estomagantes de las autopsias. Por unos instantes, Iván siente la tentación de incorporar a Nuria a este mínimo gabinete de crisis —ni por asomo piensa en Diosdado—, pero no, tengamos la fiesta en paz. Andan y desandan el camino tantas veces que, en algunos momentos, se atascan y descubren en sus respectivas miradas su propia crispación, su misma decepción y hasta un rastro como baba de babosa de temor compartido.

—Si hay algo que estamos pasando por alto— dice Pilar en uno de esos momentos de hastío—, o está muy escondido o todo lo contrario: lo tenemos tan pegado a las pestañas que no somos capaces de verlo.

Iván recuerda el consejo de Marcos, el camello de Torremolinos: «Enfócate en primer lugar en lo más evidente». Y este pensamiento lo convierte en una cerilla con la que raspa la pared rugosa y húmeda de su cerebro, intentando una y otra vez prender una chispa que se niega a brotar.

—¿Has hablado con Alicia o con Rafa? —pregunta Pilar, señalando en dirección al dormitorio del hijo de Iván.

—Por wasap. Rafa se ha ido a pasar estos días a casa de su madre.

—Lo sé. Alicia me dijo que tu chaval quería recibirte cuando te dieran el alta, pero parece que hoy tenía algún lío que resolver. Ya vendrá, seguro.

—Con todo y con sus líos, mi hijo es mucho mejor persona que yo.

—Si no te gusta que te dé la razón, mejor no sueltes esas obviedades, jefe.

Se sonríen. De un modo demasiado recurrente estos días, a la mente de Iván vuelve la noche del incidente en LaRoux, el festi, que diría Rafa, donde murió Jhon. Demasiado recurrente y demasiado doloroso. Porque ¿qué habría pasado si Ventura, al igual que Jhon, hubiera sabido que Rafa era su hijo? Solo pensarlo le eriza la piel y le provoca un escalofrío que, como una serpiente, le sube desde los talones, le recorre la espalda y le muerde en las sienes.

—Los dos han estado muy preocupados por ti estos días —dice Pilar, que parece haber visto la serpiente.

Iván apenas si escucha a Pilar. Está marcando el teléfono de Rafa. Le deja un mensaje en el contestador. Intenta sonar natural y relajado. Le invita a cenar *pizza* en casa esta misma noche.

—¿No es un poco tarde? —pregunta Pilar.

—Temprano, para su edad.

Y es que han dado las diez, se les ha pasado la tarde en un suspiro. Más de cuatro horas allí encerrados y aún nada en claro. Piden la *pizza* en cualquier caso; el frigorífico está (otra vez) vacío y algo tienen que cenar. Pilar tampoco se muestra apurada por volver a su casa.

Para sorpresa de ambos, apenas un par de minutos después de que se marche el de Glovo, el timbre de la puerta vuelve a sonar. Rafa. Iván siente que se le eriza la piel de nuevo, pero el origen es una emoción muy diferente a la de unos minutos antes. Los ojos se le humedecen en el largo abrazo en el que se funde con su hijo. Han transcurrido demasiados días desde aquel otro abrazo en ese mismo salón.

—¿Cenamos? —La cara de Pilar es toda sonrisa.

Mientras Pilar e Iván se dedican a recoger los papeles de la alfombra, Rafa trae de la cocina los cubiertos, los platos y la única cerveza fría que hay en el frigorífico. Cuando regresa al salón, su padre está devolviendo las últimas fotografías a su carpeta.

—¿Y ese?

La imagen que Iván tiene en su mano es el retrato robot que días atrás, estando él aún hospitalizado, dibujó la Científica siguiendo sus indicaciones.

—En teoría es el cabrón que me ha hecho esto —responde pasándose un dedo por la brecha amoratada del cuello.

—¿Cómo? Trae. —Le arranca el papel de la mano.

—¡Cuidado, Rafa, joder!

—Espera, papá. Dame tu móvil. Vas a flipar.

Iván, aunque sorprendido, desbloquea su iPhone con la cara y se lo entrega.

—¿De qué va esto?

—¡Calla, joder! —Sin duda y por desgracia, se compadece Iván, tiene más de él de lo que cree.

Rafa desliza el dedo sobre la pantalla varias veces hasta que, mostrando una sonrisa triunfante, pulsa sobre ella y, con un gesto un tanto teatral, gira lentamente el móvil hasta poner frente a su padre la imagen que ha buscado. Pilar, sin dudarlo un segundo, se asoma también.

—¿A ver? Dame el móvil.

—No —dice Rafa. Iván y Pilar cada vez más intrigados—. ¿Reconocéis la foto?

Iván mira la pantalla arrugando los ojos, como si acabase de descubrir que padece de presbicia y que necesita gafas para ver de cerca.

—Claro. Es la que me envió Jhonatan desde el festival. Los dos tenéis cara de haberos fumado el Rif. Al resto de vuestros amigos no los conozco.

—¿Estás seguro de eso? —pregunta Rafa con impaciencia—. Venga, papá, que no se diga. ¡Que eres el inspector De Pablos, coño!

El inspector le arranca el móvil de un zarpazo. Lo último que necesita es que el jodido niño le ponga a prueba. Cabecea, suspira inquieto y consigue, por fin, enfocarse. Lo ve.

—No me lo puedo creer. ¿Se puede saber...?

—No tengo ni idea, papá. Éramos muchos. Ya sabes cómo son estas cosas. Ese tipo era el amigo de alguien, creo que de Jhon, pero...

—¡¿De Jhon? ¿Y me lo dices ahora?!

—¡Joder, papá! ¡Y yo cómo coño iba a saberlo!

—¡Claro! ¡¿Cómo ibas, cómo ibas, cómo ibas a saber nada, ¿no?! Claro que sí, Rafa. Muy mayor para los porros, pero ¡qué inmaduro

eres, tío!

—¡Mira quién fue a hablar! No sé ni cómo tienes el valor de decir eso.

—¡Ya está bien! —exclama Pilar—. ¿Podéis decirme, si no es ninguna molestia para ninguno de los dos, *què cony passa, si us plau?*

Padre e hijo se miran. Callan. Y, si no fuera porque la situación no lo era, la perplejidad de Pilar y su llamada de atención, coño en catalán incluido, les parecería cómica. Iván es el primero en reaccionar. Pasándole el móvil, le responde:

—Fíjate en el tipo que está detrás de Jhonatan y de Rafa. El más serio de todos. —Pilar se lleva una mano a la boca. Sus ojos se han transformado en dos ventanales—. Es él: el hijo de puta que casi me mata la otra noche.

Pilar amplía la imagen del móvil y lo coloca sobre la mesa de centro. Iván hace lo propio con el retrato robot. No hay ninguna duda, se trata de la misma persona. De hecho, en ambas imágenes el tipo tiene un rictus serio que, en el caso de la fotografía, contrasta, con mucho, entre las risas ebrias y festivas de las demás caras. Si se pudiera subir un par de tonos el color en el dibujo de la Científica, los rostros resultarían gemelos.

—¡Y no me creíste, Pilar! Te lo he dicho por activa y por pasiva, que me sonaba muchísimo. Pero nada, como yo iba colocado y borracho, me decías no sé qué sobre mi credibilidad ante un juez... ¡Pues aquí lo tienes! —dice victorioso Iván, permitiéndose un abrazo inesperado a su compañera—. ¿Qué? ¿Se parece el de la foto al dibujo o no?

Pilar asiente muy despacio, zafándose del abrazo jactancioso y satisfecho del inspector que, sin embargo, prefiere no hacer sangre.

—Me he pasado, Rafa. Lo siento, no tenía que haber reaccionado así. —Con una mano agitada al aire, el muchacho rechaza las disculpas de su padre—. Cuéntame todo lo que recuerdes de él, por favor: cuándo llegó, de qué iba, si hablasteis de algo, si hizo algo que te pareciera raro o fuera de lugar. Todo. Lo que sea, por favor. Es muy importante. Cualquier detalle puede ser crucial.

Rafa se sienta en el sofá, exhala un suspiro y se pone a mordisquear una cuña de *pizza*, un gesto que Iván interpreta como un vale, papá, déjame en paz un rato y ya veré yo si me acuerdo de algo y si me sale de los huevos contártelo. Su padre ni por asomo piensa en comer, tiene un nudo en el estómago, pero sabe que ahora la táctica con su hijo es hacerle entender que vale, Rafa, tío, tómate el tiempo que necesites.

Y acierta.

—¿Te acuerdas —empieza a preguntar Rafa— lo que te dije de que, en un momento de la fiesta, Jhon, muy serio, me contó que sus jefes lo tenían cogido por los huevos, pero no me dijo el motivo, y que después se fue y volvió al rato sonriendo y como si no hubiera pasado nada? —Iván asiente. Claro que lo recuerda. Es uno de los agujeros del caso, donde cada vez que se ha asomado solo ha encontrado oscuridad—. Pues ahora, al ver la foto, acabo de recordar que, durante la conversación, Jhon no paraba de mirar alrededor, muy inquieto, como temiendo que alguien pudiera escucharnos. Lo cual era una gilipollez, porque ya me dirás, con la música sonando a todo lo que daba, teníamos que gritarnos a las orejas para entendernos. —Iván asiente de nuevo. Se muere por que Rafa meta el turbo, pero no, tranquilo, se dice, déjalo a su ritmo —. Pues justo un segundo antes de que cambiara de tema y se quitara de en medio, ese tipo de la foto le pidió fuego y Jhon se lo dio y me lo presentó.

—¡¿Y no recuerdas cómo se llamaba?!

—Tom, Tomy. Algo así. No estoy seguro. A esas horas no andaba yo ya muy fino.

Iván se debate entre comerse a su hijo a besos o matarlo. Al final, opta por algo menos extremo:

—Gracias, Rafa.

Y, a continuación, dirigiéndose a Pilar:

—Necesitamos hacer un barrido del círculo más cercano a Jhon. Empieza por enseñar la foto a su familia, amigos y a compañeros de trabajo. El cabrón de Tomás tuvo la desfachatez de darme su nombre verdadero. Hay que tenerlos cuadrados.

—Fácil no va a ser. Porque si Jhon era tan buen relaciones públicas como dicen, debía de tener amigos y conocidos a punta pala.

Los tres se quedan en silencio. Iván, rumiando la locución tan relacionada con el ámbito de la construcción que acaba de soltar su compañera de una manera espontánea. Y, por la expresión de ellos, Rafa y la propia Pilar deben de estar también pensando en esta casualidad. Hasta que los tres estallan en una carcajada al unísono. Una risa que logra que, durante el resto de la noche, y hasta que terminan la *pizza* y Pilar se marcha a su casa, la conversación fluya por cauces ajenos por completo al caso. Una vez que Rafa se acuesta, Iván, a solas en el sofá del salón, rematando un último cigarrillo, imagina por unos segundos un futuro mejor para ellos tres, donde, por fin, él hace todo lo correcto, lo que mejor le sienta a su vida torcida, lo que sus amigos y sus familiares, incluyendo a su ex, y hasta sus jodidos compañeros de la comisaría, esperan de él.

Un futuro, por cierto, en el que también habitaría Rodrigo. Es muy tarde, por eso decide, en el último instante, borrar el mensaje que a punto está de enviarle. *¿Dónde te metes? He estado fuera de juego unos días. Ya te contaré. Ojalá hubieras estado aquí.* Y, como un

mecanismo de ruedas dentadas engarzadas unas a otras, pensar en Rodrigo le lleva a pensar en Humano Futuro, y Humano Futuro a pensar en la coca, la mefe, el speed, el GHB, los éxtasis, la tina y todas las otras sustancias que han formado parte de su día a día hasta hace solo dos semanas, cuando ingresó en el hospital a punto de palmarla. Dos semanas que lleva sin meterse nada. Dos semanas en las que ni siquiera, con dolor de heridas y todo, ha pensado en ellas. Hasta ahora.

06

Martes por la mañana

Los párpados pegados y legañosas sus comisuras, un reguero blancuzco, seco, la almohada en el suelo y un ligero tufo a sudor y a penumbra de persianas bajadas le dan los buenos días. Antes de meterse en la ducha y arrancar el día, Iván tiene que sentarse en el filo de la cama durante unos minutos. Como para coger impulso, como para encontrar el valor, un día más, de seguir adelante. Está cansado. Otro día más. Le duelen las heridas. Ni él mismo le da el menor crédito a esta involuntaria sentada de cabeza.

Deja que el agua caliente le escalde la espalda y que, a continuación, la fría volatilice las telarañas en su cabeza. La templada no es una opción. Nunca lo ha sido, la templanza. Correr o correr. Solo eso, correr. Correr y química. Ahora se tiene que apañar con ibuprofeno para el dolor y Bepanthol para las cicatrices, la del cuello, sobre todo, la más visible, la más memorable. Meras cosquillas. Para seguir alimentando la mentira, desayunar antes de la hora del desayuno. Porque aún no han dado ni las ocho. Un logro. Un hito. Un aparente punto y aparte que el inspector De Pablos siente como tres puntos suspensivos. Tres migajas de la tostada con aceite y jamón de york que se echa al coleto. Porque también, por esta vez, valiente precedente, vuelve a haber jamón de york en la nevera. Y Rafa no está.

Suena el teléfono. Solo puede ser ella a estas horas de nadie.

—¡Lo tenemos! —Ha acertado—. Anoche, de camino a casa, les envié la foto, no podía esperar más. Aunque yo ya sabía que *aquests cabrons* no me iban a contestar.

—Buenos días, Pilar.

Suspiro extendido al otro lado de la línea.

—Buenos días, jefe. Discúlpame. ¿Mala noche?

—No demasiado, pero me cuesta arrancar. —Iván sabe que no debe decir lo que va a decir y, aun así, lo hace—: Me hago mayor.

—Como todos.

—Ya... mejor sigue contándome. ¿A quién le enviaste anoche la foto con tanta ansiedad?

—Yo lo llamaría eficacia.

—Vale, PP.

—¿Cómo?

—Nada. Sigue. ¿A quién?

—A nuestros amigos de SurConEd y Sacramento.

—Íntimos.

—Y tanto. Como que han pasado de mí.

—¿Entonces? ¿Tanta felicidad?

—Hace un rato llamé a un amigo. Me ha pasado una versión beta de una *app*.

—Un *hacker*.

—Un amigo. —Iván sonríe y se mete el último bocado de la tostada. Antes ha rebañado con ese trozo de pan el aceite del plato —. Simplificando, se trata de un programa de reconocimiento facial a través de una IA. Cómo son estas máquinas, Iván. En menos de un minuto lo ha identificado. ¡Cómo son! —Su entusiasmo es contagioso. El inspector no puede evitar sonreír.

—¿Vas a decirme su nombre o voy a tener que preguntarle a tu amiga esa, la IA?

—...

—¿Pilar?

—Dudo que pudierais llegar a entenderos. Vuestros coeficientes intelectuales están muy lejos el uno del otro.

—...

—No sé cómo te aguanto, te juro que no lo sé.

—Porque el roce hace el cariño.

—Y la distancia el olvido, no lo olvides, valga la redundancia.

—¡Pilar, coño!

—Tomás. Tu hijo iba bien encaminado. El sospechoso al que buscamos se llama Tomás. Tomás Plaza Herrero, veintinueve años de edad, nacido y residente en Sevilla, en el barrio del Polígono San Pablo.

—¡Me lo dijo! No me acordaba...

—Va a ser verdad que estás mayor, jefe.

—Voy a hacer como que no te he oído... Continúa.

—Este Tomás parece tener la mano floja. Se le va rápidamente. Tiene antecedentes por peleas, delitos de lesiones, por maltrato a su mujer (esta pone y retira las denuncias contra Tomás como quien juega al mus). Pero no suman gran cosa, nunca ha llegado a dar con los huesos (¿se sigue usando esta expresión?) en prisión. Ha trabajado como yesero desde que abandonó la ESO con dieciséis y más repeticiones de curso que *Pretty Woman* en la tele. Yesero fue su padre y yesero es su hermano. Los últimos dos años ha sido capataz en la obra de un hotel en Sevilla cuya apertura, si no sucede ninguna otra desgracia, está prevista para las próximas navidades. —Pilar teatraliza una pausa—. ¿Adivinas de qué hotel hablo?

Todo está en el principio. Todo pasa por esos hijos de la grandísima puta de Sacramento y de SurConEd. Iván no quiere ni recordar que los conoce desde antes de que Jhonatan falleciera. No

puede permitirse el lujo del remordimiento. Eso lo convertiría en víctima. Igual que Segis. El maricón homófobo de Segis, asesino y víctima. Y él, el inspector, no puede ser también el culpable de la muerte de Jhon. De ninguna de las maneras. Eso no puede ser. Él no cree en Dios, ni en Yahvé ni en Alá ni en Ganesha. Él, jamás. Él, nunca. Él, no. Como san Pedro, tres veces no.

—Quiero que sepas —Pilar suena exultante. Iván busca por todos los rincones el primer cigarrillo del día, solo encuentra pelusas y otras cosas sin identificar— que voy a pasarme por Sevilla 2. Para volver a interrogar a Ventura. Me da a mí que el tornillo que le falta a este lo guarda el otro, Tomás.

—Lo que quiere decir...

—Que Ventura no es sino la marioneta de Tomás.

—Tiene sentido.

—Mientras, ¿qué vas a hacer tú?

—Voy a chupársela a Diosdado.

—Qué animal eres.

—Es lo único que se me ocurre para que me deje volver.

—Buena suerte, jefe. Ya me contarás.

Que Iván se engancha a cualquier sustancia que le produzca un mínimo placer con una facilidad radiactiva lo sabe cualquiera que lo conozca. Pero solo él sabe que lo mismo le sucede con ciertas personas. Pilar es una de ellas. Como con la coca, la mefe o hasta con el speed, lleva tanto tiempo disfrutando de su compañía que ya no puede pasar mucho tiempo lejos de ella.

El inspector se viste sin prisa. Hay ropa limpia y planchada de sobra en el armario, otra novedad. La casa huele bien. Su vida, en esta mañana cálida de verano, a pesar del humo del tabaco, a pesar

de las muertes a su alrededor, a pesar de Tomás, de Ventura, de Sacramento y de SurConEd, a pesar de su cansancio, huele bien. El iPhone vuelve a sonar. El nombre en la pantalla: Pilar Ojeda.

—No te lo vas a creer: se ha fugado.

—¿Cómo?

—Ventura, ¡que se ha fugado! ¡Escapado!

—Pero ¡cómo! —Trata de retener el aroma a limpio en su nariz, pero Iván nota que gota a gota se está, también, fugando—. ¿No estaba en el módulo de tarados?

—Lo llevaron muy temprano al Virgen del Rocío para un chequeo médico completo. Teóricamente iba a pasar todo el día allí, entre neurólogo, infectólogo, oculista y alguno más que no recuerdo. Aunque la información que me han dado es poca y confusa, lo que sí parece seguro es que aprovechó un descuido del compañero que lo custodiaba cuando fue al baño.

—¿Quién fue al baño? ¿Ventura o el compañero?

—El compañero.

—Qué listo el tonto. Y qué gilipollas el listo.

05

Martes por la mañana. Media hora y tres minutos más tarde

Iván ha ignorado las miradas, las medias sonrisas y las murmuraciones de sus compañeros. Los mismos mierdas de siempre: bolsas hinchadas bajo sus ojos de sapo, insanas barrigas embutidas entre sus escritorios y sus sillas, manchas de café con leche y mantequilla rancia condecorando sus uniformes reglamentarios. Cuando todo esto acabe les recordará esas miradas, esas palabras y esas sonrisas de mierda.

Se encuentra con Pilar en la puerta del despacho de Diosdado, inusitadamente solo y misteriosamente callado. Ni una tos. Ni una mucosidad pidiendo pista para aterrizar en su garganta. Si no fuera por que su comisario es casi tan ateo como él, Iván pensaría que está rezando: cabizbajo, la boca entreabierta, las palmas de las manos juntas rozando los labios, los pulgares sujetando la barbilla, los ojos cerrados. Los abre en cuanto los presiente, expectantes, bajo el dintel de la puerta. Dice:

—Coño, Iván. Tienes mejor cara que yo.

—A riesgo de cabrearte, te voy a decir que eso no es muy difícil, jefe.

—No me cabreas. Por una vez en tu vida tienes razón. —Se frota los ojos. Si aprieta más, se los va a sacar de sus órbitas—. Llevo días sin pegar ojo. Esta mierda de caso.

Primeras toses. El color rosa empieza a escalar por sus mejillas. Malo, se dice Iván. Se compadece de su jefe, pero también quiere quitarse de en medio cuanto antes. Su día no ha amanecido demasiado soleado, no necesita un chaparrón de Diosdado. Además, si está fuera, está fuera. Si el comisario quiere que vuelva a esta mierda de caso, que no le dé la bienvenida con una bronca.

—Se ha convocado una rueda de prensa para dentro de una hora, antes del cierre de los informativos. Somos tantos los que vamos a comparecer que no vamos a caber en la mesa de prensa. Lo único que sé seguro es que, entre tanto jefe, me va a tocar hablar solo a mí.

—La cola de león —apunta Iván.

—El mayor gilipollas —corrige Diosdado—. Dicen mis jefes que me va en el sueldo.

—Y porque eres el más guapo de todos.

—No me toques los huevos, Iván. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Con todo, milagro, aleluya, el comisario mantiene la laringe expedita como la de un niño de San Ildefonso.

—Lo primero es solicitar al juez la orden de búsqueda y captura contra Ventura —dice Pilar. Se ha sentado en una de las dos sillas de confidente y ha abierto la carpeta con el dosier del caso, de donde extrae las fotos que coloca sobre la mesa—. Y contra Tomás Plaza Herrero.

—No me subestimes, subinspectora. Eso ya está hecho. Si no fuera porque conozco los gustos de este —señala a Iván sin dejar de mirarla con fijeza—, pensaría en aquello de los dos que se acuestan en el mismo colchón.

—Un comentario muy desafortunado, jefe. —Pilar le devuelve la mirada fija, pero el doble de afilada—. Aparte de que a Iván le va la carne y el pescado.

Iván se pregunta en qué momento se ha vuelto invisible. Y, aunque se dice que no le importa, también se pregunta en qué momento y cómo se habrá enterado Pilar de su revolcón con la doctora Isla. ¿Se lo ha contado ella en plan confidencia de amiga a amiga? No le pega nada y, aunque se repita que le importa un carajo, siente un leve pinchazo en la boca del estómago.

—Cuando os canséis de hablar de mi vida privada seguimos trabajando, si os va bien.

Diosdado alza la mirada y le indica con un gesto de la mano que tome asiento junto a Pilar. Iván ha creído leer una disculpa entre líneas. Haya o no haya sido, la acepta.

—Todavía estamos hechos un lío, más que al principio incluso, pero tengo el presentimiento de que vamos desenredando la madeja. —Iván gira los dedos índices en el aire.

—No estamos para presentimientos, sino para hechos. Datos. Pruebas. —Este Diosdado de voz cristalina, casi transparente, inflexible pero inalterable, le tiene desconcertado.

—Lo sé, jefe. Pero estoy convencido de que en breve daremos con la clave de todo. Aunque sea por mera eliminación. Y estoy seguro de que esa clave la tiene Tomás. Por eso es tan importante atraparlo.

—¿Quién es el asesino, Iván?

El inspector guarda las manos en los bolsillos del pantalón. No es solo su forma de replegar velas ante el temporal de Diosdado, que más pronto o más tarde va a comenzar a arreciar. Se trata también de algo más práctico: secar el sudor de las palmas. Sudor no solo fruto del calor. La pregunta del comisario ha sido tan directa, tan

sencilla, tan sin dobles sentidos que a Iván solo le queda en la recámara la bala del a por todas. Dice:

—O la asesina. O los asesinos. O las asesinas. O...

—Como sigas por ahí —le corta Diosdado—, te la cargas. Si no sabes a estas alturas la respuesta, no sé qué carajo haces aquí. Ya te puedes tirar a las calles cagando leches. Y, por tu bien y por el mío, ni se te ocurra volver hasta que no me traigas arrastrando a ese o a esa o a eso. Me da igual. Pero vete. —Por fin, en el despacho principal de la comisaría, más cerca del infierno que del cielo, estalla la tormenta de toses acumuladas. Rayos y centellas.

Tormenta que Iván deja a su espalda mientras abandona el despacho como un perro mojado. Con todo, reconoce que su jefe no ha hecho sino lo que tenía que hacer, lo que él mismo habría hecho en su lugar. A ninguno le queda tiempo para alternativas. A él, menos que a nadie.

Quizás ese sea el motivo por el que la aparición de Juan Muñoz atravesando el patio de la comisaría a una velocidad tan fuera de lugar para ese sitio, a esa hora y, sobre todo, para esa persona, le pille desprevenido. ¿Qué coño? Parece que hace una eternidad que se conocieron.

—Inspector De Pablos, con el debido respeto. —Juan Muñoz viste el mismo uniforme con el que recibió a Iván y a Pilar en la obra. El uniforme de la empresa de seguridad que le contrata para vigilar la obra del hotel Sacramento Sevilla, tarea en la que, como los diarios de alcance nacional se encargaron de divulgar, ha fracasado estrepitosamente. Vaya usted a saber los motivos por los que no lo han despedido todavía. Quizás porque las sustituciones no resultan tan fáciles en esta época del año. O, lo más seguro, piensa Iván, porque es hijo, hermano, sobrino o amigo del dueño de alguna de las decenas de contratas que operan en la obra. Uno de tantos

inútiles con suerte—. Me he permitido presentarme aquí, ante ustedes, perdón, ante usted, porque creo disponer de cierta información que, en mi humilde opinión, podría serle de utilidad.

Iván lanza una rápida mirada alrededor, como una advertencia o una pregunta a los compañeros que los están observando. ¿Veis? Me busca a mí, gilipollas. No a vosotros, ni a Pilar, ni siquiera a Diosdado. A mí, cabrones. Lo conduce hasta su despacho y le invita a pasar. De un salto va en busca de Pilar. Mientras se sientan, Iván concluye que este hombre es un roedor. Pequeño. Peludo. De inquieta respiración. Su mirada salta de un lado a otro. Contrae la nariz como si el despacho oliera raro (huele raro). O como si un gusano llevara días corroyéndole el tabique nasal. Se ha transformado desde la primera y última vez que se vieron. Porque su uniforme es el mismo, pero el cuerpo de Juan Muñoz no. Ha adelgazado tanto en menos de dos meses que parece haber encogido. Una sombra gris le afila los pómulos, y ahora su cara es la de un enfermo de sida, de un yonqui, de alguien que no ha pegado ojo en demasiado tiempo.

—Qué alegría me das, compañero. —Iván recupera el tono de camaradería que hace que el guardia de seguridad se sienta importante. Le palmea el hombro con una mano amiga. Nota su omóplato afilado y tembloroso como huesecillo de gorrión—. Recuerdas a la compañera Pilar, ¿verdad?

—Cómo no, subinspectora Ojeda. Un placer volver a verla. —Juan estrecha la mano de Pilar con una efusividad a la que ella responde con un desganado asentimiento, odia este tipo de excesos. Tan pegajoso—. Le pido disculpas también a usted por esta intromisión. Sé que debería haberles avisado antes...

—No te preocupes, hombre —intercede Iván. Sonríe—. ¿Para qué estamos los colegas, si no es para ayudarnos unos a otros? Anda,

amigo. Relájate y cuéntanos qué te trae por aquí.

Juan Muñoz inspira y espira profundamente. Mira a Iván. De ahí su mirada salta a Pilar y rápidamente vuelve al inspector. Se humedece los labios. Y comienza a contar con un hilo de voz débil pero constante. Lo trae hilvanado:

—Hoy no he ido a trabajar. Ni yo ni nadie. Jesús, el jefe de obra, nos explicó ayer que, con todo el revuelo que se ha montado tras la muerte de Segis y de los otros compañeros, ellos, los jefes, tenían que pensar cómo proceder con los proveedores, con los bancos, con los compradores, etcétera. Y, claro, con ustedes, la policía y, por supuesto, con la prensa, que ya saben la que hay montada. —Juan hace una pausa. Iván asiente. Le invita a seguir—. En definitiva, que hoy no hemos ido al tajo. Verán ustedes, yo no me considero una persona muy inteligente. De haberlo sido, habría hecho lo que mis padres me decían una y otra vez, Juan, estudia, Juan, estudia, que la vida no es barata, que montar una familia, un hogar, cuesta mucho, el coche, los niños, la hipoteca... Juan, estudia, pero yo, qué quieren que les diga, que tonto no soy, creo yo, pero muy listo tampoco, para qué me voy a engañar. Y constante, pues tampoco, la verdad sea dicha. Uno tiene que aceptar sus limitaciones. Y, sobre todo, uno tiene que apechugar con las decisiones que toma en la vida y tirar para adelante. Porque de qué sirve arrepentirse, de nada. ¿Verdad, inspector? ¿Subinspectora? —Iván y Pilar suspiran, los ojos muy abiertos, las cejas alzadas, las paciencias al límite—. Pues eso. Que yo no seré muy listo, pero tampoco tonto. Y lo de ayer ya fue la gota que colmó el vaso, como se suele decir, y ya venía yo rumiando desde hace tiempo que algo raro estaba pasando en la obra. Porque una cosa es una cosa y la otra, pues eso, la otra. Y a mí, cuando Jesús me pedía que mirara para otro lado, yo obedecía. Porque él es el jefe, es el listo, y yo pensaba que eso no le hacía daño a nadie. Y

porque así se funciona en todas las obras. Y porque... porque yo me he llevado también mi pequeña comisión, como todos. Porque esto funciona así, lo quiera uno o no lo quiera, y si te pones exquisito pues, al final, te señalan. Y total, por nada, por una gilipollez. Por ejemplo, si va Jesús y pide más losas de las que se necesitan según el proyecto de obra, qué les digo yo, cincuenta o cien metros cuadrados más, solo por si acaso, nadie le va a decir nada, porque los jefes siguen ganando, todo el mundo gana. Salvo que sea una cantidad desorbitada, claro. Se dice así, desorbitada, ¿verdad? Ya les he dicho que muy listo no soy, pero me gusta leer. Sobre todo, novela histórica. Son las mejores. Lo que aprende uno, ¿verdad? Pues eso, que salvo que la cantidad que se compre de losas de más, o de material de agarre, o de fontanería, o hasta de electrodomésticos, sea desorbitada, todos salimos ganando. Y eso es lo más normal, ya les digo. Tan normal como que la reforma del cuarto de baño que hice en mi casa el año pasado solo me costó la mano de obra. El material, pues eso, que si unos pocos metros cuadrados de azulejos, otros pocos de solería, unos cuantos sacos de cemento y poco más. Eso, para una empresa como SurConEd es *peccata minuta* —me encanta esa expresión, *peccata minuta*, es latín, ¿saben? y se escribe con dos ces y significa que algo es poquilla cosa, un pecado venial, una falta sin importancia—. Cuatro cajas de azulejos no se notan en una obra como la del Hotel Sacramento Sevilla. Vamos, ni cuatro ni cuatrocientas. Lo que les decía antes, que, si la cantidad no es desorbitada, Salvador, el administrativo de la obra, ni se cosca. Y, si lo hace, lo más que puede hacer es guiñarte un ojo y decirte Juan, no te pases, hombre, coge lo que necesites, pero no más, ya está. Todos tan amigos. —Iván y Pilar permanecen como hipnotizados—. Así que en la obra hay un trasiego continuo de mercancías entrando y saliendo,

entrando y saliendo, entrando y saliendo. La mayoría se registran en el libro correspondiente. Y ahí es donde aparezco yo. Porque vigilar una obra, además de no tener mucha ciencia, es una tarea más bien escasa. Que, gracias a Dios, hasta lo del pobre Segis, no había tenido nunca ningún percance. Por eso me dijo Jesús Hogaza: mira, Juan, tú ayúdame con el libro de registro de entrada de mercancías, que estudios no tendrás, pero se te ve un tío con recursos, de los que se coscan de todo, tú solo tienes que apuntar el día, la hora, la empresa y la matrícula de la furgoneta o del camión, que el conductor te firme la entrada, y ya está, de lo demás nos encargamos nosotros. Y así llevo haciéndolo prácticamente desde que comenzó la obra. Y, como les he dicho, inspector y subinspectora, hasta el día de hoy todo ha ido como la seda —qué expresión tan bonita esta, dicho sea de paso, como la seda, tan suave, ¿verdad?

Fuera del despacho de Iván se produce un revuelo. No muy lejanas suenan las gárgaras de Diosdado. El inspector consulta su reloj. Es la hora de la rueda de prensa. Lanza una mirada interrogadora a Pilar, quien se la devuelve encogiendo los hombros. ¿Vamos? No vamos. Nos quedamos con este, a ver dónde nos lleva. Y Juan Muñoz continúa. Está lanzado:

—Lo que de verdad me pone un poco nervioso es lo otro: lo de que fuese Jesús y solo él quien se encargase de determinados portes. Los que llama los suyos.

—¿Y eso? ¿Qué tienen de especial?

Juan Muñoz se arrellana en la silla. Parece que por primera vez en todo este rato toma conciencia de que no ha parado de hablar y de que hay dos pares de ojos y de oídos posados sobre él. Es su momento.

—Pues verá usted, inspector, y usted, subinspectora: para empezar, los portes suyos, los de Jesús, los da siempre el mismo vehículo, una Kangoo normalita, blanca, sin logotipo. Ahora les doy el número de matrícula, lo tengo apuntado en mi móvil, porque, si no, se me olvida, porque listo no, pero tonto tampoco, ya se lo he dicho, ¿verdad? Pues eso, una Renault Kangoo, insisto: nada del otro mundo, ni vieja ni nueva, ni limpia ni sucia, blanca. Normal. Viene más o menos una vez al mes, aunque solo Jesús sabe el día exacto. Me avisa la misma mañana, la entrega se hace por la tarde, cuando ya no queda nadie en la obra. Para que no anden cotilleando, me dice Jesús, ya sabes, que a estos les gusta rajar y meterse donde no los llaman. Como la cantidad de mercancía que trae no es demasiado voluminosa, entre cinco y diez sacos y cajas, es el conductor quien la descarga. Que yo recuerde, solo ha habido un par de veces en que el porte ha sido un poco más voluminoso y Jesús ha descargado también. La primera vez, al ver al pobre dejándose el lomo me ofrecí a echarle una mano, pero me dijo que no, que me quedara en mi garita vigilando. Me extrañó, la verdad, porque qué quieren que les diga, yo estoy mucho más en forma que él, porque desde que es jefe de obra echa allí más horas que nadie, en la caseta, todo el tiempo sentado en su mesa, al teléfono, tratando con unos y con otros, con los de dentro y con los de fuera, y claro, moverse, más bien poquito, y eso de ir al gimnasio, hasta donde yo sé, menos todavía, porque el hombre está siempre apurado, como si el tiempo le mordiera los talones, que yo no sé para qué quiere entonces ser jefe, ¿verdad? Pero donde hay patrón... en fin, perdónenme, que me despisto: que ninguno de los dos consintió que les ayudara, con lo que sudaban para llevar la mercancía a los trasteros de arriba...

De pronto, Juan Muñoz se queda callado. Como si acabara de darse cuenta de que toda su palabrería suena ahora mucho peor que antes, cuando solo bailaba en su cabeza. Se pone ceñudo. Debe de estar pensando también que siempre le pasa igual, que al final sí que es el más tonto.

Iván está a punto de decirle que la cárcel está llena de tontos. Que los tontos casi nunca se libran. Que son pocos los tontos que, casados, juran por su vida, por la de su marido o por la de su mujer y por la de sus hijos si hace falta, que ellos de eso no saben nada, que nunca se han preguntado cómo tienen dos meses de vacaciones al año, a todo lujo, una casa propia y otra en la playa, dos coches de alta gama, cómo pertenecen a un club deportivo exclusivo y matriculan a los hijos en los colegios más elitistas y más caros, y todo con un solo sueldo que entra en casa, y ese sueldo, un sueldo normalito de empleado de una asesoría fiscal o de una aseguradora. Usted dirá que mi marido (o mi mujer) es un criminal, señoría, pero yo nunca he visto nada raro, se lo juro por Dios, señoría: yo nunca he oído gritos en el sótano. Esas cosas pasan, se dice Iván, y se acuerda de un famoso exjugador de balonmano cuya mujer, emparentada en línea directa sucesoria con un rey de un viejo país europeo, juró y perjuró ante el juez que ella tampoco sabía nada, que él recuerde, es de las pocas que se han librado de ir a la cárcel (no así su marido, algo es algo, no todo está perdido). Borra ese pensamiento de inmediato. Aquí, todo el mundo es tonto y hace relojes, como suele decirse.

—¿Nunca le preguntaste nada, Juan?

—Si viera usted lo bonito que me ha quedado el cuarto de baño, inspector...

—Claro. Y gratis, no te jode...

—Inspector, yo... Todos en la obra lo hacen...

—Déjalo. No te molestes.

Juan se seca el sudor de la frente con la palma de la mano, y la mano en los pantalones. No hace tanto calor como el otro día, cuando Iván y él se conocieron y, sin embargo, el segurata está sudando el doble.

—Jefe, le juro por mi hija pequeña, que es lo que más quiero, que el día que usted y la subinspectora Ojeda aparecieron por la obra —dice Juan, como si estuviera pensando lo mismo que Iván—, ni se me pasó por la cabeza que la muerte de Segis tuviera la menor relación con lo que le acabo de contar. Segis era maricón —perdóneme, quería decir gay—, todos lo sabíamos o lo sospechábamos, por mucho que él se empeñara en ocultarlo con la pesadez suya de la religión. Ustedes no se pueden ni imaginar el coñazo que daba, si me permiten la expresión. —Una sombra de humo negro se posa en su mirada—. Pero con todo lo que ha sucedido después, yo ya no sé qué pensar.

Pilar e Iván se miran durante unos segundos. Que el tarado este vaya a proporcionarles la clave definitiva del caso es lo último que esperaban y, sin embargo, no les sorprende a estas alturas. Con todo, Iván habla con cautela:

—Y entiendo que esto que me estás contando y que te ha hecho cambiar de opinión guarda una relación estrecha con Tomás Plaza, ¿no es cierto, compañero?

La cara de Juan ha cantado bingo.

—Claro. Se lo acabo de decir, inspector: Tomás era quien conducía la Kangoo.

—No me puedo creer, Juan, que conocieras a Tomás.

—Por supuesto, jefe, ¡y ustedes también! —La cara del segurata es la de alguien que ha triunfado en la vida. Si su madre, que en paz descanse, lo viera...—. Tomás es el capataz de la obra, ese al que

Jhonatan le derramó la espuerta con agua sucia por la cabeza. ¿No se acuerdan? ¡Si este es, precisamente, el motivo por el que he venido a hablar con ustedes!

04

Martes al mediodía

El pico de un lavabo elefantiásico penetra entre sus costillas mientras se inclina sobre la tapa de la cisterna para meterse una raya de cocaína. Dentro del minúsculo cuarto de baño de la caseta de obra, el aire acondicionado ruge como un mosquito de dimensiones jurásicas. Menuda gota de ámbar haría falta para conservar a tamaño bicharraco. Una idea le empuja hasta otra, ese baño angosto es como su propia gota viscosa, sofocante y hedionda, y la metáfora, si alguna vez tuvo gracia, deja de tenerla. Tira de la cisterna para disimular. Al compás de la tromba de agua, le viene a la mente la última imagen encadenada, la imagen de sí mismo semanas atrás en otro baño, el de la emisora de radio, con otras rayas por delante, segundos antes de salir al aire. Parece que han pasado dos años, cuando apenas llega a dos meses. Como entonces, también ahora llaman a la puerta:

—¿Se encuentra usted bien, jefe? ¿Necesita algo?

—Ya salgo, Juan. Solo ha sido un retortijón.

Iluso. De todos los polis con los que el segurata podría haber confraternizado ha tenido que ir a hacerlo con el que menos le conviene. Juan Muñoz, tan manso, tan servil y tan crédulo, aún no sabe dónde se ha metido. La mala suerte ha llevado a este pobre desgraciado a cruzarse con el inspector Iván de Pablos, de escasas

virtudes conocidas. Con la poco probable excepción de Diosdado y Ojeda, y no siempre, tampoco brilla por la lealtad a sus compañeros.

—Vamos. Tenemos una importantísima misión que cumplir —dice Iván cerrando la puerta del baño a su espalda y arrastrando a un Juan Muñoz exultante por servir a la madre patria.

El inspector lleva una hora echando bilis por la boca. Hace una hora que Diosdado le ha dicho a Pilar que le ayude a montar el dispositivo de búsqueda de Tomás y Ventura y que cite en la comisaría al señor Jesús Hogaza para mantener con él una civilizada conversación en torno a las entradas y salidas de material de obra no documentadas ni registradas. Y hace una hora que le ha pedido a Iván, más bien por quitárselo de en medio que por un interés genuino, que se dé una vuelta por la obra con el segurata, para inspeccionar dónde se almacenaba ese material irregular. Hace una hora, el inspector estaba tan cansado y tan harto que, a pesar de la nueva dimensión que ha adquirido el caso con la información aportada por Juan Muñoz, no ha querido discutir con su jefe. Si lo que toca es pasear, se pasea.

—Tú mandas —dice Iván.

—¿Cómo?

—Que tú mandas, Juan. Coge las llaves de los trasteros, que yo te sigo.

—Aquí están. —La sonrisa del segurata mientras hace tintinear un llavero entre sus dedos es tan radiante que podría proporcionar a los ascensores del futuro hotel Sacramento Sevilla la electricidad de la que aún carecen.

Enfilan los pasos hasta la puerta principal del segundo de los dos edificios que componen el hotel. El inspector alza la vista. A falta de los últimos remates, la obra está prácticamente acabada. Hasta ahora no había caído en que la mole de cemento, acero y cristal

parece un falo descomunal. Hay que ver lo que nos gusta presumir. Se consuela pensando que dentro estará más fresco. Error: la humedad aquí es untuosa, el olor a pintura es excesivo, se le hace un mundo la simple tarea de conducir aire a sus maltrechos pulmones. En el silencio que se abre entre las pisadas de Juan y las suyas su respiración se descuelga con pitidos lamentables.

—¿Todo bien, inspector? —pregunta Juan.

Iván se sitúa en la zona donde se ubicará la recepción del hotel, justo en el centro del patio. Desde ahí arranca una vertiginosa y esplendorosa espiral que se eleva y recorre las diez plantas por las que en nada circularán decenas, cientos de *trolleys* arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo.

—Lo siento, inspector, hay que subir a pie, no sé si usted...

—Tira.

Iván tiene que detenerse un par de veces. Como un recuerdo para la posteridad, sobre las paredes recién pintadas ha ido imprimiendo aquí y allá la huella temblorosa y húmeda de la palma de su mano. Una impresión que recordará, hasta que pinten de nuevo estas escaleras, quién sabe cuándo, que por aquí anduvo renqueante Iván de Pablos, un inspector de policía bisexual, politoxicómano y promiscuo, mal marido, peor amigo y pésimo padre.

—Adelántate tú y ve abriendo, Juan. Llego enseguida.

El eco de las pisadas briosas del segurata se pierde escaleras arriba.

El inspector alcanza la cima de este Everest, el rellano donde desemboca la escalera, jadeando y empapado por el esfuerzo y la química que exuda su piel. Se lleva la mano al cuello. La herida le palpita. Ha empezado a dolerle con mayor intensidad. Necesita sentarse, pero no hay dónde, se tiene que conformar con acuclillarse. Es un buen momento para recordar todos y cada uno de

los miles y miles de cigarrillos que han ido depositando sus miles y miles de gotitas de alquitrán en sus pulmones negros y estrujados.

Para mantener el equilibrio, se apoya en la puerta cerrada de uno de los ascensores. A su izquierda, una pared basta de ladrillo visto, donde se acumulan restos de materiales defectuosos y recortes de madera, plintos y marcos de ventanas. A la derecha, la puerta de acceso a la zona de los trasteros está abierta. Aquí no llega la luz exterior. Se puede oír a Juan enredando, debe de estar buscando alguna forma de iluminar la estancia.

—Date prisa, Juan —dice Iván con menos ánimo del que le hubiera gustado. Pero Juan no responde.

—Vamos, Juan —insiste mientras se pone de pie con esfuerzo y se introduce en la penumbra a la zaga del segurata. No ve nada, no puede hacerse una idea de las dimensiones del espacio. Un ligero vértigo le hace tambalearse.

—¿Juan?

El segurata no está. En su lugar, frente a sus ojos, una superficie marrón y más oscura que la oscuridad se mueve rápidamente, primero se aleja y, en solo un segundo, vuelve hacia él y le golpea en la frente. El dolor es tan inesperado y tan intenso que casi agradece el segundo golpe. Ya lamiendo el polvo blanco que recubre el suelo, el tercero, el golpe definitivo, trae la oscuridad, la calma, la nada. El descanso, por fin. El descanso.

03

Martes al mediodía.
apenas media hora más tarde

Una voz a su espalda dice que se acabó. Se acabó, repite. Dos palabras que funcionan como un abrelatas para sus párpados. Le quiere sonar de algo, esta voz, pero el dolor de cabeza y el mareo tan intensos inhiben el lujo del pensamiento. Poco a poco enfoca la mirada. El primer impacto es el cuerpo inerte de Juan Muñoz tumbado boca abajo con la cara hundida en un charco de sangre. Pobre hombre. Puta vida de mierda. Haces tu trabajo lo mejor que sabes, que puedes o te dejan, realizas las tareas que te encomiendan, evitas los problemas, no discutes, no malmetes, ves, oyes, callas y hocicas, y cuando menos te lo esperas terminas comiendo tierra y con una brecha que un cabrón despiadado te ha abierto en la cabeza y por la que tu alma, esa cobarde malnacida, huye despavorida. Se acabó lo que se daba. *Sayonara, baby.* A escasos centímetros del cuerpo de Juan Muñoz, arranca un reguero de polvo blanco que continúa en paralelo a las piernas de Iván —que está sentado en el suelo, piernas y tronco en ángulo recto forzado, pies atados al frente, manos atadas a la espalda— hasta escurrirse y desaparecer por detrás del rabillo del ojo del inspector. Iván trata de girar la cabeza en esa dirección, pero el pinchazo de dolor extremo en el cuello le hace desistir. La voz sigue ahí atrás.

—Se acabó, hermano —repite en un murmullo cada vez más inaudible.

—O nos vas a enterrar como en las películas, o eso no es cal —dice el inspector. Por unos segundos ha dudado de su propia voz. Suena vieja y perra. Como del más allá, una casi no voz que araña a su paso la garganta en carne viva como una lija de sesenta. Decir que siente como si un estropajo de esparto se hubiera alojado en su laringe en carne viva es un lugar común, pero qué coño, es justo así.

—En verdad, hermano, resulta que ni eres tan tonto como yo creía ni tan listo como tú te crees. Pero ya ves. Has llegado hasta el final.

—Eso parece —susurra Iván. Delante de él, la puerta por donde ha accedido y por la que entra un rayo de luz blanca que, paulatinamente, va iluminando la escena. Las sienes le van a reventar. Tiene que descansar los párpados. Intenta imaginar el espacio a su espalda, pero no le da lugar: Tomás agarra a Iván por los hombros y hace girar su cuerpo sobre el culo sentado, el suelo basto y terroso, ciento ochenta grados hasta colocarlo frente a él. A la izquierda, el lateral de uno de los ascensores sin servicio. A la derecha, el marco de una ventana pintada de gris oscuro. En medio, la larga sucesión de puertas de los trasteros, una decena, todas abiertas. Por lo poco que puede atisbar de momento, todos están vacíos, menos uno. En su interior se apila un número indeterminado de sacos hinchados, apretados a rebosar de polvo blanco. Entre los trasteros y el inspector hay otro saco volcado y desfondado. Han debido de arrastrarlo con mucha prisa y poco tacto, de ahí el reguero—. Pero me jode no haberme dado cuenta antes de toda esta puta mierda.

—¿Cómo dices?

Iván se recoloca como mal puede en el suelo. Le duele hasta esa alma que él asegura no tener. Sus pupilas, poco a poco, se abren a

la penumbra. Ahora alcanza a ver a Tomás, el capataz de esta puñetera obra, con algo de claridad. Joder, todo el tiempo ha estado ahí delante, detrás, arriba, abajo, a un lado y al otro. Y él, sin percatarse de su omnipresencia, comportándose como un niño que juega a perseguir su sombra, brincando aquí y allá, tratando de pisarla y de atraparla bajo la planta de sus pequeños piececitos. Qué torpe. Qué cansado. Dice:

—Nos empeñamos en buscar los móviles más rebuscados para explicar los comportamientos de los criminales: traumas infantiles, sexualidades reprimidas, ollas mentales a presión, secretos inconfesables que de repente salen a la luz... pero, al final, siempre es lo mismo: la pasta. El puto dinero.

Tomás, que está evaluando las posibilidades de recomponer el saco roto, se detiene a mirar a Iván con un gesto entre condescendiente y perdonavidas.

—¿Verdad que sí, hermano? Un año.

—...

—Un año entero he pasado con el miedo aquí metido —se señala el plexo solar—, con el temor a ser descubierto. —Abre y cierra el saco roto, lo sopesa, lo vuelve a depositar en el suelo, se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Para mí era todo tan evidente que no me lo podía creer. En verdad que no daba crédito, hermano. Tú, que eres el más listo, ¿puedes explicarme cómo he podido moverme todo este tiempo delante de las narices de todo dios, incluidas las tuyas, y que no hayáis sospechado ni una sola vez, ni un solo segundo de mí? ¡El día que vinisteis, cuando el mariconazo del Jhonatan me tiró la espuerta encima, casi me cago de miedo, hermano! Pero nada. Era invisible para todo el mundo.

Iván calla. Asiente. Suspira y relaja el peso de los hombros, acomoda las manos en el suelo rugoso antes de decir:

—Supongo que lo que nos ha pasado es que toda la historia de Segis... su familia, su fanatismo... era un cuento demasiado jugoso. Incluso para mí. Al final, uno no puede evitar el espectáculo. O el morbo, si lo prefieres.

—Ay, inspector, qué pena, hermano. De cualquier otro me lo esperaba, pero ¿de ti? Nunca. Coño, no te voy a regalar el oído, pero eres el único poli con los cojones para llamar a las cosas por su nombre. Todo serio en tu programa de radio por las mañanas, como debe ser, y tus sonadas juergas por las noches. —El capataz paladea la última frase antes de continuar—. En cierto sentido, hermano, eras un referente.

—Exageras.

—Hablo en serio.

Tomás se palpa en busca de un cigarrillo que no encuentra. Lanza una mirada de súplica a Iván. El inspector señala con el mentón hacia los bolsillos de sus pantalones.

—Ni se te ocurra jugármela —advierte mientras saca el paquete de tabaco y el encendedor. Iván cabecea en silencio y se deja hacer.

—Mira —continúa el capataz al tiempo que enciende dos cigarrillos y coloca uno entre los labios cuarteados de Iván—, cuando empecé a darle forma a esta historia, a planificarlo todo, entre las muchas preocupaciones y objeciones que yo mismo me puse y que tuve que vencer, surgió una a la que, en un primer momento, no le presté demasiada atención. No era una prioridad, pero visto ahora, con todo lo que ha sucedido después, creo que me equivoqué: debería haber estado más avispado. ¡Joder, que eras el poli maricón de la radio! Como mi plan también tenía un componente homófobo que yo quería airear, la probabilidad de que te asignaran a ti este nuevo

caso era muy alta. —Tomás da una larga calada al cigarrillo y, dejándolo a medias, lo lanza a la oscuridad. La colilla ilumina un arco fugaz en el aire, como de vuelo de luciérnaga fulminada—. Te temía, hermano, pero en verdad te digo que también ha sido un reto y un honor lidiar contigo.

—Me parece que me sobrevaloras —dice Iván levantando el hombro derecho con la exigua movilidad que le permiten las ataduras. No puede verlas, su campo de visión en esta oscuridad húmeda es muy limitado, pero el tacto le dice que son de plástico duro. Bridas como los precintos de los sacos apilados en el trastero.

—En parte sí y en parte no. —El capataz toma una caja de cartón vacía, la despliega, la sacude y la extiende en el suelo. Sobre esa alfombra improvisada se sienta frente a Iván, a menos de un metro —. Quiero decir que no has sido tan rápido como yo esperaba, aunque estoy convencido de que nunca te has terminado de creer toda la patraña del Levítico y su puta madre.

—Demasiado evidente.

—¿Verdad que sí? Pues, aun así, mira los medios: se han puesto cachondos con el asunto.

—Bueno, ya sabes cómo son los buitres. Hoy están lamiendo ese caramelito, y mañana, cuando se sepa la verdad, tratarán de convencer a su audiencia de que ellos siempre dudaron, de que tenían sus sospechas, de que incluso lo venían avisando de algún modo... y lo peor es que su público se lo creerá a pies juntillas, sin rechistar. Lo hace siempre. Y si mañana, por los motivos que sean, se produce otro giro de guion, las mismas reinas de las mañanas que un rato antes se rasgaban las vestiduras por un relato se las rasgarán por otro, como si no hubiera sido con ellas. Y una vez más, la audiencia las seguirá como las ratas al flautista.

—En eso, tu amiga la Candau es una experta.

Tomás se ha recostado en el cartón. Se sacude sin mucho afán las perneras de los pantalones chinos azul marino que, a pesar de sus esfuerzos, se han puesto perdidos de polvo. Pantalones que, por cierto, le quedan de puta madre, Iván no se acordaba de lo bueno que está el cabrón este. No le extraña que la otra noche se dejara seducir por él. Este pensamiento intruso le lleva a reconducir la conversación:

—Y, sin embargo, lo que no termino de tener claro del todo, Tomás, es por qué y cómo. A ver, veo que hay un caso claro de blanqueo de dinero de la droga en el que tú participas, pero no entiendo la conexión con Jhon, Alberto y Quino, ni el papel de Segis y Ventura. Bueno, lo de Ventura me da más igual, es tu esbirro y tú te has aprovechado de él, pero ¿lo de Segis?

—Joder, Iván, no me digas eso.

—Te lo digo en serio.

—Hermano, tienes que dejar las drogas. No te dejan pensar con claridad...

—Será eso, pero —Iván mira con fijeza al capataz durante un par de segundos para asegurarse de que le está prestando atención— si me vas a liquidar aquí y ahora, creo que me merezco una explicación completa, ¿no te parece?

—No creo que estés en condiciones de exigir nada, hermano.

—Insisto, creo que sí... «hermano».

Ahora es Tomás quien mira con impertinente fijeza a los ojos de Iván. Se incorpora y se asegura de que las ataduras —las bridas— de muñecas y tobillos se mantienen firmes. Vuelve a sentarse sobre el cartón. Enciende otros dos cigarrillos y le pasa a Iván el suyo. Se arrellana como puede en ese remedo de alfombra sucia antes de continuar:

—El noventa y nueve por ciento de los que curran en una obra no tienen ni dos dedos de frente. La mayoría no ha terminado la ESO, pero si te lo montas bien, si no haces mucho ruido y te aplicas un poco, puedes ganarlo de puta madre. ¿Te has fijado en los coches y las motos que manejan? No son baratos. Ni los tatuajes, hermano, ni los *piercings* de brillantes, ni las ropas de marca, ni las drogas, como tú bien sabes... Estos niñatos, que a duras penas saben leer y escribir, miran por encima del hombro a sus amigos, a los que se han quedado en el instituto del barrio para —Tomás hace el odioso gesto de las comillas en el aire— «invertir» en su futuro. Según ellos, estos amigos son unos desgraciados del sistema que no se dan cuenta de que da igual, de que por mucho que se formen, por mucho que den el callo en los libros, lo único seguro es que van a vivir peor que sus padres, es decir, que tú y los de tu quinta, hermano. —Tomás escudriña alguna reacción del inspector, pero este prefiere dejarle soltar la chapa—. Y, encima, con todo eso de la inteligencia emocional, de los autocuidados y demás mierdas, los tenéis amamonados todo el rato. Unos lloricas hiperventilados, eso es lo que son. Tan blanditos y tan frágiles. Tan ofendiditos y tan líquidos. Con que alguien les dé un poco de cariño ya los tiene en el bolsillo.

—O sea, lo que tú hiciste con Segis y Ventura.

—Más o menos.

—Más con Ventura. Menos con Segis...

Tomás ríe con ganas, con el alivio de quien acaba de reventarse un grano de pus que lleva días rozando el elástico de sus calzoncillos.

—Ay, el buenazo de Ventura. Si supieras cuánto disfruto haciéndole feliz. El pobre llevaba toda la vida buscando una mano que le acariciara el lomo.

—La tuya, claro.

—Ahí está. No te puedes ni imaginar lo útil que es tener una mascota como él.

—No sé si él estará de acuerdo con esa afirmación.

—A él lo único que le importa es mi cariño.

—¿Quieres decir que...?

—¡No, hombre! ¡Nada de eso! Nosotros no... Anda que... como se entere de que le has llamado maricón, ¡te mata!

El capataz de la obra, sobresaltado por sus propias palabras, calla y se pone a buscar algo a su alrededor. Abandona el foco durante unos segundos. Iván lo oye trastear aquí y allá en la oscuridad. Arrastrar los pies en una dirección y después en otra. Empujar algún objeto pesado. Hasta que reaparece con un saco vacío en las manos. El brillo de sus ojos refulge en la penumbra. La espalda de Iván se pone rígida. Tomás se da cuenta y sonríe con malicia.

—¿Sabes que a tu hijo Rafa le encanta leer? Me lo comentó en la fiesta. ¿A ti también? —Iván se limita a preguntarle con la mirada a qué coño viene esto ahora—. No tienes pinta, pero, por si acaso, te voy a recomendar una novela estupenda de Alexis Ravelo, que en paz descanse, uno de los mejores autores de novela negra que ha dado este país. Se titula *Un tío con una bolsa en la cabeza* y va de eso, de un tío que se despierta atado y con la cabeza metida en una bolsa. ¿Te lo imaginas? El hombre tiene que luchar por respirar a la vez que trata de averiguar cómo ha llegado a esa situación y quién es el culpable. Como te digo, un novelón muy recomendable, muy por encima de la media, con tanta mierda como se publica —Iván no sabe si tomarse la perorata como un consuelo o una advertencia hasta que Tomás abre la boca del saco y comienza a verter dentro el contenido del otro, el del fondo roto—. Pero no estamos aquí para lecturas. Te decía que Ventura no es maricón. ¿Sabes? Todos los

fines de semana se va de putas. Todos los fines de semana, religiosamente, si me permites la expresión. Yo creo que se folla siempre a la misma. Ahí donde lo ves, tan bruto y tan grande, es más sentimental que semental. A mí me tiene en un altar desde que lo enchufé en la empresa. No creas que fue fácil, con su aspecto y su, ya me entiendes... muy listo no es, él mismo lo reconoce. Pero eso sí: a voluntad no le gana nadie.

—Tampoco es tan tonto: ha conseguido escapar del hospital.

—Con una pequeña ayuda —Tomás se señala el pecho con dos dedos tiznados de blanco y en forma de V—, en verdad, hermano el problema de tus compas es que deberían pasar más tiempo en las calles y menos en el *gym*...

—Dejemos ese tema.

—Como quieras. —Precintado el saco, el capataz da por terminada la operación trasvase de cocaína con unas palmadas. El aire se llena durante unos instantes de finísimos copos blancos que se elevan, se esparcen y hacen que Iván tuerza la nariz, a punto está de estornudar—. Pues sí, Ventura me quiere mucho y, por otro lado, está Segis. Nuestra relación con él era normal. Cordial, sin más. Hola y adiós, ya sabes. Aunque, cuando se presentó la ocasión, no tuvimos que explicarnos demasiado. El día de la comida de Navidad del año pasado...

—¡Claro, coño! ¡Ahí empezó todo! —interrumpe Iván.

—¿Ves lo que te digo? —pregunta Tomás, algo molesto—. No entiendo cómo puedes caer en las difíciles y que se te cuelen las más fáciles. Insisto: me juego lo que quieras a que son las drogas. Lo que tú quieras, hermano.

—Fue ahí cuando lo planificasteis todo.

—Hazme un favor, aparca ese plural. Planifiqué. Yo. Yo lo planifiqué.

—Por supuesto. ¿Me vas a contar cómo fue?

—En eso estaba cuando me has interrumpido. —El capataz ha empezado a recoger restos de polvo blanco del suelo con una cuña que ha fabricado con el cartón y va llenando poco a poco una pequeña bolsa de plástico que ha sacado de algún bolsillo. A ojo, Iván calcula que lo que ya ha metido debe de ser alrededor de medio kilo de coca, y que tiene, a pesar de las impurezas del suelo, pinta de primerísima calidad. Joder, días sin meterse nada y para qué. Todo ha ido a peor. Tomás capta su mirada escrutadora, le sonríe y le dice:

—No tienes arreglo. —Forma un montículo de tamaño considerable entre el pulgar y el índice y lleva la mano a la altura de la nariz de Iván—. Dale, hermano, no te cortes. Si total...

Una descarga eléctrica recorre la espalda de Iván y convierte su médula en un alambre magnetizado. Es la promesa cumplida de la química. Placer en estado puro.

—Aquella tarde —continúa Tomás—, después de la comida, en la barra libre, íbamos ya todos pasados de todo. La orquesta llevaba un buen rato tocando los grandes clásicos de toda la vida, los paquitos chocolateros, los sufre mamón, las chicas yeyés... —Iván, que busca una postura más cómoda, un apoyo, palpa el suelo. Se trata de un mortero seco, basto y agrietado a la espera del pulimento final. El inspector comienza, muy despacio, con mucho tacto y prudencia, a restregar contra este suelo el precinto de sus muñecas. El roce produce un ruido como de élitros de grillo, pero más seco y menos melódico: ris, ris, ris. Un ruido ahogado por las palabras de Tomás—. Ya sabes cómo son esas comidas de Navidad. Con las copas, mucho hacer el ganso y hablar más de la cuenta. Pronto comenzó el desfile a los baños: para mear, pero algunos también para meterse algo. Y otros, los menos, para flirtear con algún compañero o alguna

compañera en quien nunca antes se habían fijado y en quien no se volverían a fijar hasta la comida de Navidad del año siguiente —ris, ris, ris—. Ventura fue a mear y volvió a la mesa muerto de la risa porque había visto cómo Jhon, Alberto y Quino se encerraban en uno de los aseos para hacer las dos cosas a la vez, drogarse y meterse mano. Decía que no se cortaron un pelo, que se les escuchaba desde fuera —ris, ris, ris—. Segis se lo tomó como algo personal. Se levantó de la mesa hecho una fiera para llamarles la atención —ris, ris, ris—. Y no me preguntes por qué, pero fui detrás de él. Quizás porque intuía lo que iba a pasar: que aquellos tres lo iban a poner en ridículo. No sé, imaginé que le dirían tío, métete en tus asuntos, si tanto te molesta, avisa a los del hotel, ya verás el caso que te hacen, aunque siempre te queda tu Señor Jesucristo, dile algo, seguro que también te va a escuchar, seguro que sí. O, mejor aún, guapo, ¿por qué no te tranquilizas y te unes a nosotros? Aquí hay hueco para uno más, entra, que te vamos a relajar esa cara de palo que te traes, no será la primera vez —ris, ris, ris—. Al pobre de Segis por poco le da un infarto. No sabía dónde meterse. Estaba tan borracho que casi no se tenía en pie. Pese a ello, amagó con golpear a uno de los tres, no recuerdo si fue a Jhon, a Quino o a Alberto, pero no atinó, se resbaló y fue a dar de boca en aquel suelo lleno de meados y de papeles usados —ris, ris, ris—. Lo que se dice un numerito, vaya. Entre Ventura y yo lo sacamos a rastras al jardín para que le diera el aire. Lloraba, apestaba y tiritaba. Poco a poco conseguimos que se fuera calmando —ris, ris, ris—. A estos maricones los mataba yo a todos, fue la primera frase completa que consiguió articular. Ventura, al principio se rio, pero, al ver que yo asentía muy serio, dijo que él también, que aquellos desviados —lo recuerdo bien, utilizó esa palabra que hacía mil años que no escuchaba— no tenían ni media hostia, que ya iba siendo hora de

que alguien los metiera en cintura, que a ver qué coño se creían, que estaba hasta los huevos de sus chulerías, que nos tenían arrinconados, a los heteros, que ya ni chistes de maricones podíamos contar y bla, bla, bla... Y ahí se me encendió la luz. Fue entonces cuando les hice la propuesta: yo me encargaba esa misma noche de Quino. Dos o tres meses después, Ventura liquidaría a Alberto en Cádiz. Y otros dos o tres más tarde, Segis se cargaría a Jhon en Sevilla —ris, ris, ris—. Tres muertos a manos de tres asesinos de tres provincias distintas.

—Y un solo móvil: la fobia al maricón. Todo muy lógico y evidente.

—¡Pues claro que lo era! Pero demasiado para ti, ¿verdad? Tú no te lo has tragado nunca.

—Ha habido momentos en que, no sé... —Iván no se equivocaba: la coca es de primera. La lengua no le cabe en la boca—. Pero todo ese rollo de la religión, de la homofobia... Excesivo. Y no porque no se siga dando, por supuesto que se da, solo tienes que escuchar las barbaridades que sueltan por la boca la viuda y el padre de Segis... —Iván rememora en silencio la mirada y los silencios de niña vieja de Samara—. Pero para que te hagas una idea de lo que de verdad he pensado todo este tiempo: cada cadáver que ha ido apareciendo ha sido como un bolso que venden los manteros de la calle Tetuán. A mí me pones uno cualquiera de esos al lado del original y soy incapaz de diferenciar cuál es cuál, te lo digo en serio. Pero los ves allí amontonados en el suelo y sabes que no pueden ser originales, que ni de coña, que valen veinte pavos, joder. Ni de coña.

—No sé por dónde vas, inspector. —Ris, ris, ris.

—Pues que hay quien se agacha en mitad de la calle Tetuán, le regatea al negrito de turno, compra el bolso, se lo cuelga al hombro y listo, a presumir de Prada, Chanel o Louis Vuitton.

—Pero el bolso no deja de ser falso.

—Más que Judas.

Iván se queda rumiando la conversación unos segundos. Se pasa la lengua por las encías adormecidas. Le invade esa sensación que, aun vivida mil y una veces, le produce mil y una veces un pequeño gran placer. Se muere por meterse otro tiro, al tiempo que un carrusel de ideas ha comenzado a centrifugar dentro de su cabeza. Tiene que esforzarse un momento para detenerlo y decir:

—Pero vuestros trapicheos sí son reales.

—¡Bingo, hermano! —exclama el capataz—. ¿Ves cómo eres el más listo de la clase? Coño, inspector, es que me caes de puta madre. En verdad te lo digo, hermano. ¡De putísima madre!

Eso ha sido un relámpago de los grandes. El cerebro de Iván ha recibido un fogonazo como la cámara secreta de una pirámide recién descubierta por un explorador. Hágase la luz.

—Una pena que estés en el otro lado —dice Tomás, interrumpiendo las iluminaciones de Iván.

—¿Otro lado?

—Claro, cojones. Siempre hay dos lados en la vida. El hombre y la mujer, el bueno y el malo, el que manda y el que obedece.

—El hetero y el homosexual.

—Bueno, eso ya no lo tengo tan claro, con toda esa mierda nueva de los bisexuales, los pansexuales, los no binarios y su puta madre.

—Como Segis, ¿no?

—A ese pobre le habían fundido el cerebro. Estaba hecho un lío.

Silencio. Bien. Iván tiene que pensar. También necesita tiempo. Ris, ris, ris.

—¿Y cuál es tu lado, Tomás?

—No te hagas el tonto, que no te pega. ¿Cuál va a ser? El mismo que el tuyo, hermano: el lado de los pringados. El de los tiesos. El de los que llevamos toda la puta vida deslomándonos. El de los

gilipollas que, por muy temprano que nos levantemos para ir a currar, y por muy reventados que nos acostemos para volver a darlo todo al día siguiente, ni llegamos a oler eso que llaman una vida digna —ris, ris, ris—. A ese lado, inspector. Lo que pasa es que yo, a diferencia de ti, no me resigno a seguir ahí. Ya no, hermano. Ya no.

El rostro de Tomás se ha teñido de rojo, como si de un momento a otro un torrente de sangre y de ira fuera a desbordarse por sus oídos y sus ojos. Aun a riesgo de acelerar ese proceso, y a pesar del dolor de garganta, del bombardeo en las sienes, de la carne viva en sus muñecas, Iván dice:

—De vuelta al dinero.

—Pues claro, hermano. El dinero. O lo tienes o no lo tienes, no hay más. Y tú y yo ya podemos matarnos a trabajar toda la vida que nunca lo vamos a tener. Eso es así.

—Pero hay quienes sí lo tienen. Y eso tú no lo puedes soportar, es superior a tus fuerzas.

Tomás se vuelve, le da la espalda con un punto de teatralidad. Por un instante Iván lo nota cansado. O más bien harto. Un líquido caliente y viscoso —ris, ris, ris— ha empezado a humedecer los huecos entre sus dedos. Pero el inspector sigue restregando las muñecas contra el suelo. Y sigue hablando:

—Déjame adivinar quiénes son: Miguel Marín y Antonio Lupiáñez. Tus jefes.

El capataz se vuelve. De algún lugar ha sacado un cuchillo. Podría ser el mismo con el que le rajó la garganta a Iván. Al inspector le palpita la yugular, en su interior la sangre galopa como si un disparo acabara de dar en Ascot la salida de la última carrera, la definitiva. Le falta tocarse con un sombrero ridículo para rematar el cuadro.

—Lo dicho, inspector: eres un *crack*.

—Esto no es necesario, Tomás —responde Iván, dispuesto a apostar en la carrera—. Así no vas a conseguir nada. Ellos seguirán arriba y nosotros abajo. Y si me matas será mucho peor. Acabarás en la cárcel. Y ellos, gracias a sus abogados y a su dinero, de rositas. Ellos siempre ganan.

—Bla, bla, bla, inspector... ¿Qué te crees, que no lo sé? Cuando me deshice de los tres estorbos para el negocio que eran Alberto, Quino y Jhon, mis jefes no supieron reconocérmelo. No se creyeron que fui yo quien lo orquestó todo. Han seguido ninguneándome. Pero esta vez va a ser distinto, porque tú eres Iván de Pablos, el famoso inspector de policía. Una buena pieza. Si te liquido, comprenderán de una vez por todas que voy en serio. Me van a tener que respetar sí o sí, hermano. Sí o sí.

—Eso no es respeto, sino miedo.

—Mejor. Más eficaz y más duradero.

Ris, ris, ris.

Ris, ris.

Ris.

Todo se precipita y se acelera a la velocidad del relámpago: Iván consigue rasgar el precinto hasta provocar una holgura de apenas un par de milímetros, suficiente para liberar una mano. Es su última oportunidad. O la aprovecha o se acabó. La mano duele hasta sacarle las lágrimas. Con todo, consigue abrir los dedos y un punto de apoyo en el suelo, joder, cómo duele. Se incorpora. Tomás se queda impávido. Iván no las tiene todas consigo, se tambalea. Los pies, también atados, no le responden, pero se ancla lo suficiente en el suelo para impulsarse y abalanzarse sobre Tomás, en cuyos ojos, abiertos hasta lo imposible, puede ver que el temor ha emigrado de bando. Es su última oportunidad, se repite.

Sin embargo, es Iván quien siente la punzada. Otra vez. Es a él a quien le duele. Otra vez. Es su piel la que atraviesa el cuchillo que Tomás blande con firmeza. Otra vez. Es él quien exhala un suspiro acuoso, casi untuoso. Son sus manos las que se empapan de sangre, la suya. Otra vez. Y es él, el inspector Iván de Pablos quien cae de bruces al suelo, agotado, tembloroso, frío e incrédulo. Con un último impulso, sacado de quién sabe ya dónde, se da la vuelta, boca arriba. Como un escarabajo que, por puro instinto, se afana en recobrar su posición. Allá arriba, como un coloso, se yergue Tomás, con la más fría de las sonrisas. Una sonrisa de plata. Lo ha conseguido: el capataz de la obra ha llegado adonde quería estar, a lo más alto, mientras que él, Iván, poco a poco se va hundiendo más y más abajo que nunca. No puede apartar la mirada de esa boca que se ríe de él y del mundo. Por mera inercia, pasa una última vez la lengua por las encías, de las que extrae el sabor metálico de los últimos coletazos de la química. Ojalá una última raya. Morir dopado. Morir gozando. Quizás sea ella, la química, la causa por la que ya no le duele. Ni siquiera cuando Tomás extrae el cuchillo clavado en la boca del estómago del inspector. La causa por la que Iván también esboza una última sonrisa, para que, allá en su cima, el capataz sepa que a él le da igual acabar así. Claro que se acabó, *hermano*... Y menos mal. Hasta aquí hemos llegado. Y puede que también la coca sea la razón por la que, cuando Tomás vuelve a esgrimir el cuchillo en el aire y se dispone a asestar la puñalada definitiva, a Iván le importe ya todo un carajo. Ya está bien, se dice. El inspector De Pablos cierra los ojos.

Con los ojos cerrados no ve que alguien aparece entre las sombras y, aunque renqueante, a su favor juega el factor sorpresa. Juan Muñoz da un empellón rápido y arroja, lejos de su alcance, el cuchillo de Tomás. El siguiente empujón lanza al propio capataz a

escasos diez centímetros de la ventana pintada de gris que, encajada como está, se abre de golpe a la calle. El fogonazo de luz es imposible e insoportable aun con los ojos apretados. Iván tampoco ve el tercer golpe, con el que Tomás queda suspendido en el aire, apenas una milésima de segundo, no más, con el único y débil apoyo del dedo pulgar del pie izquierdo en el suelo, un paso de baile imposible que se desliza entre la penumbra muerta del interior y la luz excesivamente viva que acaba de arramblar con todo desde el exterior, y el gesto torcido y ciego de qué coño está pasando. Por último, Iván, dejándose ir, tampoco asiste al definitivo, el último toque, ya suave, casi flácido y desganado, aunque dirigido con certeza y precisión hacia el vacío. Caída libre de diez pisos, casi treinta metros de puro vértigo por los que se precipita el capataz ante la mirada atónita de su ejecutor, el segurata.

Pero, lo dicho, al inspector De Pablos todo eso ya le es ajeno.

02

Lunes por la mañana.
Tres semanas más tarde

—... y después de estos breves consejos publicitarios, volvemos con una última hora que acaba de llegar a la redacción de La calle es nuestra*. Se trata de una noticia relacionada con Gregorio Jesús Sánchez Sánchez, más conocido como Grego, el hasta hace poco centrocampista del Sevilla Fútbol Club y de la selección nacional que, como todos ustedes conocen, hizo pública su homosexualidad recientemente, protagonizando así una de las salidas del armario más sonadas que se recuerdan en este país y viendo cómo, poco tiempo después, el club prescindía de su ficha. Tirando de tópicos, Grego pasó, de la noche a la mañana, de ídolo a villano. Y es que, como ustedes nuestros oyentes saben, y por decirlo de un modo eufemístico y suave, el fútbol profesional es uno de los ámbitos menos permeables a la diversidad sexual. Pues bien, según acabamos de saber, hace tan solo unas horas, esta misma madrugada, Grego ha sido víctima de un allanamiento en su domicilio. Afortunadamente y por lo que conocemos hasta el momento, que no es mucho, no hay que lamentar daños personales, ni del propio Grego ni de su entorno familiar. Esto es así, ¿verdad, Lola? Cuéntanos, ¿qué más sabemos sobre este suceso?*

—Pues, de momento, Isaac, efectivamente, son pocos, pero muy interesantes los detalles que se van conociendo. Para empezar, y esto es lo único que ha trascendido de fuentes policiales, es lo que tú has avanzado, que anoche, alrededor de las dos de la mañana, los servicios del 112 recibieron una llamada de un hombre denunciando que, después de cenar con unos amigos, al llegar a su casa, un apartamento de lujo situado en el corazón del Barrio de Santa Cruz de la capital hispalense, se encontró con que alguien había forzado la cerradura de la puerta de entrada, anulando el sistema de alarma y accediendo al interior de la vivienda. Como ya hemos comentado, por suerte no había ninguna persona en el domicilio del futbolista ni en el momento del allanamiento ni cuando él regresó, aunque imaginamos el susto que se debió de llevar. Lo extraño de todo esto es que, insistimos, siempre según fuentes policiales dado que aún no hemos podido hablar con Grego ni con nadie de su entorno más inmediato, al parecer el o los asaltantes no habrían sustraído nada, limitándose a destrozar todo cuanto encontraron a su paso: cuadros, cerámicas, estanterías, cojines, equipo de sonido, un enorme televisor de plasma, etc.

—Que no es poco, y sí que es extraño, Lola, sí.

—Pues, querido Isaac, aún más extraño te va a resultar lo que te voy a contar ahora: en el dormitorio principal de Grego, que por si tú o nuestros oyentes no lo saben, vive con su pareja, Rafa —un profesor de Historia de un instituto de educación secundaria de Sevilla con el que mantiene una relación estable desde hace más de diez años—, el o los asaltantes han orinado y defecado sobre la cama y, atención, porque con esto sí que te vas a quedar a cuadros, en una de las paredes han escrito con pintura roja el texto siguiente: LEVÍTICO 20:13. ¿Cómo te quedas, Isaac? ¡Cómo te quedas!

—Bueno, bueno, bueno... ¡Esto sí que es una noticia bomba!

—Pero ¡bomba, bomba, bombaaaaaaaaa!

—Les recordamos a nuestros oyentes que ese nombre y esas cifras aluden a un versículo de la Biblia que se ha hecho muy famoso en las últimas semanas a raíz de los asesinatos cometidos en el entorno de Sacramento, una pequeña cadena de hoteles gay-friendly. *Fue en esta misma emisora, en este mismo programa de* La calle es nuestra, *donde salió a la luz todo un entramado criminal de asesinatos, narcotráfico y blanqueo de capitales que aún está en manos de la policía y de la justicia y sobre el que hablaremos largo y tendido en la siguiente hora. Todo comenzó con la llamada de un oyente bajo el seudónimo de Levítico que...*

Iván apaga la radio. La mirada asqueada de Pilar apoya la decisión. Seguro que, como él, habrá estado a nada de posponer sus vacaciones por enésima vez cuando Diosdado la ha llamado para contarle lo sucedido en casa de Grego, pero solo habrá sido un momento de indecisión, seguro que después, como ha hecho él, habrá inspirado profundamente y habrá soltado el aire despacio y entonces se habrá dicho que no, que claro que la Costa Brava siempre va a estar ahí, pero que esta vez no va a volver a anteponer el trabajo. Otra vez no. Ya no. Sin embargo, no puede evitar preguntarle:

—A todo esto: seguimos sin señalamiento, ¿no?

—Y va para largo. —Ya conoce el coche de Pilar, un Passat. No es el último modelo, pero esta mañana, cuando ella lo ha recogido en la puerta de su casa, le ha sorprendido que todavía oliese a nuevo—. El sumario está resultando más complejo de lo esperado. El fiscal calcula un mínimo de dos años de instrucción. Me ha dicho que tienen abiertas dos líneas de investigación simultáneas, la económico-financiera y la criminal. Por un lado, y en palabras más o menos textuales: el tinglado societario y contable que ha montado

esta gente se parece a un estropajo de níquel. Así de enredado. El crecimiento de SurConEd estaba siendo tan rápido en gran medida gracias a que el grupo Sacramento se dopaba con el pastizal del narco que blanqueaban. Y, por el otro, cada vez tienen más claro que Jhon, Quino y Alberto fueron víctimas de su curiosidad. Algo debió de averiguar Quino de ese entramado y contárselo a los otros dos, lo que provocó que los tres miembros de la trieja sentimental fueran eliminados uno tras otro por Tomás y su vasallo, Ventura. Lo de Segis ya lo conoces: un arrepentimiento en el último momento, motivado por su cáncer terminal y por haber tenido un *affaire* con Jhon y Alberto, algo que no podemos demostrar, pero que nos encaja a la perfección. Lo que más rabia me da es que, como el juez instructor no ha visto riesgo de fuga, tus amigos de SurConEd y Sacramento van a seguir disfrutando de un veraneo sin fin. *A l'estiu tot el món viu.*

Iván se queda durante unos minutos mirando las líneas discontinuas de la carretera y masticando el resumen de Pilar. Valientes hijos de puta. Él sabe, como ella sabe, como el comisario sabe, como el jefe superior sabe, como el ministro sabe, y como el mismo señor juez sabe, que los de Sacramento, SurConEd y su puta madre se irán de rositas. Limpios e inmaculados, los de su clase nunca terminan chupando reja. Lo peor de todo es que, igual que todos ellos lo saben, la gente de la calle también lo sabe, pero aquí nunca pasa nada. Tragamos lo que no hay en los escritos. Tenemos lo que nos merecemos.

—Por lo menos, nos queda el consuelo de que muy tranquilos no deben de dormir —dice Pilar, como si hubiera llegado a la misma conclusión—, con el loco de Ventura por ahí suelto. Al final, va a ser verdad eso de que el dinero no da la felicidad.

—Ese es un pensamiento de tiesos —replica el inspector con un chasquido de la lengua—. Si algún día me baño en una piscina de billetes de quinientos, opinaré. Mientras tanto, permíteme que lo dude. Esos hijos de la gran puta duermen más a gusto que tú y que yo. Si algo les inquieta por las noches es qué ropa se van a poner al día siguiente para no repetir modelito.

Pilar sonríe. Él, tímidamente, casi a su pesar, la secunda y a continuación echa una mirada al asiento de atrás, donde Rafa está tumbado y enchufado a los sempiternos auriculares.

—¿Todo bien por ahí abajo? —Su hijo se limita a levantar el pulgar —. Si tienes alguna información sobre el caso que desees compartir con nosotros, somos todo oídos, chaval.

—Tranquilos, compañeros, os mantendré al tanto —responde con un aire de solemnidad que no le puede pegar menos.

Ni que decir tiene que, aunque la escena reproduce algunos aspectos de la que tuvo lugar hace más de un mes, cuando los tres se dirigían en ese mismo coche a Torremolinos, ahora el destino y las circunstancias son bien distintos. Vacaciones en la Costa Brava, por fin. Con su compañera —su amiga—, y su hijo. Buen rollo. Aunque cuesta creerlo. Por ejemplo, cuando Iván ha llegado tarde con la excusa de que había ido al cementerio a visitar a un compañero de terapia, un tal Manu que trabaja allí, Pilar ha resoplado, ya estamos, ha dicho, ¿de verdad quieres que me trague que tienes un amigo enterrador? Pero Iván le ha jurado y perjurado que le ha contado la verdad. Que no es amigo suyo, y que solo ha ido a darle un recadito de parte de Felipe y Ramón, los dueños del Cakes&Run, y ella que si no ha podido decírselo por teléfono, y él, pues que no, que algunos asuntos solo se pueden solucionar en persona.

—Y el Manu ese, si no es amigo tuyo ¿de qué lo conoces? —pregunta Pilar.

—Te basta con saber que es un mal bicho que se merece todo lo malo que le pase. —Iván esconde las manos, tiene los nudillos desollados—. Le va a costar reconocerse en el espejo durante un tiempo. El *recadito* no le ha gustado mucho.

Pilar asiente despacio. Por esta vez, mejor dejarlo estar.

—Quien lo está pasando realmente mal es Juan Muñoz —dice la subinspectora.

—Lo sé, y mira que he hablado con él una docena de veces, pero el pobre no levanta cabeza. Le he dicho por activa y por pasiva que todos estamos de su parte, que se ciña a la versión oficial, es decir, que fui yo quien, en defensa propia, lanzó a Tomás por la ventana, que él no vio ni oyó nada porque estaba inconsciente en el suelo con una brecha en la cabeza, que la fiscalía se lo ha tragado y está por la labor de no menear mucho y que, si lo meneara, que no lo creo, contamos con nuestra Nuria, que está al tanto de todo...

—Pero se siente culpable —interrumpe Pilar.

—Normal. Ha matado a una persona y eso marca como pocas cosas en la vida. Tomás era un mal bicho, un asesino y todo lo que tú quieras, pero lo que hay es lo que hay: Juan Muñoz lo mató. Y eso, para alguien como el segurata, tan, no sé, tan blandito...

—*Pobre home.*

—Cuanto más cerca, más catalana, compañera.

—*Ves-te'n a la merda.*

Al cabo de un rato, para espantar la bandada de pensamientos que tratan por todos los flancos de regresar al caso, Iván vuelve a encender la radio. En cuanto la voz de la Candau asalta el aire, gira el dial, pero en este tramo de carretera todo son ruidos e interferencias. La única emisora que se escucha medio

decentemente y en varios canales es La Purísima Radio. Un cansino predicador con marcado acento eslavo se está dejando las cuerdas vocales para explicar a sus feligreses radiofónicos los peligros del fornicio y de la lujuria. El inspector apaga la radio con un joder cansado y apenas susurrado.

—¿Te duele?

—Solo cuando respiro.

La risa de Pilar le pilla desprevenido, pero se le contagia.

—¡Mucho más cuando me río! —exclama apretando una mano sobre la boca del estómago.

—¡Lo siento! —Pilar no puede contener las carcajadas, al tiempo que se apura por mantener la vista en el asfalto y las manos firmes en el volante.

Iván agradece ese momento relajado. No hace ni dos horas que salieron y, aunque ella no se ha quejado, él no ha sido precisamente un buen copiloto.

—Mejor conecta el móvil y pon música. Pero a ver qué me pones.

—Algo muy marica —responde Iván. Pilar, a su vez, le devuelve un gesto de exagerada perplejidad.

Él, sonriendo, empieza a trastear con los mandos del navegador del coche y con el móvil. Involuntariamente, vuelve a encender la radio:

—Yo creo que Grego está sobreactuando, como ha hecho a lo largo de toda esta historia. Sobreactuó cuando habló públicamente de su orientación sexual sin que nadie se lo pidiera, sobreactuó cuando presentó a su novio en sociedad también sin necesidad alguna, sobreactuó cuando le rescindieron la ficha, achacándolo todo a una homofobia que nadie más que él ha visto en su entorno. Y ahora también sobreactúa al decir eso de que, de haberlo sabido, no habría salido del armario. Yo no termino de creerme ese sufrimiento,

Isaac, y no soy la única. Somos muchos los que pensamos que Grego ha buscado todo este tiempo la notoriedad que ya no tenía como futbolista. Ya sabes, poder mantener su nivel de vida a base de entrevistas, tertulias y portadas de revistas...

—Bueno, querida Candau, esa es tu opinión. Si te parece, vamos a escuchar ahora la de nuestra flamante nueva colaboradora, la doctora Nuria Isla, que seguro que tiene muchas cosas que comentar con respecto a todo. Buenos días, doctora.

—Buenos días, Isaac. Buenos días, Lola. Y buenos días a quienes nos escuchan.

—Como venimos anunciando desde hace días, la doctora Isla, forense de reconocidísimo prestigio, aterriza en este programa para sustituir al inspector Iván de Pablos. Nuria viene a ayudarnos a entender, desde un punto de vista científico, qué sucede en esos lugares oscuros y perversos de las mentes criminales.

—A ver si es verdad, y conseguimos entre todos respetar a los oyentes.

—¿Estás queriendo decir, doctora Isla, que hasta ahora no lo hemos hecho así?

—Sin ánimo de ofender, Candau, no. Pero verás, no nos vamos a rasgar las vestiduras ninguno de los tres. Estamos aquí para lo que estamos. Tú misma te acabas de retratar con lo que acabas de decir acerca de Grego. Queríais mi punto de vista sobre este asunto, ¿verdad? Pues lo que yo creo, querida compañera, es que tienes que salir un poco más a la calle, no para que te dé el aire, que también, porque eso nunca le viene mal a nadie, sino para que veas cómo intentamos vivir los demás nuestras vidas. Y empatizar con nosotros. Y, ¿por qué no? aprender de nosotros. Grego habrá cometido errores, pues claro que sí, como tú y como yo y como Isaac, y como el inspector De Pablos y como todas las personas que nos escuchan,

pero te aseguro que no se necesita mucha ciencia para saber que hay mucha más verdad en cualquiera de las pocas, muy pocas intervenciones de Grego, que en todas tus horas de radio. Hablar es muy fácil, querida Lola. Lo que no parece a veces tan fácil es escuchar, pensar y, mucho menos, respetar.

Un bip confirma que, por fin, Iván ha logrado conectar su móvil al Bluetooth del coche.

—Bien por Nuria —dice el inspector.

—¿Te cabía alguna duda?

—Ninguna. Nuestra amiga va a poner en su sitio a esa carroñera.

Iván comienza a elegir una de sus listas de reproducción. No sabe qué estilo prefiere su compañera. Que él recuerde, en estos dos años y pico nunca han hablado de música. Jamás conoce uno a nadie del todo, se dice, ni siquiera a uno mismo. Ninguna lista le convence como banda sonora para los cientos de kilómetros que todavía tienen por delante.

La invitación de Pilar le pilló por sorpresa y, sin embargo, aceptó sin dudarlo. Cómo decir que no a unos días en la Costa Brava con dos únicos objetivos: comer y dormir.

—¿Seguro que tu marido y las niñas no están? —pregunta una vez más a pesar de todo.

—Que sí, pesado. Ya te lo he dicho: hasta que a ellas no les salgan callos en las sienes por las orejas de Minnie, estos no se vuelven de Eurodisney. Mis hijas son tan intensas que parecen más tuyas que mías.

El inspector sabe que ahora toca preguntarle a Pilar cómo va su separación de Dani, demostrar un interés sincero. Sin embargo, ella aborta la misión:

—¿Sabes algo de Rodrigo?

—Nada. Se lo ha vuelto a tragar la tierra.

—¿Quieres que lo intente yo?

Iván medita la respuesta unos segundos. Hace unos días estuvo a punto de pedírselo. Ella solo tendría que tirar de uno de sus juguetitos informáticos, cuestión de minutos, pero ¿para qué? Si Rodrigo se ha esfumado será por algo. O por alguien: por él. Los dos son ya mayorcitos. ¿Para qué remover nada? Rodrigo ya ha decidido. Quizás está de vuelta en Londres, en su segunda casa, o la primera, según se mire. Sea como sea, a menos de tres horas de vuelo de Sevilla. Rodrigo solo tiene que decirle *hello*.

—No hace falta, gracias —responde finalmente.

—Como quieras. De todos modos, tendrías que esperar. No te lo vas a creer, pero esta misma mañana se me han estropeado a la vez el portátil y el móvil, es una cosa muy rara, no sé, como si me hubiera atacado un virus.

—¿A ti? ¡Eso sí que es bueno!

—Una putada, querrás decir.

—Pues sí. Aunque míralo por el lado bueno. Esa desconexión es un paréntesis de tranquilidad.

—Lo sé. Pero a mí me cuesta mucho estar así. —Pilar tamborilea sobre el volante. Por ocasiones anteriores, Iván conoce que ese gesto anuncia otra incursión personal—. ¿Y con Alicia? ¿Y con este? —dice señalando a Rafa—. ¿Habéis hablado los tres de una puñetera vez? ¿Qué va a pasar con vosotros?

Iván va a contestar que sí y que les ha hecho una última promesa: quiere dejar de consumir. Les ha asegurado que, para disfrutar estos días en la Costa Brava, no ha quedado antes con ningún camello ni ha rebuscado al fondo del cajón para los desavíos. No lleva consigo ni en su equipaje ningún resto, ninguna bolsita a medio abrir. Esta vez, sí, se lo ha propuesto en serio. Y esta vez, está seguro, lo va a conseguir. Rafa no es tonto, le ha dicho a Alicia. Si su hijo se da

cuenta de que ha vuelto a las andadas, tiene su permiso para contárselo y, juntos, madre e hijo, romper este pacto de no agresión. El último. Justo cuando le va a decir todo esto, comienzan a sonar los primeros acordes de la primera canción de una lista de reproducción que había escogido al azar. Para empezar, unos bongos. Después, entran unos gritos selváticos y unas maracas. A los pocos segundos, sobre una base de simples notas de piano, Mick Jagger comienza a cantar sobre lo simpático que es el diablo. ¿Quién dijo, hace siglos, aquello de que el príncipe de las tinieblas era todo un caballero? Pues eso.

01

PRELUDIO

Qué poco le ha faltado, pero qué poco, casi nada... y qué sensación más... *bittersweet*, cómo se dice en castellano, se pregunta, ¿agridulce? sí, sí, eso es, se responde, qué sensación más agridulce, cuánto se alegra por él, por su querido Iván, cuánto le reconforta que haya salido airoso —otra palabra que se zambulle como un pez de letras en ese caldo de dudas políglotas donde nadan sus pensamientos y sus ideas— y, sin embargo, qué poquito ha faltado, casi nada, para que todo hubiera saltado por los aires, y por su culpa, no quiere ni pensar qué habría pasado, qué precio habrían tenido que pagar, ya, ya, ya lo sabe, sobre todo Iván, que sí, que otra vez está siendo egoísta, pero qué le voy a hacer, se dice, hay cosas que nunca cambian, aunque hayan pasado veinte años y por mucho que lo haya llevado en su pensamiento y en su corazón, no es capaz de valorar todo el sufrimiento que le ha provocado a su viejo, querido amigo, pero qué dice amigo, si ya le confesó que siempre había sido más que eso, que era, que es su *crush* como dicen ahora los jóvenes, ellos decían en su época amor platónico, pero ni Platón ni pollas, Iván es su amor verdadero, su amor del bueno, del tierno, del confortable, del me siento en casa, del qué bien coño que no necesito nada más, pero no, esta vez tampoco ha podido ser, y es que lo que no puede ser no puede ser ni lo será, por mucho que se obceque —o se empeñe o se *obsese* o se ciegue o

como coño quiera decirse—, en ver lo contrario, *fuck*, que no, que fíjate lo que pasó en el *meeting* de Torremolinos, directo en la boca del lobo, allí se metió, con toda la desfachatez del mundo, aparentando una tranquilidad que no tenía, evitando su mirada, esa mirada entre felina y lobuna que siempre le ha estremecido y desarmado y que creía haber olvidado en el extranjero, pero que no, que bastó un fulgor adivinado con el rabillo del ojo, ni siquiera un choque visual directo, para entender que tenía que... ¿escabullirse? y cruzar los dedos y que así, como por arte de magia, Iván lo hubiera tomado por un espejismo, una ilusión, un delirio fruto de sus adicciones o, cuando menos, alguien con un mero parecido a él, cuántas personas no habrá en el mundo que se parezcan a otras personas, se dice y, a veces, uno se sobresalta reviviendo en el físico de un desconocido con quien se tropieza en el metro o en el ascensor o en la cola del súper —o en un encuentro de inversores—, el físico de un ser querido fallecido, de un amigo a quien hace en la otra punta del mundo o de un antiguo amante a quien creía encerrado bajo siete llaves al fondo del trastero de su cerebro, donde también arrincona, como maniquíes amputados de temporadas pasadas, traiciones propias y ajenas, las ropas que le aprietan el corazón o que han dado de sí, las canciones que un día le musitaban poemas de amor al oído, los venenos del alma para los que nunca se tiene ni la ciencia ni el coraje de inventar el antídoto que suavice, neutralice o directamente liquide su dolor, algo como una suerte de lobotomía emocional, si es que tal cosa existe y ese es su nombre, aunque a lo mejor es otra expresión que se acaba de inventar, no sería la primera ni será la última, le da igual, sea como sea y como iba diciendo, ya en aquel primer encuentro en Torremolinos supo que, si volvía a meter a Iván en su vida, los dos iban a salir escaldados, y así ha sido, así está siendo, pero atención,

él insiste en aclarar que lo que ocurrió no fue que pecase de imprudente y se dijese que bueno, y qué, *go ahead man*, tira para adelante, qué más da, ya se verá luego, no, no, no, qué va, nada de eso, Rodrigo asegura que lo que ocurrió fue que, una vez apretado el botón de ON, la bola echó a rodar y que, en algún momento y en algún lugar, perdió el manual de instrucciones y ya no supo hacer STOP, y esta bola ha rodado y rodado y rodado hasta hoy, hasta este lugar y hasta este momento, y sigue y sigue rodando y se está haciendo más grande y más violenta a cada vuelta, y ya no hay manera de vencer al gigante en el que se ha convertido, por eso no pudo parar a Tomás la noche que atacó a Iván en el Caballero, él solo le pidió que le diera un susto, no que se ensañara como lo hizo, que por poco no lo cuenta, y menos mal, jamás se lo habría perdonado ni a él ni a sí mismo, por mucho que fuera él, Rodrigo, quien, cuando Iván, desde su charco de sangre en el suelo del baño del bar, *in extremis,* tuvo un último instante de lucidez para devolver la última llamada recibida, le salvara la vida llamando al 112, qué paradoja, ¿verdad que sí?, se pregunta Rodrigo, yo le envío a Tomás y yo le salvo de una muerte segura, típico de mí, se dice, de mi bipolaridad, y eso le recuerda a las tragedias griegas que Iván y él estudiaron en la carrera, como ejemplos de dilemas éticos y morales que explicaban el comportamiento humano, y tiene la sensación de que en cualquier momento puede entrar por la puerta el destino hecho carne para darle sentido a todo lo que ha provocado en la vida del inspector De Pablos, desde su primera aparición en escena aquella tarde en Torroles hasta este preciso instante, en el que, si sus informantes no se equivocan, que nunca se equivocan, Iván se dirige con su hijo Rafa y con su querida compañera Pilar a la Costa Brava para, como dicen los folletos de las agencias de viajes, disfrutar de unas más que merecidas vacaciones, después de todo lo

que ha pasado, después de todas las heridas y las palizas (Rodrigo no sabe de dónde saca Iván tanta fuerza y tanto aguante, se lo tiene que reconocer), después de todos los tormentos a los que le ha sometido, a su alma, quiere decir, porque de los tormentos a su cuerpo el inspector se vale por sí mismo, tío, le dice a su *beloved friend*, con esa manera tuya de castigarte, disfrazándola de fiesta, por mucho que te empeñes en decirle a todo el que te preste los oídos que tú careces de eso, de alma, ja, que tu mundo se limita a tus cinco sentidos, ja, ja, mal asunto para un investigador, diría yo, pero allá tú con tu autoengaño, le insiste, en eso no has cambiado, te sigues comportando igual que en la barra de la cafetería de la facultad, todo lo que no tuviera un impacto —negativo o positivo— en tu estado de ánimo lo descartabas por sistema, esto son dos días, me decías, yo ya me he comido un cuarto de este éxtasis que es la vida y no pienso permitir que nadie se coma los cuartos que me quedan, que son muchos y suben de la hostia, y aunque todavía no habían dado ni las doce del mediodía y ambos llevaban en sus sienes una espantosa resaca del día anterior y ni siquiera habían desayunado, Iván se encendía un cigarrillo, se pedía su primer vodka cortito con tónica y enseñaba la bolsita de marihuana —milagrosamente una bolsita nueva, nada de restos de la noche anterior, fuera miserias— colgando entre sus dedos índice y pulgar sin importarle quién pudiera verla y afearle o llamarle la atención, ya fuese profesor, alumno, decano o bedel, qué va, él era así, lo tomabas o se lo dejabas, y Rodrigo decidió tomarlo y aquel tiempo fue, ha de decirlo, el más feliz de su vida, incluso cuando Iván empezó a tontear con Alicia, por poco que Rodrigo entendiera ese *plot twist*, ese giro de guion, que no es que le pareciera raro, al contrario, Alicia e Iván era tan amigos, tan guapos, tan listos, tan ideales los dos, y pegaban tanto que lo raro habría sido que antes o

después no acabaran enrollándose, y durante un tiempo todos tan felices, tan a gusto, entrando y saliendo como los mejores amigos que eran (Iván y Alicia, Alicia e Iván tenían sus cosas de parejita, pero apenas si afectaban al funcionamiento normal de la pandilla, más allá de algún retraso u olvido de una cita o de algún inesperado hoy no podemos dejado caer al unísono y sin afán de molestar al resto, poca cosa, la verdad sea dicha, siempre fueron muy prudentes), exprimiendo el divino jugo de aquella etapa universitaria, insiste Rodrigo, aquel tiempo fue el mejor de su vida hasta que avanzaron, o como se dice ahora: pasaron a la siguiente pantalla, una más seria que les golpeó en toda la frente el último año de Derecho, les convenció de que volar fuera del nido ya no era una opción, sino un síntoma de evolución, crecimiento y desarrollo personal, esto es, la misma mierda de siempre, madurar, entrar en la edad adulta, hacerse mayores, envejecer, vaya, se utilice el sinónimo y el eufemismo que se utilice, y fue entonces cuando Rodrigo tomó la decisión más lógica —ni traumática, ni arriesgada ni valiente, era lo que tocaba y punto— de largarse al extranjero, en un momento, aquel de hace dos décadas, en el que todavía, si te ibas te ibas de verdad, y no como ahora, que con el móvil y sin *roaming* te vas los años que sean a estudiar al extranjero y estás tan —o más— hiperconectado con los tuyos que si no te hubieras ido, como si aún siguieras viviendo en casa de tus padres, pero esto poco o nada tiene que ver con la experiencia que Rodrigo vivió, él sí tuvo que buscarse la vida y conseguir, a base de sacrificios y de tesón, todo lo que consiguió, que no voy a pararme ahora a detallar mis logros, le dice a Iván, no por falsa modestia, sino porque no son los que te conté, debo reconocerte que un poquito sí te he mentido, porque aunque te hice creer que en Londres me desarrollé profesionalmente como abogado de los más necesitados (no te digo que no empezase

así, este capítulo sí es real, pero en mis últimos años apenas dedicaba un mísero porcentaje de tiempo a esa tarea), en realidad, en lo que me he convertido es en esto que aquí llamáis un tiburón de las finanzas, y no me extiendo más, me da pereza, quien quiera saber que lo averigüe, que no lo va a tener fácil, si no, pregúntale a tu compañera Pilar, que es buena, no te lo voy a negar, una hurona de nariz afilada que ha sabido encontrar el túnel por donde colarse en mi guarida, pero no es tan buena como mis propios hurones, *hackers* profesionales, con mucha más experiencia y, sobre todo, mejor pagados y con más medios que ella, los que yo les he proporcionado para que, en un par de clics, desorienten a esa hurona lista y la pongan a dar vueltas sobre sí misma, persiguiendo un objetivo que no es otro que su propia cola, ella no se da cuenta, qué pena, con lo buena que es, pero yo ya estoy fuera de su alcance, la voy a tener así unos días más, creyendo que es un virus informático lo que la tiene sin móvil y sin ordenador, y es que así es como me gusta a mí que sean las cosas y como me gusta que todos me vean, incluido tú, querido Iván, mago con chistera, hombre en la sombra o, si lo prefieres, *manager* o gerente o, sencillamente, el tipo que está al tanto de lo que se cuece, uno al que no le gusta que le señalen por la calle ni para decirle oh, mira es él, qué gran hombre, ni tampoco joder, mira, es el nota ese de mierda, que no, tío, que ni lo uno ni lo otro, yo solo soy el que está ahí, el que sabe observar, analizar y adelantarse, es muy fácil, dice Rodrigo, aunque no lo sea para el resto de los mortales, pero qué se le va a hacer, como solía decirse —no sabe si todavía, se dice así— lo siento mucho, la vida es así, no la he inventado yo, aunque quizás esta última frase requiera de algún matiz, alguna apreciación, alguna sutileza, y es que, si de algo le gusta presumir, para qué engañarnos y menos a estas alturas, cuando ya se están poniendo las cartas boca arriba, es de

que en el mismo momento en que su querido Iván se hizo con el caso que los medios de comunicación han dado en llamar Sacramento, él, Rodrigo Gil Mora, nacido en San Sebastián hace cuarenta y dos años (aunque criado en Sevilla por miedo al terror de ETA, su padre, que en paz descanse, era Guardia Civil destinado en Barakaldo) y residente en Reino Unido desde que se licenció en Derecho, ha movido algún que otro hilo o, por decirlo de un modo literario, ha ayudado a escribir algún que otro capítulo de esta especie de novela negra que su querido inspector De Pablos ha vivido en primerísima persona y que, a su modesto entender, aún no tiene un punto y final, y no porque él, Rodrigo, el maestro titiritero, no se lo quiera poner, ojo, que estaría encantado de hacerlo —a nada ha estado de decir que mataría por hacerlo, pero ha rectificado a tiempo, le ha parecido una frase poco afortunada dadas las circunstancias, ¿no te parece, Iván?—, es solo que aún quedan, cómo se dice, ah, sí, aún quedan algunos flecos por coser, como, por ejemplo, qué va a pasar entre Iván y él, sí, ya lo sabe, ya lo sabe, está Ventura desaparecido, y todavía hay que terminar con esa farsa de juicio por blanqueo de capitales procedentes del narcotráfico que le han montado unos jueces que, por cierto, no es que sean tan torpes que aún no han dado con el nombre del cabecilla de la trama, esto es, Rodrigo, sino que su buena pasta le cuesta todos los meses que el cerebro se les nuble, se les fundan las escasas neuronas que tienen y, en su enajenamiento dorado, sean incapaces de dar siquiera con su nombre, no ya con su paradero, para ellos simple y llanamente Rodrigo no existe ni existirá, ese es el poder del dinero, el poder a secas en verdad, que unos (o sea, él) lo tienen y otros (o sea, los jueces y fiscales y los abogados y los procuradores y bla, bla, bla), no lo tienen, no hay más, así que a Rodrigo le parece muy bien que se monte la farsa esta que todos los días abre los

telediarios y encabeza los periódicos, qué se le va a hacer, tendrá que prescindir de Lupiáñez y de Marín, dos de sus fichas más eficaces por mucho que a Iván no le cayeran bien y que sospechara de ellos desde el principio, pero Rodrigo ha de decir en su defensa que no lo hicieron tan mal, es solo que no les va a quedar otra que pagar el pato, ellos ya lo sabían cuando los contrató, vais a ganarlo bien, les dijo, pero esto funciona así, un día arriba y al otro a nadie le importáis, ¡ni siquiera a mí, qué coño! ¿o acaso te crees que no me pidieron autorización para darte el listado de asistentes al encuentro de inversores en el que figuraba mi nombre?, claro que sí, hombre, y lo cierto y verdad es que no le dan ninguna lástima, pasarán muy poco tiempo entre rejas, si es que pasan alguno, pero lo importante es que seguirán manteniendo sus cuentas —las buenas, las de verdad, las que aquí en España ni se huelen esos jueces de pacotilla— en Panamá en las Caimán o dondequiera que ellos, si han sido listos, y a Rodrigo, que todo lo controla, le consta que sí, hayan guardado sus ganancias, sus muy abundantes ganancias, que en este país la gente se droga de lo lindo y todo el mundo lo sabe, hasta el más ingenuo, y que por eso, si hay un buen negocio en España, más allá del turismo y del pelotazo urbanístico, es el de la fiesta, y no hace falta, le dice ahora Rodrigo a Iván, que te dé, precisamente a ti, verdad, querido, ninguna explicación, porque tú de fiesta nos das mil vueltas a cualquiera, y mira que él no se queda corto, que también en Londres disfrutó lo suyo, pero ya no, esa pantalla la quemó, ahora él está en otra, ¡llámame viejo, llámame aburrido, llámame como quieras!, exclama, pero es lo que hay, si tiene que estar al frente del cotarro, no se puede permitir un ritmo como el de Iván: colocarse de jueves a domingos, estar malo como un perro el lunes y el martes, deprimirse el miércoles y volver a llamar al camello el jueves, no, de ninguna de las maneras, eso se

lo deja al inspector, que no tiene remedio ni lo busca, tú a mí déjame el bisnes, le dice, la plata, el mangoneo, qué coño, se me da bien, ya lo has visto, que ni os habéis coscado, *man*, ni os habéis acercado... Bueno, no, vale, le concede que un poco sí, han cortado un par de tentáculos, mejor dicho, tres: Tomás, Lupiáñez y Marín, pero esta hidra que es Rodrigo sigue *alive and kicking*, apenas ha notado un rasguño, aunque, eso sí, como no tiene a su amigo —¿amigo?— Iván por ningún tonto, de momento no va a arriesgar más y por eso ha optado por quitarse de en medio, se ha vuelto a su cueva, no hay ninguna necesidad, se dice, de dar al traste con todo el tinglado solo por enseñar la patita, o la cara, así que mejor se esconde una temporada y ya verá, quizás vuelva a buscarlo, seguro que sí, y por eso le dice: ya lo sabes, Iván, te lo confesé en mi nuevo, reluciente y precioso apartamento del barrio de Santa Cruz y te lo vuelvo a repetir: te quiero, *man*, te quiero de verdad...

Agradecimientos

Esta historia solo ha sido posible gracias a la inspiración, los consejos y la ayuda de muchas personas, tantas que mi mala memoria me impide citaros a todos. Pero sabéis quiénes sois: el equipo de Planeta, mis lectores beta, mi familia, mis amigos, mis compañeros. A todos, gracias. Y a ti, que me lees, gracias también. De todo corazón.

Notas

13. Sábado al mediodía

1. Sistema Automático de Identificación Dactilar.

09. Miércoles por la tarde, miércoles por la noche, madrugada del miércoles al jueves y jueves por la mañana

1. Asentamiento chabolista junto al cementerio de San Fernando en Sevilla.

Manual para construir un infierno
Fernando Repiso

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Ilustración de la cubierta: © Shutterstock
Diseño de la colección: Planeta Arte & Diseño

© Fernando Repiso, 2026

© Editorial Planeta, S.A., 2026
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-10140-49-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta